

Louis Auchincloss
El rector de Justin

Traducción de Ignacio Peyró



Lectulandia

A finales del siglo XIX, Francis Prescott, un joven brillante y prometedor, licenciado en Harvard y Oxford, decide renunciar a un futuro más mundano y funda St. Justin Martyr, un internado masculino que con el tiempo se convertirá en el colegio más exclusivo de los EE. UU. y en cuyas aulas se educarán muchos de los hombres llamados a regir el destino del país. Cincuenta años más tarde un joven profesor del colegio recibirá el encargo de redactar la biografía del carismático fundador y todavía director. Cada uno de los testimonios que va recogiendo de amigos, ex alumnos, colaboradores y familiares le ofrece una visión distinta, a veces opuesta, de Prescott, de sus motivaciones y de los problemas a los que ha tenido que enfrentarse, de sus éxitos y fracasos. A través de esta controvertida figura Auchincloss construye un convincente retrato de las contradicciones de la clase dirigente americana durante la primera mitad del siglo XX.

Publicada por primera vez en 1964, El rector de Justin es probablemente la novela más famosa y apreciada de Louis Auchincloss, heredero literario de Henry James y Edith Wharton y cronista por excelencia de la clase dirigente norteamericana.

Lectulandia

Louis Auchincloss

El rector de Justin

ePub r1.0

Castroponce 28.02.2017

Título original: *The Rector of Justin*
Louis Auchincloss, 1964
Traducción: Ignacio Peyró
Diseño de cubierta: Time&Life Pictures

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para dos John Winthrops: mi hijo y mi hermano

1. El diario de Brian

10 de septiembre de 1939

Siempre he querido llevar un diario, pero cada vez que estoy a punto de empezar uno, me disuade la idea de que ya es demasiado tarde. Me desanima pensar en todas las cosas fascinantes que podría haber escrito de haberlo comenzado tiempo atrás. Y no es que mi vida haya sido muy emocionante; al contrario, ha sido muy gris. Pero también una vida gris puede ser la trama de un diario. Para un hombre pasivo, la mejor manera de superar a los hombres de acción es escribir sobre ellos. El propio Rey Sol, ¿acaso no es un personaje más en la crónica de Saint-Simon?

Acaba de comenzar una guerra mundial en Europa; mientras, en este país, Brian Aspinwall está a punto de empezar su primer trabajo. Desde luego, si alguna vez voy a llevar un diario, ésta es la ocasión. ¡El primer trabajo a los veintisiete años! Voy a ser profesor auxiliar de Inglés en Justin Martyr, un internado episcopaliano para chicos a cincuenta kilómetros al oeste de Boston. Ayer mismo llegó el telegrama de un tal señor Ives. Uno de los profesores quiere marcharse a Canadá para alistarse en su fuerza aérea, y por eso me han contratado sin mediar entrevista. Esto supone un alivio, después de que el Ejército Británico me rechazara, antes de que me fuera de Oxford en julio. Como es natural, no les entusiasmó un estudiante yanqui sin experiencia y con un soplo en el corazón. De haberme quedado allí, ahora que la guerra ha comenzado de verdad, tal vez habrían rebajado sus requisitos pero así al menos tengo la sensación de que estoy dejándole el camino libre a un hombre físicamente capacitado para luchar contra ese anticristo de Berlín.

El momento es inmejorable para hacer inventario. En el cuestionario a los titulados que envió este año el secretario de mi promoción de Columbia, sólo pude consignar el logro, tan precario, de haberme ido al extranjero a cursar estudios de posgrado. Y ahora, porque se me hacía insostenible quedarme en Oxford sin vestir un uniforme militar, ni siquiera seré capaz de terminarlos. Me parece que, básicamente, cuanto he hecho desde que cumplí los diecisiete años es buscar refugio en la literatura ante la agonía de decidir si estoy capacitado para ser ministro de la Iglesia. Tal vez me ayude a saberlo el vivir en un colegio religioso. Quiera Dios que así sea.

Debo esforzarme, sin embargo, en no ser demasiado duro conmigo mismo. Después de todo, ése es otro tipo de vanidad. Es un hecho que, desde la niñez, he tenido una salud muy frágil. Y es otro hecho que, como hijo único de unos padres mayores, tuve que acompañarles en el largo tramo final de sus enfermedades. Fue gozoso —y lo digo con toda sinceridad— poder servirles de ayuda, pero supuso

retrasar aún más mi entrada en el mundo laboral. En consecuencia, no es del todo mi culpa que haya empezado tan tarde, si es que puede decirse que he empezado.

Con la ayuda de Dios, en Justin Martyr podré comprobar la verdadera medida de mis capacidades. Es un colegio de buen tamaño, con cuatrocientos cincuenta alumnos, y su director y fundador, el reverendo y doctor en Teología Francis Prescott, probablemente sea el nombre más importante en la educación secundaria de Nueva Inglaterra. Ahora ya es un hombre mayor, de casi ochenta años, pero es sacerdote, y seguramente tendrá mucho que enseñarme. Quizá resulte que, después de todo, he sido «llamado» a Justin.

Soy tímido, me falta carácter, soy de baja estatura. Tartamudeo cuando me pongo nervioso, y todavía parezco más un muchacho que un hombre. Todo esto va en mi contra, pero no me da miedo decir lo que quiero decir, y creo que, en los momentos críticos, se puede contar conmigo para defender lo que es justo, aunque sólo sea por el miedo que tengo a decepcionar a Dios. Esperemos que llegue a dar la talla como profesor.

16 de septiembre

Justin Martyr. Llegué anteayer, una semana antes que los alumnos, para preparar mis clases con el señor Anders, del departamento de Inglés. Todo resulta muy apurado, pero aquí saben que soy un sustituto de urgencia, y el profesor Anders es la bondad personificada.

Todavía no sé muy bien qué opinión me merece el aspecto del colegio. El lunes me deprimía, el martes me comenzó a parecer mejor; hoy —con un tiempo magnífico— me gusta. Sigue de modo muy convincente el estilo arquitectónico de H. H. Richardson, con grandes volúmenes de ladrillos de color rojo oscuro, arcos románicos en granito, glorietas y largas columnatas. La abundancia de campos de césped y setos verdeantes, y el porte glorioso de los olmos, aligeran cierta tendencia a las formas pesadas, y evocan un monasterio medieval en el Mediodía francés o, sin ir tan lejos, una asentada colonia veraniega en la Nueva Inglaterra de comienzos de siglo. Como es habitual, Dios lo ha hecho mejor que el hombre.

Entrando ya en detalles, el internado se erige en torno a un campus de forma oval, en cuyo extremo norte se alza Lawrence House, el edificio principal, donde se encuentran la biblioteca, el comedor y la residencia del rector. Avanzando en el sentido de las agujas del reloj, se halla el edificio del colegio, con altos ventanales góticos en el gran salón de actos y un campanario octogonal desde el que, cada mañana a las siete, se da el toque de diana; luego está el gimnasio, con el aire florentino que le otorgan sus grandes piedras y pequeñas ventanas; siguen las residencias de los estudiantes: Depew, Griscam y Lowell y, por último, la capilla, construida en piedra arenisca, un descanso tras tantos rojos y grises, con su alta torre cuadrada, que, al elevarse, parece empequeñecer a la comunidad escolar apiñada a

sus pies.

Es una torre notable. La mirada la sigue en su ascenso, acompañando su impresionante progresión, más allá de las estrechas rendijas de las ventanas, hacia la azotea almenada, desde la cual se alza un tejadillo de tablas piramidal; después, todavía trepa vertiginosamente hasta su culminación en una torrecilla circular coronada por un agudo chapitel. El profesor Anders dice que es como la fe del doctor Prescott, grande y audaz, bella en su desdén a la belleza.

Supongo que hoy mucha gente encontraría esta arquitectura pesada, banal incluso. Insistirían en que hay que educar a los jóvenes en edificios modernos, con amplios ventanales que dejen entrar la divina luz del día, pero yo me pregunto si no será algo más que el sentimentalismo lo que me lleva a empezar a ver este campus como un lugar esperanzador. Tengo la impresión de que el doctor Prescott debió de haber previsto desde el principio que los chicos no se fijan en la arquitectura aunque ésta les influye. Me imagino que, seguramente, buscó un estilo que sugiriera fuerza y dureza, y que, al mismo tiempo, no dejara de ofrecer una comodidad consistente. Y ¿qué mejor manera de conseguirlo que retro trayéndose a la tradición cristiana de los días en que la fe no se hallaba totalmente segura ante los ataques paganos?

Y es que hay insinuaciones de su condición de fortaleza aquí y allá: en la cornisa amatacanada de la enfermería, en los muros grises y las troneras del gimnasio, e incluso en la misma torre de la capilla. Fue esto lo que al principio me deprimió. Ahora veo que los campos de césped y los olmos umbrosos relegan la idea de la guerra a un pasado en el que resuena el apagado rumor de los tambores. La paz predomina en el recinto y, en un radiante día de otoño como éste, casi parece una paz soñolienta, con los chicos aún lejos, y sólo el zumbido de un cortacésped rompe su silencio. Pero es una paz fruto de la dignidad y el honor, contra este despliegue inmóvil de rojos y de grises; una paz que no ha olvidado la lucha, ni ha desdeñado el esfuerzo, la paz de la Iglesia Militante.

Sí. Creo que va a gustarme Justin Martyr.

17 de septiembre

Quizá me he precipitado al decirlo. Ayer aún no conocía al doctor Prescott.

Se ha quedado aquí todo el verano porque su mujer está muy enferma, y me topé con él por casualidad, al pasar por delante de su puerta. Digo que «me topé con él». Rectifico. Uno no «se topa» con el doctor Prescott.

Mi pluma es un burdo sustituto de la cámara a la hora de describir a un hombre tan magníficamente fotogénico y tan fotografiado. Resulta bajo —como de un metro sesenta— para tener una presencia tan dominante, impresión que se acentúa por sus amplios hombros, el cuello de toro, la cabeza cuadrada, de aspecto noble, y el grueso flequillo de pelo gris, ondulado y tieso. Me pregunto si no tendrá un punto de vanidad con su pelo, pues dicen que nunca lleva sombrero, ni siquiera en las temporadas en

que los alumnos deben llevarlo. Esta tarde vestía una capa azul con un cuello de terciopelo abrochado con una cadena, y se ayudaba de un bastón de ébano, una combinación que hubiera parecido teatral de no haberle sido tan propia.

Para su edad, tiene una cara sorprendentemente tersa, salvo por unas marcadas arrugas en torno a los labios; su frente es despejada y pálida; las cejas, muy tupidas; la nariz es recta, con una punta casi imperceptiblemente ganchuda; los ojos, grandes, muy separados entre sí, de color castaño, con un reflejo amarillento. Según el señor Anders, sus críticos afirman que se parece demasiado a un gran hombre para serlo.

Me detuve al verlo bajar las escaleras, sin querer inmiscuirme en su intimidad, pero cuando él también se detuvo, me di cuenta de que estaba esperando que me acercara. Sabe convocarle a uno sin una sola palabra, sin un solo movimiento de sus enormes cejas.

—¿Usted es Aspinwall? —Su voz tiene una melancolía aterciopelada y profunda—. Ha sido una alegría dar con usted en tan poco tiempo. ¿Le han asignado ya un equipo de fútbol?

Pensé que había confundido la índole de mis responsabilidades.

—Creo que voy a estar en el departamento de Inglés, señor.

Me miró con frialdad.

—Estoy al tanto, pero en Justin como verá que se hace en otros colegios la costumbre es que los profesores jóvenes, sobre todo los solteros, formen parte del programa de deportes. Tal vez podamos encontrarle un equipo al que entrenar en alguno de los primeros cursos. Los Monongahelas de cuarto.

—¿Los qué de cuarto, señor? —No me atreví a confesar que ni siquiera sabía las reglas del juego.

—El colegio tiene dos equipos para que jueguen entre sí —me explicó con el tono de voz, reflexivo y pausado, de quien nunca repite sus palabras—. Son los Monongahelas y los Shenandoahs. —No esbozó ni un asomo de sonrisa al mencionar estos sorprendentes nombres indios—. Por supuesto, el equipo oficial para jugar con los demás colegios se compone de jugadores de los dos. Los Monongahelas llevan camisetas azules y los Shenandoah rojas. A los alumnos se les destina a un equipo u otro en su primera semana en el colegio, y forman parte de él hasta que se gradúan.

Cuando estoy nervioso debería callarme. Quedé horrorizado al oírme responder:

—Eso es estupendo. —No sé si pensó que me estaba riendo de él, pero no hizo nada que lo indicara.

—¿Estuvo usted en Oxford? —inquirió.

—Sí, señor. En Christ Church.

—Yo estuve en Balliol. —Frunció los labios, arrastrando con ese movimiento las mejillas hacia abajo, y mudó su expresión hasta adoptar el semblante de quien cavila algo—. Tenemos que hablar un día de éstos. La pobre y vieja Inglaterra ya no tiene escapatoria. —Se dio la vuelta y siguió su camino.

¡Así que éste es el famoso rector de Justin...! Ni una palabra sobre la asignatura

para la que me han contratado; tan sólo una lección sobre los deportes del colegio. No sabía que el dios del fútbol hubiera llegado a conquistar incluso los colegios religiosos. Es un negro presagio.

28 de septiembre

Los alumnos llevan cinco días aquí. Hasta hoy no he querido dejar constancia de mis impresiones sobre el colegio con el curso ya en marcha, pues he aprendido a ser indulgente con esa parte tímida y aprensiva de mi carácter que, como un pincel maléfico y fantasmal, del todo ajeno al control del pintor, se las arregla para emborronar con nubes y borrascas el paisaje más soleado. Si algún día llego a ser sacerdote, con la ayuda de Dios, debo aprender a ser alegre. Pero ahora, después de más de cien horas con los chicos, con el ánimo todavía por los suelos, empiezo a preguntarme si seré capaz de ajustar mi penoso paso a la ruidosa marcha de Justin. Y es que ni siquiera había imaginado que pudiera llegar a hacerse tanto ruido. Tengo la permanente sensación de estar a punto de verme desbordado.

Los demás profesores han sido amables, pero con la amabilidad de quien espera que uno empiece a nadar tras la primera zambullida. El señor Ives, el subdirector, cuya relación con el doctor Prescott es como la de un segundo de abordó con el comandante del barco —un hombre pequeño y fino, con aspecto de pájaro y unos ojos ambarinos que parecen abarcarlo todo—, me instruyó pacientemente sobre mis obligaciones el primer día, pero como parecía dar por hecho que iba a retenerlo todo de una sola vez, el miedo se apoderó de mí, y sólo pude asentir como un idiota al fluir de aquellas frases perfectamente hiladas que yo no alcanzaba a comprender. Resulta muy triste estar en los umbrales del año escolar y saber que mañana mismo puede ser el Día del Juicio Final.

Apenas he vuelto a ver al doctor Prescott. ¡Gracias a Dios, creo que se ha olvidado del fútbol! A su pobre mujer parecen quedarle pocos días, por lo que ha pasado la mayor parte de su tiempo con ella. Aun así, cada mañana dirige las oraciones en la capilla y preside la asamblea en el edificio del colegio. El temor reverencial que inspira entre alumnos y profesores es algo que hay que ver para creer. Los profesores no hacen más que contar historias sobre su prodigiosa memoria, su extraordinaria intuición, su terrible genio. Al oírles hablar y hablar, uno supondría que él todavía se encarga personalmente de cada detalle de la administración del colegio, si bien, ateniéndonos a los hechos, imagino que es el omnipresente Ives quien en realidad la dirige. Un director, sobre todo un director tan venerable como el doctor Prescott, ha de ser como un monarca constitucional. Cumple su labor con dejarse ver.

30 de septiembre

Todo va a peor. Los chicos de mi dormitorio, de cuarto curso, me han estado tanteando, y ya han visto que pueden dominarme. Esta noche ha habido un tremendo griterío después de apagar la luz, y me he visto en un aprieto lamentable. ¿Cómo somete uno a cuarenta y tantos chicos de quince años cuando todo está a oscuras? En última instancia, por miedo a que los ruidos llegaran a los oídos que todo lo oyen del señor Ives, me he llegado a grandes pasos a la puerta del dormitorio, he encendido la luz y he gritado en lo que me temo que ha sido un falsete tembloroso: «¿Quién está hablando aquí?». Alguien ha respondido: «¡Usted!», y las inmediatas y estruendosas risas deben de haberse oído por toda Lawrence House. Desesperado, he farfullado: «Voy a dar parte de todo el dormitorio al director», y me he marchado dando un portazo. Sentado de nuevo a mi mesa, sujetándome con las manos las sienes doloridas, poco a poco me he dado cuenta de que el dormitorio, al fin, está en silencio. Pero ¿qué consuelo es éste cuando, por la mañana, averigüen que no he cumplido mi amenaza?

Y es que no voy a cumplirla. ¿Cómo podría? ¿Cómo podría admitir que los chicos estaban fuera de control? Tan sólo puedo sacar este diario con el deseo insensato de meterme dentro de él y cerrar sus tapas sobre mi ridícula y mortificada cabeza. ¡Ah, diario, diario, si pudieras esconderme! ¡Si pudiera convertirme en tinta! Dios mío, ¿tendré alguna vez éxito como profesor? Y, si no puedo manejar a unos cuantos chicos, ¿es factible que alguna vez llegue a ser misionero? ¿O a llevar una parroquia? Quizá sólo valgo para convertirme al catolicismo y pedir el ingreso en una orden contemplativa. Dios mío, por favor, que haya silencio en el dormitorio.

4 de octubre

Esta tarde he tenido mi segunda conversación con el director. Como la primera, también ha surgido por un encuentro casual. Yo iba hacia el río, más allá de los campos de deportes, cuando de pronto di con el fornido personaje y su capa de amplio vuelo. Él estaba cruzando el camino del primer campo, donde se queda a mirar, durante media hora cada día, los entrenamientos de fútbol, mientras permanece en silencio, apoyado sobre su bastón. Al verme, su expresión no fue amistosa.

—Buenas tardes, Aspinwall. ¿Adónde va usted?

—Voy al río, señor. —Y con los instintivos buenos modales del mundo extraescolar, añadí—: ¿Le apetece acompañarme? Hace un día precioso.

Su mirada puso de manifiesto la irrelevancia del buen tiempo.

—¿No está entrenando a ningún equipo de los primeros cursos? Creí que el señor Hinkley le iba a encargar uno.

—Sí, señor, eso iba a hacer, pero cuando se dio cuenta de que no sabía las reglas del juego, lo dejó por inútil.

—Entonces le sugiero que venga conmigo y aprenda las reglas —dijo con severidad—. El fútbol americano es más que un deporte, ¿sabe? Es una mezcla de

entrenamiento del cuerpo y de la personalidad. Si quiere entender a los chicos, tiene que entender el juego. Vamos a ver qué hace el segundo equipo.

Durante cuarenta miserables minutos me quedé de pie, como un bobo, junto a las gradas vacías, mirando el partido mientras el doctor Prescott me lo iba explicando. Al principio era brusco y parco en palabras, pero cuando los pases de un muchacho de quinto que, a todas luces, era una promesa, empezaron a despertar su entusiasmo, se fue volviendo más agradable, y después de un pase excepcionalmente largo y llevado a buen término, me dio una palmada en la espalda.

—¡Por Júpiter! Ese Craddock pasa como los ángeles. ¿Va viendo ya lo que quería decirle, Aspinwall?

Cuando por fin se fue, me recomendó que me quedara para seguir observando el juego. Le di las gracias y, en un murmullo, le dije que esperaba que la señora Prescott se encontrara mejor. Sacudió la cabeza, como si mi interés estuviera fuera de lugar.

—Está todo lo bien que puede estar —dijo lúgubrementemente—. Voy a encargarme de que el señor Hinkley le dé un manual de fútbol americano. Buenas tardes, Aspinwall.

¡Y éste es el hombre con el que había decidido hablar de mi vocación! Éste es el portavoz oficial de la Iglesia de Cristo en Justin. El mismo que, al descubrir mi único paño de lágrimas, mi hora libre de la tarde, me lo quita para que sienta en mis carnes el aguijonazo de su institución.

10 de octubre

Otro momento bajo. Esta mañana, en mi clase de tercero, los cinco chicos del último banco se las arreglaron para darle la vuelta mientras yo escribía las preguntas del examen en la pizarra, de modo que, al volverme yo, ellos me estaban dando la espalda. Les puse un negativo a cada uno, pero los tres chicos del centro del banco se quejaron con tanta vehemencia de que sólo los dos chicos de los extremos habían movido el banco que cobardemente terminé por rendirme y les borré los cinco negativos. Me di cuenta de que los demás me miraban con gesto de abierto desprecio. ¡Dios mío! Si me convierto en una criatura digna de compasión, ahórrame al menos el pecado de la autocompasión, al que tiendo horribilmente.

12 de octubre

Anoche me encontré una rana muerta en la cama. Al tocarla con el pie desnudo, me asusté y se me revolvió el estómago. Me pregunto si alguna vez se le ha hecho una jugarreta de éstas a un profesor de Justin. Obviamente, eso no voy a saberlo nunca, porque nunca me atreveré a confesar que me la han hecho a mí. Dios mío, ¿terminará esto alguna vez?

14 de octubre

El señor Ives es un hombre pequeño, con manos y pies aún más pequeños, y lleva unos zapatos sin cordones ni hebillas que recuerdan los escaarpines de las hadas. El pelo, de color blanco amarillento, le cae sobre la frente ovalada formando un triángulo bien liso y cuidado, y tiene una mirada ambarina y fija que, junto con su pequeña nariz ganchuda, bien podría darle la apariencia de un gavilán, de no ser porque su costumbre de llevar trajes de tela gruesa, con pelusa, así como su manera de inclinar la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras camina, hacen pensar en un ave de menor distinción.

Tanto en la personalidad como en el aspecto, el señor Ives parece el polo opuesto del doctor Prescott. Tal vez sea lo debido en un segundo: su gloria está en el detalle, y no hace nada por ocultarlo. El director abarca el vasto campo de lo intangible: Dios, el alma de los chicos, el espíritu del colegio; Ives ejerce su dominio sobre las menudencias del programa de estudios y las infracciones a la disciplina. Los chicos le atribuyen una clarividencia excepcional en estos asuntos; parece saber por puro instinto quién está fumando en el sótano y quién se ha ido sin permiso a montar en piragua al río Lawrence, pero, a pesar de toda su astucia, a pesar de todos sus hirientes sarcasmos, de sus cadenciosas regañinas y chasquidos de dedos, este andrógino azote de los alumnos goza de una popularidad extrema, y el mayor honor social al que puede aspirar un estudiante de sexto es a que se le invite a jugar al bridge en su estudio el sábado por la noche.

Pero para los alumnos —y para los profesores, ay— más jóvenes, es un Mefistófeles, y se ha estado fijando en mí como un coyote se fijaría en una vaca herida. Estoy convencido de que todo lo sucedido hasta ahora ha sido puesto en su conocimiento de inmediato, y me imagino que estará debatiéndose entre despedirme hoy mismo, con todos los problemas que causaría una sustitución con el curso empezado, o ir apuntalándome para que le dure todo el curso. Esta mañana me ha llamado a su despacho en el edificio del colegio y me ha dicho que le habían llegado quejas por ruidos en mi dormitorio después de apagar las luces.

—Imagino, señor Aspinwall, que no habrá dejado a los chicos sin vigilancia.

—Oh, no, señor. Me quedo siempre allí.

—¿Ha tenido algún problema de audición últimamente?

—No, señor. Intentaré hacerlo mejor.

—Hágalo, señor Aspinwall. —Chasqueó los dedos. Como siempre habla con la misma cadencia burlona, debe de haber adoptado ese tono para hacerle saber a su interlocutor que lo que dice va en serio—. Hágalo, se lo ruego. Encontrará usted que goza de todo el apoyo por mi parte y por parte del doctor Prescott en las medidas disciplinarias que tenga a bien imponer. La ley de un colegio es la ley de la selva. Cuando alguien es fuerte, lo respaldamos; pero si no es fuerte, lo arrojamos a los

niños.

Como si tuviera que decírmelo. ¡Como si no supiera yo que todos ellos, alumnos y profesores, son parte de la misma jauría! Pero, viendo tal vez la desesperación en mis ojos, y sin voluntad de abrumarme, añadió:

—¿Y sus delegados? ¿Dónde estaban?

—No quise interrumpir su rato de estudio nocturno... Pensaba que tenía que bastármelas yo solo para manejar el dormitorio.

—A veces es difícil empezar —dijo en un tono más amable, mirándome como si estuviera dándole vueltas a algo—. Voy a encargarme de que tenga un delegado disponible cada noche durante las próximas dos semanas.

Y mientras escribo esta entrada, ya de noche, Bobbie Seymour, uno de los chicos del equipo de fútbol, está sentado en el sofá de enfrente, leyendo una revista de cine teóricamente prohibida en el colegio, pero da igual. En la siniestra oscuridad del ala del dormitorio, al otro lado de la puerta abierta, reina un silencio absoluto. Recurrir a más vigilantes tal vez haya sido una humillación, pero es mejor la humillación que el linchamiento. Ahora podré leer en paz otro delicioso capítulo de *Clarissa*. ¿Evasión? ¿Cómo que evasión? ¡Salvación, eso es lo que es!

17 de octubre

Por fin he visto a la señora Prescott. Cada domingo, después de comer, los miembros del claustro y sus mujeres se reúnen para tomar café en el estudio del director, una habitación cuadrada y amplia, llena de libros, aneja a la parte trasera de la casa de los Prescott. Hoy, la enfermera de la señora Prescott la trajo en su silla de ruedas y la dejó en una esquina, y todos nos dispusimos de pie a su alrededor, formando un respetuoso semicírculo, mientras el doctor Prescott, en lo que seguramente fue para él un desacostumbrado papel de chambelán, nos convocó uno por uno para tener nuestro medio minuto de conversación con ella.

La pobre mujer está terriblemente demacrada y huesuda; su gran nariz aquilina parece haberle absorbido el rostro, de tal manera que, con sus cabellos ralos y teñidos, recuerda un buitre posado sobre una rama seca. No obstante, todavía resta en ella un punto de empaque que da indicios del carácter adusto y el resuelto intelectualismo de la Nueva Inglaterra de antaño. ¿O será, simplemente, que me he enterado de que es sobrina nieta de Emerson?

Quedé sorprendido cuando el director me llevó del codo hasta su mujer. Yo había asumido que los otros profesores, más veteranos, acapararían la breve visita de la señora, pero me explicó que siempre quería conocer a los recién incorporados. Harry Ruggles, del departamento de Historia, uno de esos chicos fibrosos con gruesos rizos negros que no hacen más que sonreír, estaba hablando con ella cuando nos acercamos nosotros. No tuvo el tacto de levantarse, sin embargo, de modo que me vi de pie, en una posición incómoda, entre la silla de ruedas y el brazo del sofá sobre el que

Ruggles estaba sentado con toda familiaridad. Ya se estaba haciendo pesado con lo que él llamaba la «novela social», y me alegró comprobar que la señora Prescott se aburría visiblemente.

—Hoy hay bastante gente que escribe buenas novelas —le iba diciendo—, es gente que comprende que la estructura fundamental de nuestra sociedad ha cambiado con el *New Deal*. Tal vez no le guste, señora Prescott, pero es algo que no se puede negar.

—¿Qué le hace pensar que no me gusta? —preguntó ella, en un tono que hubiera servido de advertencia a cualquiera menos a Ruggles.

—Bueno, pensaba que una dama de su generación y de su clase social estaría en contra de Franklin D. Roosevelt.

—Muchas gracias, pero no soy ni una generación ni una clase social. Resulta que soy una persona, y que ya era del Partido Demócrata antes de que usted hubiera nacido, joven.

—¡Mejor aún! Entonces será partidaria de mi idea de que los chicos lean algunas de nuestras novelas sociales más importantes. Sería divertido ver cómo se rompen sus burbujas de complacencia.

En este instante, la señora Prescott me lanzó una mirada, y yo intuí que había adivinado mi solidaridad con ella.

—¿Novelas sociales? —preguntó—. ¿Qué son las novelas sociales? Yo sólo distingo entre novelas buenas y novelas malas.

—¿Y qué entiende usted por una buena novela?

—*El egoísta*.

—¿Meredith? —Ruggles se retrató con su sonrisa—. Era perfecto en su día, supongo, cuando tenía tiempo para él.

—Yo tengo tiempo para él ahora —insistió la señora Prescott—. Y usted, señor Aspinwall, ¿a que también lo tiene?

No sé si fue la sorpresa que sentí porque recordara mi nombre, o el inesperado temblor de consideración que creí adivinar en la firme entonación de sus palabras, lo que me hizo pensar que —por fin— había encontrado un aliado en Justin. Lo que sí sé con certeza es que en aquel momento me enamoré de la señora Prescott, y que mi amor me hizo valiente.

—Siempre tendré tiempo para leer a Meredith —respondí calurosamente—. Siempre tendré tiempo para las buenas novelas.

Y estoy de acuerdo en que sólo hay novelas buenas y novelas malas. En arte, el tema no tiene importancia.

—Habló el departamento de Inglés —dijo Ruggles con tono de burla—. Imagino que Aspinwall pondría a Jane Austen a la altura de Tolstói.

—¡Por encima de Tolstói!

En ese momento, el doctor Prescott se acercó para irnos apartando, pero su mujer puso una mano sobre mi muñeca.

—Déjame al señor Aspinwall, Frank. Tenemos cosas de que hablar, él y yo. — Una vez que Ruggles se hubo marchado con el director, ella se encogió de hombros—. Qué zoquete es este chico. ¿Se imagina que se rompa su burbuja de complacencia? Sería como la explosión del *Hindenburg*. ¿Por qué la enseñanza parece atraer a los intelectualmente débiles?

—Quizá porque queremos parecer infalibles y pensamos que tal vez los chicos nos tomen por tales. Pero estamos totalmente equivocados.

—Sí, totalmente equivocados —rezongó la señora Prescott—. El señor Ruggles sólo podría aspirar a engañar a gente de su misma edad, pero no se preocupe, no durará mucho aquí. Por la manera en que Frank lo toma por el codo, puedo adivinar que lo ha calado.

Había oído decir que la señora Prescott se había vuelto escandalosamente franca en su vejez, pero aun así esto me pareció excesivo. Después de todo, yo era el profesor más joven, y ella la mujer del director.

—Mucho me temo que me ha tomado del codo de la misma manera —me atreví a decir.

—No. Era distinto. Sé distinguirlo. —Su enfermera se acercó; era hora de irse—. Dígame, señor Aspinwall, ¿puede venir a verme alguna tarde? Por las tardes es cuando estoy mejor, aunque me temo que estar mejor no signifique mucho últimamente. Pero tal vez podríamos hablar. ¿O es usted tan bruto que prefiere el fútbol a la filosofía?

—¡Desde luego que no! Me encantará visitarla.

—Quizá mañana, entonces. A cualquier hora a partir de las tres. Eso sí, no se lo diga a mi marido o le pondrá, sin duda alguna, a practicar algún tipo de deporte violento.

Y entonces se la llevaron, con la cabeza gacha, mirando sus rodillas, sin reparar en ninguno de los saludos e inclinaciones de cabeza que a derecha e izquierda le prodigaban los miembros del claustro. Me pregunto si, cuando me presente mañana, recordará siquiera que me ha invitado. A buen seguro, los hilos que mantienen su fuerte carácter unido a este mundo son de la más delicada materia, y puedo entender que identifique ahora a todos los humanos con su propio cuerpo; ese cuerpo que, en plena decadencia, ya ha dejado de ser su amigo.

21 de octubre

Esta semana he ido a visitar a la señora Prescott dos veces, la primera vez el lunes y la segunda hoy, en ambas ocasiones por espacio de unos cuarenta minutos. La segunda visita ha transcurrido mejor que la primera porque finalmente he logrado saber lo que quiere de mí: quiere que le lean en voz alta, y que lo haga alguien a quien ella no considere un tonto de remate. Durante mi primera visita, intenté hablar de algunos de los autores que me apasionan: Balzac, Daudet, George Eliot, Virginia

Woolf, pero pronto descubrí que conversar la agotaba. Además, mientras que mi formación —si así se la puede llamar— está casi por entero basada en el verso y la novela, la suya es mucho más amplia, y abarca también la filosofía, la historia y las Bellas Artes. De George Eliot pasa de inmediato a John Stuart Mill y de Virginia Woolf a Bertrand Russell. Ella sonreía benignamente, con los ojos entrecerrados, mientras yo seguía con mi cháchara. De vez en cuando me interrumpía con algún gruñido o breve comentario, pero sólo me detuvo en seco cuando cité a Henry James.

—Ya sabrá usted que dictaba sus últimas novelas —me dijo—. La gente lo encuentra extraño en un estilista tan perfecto, pero en realidad no tiene nada de extraño. Siempre quería que lo leyera en voz alta, así que ¿cómo iba a saber lo que escribía si no lo iba pensando en voz alta? —Aquí hizo una pausa y pareció estudiarme—. Naturalmente, ahora que tengo la vista tan mal, ésta es la única manera en que puedo leer a James.

—¿No lo tiene grabado en discos? —Había un viejo gramófono en una esquina del salón, pero tenía toda la pinta de no haberse usado durante años.

—Hay discos, claro, para los ciegos —murmuró—, pero con muy poco de lo que a mí me gusta. Esos infelices parecen formar un gremio no muy culto.

—Estaría más que encantado de venir y leerle, pero me temo que no se me da muy bien leer en voz alta. Los chicos se alteran mucho en el rato de lectura previo a la hora de acostarse.

—Yo no soy como los chicos, señor Aspinwall —me dijo insinuando una sonrisa—. Le quedaría muy agradecida. Pero ¿no tiene usted obligaciones deportivas?

Me estremecí al recordar las órdenes del director.

—La verdad es que no.

Fue conmovedor ver con qué ganas me tomó la palabra.

—Quizá podríamos empezar la próxima vez que venga. ¿*Los embajadores* le gusta?

—¡Es mi preferida!

Y eso hemos hecho. Hoy he leído durante tres cuartos de hora, hasta que ha llegado la enfermera. Creo haber estado muy bien, pero antes me había preparado leyendo el capítulo. La señora Prescott parecía dormida durante buena parte de la lectura, aunque eso incluso puede ser bueno en su actual estado de salud. Al menos me cabe la esperanza de que, por fin, esté haciendo algo por alguien en Justin Martyr.

30 de octubre

Es curioso cuánto significan para mí estas lecturas a una mujer anciana, siempre callada y quieta. Frente a la vida escolar, tan activa y ruidosa, ella ofrece un contraste que viene a ser como el de una pequeña capilla junto a una autopista atestada. Alguna mínima parte de su carácter se me debe de haber contagiado, porque empiezo a creer que me manejo mejor ahora, tanto en el dormitorio como en clase. No mucho mejor,

desde luego, pero sí al menos un poco. Ayuda saber que, en este áspero mundo masculino, hay otra alma a la que le importan las cosas bellas.

Mi admiración se extiende a cuanto la rodea. El gran salón cuadrado en el que la pobre señora Prescott pasa ahora sus largos días es, para mí, todo lo que un cuarto debería tener, probablemente porque lo tiene todo. Lo que quiero decir es que no le falta nada de los Prescott ni de Justin Martyr. El colegio se hace presente por el número de sillas y pequeñas mesas redondas, algunas del mimbre más sencillo, que se usan para jugar las noches de recibir; por el arcón de caoba con sus tableros de parchís, ajedrez y damas; por las fotos, aquí y allá, de estudiantes queridos; por las menciones de los que murieron gloriosamente en la guerra. Los Prescott están presentes por el retrato ovalado que muestra a sus tres hijas de ojos negros, unas niñas imponentes, incongruentemente vestidas de seda blanca con grandes lazos azules en el pelo; por un maravilloso dibujo del perfil de Emerson; por una acuarela del padre del doctor Prescott como oficial del Ejército de la Unión, y por los libros de la señora Prescott en alemán, francés e inglés, en encuadernaciones antiguas y modernas, y también en rústica, que llenan las estanterías, se amontonan sobre las mesas e incluso reposan apilados sobre el suelo. Es verdad, el cuarto está abarrotado de objetos, y hay muebles de todos los estilos, pero por encima de todo reina cierta armonía, una curiosa dignidad y una sencillez aún más curiosa.

Entre los trastos, empiezo a observar objetos relevantes: un pequeño y magnífico Boudin bajo una viñeta enmarcada de *The New Yorker* con una broma sobre el colegio, una primera edición del diccionario de Johnson que asoma entre los volúmenes encuadernados del *Punch* o un reluciente aparador estilo Sheraton lleno de porcelana china de medio pelo, pero la verdadera razón de mi impresión final de que el cuarto es un lugar innatamente civilizado es la propia señora Prescott. El cuarto no es sólo el tabernáculo interno del colegio; también es, al mismo tiempo, su refugio del colegio. Sabe perfectamente dónde está hasta el objeto más pequeño, y ninguno carece de función, sea por su utilidad presente o como recuerdo sentimental. Lo que a primera vista parece un popurrí es el archivo perfectamente catalogado y en activo de su vida.

1 de noviembre

La señora Prescott me sorprendió hoy al pedir que me saltara el gran capítulo en el cual, en el estudio de Gloriani, Strether insta a Little Vilma a no arruinar su vida tal como ha venido haciendo. Con la mayor naturalidad, me dijo que, dada su salud, tenía que escoger los pasajes más sobresalientes de un libro voluminoso. Por supuesto, me cogió desprevenido, y James es difícil de leer sin más, de modo que me vi entrando en cada frase para encontrarme luego arrastrado por una construcción inesperada y devuelto sin aliento, finalmente, a las playas de mi desconocimiento del pasaje. En una de esas ocasiones, tras haber advertido que la señora Prescott tenía los

ojos cerrados y la cabeza inmóvil, pensé que no habría problema en continuar la lectura sin leer el párrafo de nuevo.

—Mejor relea esa frase —me interrumpió sin abrir los ojos—. Creo que descubrirá que el segundo «él» se refiere a Chad y no a Strether.

No se le escapa ni un matiz. Es una de esas extrañas personas que pueden leer a James teniendo siempre su magnífico bosque ante los ojos y sin perder de vista un solo árbol. Su marido, al parecer, no comparte la admiración por el maestro. Una de las parodias que a veces representa las noches que recibe tiene por título «El señor James toma el tren en la Gran Estación Central». Pero es que uno no puede imaginarse al doctor Prescott preocupado por las alambicadas disyuntivas morales que se le plantean a James o a Strether. De haber sido él el enviado a París para recoger al errabundo Chad, hubiese devuelto al joven a Woollett antes de terminar el primer capítulo.

5 de noviembre

La diferente estima que profesan el doctor Prescott y su esposa a Henry James dio lugar esta tarde a una escena que me ha resultado embarazosa. Hacia el final de mi hora con la señora Prescott, el director apareció inesperadamente. Cerré de inmediato el libro. No se había presentado en ninguna de las anteriores lecturas, y yo no pude sino pensar que su visita se debía más al afán de vigilarme a mí que a su esposa. ¿Acaso no está implícito en la tradición de Justin que un joven profesor ha de tener alguna ocupación más vigorosa en una espléndida tarde de otoño que sentarse en una habitación cerrada junto a una anciana a leer *Los embajadores*? Es más, al reparar en la mirada que me dedicó, creí que mi pobre caso estaba visto ya para sentencia.

—No quiero interrumpir la lectura —tronó—. Me siento tranquilamente ahí y disfruto con vosotros.

—No, no, Frank, nadie podría leer a James a tu lado —dijo la señora Prescott, irritada—. Si te sientas ahí, empezarás a poner caras. Vete y déjanos a lo nuestro.

—Esto sí que es un recibimiento cordial —contestó imperturbable, sentándose en una pequeña silla recta y sin brazos. La misma desnudez del mueble desmentía la sinceridad de sus intenciones de quedarse—. Prometo no poner caras. Continúe, Aspinwall. ¿Qué novela de James está leyendo? —Dije el título en un susurro—. Ah, sí, lo más selecto de su última época. Tiene todo lo grandioso, todo lo sublime de su estilo. Y todo lo ridículo.

—¿Qué quieres decir con «ridículo»? —preguntó al instante la señora Prescott—. ¿Qué hay de ridículo en *Los Embajadores*?

—Simplemente, que no tiene nada que ver con la vida real en este pobre mundo nuestro.

—Tiene mucho que ver con *mi* vida.

—¿Te ves a ti misma, querida, como Lambert Strether?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó su mujer con súbita violencia—. Strether no supo que había desperdiciado su vida hasta que vio París. A mí me costó más llegar a darme cuenta... ¡a mí me costó esta horrible silla de ruedas!

El instante que siguió a este estallido se hizo casi insoportable. Apreté los puños y fijé la vista en la vieja y gastada alfombra persa, pidiendo insensatamente al cielo que me tomara por los aires y me llevara muy lejos de las cosas terribles que pasaban en Justin Martyr. En ese momento creo que comprendí la verdadera tragedia de vivir una vida muy larga. No consiste en perder la memoria o las facultades mentales; consiste en perder la propia dignidad, pues estoy absolutamente convencido de que el arranque de la señora Prescott era del todo impropio de ella. La mujer capaz de arrojar ese reproche a la cara de su marido era una mujer distinta de la orgullosa criatura que claramente había sido durante toda su vida.

Aunque no me atreví a mirar el rostro de su marido para ver el dolor que sin duda alguna ocultaba, no pude evitar oír su voz. Habló en un tono calmado, llenando el silencio que había que llenar, dirigiéndose a mí con perfecta conciencia de que, después de lo que acababa de decir su mujer, se habían acabado las lecturas en voz alta.

—Mi esposa, Aspinwall, se toma demasiado en serio al señor James. Eso no quiere decir que uno nunca deba tomárselo en serio, pero soy firme partidario de establecer diques de seguridad, sobre todo cuando se trata del arte, y uno no puede leer a James con propiedad sin tener en cuenta que, por cada tres partes de genio, también tiene una parte de asno.

—¡Oh, Frank! ¡Qué enorme tontería acabas de decir!

—Que Aspinwall haga de juez entre nosotros, querida. Fijémonos en esta novela que estáis leyendo ahora. Strether, un provector viudo de provincias, queda fascinado ante la súbita revelación de París. Ciertamente, el escritor sabe evocar la ciudad. Se lo reconozco. Ni el propio Renoir podría haber transmitido de forma tan vívida el verde y el gris de los bulevares o el silencio majestuoso de los interiores Luis XV. Strether absorbe París por cada uno de sus poros. Revive y rejuvenece. Pero ¿qué termina por estropeárselo todo? El mero hecho de que Chad Newsome, el joven elegantón a quien fue a buscar para devolverlo a casa, resulta tener una amante francesa, cosa que todos, todos sin excepción, incluido el lector, sabíamos desde el principio y que era, de hecho, la razón para el viaje de Strether. Por la mismísima Galia, ¿qué esperaba que estuviera haciendo el muchacho? Sin embargo, él considera su visión de París incompatible con esas simples constataciones biológicas, y todo se desmorona en torno a él. Dígame, Aspinwall, el pobre Strether, como el pobre James, ¿no será un poco bobo?

—¡Pero es que no todo se desmorona! —clamó apasionadamente la señora Prescott—. Puede que Chad y Strether regresen a Woollett, pero Strether vuelve con su visión, y esa visión le sostiene.

—¿Su visión de qué?

—Su visión de París... ¡Su visión de la vida!

—Pero ¿es eso la vida? ¿No es, más bien, una visión de los detalles y las escenas de París que no encontró demasiado sórdidos para él? ¿Reconocerías alguna parte de ese París como el París de *La taberna* de Zola?

—Es una visión de la belleza. Y James la sabe transmitir. Eso es arte. Y, por tanto, debe ser vida.

—¡O un narcótico!

—Qué filisteo eres, en el fondo, Frank. Siempre hay un filisteo detrás del director de un colegio, a poco que se rasque. ¡Cuando pienso en cómo te quejas de los demás!

En ese momento ya resultaba evidente que la señora Prescott se estaba exaltando y, con un mínimo movimiento de cabeza, su marido me indicó que era hora de marcharme. Me puse en pie y murmuré una despedida, pero él me acompañó fuera de la sala y cerró la puerta al salir.

—Aspinwall —me dijo, tomándome del codo mientras me acompañaba a la entrada—, es muy amable por su parte dedicar tantas tardes a mi esposa.

—Oh, señor, el gusto es mío. De veras, me encanta.

—No puede ser muy divertido para un joven —continuó—, y quiero que sepa que no soy desagradecido. Me encargaré de que sea compensado con más tiempo libre.

—Oh, señor, no será necesario —afirmé, muy sorprendido—. La señora Prescott es la mujer más maravillosa que he conocido.

—Dios lo bendiga, hijo mío. Dios lo bendiga por haber sabido verlo —me dijo apretándome el codo.

Una vez fuera, volví casi corriendo a la entrada de Lawrence House, tan emocionado que casi iba dando brincos. ¡Qué hombre, el doctor Prescott! Podía leer al James de la última época y amar a su mujer con semejante ternura, podía apreciar lo que un humilde bobo como yo, lo contrario de lo que él esperaba de un profesor, era capaz de ofrecer a su mujer, y no dudar en pedirle a ese bobo que siguiese con sus atenciones. Era de una nobleza y una generosidad a la escala de los dioses. Elevando la vista hacia la formidable torre oscura de su capilla, reí en alto, de puro júbilo, al pensar que al fin podría haber un lugar para mí en el Justin del doctor Prescott.

2. El diario de Brian

6 de noviembre de 1939

Esta noche estaba leyéndoles en voz alta a los chicos de mi dormitorio cuando recibí una visita inesperada. Este rato de lectura, por cierto, no ha tenido más éxito que el resto de mis actividades. Leo demasiado rápido y demasiado bajo, y tiendo a quedarme tan enfrascado en la historia que rara vez me doy cuenta de que he perdido la atención del público. Con la señora Prescott resulta distinto, pues la lectura deviene, en un grado mucho mayor, una experiencia compartida. Los chicos susurran y ríen entre dientes, e incluso juegan los unos con los otros. Sé que debería regañarles, pero no puedo dejar de pensar que es su tiempo libre y que se les tendría que permitir que hicieran lo que tuvieran a bien. Esta noche, a pesar de mi concentración, me di cuenta poco a poco de que el silencio cada vez era más denso. Era un silencio como el de las aves bajo la sombra repentina de un halcón. Aparté la vista del libro y vi al director de pie en la puerta.

—Continúe, por favor, señor Aspinwall —me indicó con un cordial movimiento de su brazo, mientras avanzaba lentamente para tomar el asiento más cercano, del que al instante se había levantado uno de los muchachos—. Debe de pensar usted que no tengo nada mejor que hacer que interrumpir sus lecturas. Me quedaré un rato a escuchar, si se me permite. ¿Qué toca hoy? ¿No será otra vez *Los embajadores*? —Sonrió mirando en derredor—. Imagino que no es apropiado para esta audiencia.

—Oh, no, señor. *La piedra lunar*.

—Una historia estupenda. —Su gesto de aquiescencia fue concluyente—. Sigamos, pues.

Leí varios minutos seguidos en un silencio que me pareció perturbador por lo inusual. Luego, me interrumpió de nuevo su amplio caudal de voz:

—Perdóneme, por favor, señor Aspinwall, pero ¿qué es eso que veo allí? ¿Allí, junto a la chimenea? ¿No será un tablero de damas? Vaya por Dios, ya lo creo que lo es. A ver, vosotros dos, ¿estabais jugando mientras leía el señor Aspinwall? —En el silencio que siguió, pude ver dos pequeños rostros de consternación, pálidos como lunas, sobre el tablero a medio esconder—. ¿Se les ha comido la lengua el gato, señores? ¿Estaban jugando sí o no?

—Sí, señor.

—Entonces, a dormir. A la cama ahora mismo, muchachos. Y procuren no hacer ruido al cambiarse, no sea que interrumpan la lectura. Siga, por favor, señor Aspinwall.

Mantuve los ojos fijos en las páginas del libro para no tartamudear, permitiéndome mirar sólo una vez para ver si la aguja de mi reloj llegaba por fin a las nueve.

—¡Carstairs! —bramó de nuevo la temida voz. Ya me habían dicho que uno nunca podía saber si el doctor Prescott se iba a dirigir a los alumnos por su apellido o simplemente llamándolos «muchacho». Por lo visto, no tenía nada que ver con su memoria—. ¿Está mascando chicle?

—Bueno, Señor, yo, eh...

—¿Eh? —preguntó el director—. ¿Qué significa *eh*? No diga *eh*. Siga con la boca cerrada hasta que sepa qué palabras quiere decir. Le repito mi pregunta: ¿está mascando chicle?

—Sí, señor. Pero empecé antes de que usted viniera.

—¿Y eso qué más da? ¿Cree usted que las reglas sólo se aplican cuando yo estoy delante? Debería saber que no está permitido mascar chicle dentro de los edificios del colegio. Escúpalo. Sí, ahora. Venga, muchacho, escúpalo en la mano. —El pobre Carstairs cumplió la orden, pero esto sólo pareció enfadar aún más al doctor Prescott—. ¡Puaj! Qué cosa más repugnante. Váyase a la cama ahora mismo, muchacho. No queremos verle más por hoy. Muy bien, señor Aspinwall. Podemos seguir.

Con voz temblorosa, continué la lectura, ya arruinada, sabiendo que sólo estaba haciendo tiempo para la siguiente arremetida. Tardó dos minutos en llegar.

—Señor Aspinwall, me temo que tendrá que disculparme otra vez. Apenas creo lo que estoy viendo, pero me parece que los dos chicos agachados al otro lado de su mesa no llevan puesta la corbata. ¿Es eso posible? A ver, ustedes dos, levántense; Morgan y el chico que está al lado de Morgan. Vaya por Dios, tenían razón mis viejos ojos. Pero mucho me temo que esta vez no bastará con mandarlos a la cama. Mucho me temo que habrá que ponerles un negativo a cada uno. Encárguese de que consten los negativos, señor Aspinwall.

—Lo siento, doctor Prescott, lamentablemente, creo que es por mi culpa. Les di permiso para que se quitaran la corbata. —No se lo había dado, por supuesto, pero sí había visto que se la estaban quitando, y no podía permitir que los castigaran por mi laxitud a la hora de imponer las reglas.

—¿Es verdad, señor? —preguntó el director alzando las cejas—. Eso es algo muy, muy extraño. Por supuesto, retiramos los negativos, pero que quede absolutamente claro a todos los presentes que uno no se quita la corbata ni los zapatos hasta que es hora de retirarse. Cuando un caballero se desviste, es para irse a acostar. Y como no quiero seguir mirando el cuello desnudo de Morgan ni el cuello desnudo del amigo de Morgan, sugiero que todo el dormitorio se vaya ya a dormir, aunque queden todavía diez minutos para la hora.

Se quedó conmigo mientras los chicos se preparaban para irse a la cama, y luego me acompañó en mi ronda por los cuartos del dormitorio, mientras yo corría las cortinas de cada uno de ellos y daba las buenas noches. Ya estaba de mejor humor,

pues se detuvo para bromear con Carstairs sobre el chicle. Al apagar las luces, sin embargo, se volvió a poner serio y, ya en mi estudio, me instó a cerrar la puerta que daba al dormitorio mientras tomaba asiento junto a la chimenea y encendía su pipa.

—Quisiera darle una pequeña lección sobre disciplina, Brian —comenzó, usando por primera vez mi nombre de pila—. Es obvio que está teniendo problemas al respecto; por dos razones. En primer lugar, piensa que es una destreza para la que no está dotado. Eso no tiene ningún sentido. Si fuera misionero y tuviera ante usted a una tribu de caníbales, o si fuera *sheriff* y tuviera que hacer frente solo a una turba de linchadores, necesitaría lo que en el ejército se llama «presencia de mando», pero un profesor no la necesita. Oh, sin duda es muy útil, pero no es necesaria. Usted tiene el poder de castigar con negativos y, prácticamente, eso es todo lo que necesita. Cuando los chicos empiecen a hacerse a la idea de que la menor impertinencia con el señor Aspinwall significa quedarse sin juegos los sábados por la tarde o sin película por la noche, dejarán de ser impertinentes. Es así de sencillo.

Me di cuenta de que se esforzaba por ser amable, lo cual me dio ánimos para responderle:

—Pero odio ser injusto, señor, y a veces es difícil saber quién es el culpable. Si un chico, por ejemplo, hace un ruido ofensivo cuando estoy de espaldas, ¿qué debo hacer?

—Puede ponerle seis negativos al chico del que tenga más sospechas. Si se equivoca, eso generalmente provoca que confiese el verdadero culpable. O puede poner un negativo a toda la clase. Eso hará que los inocentes estén en contra del culpable, y puede estar seguro de que un episodio así le hará tan difícil la vida al culpable que no se volverá a repetir nada semejante. Lo importante es no preocuparse mucho por los inocentes y los culpables. Una clase en la que se oye un ruido insolente es fácil que llegue a ser una clase insolente. Su dormitorio, ahora mismo, es un mal dormitorio. Si le pusiera seis negativos, así, sin más, a cada chico, apostararía a que la gran mayoría serían merecidos.

—¿No querrá que haga eso en serio, señor?

—No, pero sí quiero que imponga su autoridad. Una semana después de haberla impuesto, tendrá un buen dormitorio, lo cual me lleva a la segunda causa de sus problemas. Usted quiere ser popular.

—¡Oh, le aseguro que no, señor!

—Bien, entonces tiene miedo a ser impopular, lo cual viene a ser lo mismo. Lo he observado, Brian. Tengo mis espías. Ahora le diré lo que quiero que haga. Quiero que ponga doce negativos antes de que acabe la próxima semana. No se preocupe. Habrá muchas oportunidades, si abre bien los ojos. A partir del sábado al mediodía, le daré de plazo una semana, y luego consultaré el cuaderno negro para ver que los ha puesto. ¿Queda claro?

Entonces se levantó, con la pipa entre los dientes, y yo me levanté tras él, con las rodillas temblando.

—Lo intentaré, señor.

—Buen chico —dijo dándome una palmada en el hombro—. Será impopular, pero será respetado. Y con el tiempo podrá construir una popularidad más sólida, basada en el respeto. Tiene mi palabra. Soy perro viejo en esto, y sé lo que me hago. —En este punto, su voz se alzó súbitamente, y se convirtió en un rugido—. Sé, por ejemplo, que hay un chico escuchando detrás de la puerta. —En el silencio posterior a estas palabras pudimos oír el sonido de unos pies en estampida—. Ya lo ve, Brian —dijo sombríamente—. El dormitorio entero sabrá de nuestra conversación por la mañana, pero así está bien. Déjeles que sepan lo que va a hacer, y luego hágalo. Buenas noches, hijo.

Y se retiró, abandonándome al silencio ominoso de un dormitorio oscuro y despierto, y al bendito alivio que representa este diario.

14 de noviembre

Bueno, logré poner mis doce negativos. Casi acaba conmigo, pero lo he conseguido. He estado tan nervioso que no he sido capaz de escribir ni una palabra en este diario hasta haberlos puesto. Puse dos negativos a un chico cuya voz creí haber reconocido tras apagar la luz. Protestó amargamente, diciendo que no había sido él, y yo titubeé, pero entonces me vino a la cabeza la advertencia del doctor Prescott, y le respondí con firmeza que debía aceptar mi decisión y que lo sentía si me equivocaba. Lo aceptó con tanta filosofía que me convencí de su culpabilidad.

Luego les puse sendos negativos a dos chicos a los que sorprendí peleando en las duchas. Era una decisión completamente justa, y así comencé a ganar confianza. Cuatro de doce. Pero en el dormitorio cada vez había más disciplina, y la semana iba pasando. A continuación, puse dos negativos más, uno a cada uno de los chicos que se habían quitado la corbata durante el rato de lectura. Lamentablemente, ello desencadenó una verdadera prueba contra mi autoridad, ya que todo el dormitorio protestó, reclamando que el delito sólo merecía una reprimenda. De nuevo titubeé, y sentí una punzada en el corazón, temeroso de una auténtica revuelta, pero volví a recordar la aseveración del director sobre mi poder absoluto. Cogí un pisapapeles de plomo y golpeé con él sobre la mesa con todas mis fuerzas. El silencio fue instantáneo.

—¡Spruance! —llamé al cabecilla—. Usted ha empezado esto, y le voy a poner seis negativos. Si le vuelvo a oír una sola palabra, le mando a ver al doctor Prescott. Y ahora, todo el mundo a la cama. Ya.

Fue un momento terrible, sabía que mi carrera en Justin estaba en la cuerda floja. Cuando todos, al fin, se pusieron en pie y desfilaron pesadamente frente a mí en dirección a sus cuartos, tuve que contraer los músculos del cuerpo para que no se me notara en la cara la oleada de alivio. Podía ser un monstruo, pero había ganado. Y, Dios mío, deja que este diario sea testigo de mi humilde agradecimiento por toda tu

ayuda durante mis crisis pueriles, y también por enviar en mi socorro el fuerte brazo del doctor Prescott. No dejes que me envanezca por mis mínimas victorias, y hazme recordar que, si alguna vez llego a ser respetado por los chicos, mi obligación consistirá en ser misericordioso, delicado y amable. A fin de cuentas, estoy aquí para servirles a ellos.

16 de noviembre

El doctor Prescott me ha hecho una jugarreta. Ha doblado todos mis negativos, excepto los de Spruance, diciendo a cada chico que soy tan blando que está obligado a ejercer la prerrogativa del director de poner mis castigos a la altura de los que generalmente se imponen. Los chicos de mi dormitorio están hoscos, silenciosos y obedientes. Ahora sí que soy impopular de verdad, cosa que odio, pero debo confesar que no es una sensación desagradable el hecho de dar una orden a sabiendas de que va a ser cumplida. Es como conducir un coche nuevo después de tener que pelearse con un trasto que se cala. ¿Será que el poder me está corrompiendo? Perdóname, por favor, Dios mío, y ayúdame si eso es así. Al menos el doctor Prescott no me ha impuesto otra cuota de negativos. De haberlo hecho, creo que no hubiera sido capaz de soportarlo.

18 de noviembre

La pobre señora Prescott empeora rápidamente, y hay signos que apuntan a una pérdida de sus facultades mentales. El pasado lunes, se hizo evidente en dos ocasiones que pensaba que estaba leyendo a William y no a Henry James, y ayer por la tarde parecía haber olvidado nuestro propósito y sólo quería charlar. Vive en el pasado, como supongo que es natural en casos así, pero en su caso parece haber una fuerte tendencia a enmarcar incidentes aislados dentro de un modelo general. Es difícil hacerse cargo, pero creo que está intentado hacerme llegar un testimonio oral de los acontecimientos más reseñables de su vida. Resulta como si, al final de una larga existencia captando inteligentes impresiones a través de la vista, el oído e incluso el tacto, ahora quisiera devolver algo de todo ello, dejar una mínima constancia de cuanto Harriett Prescott observó.

Es patético, angustioso incluso, ver a esta mujer notable rebuscando en su memoria algún agarradero, alguna prueba tangible de que, efectivamente, ha sido notable. Ahora ya es tarde para eso. Me habló de su visita a la habitación de Proust, forrada en corcho, junto a un viejo amigo de juventud del doctor Prescott, y de una conversación que había tenido con la señora Gardner cuando ésta compró *El rapto de Europa*, el gran cuadro de Tiziano. Pero igual que nuestros recuerdos más vivos de los monumentos que hemos visto en el extranjero, sean Chartres o el Partenón, se confunden en el tiempo con la más banal de las postales, del mismo modo las

impresiones de la señora Prescott resultan más comunes de lo que ella sospecha. Quería decirle que parara, que hablara tan sólo de sí misma; quería convencerla de que su vida había sido una obra de arte, de que incluso el recuerdo que quedara de ella en mi pobre entendimiento iba a ser un monumento mayor que la observación de que Proust era un esnob o que la señora Gardner sólo buscaba protagonismo. Pero ¿qué puedo hacer? También es demasiado tarde para ayudarla.

21 de noviembre

No cabe ninguna duda de que la aprobación que he logrado por parte del director ha implicado un gran cambio en mi consideración en el colegio. En una palabra, me he vuelto respetable. Es tan fuerte el poder de la personalidad del doctor Prescott en este pequeño mundo creado por él mismo que sus pequeños favores son aceptados por todos sin mostrar resentimiento. Hasta el señor Ives me invita ahora a tomar café en su ala de Lowell House. A veces me pregunto qué hay detrás de esos ojos ambarinos, pero su amabilidad es indudable. Lo mejor de todo es que los chicos de mi dormitorio parecen haberme aceptado. Cuando les ofrecí abandonar el rato de lectura de cada noche para que se dedicaran a sus juegos, votaron porque terminara *La piedra lunar*. ¡Henry James y Wilkie Collins han sido mis protectores en Justin! Incluso las piedras rojas y grises que me parecían tan imponentes han suavizado su color, y la torre oscura y empinada de la capilla de vez en cuando parece hacerme un guiño. Entiendo lo que hasta ahora se me escapaba: que el denominador común de este heterogéneo colegio es una extraordinaria devoción por su director. Y estoy feliz, aunque sea en precario. ¿Me he vendido? Y de ser así, ¿a qué? Ayúdame, Dios mío, a no envanecerme.

24 de noviembre

La señora Prescott empeoró tanto el lunes que hubo que convocar a sus hijas, pero se ha repuesto de nuevo y las hijas se han marchado. Las vi a la hora de la comida, con el doctor Prescott en la mesa principal, y me llamó la atención el parecido que guardan con él. Son en verdad muy similares, de tez blanca, caras más bien cuadradas y el pelo moreno, todas con la misma vitalidad que su padre. De hecho, había más risas en la mesa principal de lo que me parecía conveniente dadas las circunstancias, pero es que en estos días la menor muestra de pena se tiene por morbosa. Debo evitar el pecado de juzgar a los demás. Quizá deseo, en el fondo, denigrar la devoción filial de las hijas de la señora Prescott para poder considerarme ante mis propios ojos como su único amigo verdadero. ¡El demonio no descansa!

25 de noviembre

He visto a la señora Prescott esta tarde, pero apenas un momento. Parecía muy debilitada, aunque más lúcida que antes, y me dijo que, a su «viejo esqueleto», nada le levantaba más el ánimo que una reunión familiar.

1 de diciembre

Hoy hemos coincidido el señor Ives y yo después del desayuno, camino de la capilla. Uno tiene la sensación de que nada de lo que hace es por azar. Estoy convencido de que cada minuto de su día, cada conversación, cada comida, cada paseo, están al servicio de Justin. No parece tener ningún interés ajeno al colegio y, dentro de las fronteras de éste, ese interés se reduce a lo estrictamente material. Cuando le confié que tenía una firme vocación religiosa, pero todavía por madurar, me miró un poco sorprendido, como si yo, un buen muchacho de apariencia irreprochable, le hubiera contado una historia subida de tono. Con todo, dentro de su estrecho campo de acción, puede resultar una magnífica guía.

—Dicen que se ha convertido en el lector oficial de la directora —me dijo esta mañana con su tono cantarín, algo burlón. Ahora que lo conozco mejor, sé que este tono se ha convertido en una costumbre y que, por tanto, no refleja, como creía, una actitud permanentemente despectiva—. En la corte francesa era un puesto muy codiciado.

—Era un puesto al que podían optar damas humildes —repuse con tacto—. Confío en no parecer pretencioso al aspirar a él.

El señor Ives me lanzó una mirada de reojo, como solía hacer antes de cambiar el sentido de su conversación.

—Mi querido colega, todos estamos muy contentos de que sea capaz de hacer algo que distraiga a la pobre señora Prescott. Los demás lo hemos intentado y hemos fracasado.

—Pero ¡yo no hago nada! —exclamé, avergonzado por el tono grave de su discurso.

—En cierto sentido, claro está, uno no puede hacer nada —asintió—. Pero eso hace que incluso lo más insignificante tenga mayor brillo. Harriett Prescott se está muriendo, y por eso está tan irritable. Cuando llegue a mi edad, sabrá hasta qué punto es normal que te cause fastidio la muerte. Al mismo tiempo, está disgustada con la mayor parte de sus viejos amigos. Tan sólo podemos amarla en silencio. Pero sobre usted, un recién llegado, ha recaído el privilegio de entretenerla. Alguno habrá que esté celoso, pero le aseguro que todos le estamos agradecidos.

—Me alegra que lo llame privilegio, pues así es como yo lo considero. Suponiendo que realmente la haya entretenido, cosa que pongo muy en duda.

—Oh, usted le gusta. Aún no lo identifica con el colegio. Es natural que, a medida que su fin se acerca, mire con amargura la institución que ha sido su mayor rival, y que pronto tendrá a su marido enteramente para sí. Se habrá dado cuenta de hasta qué

punto se muestra impaciente con el doctor Prescott.

—Me he dado cuenta. Y me ha dado mucha pena.

—Eso no hacía falta. Él lo entiende. Pocos maridos, Brian, habrán sido tan amados como él. Y, aun así, ella siempre ha tenido que saber, como yo mismo he sabido, que por cada gramo de amor que le da Francis Prescott, medio kilo de amor va para el colegio. Así son las cosas. —Me miró con sus ojos duros, de pájaro, y por primera vez intuí toda la emotividad que podían ocultar—. Así son siempre las cosas con los grandes hombres, pero a veces eso se les hace un poco difícil a las esposas mayores y a los profesores.

No contesté, pues ya habíamos llegado a las escaleras de la puerta de la capilla y oíamos las escalas de una fuga de Bach en el órgano.

5 de diciembre

Estoy bajo de ánimo esta noche: temo haber visto por última vez a mi nueva amiga tan querida. Dios mío, haz que su partida sea rápida y sin dolor. No hay duda de que ella se contará entre los ángeles que te sirven. A las tres me dieron aviso de que quería verme, y por primera vez fui a su dormitorio, donde la encontré muy debilitada y macilenta, pero todavía con ganas de hablar. La enfermera me dijo que no me quedara más de diez minutos, pero cuando su blanca figura apareció en el umbral para advertirme de la hora, la señora Prescott la despidió, diciendo bruscamente:

—Tengo toda la eternidad para descansar, señorita Mitchell. Déjenos tranquilos.

Esto me hizo sentir incómodo, pero me pareció que posiblemente la frustración le sentara peor que el cansancio. Estaba recostada sobre la almohada, con los ojos cerrados, hablando menos para mí que para sí misma. Sus pensamientos ya no parecían remontarse a personalidades famosas del pasado, sino más bien a su propia juventud. Hice el menor número posible de comentarios, los justos para guiar su viaje por una plácida corriente.

—Oh, eso fue antes de casarme —murmuraba—. Entonces sólo tenía veinte años y estaba pasando el invierno en París. Vivíamos en un pequeño apartamento de un viejo *hôtel* de la Rue Monsieur, mi hermana, una tía soltera y yo. Nunca olvidaré el alboroto que hubo en la familia cuando se descubrió que teníamos un sofá en el salón.

—¿Un sofá? ¿Y qué había de malo en un sofá?

—¿Cómo? ¿No ve la cantidad de intimidades inconcebibles que eso podía sugerir? —Sus ojos aún seguían cerrados, pero un asomo de sonrisa se abrió entre sus finos labios blancos—. Para nuestros inexistentes visitantes sólo podía haber sillas rígidas y pequeñas. Y es que había que seguir ciertas reglas con las visitas. Sí, todavía eran los tiempos del *maintien*. Por ejemplo, en ningún caso podía ofrecerse a un invitado una silla en la que alguien se hubiera sentado antes.

—¿Quiere decir que había que darle una que nadie hubiera utilizado?

—Si es que la había. Por supuesto que sí, ¿se imagina algo más horrible que un

asiento caliente? *Voilà qui serait dégoûtant!* —Después de esto, permaneció callada durante tanto tiempo que pensé si no se habría quedado inconsciente. Cuando volvió a hablar, su voz ya era más firme—. ¡Ah, esos tiempos de felicidad y de inocencia! Cómo me rebelaba, y cómo me gustaba rebelarme. Mis hijas han sentido siempre una frustración tremenda por no poder escandalizarme. Ha sido muy mezquino por mi parte, ahora que lo pienso. Me pregunto si no será eso lo que más les ha dolido en la vida, esa necesidad desesperada, nunca satisfecha, de tener un convencionalismo con el que romper. —En ese instante pareció luchar por recobrar el aliento—. ¡Es el anodino vacío de una civilización sin amores ni odios!

—Pero ¿acaso un padre debe fingir que es convencional? —protesté—. ¿Debe una madre defender un prejuicio que no tiene?

—Quizá. La verdad es que quizá sí deba hacerlo. —Guardó silencio de nuevo, durante un minuto al menos, y cuando volvió a hablar lo hizo en voz muy baja. Sus pensamientos parecían seguir aún en ese pasado francés recién evocado—. Todo resulta tan... tan difícil de comunicar. Como el París de entonces. No era un Renoir, no. Ni tampoco un Pissarro. —Las pausas entre frase y frase se hacían cada vez más frecuentes—. No, no era nada de eso. Ahora lo veo todo más claro, más iluminado. Es curioso, ¿verdad? Más al estilo de una mala pintura de estilo académico. Un Meissonier. Un Gérôme. Muchachas de mejillas sonrosadas con perros. El Bois de Boulogne. Un carro. Y todas esas escenas de mercado. —Sonrió de nuevo—. Tendría gracia que los impresionistas se hubieran equivocado. Qué... qué gracia tendría. Y mi madre nunca me quiso dejar... nunca me...

A partir de entonces no pude descifrar sus palabras, y me levanté alarmado para llamar a la enfermera, a la que encontré junto a la puerta.

—Ahora, márchese —me susurró, enfadada, la señorita Mitchell—. Por favor, márchese.

Pero yo no iba a consentir que el enfado de la señorita Mitchell me afectara. Me dirigí a la cama y me incliné para besar la mano, marchita y huesuda, de mi pobre querida amiga.

—Crébillon —murmuró aún, muy claramente.

Salí del dormitorio. Pensé que estaba delirando, y sólo ahora, al escribir el nombre, he recordado que era el autor de *El sofá*.

6 de diciembre

Esta mañana, cuando íbamos a desayunar, el señor Ives me comunicó que la señora Prescott había muerto poco antes de la medianoche. Tuve que retirarme a mi estudio, pues no podía dejar que los chicos de mi mesa me vieran llorar. Pasados unos minutos, me recompuse y volví. ¿Quería que la señora Prescott viviera más tiempo? No. Señor, Dios mío, ahora ella es uno de tus ángeles, y sin duda estará entre los más hermosos. Esta mañana, una campana de la capilla dobló gravemente una vez por

minuto, de ocho a nueve, durante la hora entera. Las notas tenían un modo curioso de agruparse y extenderse, como una gran pila que se fuera llenando gota a gota, lentamente, hasta que una enorme y profunda pena se derramó por todo el recinto escolar. Ha sido maravilloso observar cómo el sentimiento de la muerte se asentaba con tanta facilidad y nobleza en un colegio consagrado a la juventud. Ha sido exactamente como ella lo hubiera deseado.

8 de diciembre

He visto al doctor Prescott por primera vez tras la muerte de su esposa. Me llamaron a su estudio, donde lo encontré tras su mesa, sumido en una actitud de profunda contemplación. Ni siquiera alzó los ojos para mirarme al dirigirse a mí en voz baja:

—He recordado, Aspinwall, que usted debe de haber sido la última persona que oyó hablar a mi mujer. ¿Tendría usted la bondad de decirme cuáles fueron sus últimas palabras?

En su tono había una extraña gelidez, como si estuviera celoso de esa postrera intimidad. Era reseñable que ya no me llamara «Brian». Algo le había oído yo al señor Ives sobre la época «dura» de la vida del doctor Prescott, antes de esta amable vejez, y me pregunté si su actual comportamiento no sería un vestigio de ese pasado, pero yo me encontraba demasiado lleno de compasión y de amor para abrigar el menor resentimiento.

—Crébillon —murmuré—. Crébillon fue la última palabra que le oí pronunciar.

—¿Qué?

Como un estúpido, repetí el nombre.

—Sin duda, imagino que no se estará refiriendo al escritor francés de novelitas lúbricas del siglo XVIII.

Vacilante, tremendamente avergonzado, expliqué la situación, mientras él me miraba con absoluta seriedad. Cuando terminé, permaneció en silencio.

—Resulta particularmente inconveniente —dijo al fin con el mismo tono solemne— que la última palabra que se recuerde de la mujer que ha contribuido más que nadie a este colegio sea el nombre de un escritor cuyos libros ni siquiera se admiten en la biblioteca. —A continuación, sin sonreír, me guiñó un ojo—. Es tan propio de Harriett, tan deliciosamente propio de ella, irse con esa muestra de rebeldía. Muchas gracias, mi querido Brian. Muchas gracias por contármelo. —Se levantó y me alargó la mano por encima de la mesa. Se la estreché y, para mi horror, comencé a sollozar. Me tapé la cara y seguí sollozando—. Está bien, querido muchacho —me dijo con el tono más amable posible—. Usted quería a mi mujer, y eso lo aprecio enormemente.

—Sí, señor, sí la quería —farfullé—, pero menuda escena acabo de hacerle. —Y lo miré con una desesperación suplicante—. ¿Cree usted que un hombre con tan escaso control sobre sí mismo puede llegar a ser sacerdote algún día?

—¿Es eso lo que quiere ser?

—Sí, señor.

El doctor Prescott rodeó la mesa, se acercó a mí y apoyó la mano sobre mi hombro.

—Es bueno tener sentimientos, Brian. Uno sólo puede controlarlos cuando los tiene, ¿verdad? Usted tiene mucho que dar a los demás, y creo que su vocación puede ser verdadera. Pero no creo que esté preparado todavía. Creo que lo que tal vez necesita es, precisamente, pasar un par de años en Justin.

Me froté los ojos, volví a estrecharle la mano y salí a toda prisa del despacho. ¡Yo, que debería haber ofrecido consuelo, fui quien lo pidió y lo recibió con toda abundancia! ¿Bastará una vida entera de buenas obras para justificar tantas bendiciones como he recibido? Señor, ayúdame a ser digno.

3. El diario de Brian

8 de marzo de 1940

Llevo tres meses sin escribir en el diario, no porque no haya pasado nada, sino porque han pasado muchas cosas. Cuando comencé este diario, en el mes de septiembre, no lo hice con ningún propósito específico, pero con el tiempo llegó a cumplir dos objetivos: tuve un confidente durante las primeras semanas de soledad como profesor y un registro de mis plegarias y aspiraciones, a partir del cual esperaba discernir mis méritos para ser sacerdote. Pero ahora no sólo me siento feliz en Justin, sino que empiezo a estar audaz y maravillosamente convencido de que, si ésa es la voluntad de Dios, algún día estaré preparado para entrar en el seminario. Y, con todo, aún siento una misteriosa inclinación a seguir escribiendo aquí.

Ahora creo saber en qué consiste esta inclinación, y voy a ponerlo por escrito. Me obligo a hacerlo, por presuntuoso que pueda parecer. Al fin y al cabo, ¿qué hay en apariencia más presuntuoso que el hecho de convertirse en sacerdote? Sólo deja de serlo en tanto que uno sigue una llamada; lo obligado es distinguir si esa llamada es falsa o verdadera.

Lo que quiero decir es que tal vez yo haya sido llamado a mantener el recuerdo de la vida y la personalidad de Francis Prescott.

Ya está. Ya lo he dicho.

¿No fue así como se escribieron los Evangelios y las vidas de los santos? No se trata, por supuesto, de que vayan a faltar escritos sobre la vida del doctor Prescott, pero, desde la muerte de la señora Prescott, he tenido la oportunidad de hablar con algunos de los antiguos alumnos que han visitado el colegio para darle el pésame al director, y me ha resultado chocante el hecho de que no todos lo ven como yo lo veo. La leyenda ha comenzado a oscurecer al hombre, y he tenido la osadía de plantearme si la visión más ajustada y veraz no será la visión del ojo más nuevo, si el doctor Prescott no se revelará con mayor facilidad a quien no estudió en Justin.

Creo que el señor Ives puede tener de él una visión clara y completa, pero me pregunto si está satisfecho con su valoración. No sé por qué, no logro imaginármelo poniéndola por escrito. Me parece un hombre que sólo tiene fe en el doctor Prescott, y de ahí que seguramente no vea la necesidad de escribir algo que sobreviva al propio doctor Prescott. Con esto no quiero decir que esté intentando convertir este diario en una biografía del doctor Prescott. Tan sólo procuro retener algo que en última instancia lo salve de las sombras que proyectan las biografías «oficiales».

Aunque tal vez esté volviendo a ser presuntuoso. Pero debo aprender a no temer

tanto a la presunción. Ese temor puede ser, en sí mismo, una tentación.

En resumen: después del funeral de su esposa, los amigos y la familia del doctor Prescott ejercieron mucha presión para que se tomara el invierno libre. Cada una de sus hijas quería tenerlo en su casa, pero él insistió en seguir con sus obligaciones. La señorita Turnbull, la menor de todas, de voz tronante y maneras firmes, con abundantes restos de la belleza morena que le hizo conquistar dos maridos y con el carácter que le hizo perderlos, vino desde Nueva York para quedarse en la residencia del director y tratarnos a todos con animosa condescendencia, pero tras un mes de desaires por parte de su padre, terminó por marcharse. El doctor Prescott al fin pudo llevar el luto a su manera.

Fue entonces cuando el señor Ives me llamó a su despacho para anunciarme su propuesta.

—La única manera en que podemos ayudar al doctor Prescott es aligerando su carga, y el único profesor que puede lograrlo es usted. Ha ganado muchos puntos por su amistad con Harriett. Por eso voy a crear un nuevo puesto para usted: asistente del rector. Lo ayudará con su correspondencia y le corregirá los temas de sus clases de Religión. Estará disponible para ir a pasear con él, a pie o en coche, por las tardes. Es un trabajo, naturalmente, que tendrá que ir aprendiendo sobre la marcha. Si el doctor Prescott le deja, habrá mucho que hacer.

—¿Y me va a dejar?

—No lo sé. Cuando se lo comenté, se limitó a rezongar, pero no se negó. No me cortó la cabeza, que es lo que me temía. Lo único que podemos hacer es intentarlo. Me quedaré con las clases de Inglés que da a los de cuarto, y no tendrá que vigilar la sala de estudio.

—Señor, no creo que sea necesario.

—Tal vez no, pero en caso de que esto funcione, quiero que esté libre. No se preocupe por no estar cumpliendo con lo suyo. Si le presta la más mínima ayuda al doctor Prescott, estará haciendo más por Justin que de cualquier otra manera.

—Pienso intentarlo con todas mis fuerzas.

Esta conversación tuvo lugar hace un mes, justo al término de las vacaciones de Navidad. A la mañana siguiente, cumpliendo con mis instrucciones, me presenté en el despacho del director y le pregunté si podía ayudarme con la correspondencia. Me indicó un asiento y pasó a leer sus cartas y a dictar las de respuesta a su secretaria, la señorita Burns, sin prestarme ninguna atención. A las once me fui a dar la clase de Inglés a los de primero. Había sido horrible.

A la mañana siguiente, cuando me presenté de nuevo, me pasó una carta de un antiguo alumno, muy agresiva, en la que preguntaba cuántas clases de «lenguas muertas» se daban en el colegio.

—Siempre están intentando tacharme de clasicista —refunfuñó—. La verdad es que, pese a mi aprecio por la poesía griega, en Justin se hace menos hincapié en las lenguas antiguas que en la mayor parte de los colegios. Cuanto más viejo me hago,

más cuenta me doy de que la única cosa que estimula a un profesor es esa rara chispa en los ojos de un muchacho. Y cuando se ve esa chispa, Brian, uno sería un asno si se preocupara por saber de dónde procede. Sea de una oda de Horacio, de una saga islandesa o de algo que explota en un laboratorio.

No hizo ningún comentario a la carta que escribí, pero la firmó y, desde entonces, sin más discusiones, quedé al cargo de las cartas de los antiguos alumnos.

Me fascinó que hubiera tantas. A veces parecía que los antiguos alumnos no tenían nada mejor que hacer que escribir a su antiguo director. Algunas de las cartas eran de una fanfarronería pueril. «Por el encabezamiento, podrá observar que ahora soy asociado de...» o «¿Pensó alguna vez, doctor Prescott, que se podría dirigir a mí de igual a igual?». En otras, los remitentes criticaban amargamente al doctor Prescott, señalándole como responsable de desafortunados acontecimientos en el escenario nacional o internacional, incluso de la guerra. En estas cartas había un tono estridente, un «por fin se puede decir», algo de pisotón de última hora en la cola del viejo león, a la distancia de seguridad que ofrece el correo postal. ¡Mire, mire en lo que ha desembocado tanta insistencia en el fútbol americano, el latín, las duchas frías, la oración obligatoria en la capilla, la bendición antes de comer o los cuellos duros del domingo! «¿Le interesaría saber, doctor Prescott, cuántos de mis antiguos compañeros han llegado a ser estafadores, drogadictos, alcohólicos, crápulas o pederastas? ¿Y quién es el culpable, doctor Prescott?». «¿Sabe usted, doctor Prescott, que nunca llegué a sentirme un hombre de verdad hasta que rompí el libro de oraciones que me dio?».

Cito estas cartas en primer lugar porque las demás, es decir, los encomios, las felicitaciones, los homenajes casi lacrimosos, constituían la enorme (y, en última instancia, tediosa) mayoría. Terminé por pensar que el común denominador de lo bueno y de lo malo, de lo favorable y de lo desfavorable, consistía en que, respecto al doctor Prescott, sus antiguos alumnos nunca habían llegado a madurar del todo. Lo seguían amando u odiando como si aún se encontraran en el colegio, y lo alababan o denigraban como si todavía estuvieran de novatadas en el sótano o en una piragua en el río Lawrence. Él no parecía ir empequeñeciéndose con los años, como suele suceder con los personajes de la infancia y, cuando regresaban a visitar el colegio, en vez de resultarles una especie de curioso y anticuado Mister Chips^[1] (¿era ese hombre el que tanto miedo me daba a los catorce años, esa amable figura de abuelito de porcelana de Meissen con el dedo extendido bajo la nariz?), veían al mismo rector, con la salvedad de que aún era más imponente, pues al disminuir a ojos vista el tamaño del colegio, él aparecía por encima de él, grotescamente enorme, como el artífice del teatro de títeres que se alza a la caída del telón. El Prescott que recordaban, ¡Dios santo!, era el verdadero Prescott.

Su horario es impresionante para un hombre de ochenta años. Se levanta a las

seis, conforme a la tradición de los grandes Victorianos, y lee durante una hora antes del desayuno. Afirma que una mente absorbida de continuo por las menudencias de la vida escolar necesita ventilarse cada día para mantenerse fresca. Lee rápidamente, sobre muchas materias, sobre todo libros de filosofía e historia y, aunque está al día de la narrativa moderna, es más feliz con los poetas griegos. Después celebra en la capilla, preside la asamblea escolar y pasa una mañana muy ocupada en su despacho del edificio del colegio. La comida en la mesa principal sigue luego, con media hora para el café con el claustro de profesores, rato que se conoce como «el momento de los favores», porque es entonces cuando está más accesible y más cordial. Dedicamos las tardes a la inspección visual del colegio, y a lo largo de la semana visita todas sus dependencias, algunas de ellas en repetidas ocasiones: los campos de deporte, la enfermería, el gimnasio, los vestuarios, los dormitorios, incluso los sótanos y los baños. Cena en su casa, con invitados, generalmente antiguos alumnos de visita, pero después se retira a su estudio para dedicar dos horas más al papeleo y a conversar con los muchachos. A las diez se toma un par de generosos whiskys para terminar el día. En tiempos de la Ley Seca dejó de tomárselos, y me ha dicho que para él resultó una amarga abstinencia.

15 de marzo

Esta tarde, el doctor Prescott y yo estuvimos viendo la pelea de bolas de nieve entre los alumnos de primero y los de segundo, «los nuevos» contra «los viejos». Salvo por algunas escaramuzas, se han hecho valer estos últimos; eran mayores y más fuertes, y tenían la reciedumbre que da haber pasado un año más por los rigores de Justin Martyr. La escena recordaba uno de esos cuadros de batallas de la escuela académica victoriana. Desde lejos, todo resultaba pintoresco, incluso alegre, lleno de caras enrojecidas y jerséis de tonos encendidos sobre un fondo blanco enmarcado por olmos desnudos, del color de la pizarra. Pero una mirada desde más cerca permitía apreciar los detalles escabrosos. Había un chico pequeño que sangraba con el labio partido por un trozo de hielo, y otro al que sacaban fuera del campo con lo que resultó ser un tobillo roto. El doctor Prescott no parecía turbado en absoluto.

—De vez en cuando hay que dejar que los chicos se comporten como animales —contestó a mis objeciones mientras nos íbamos—. La vida en sociedad era más atractiva cuando los caballeros defendían su honor con espadas y no con pleitos.

—¡No querrá decir que está a favor de los duelos!

—No, no, por supuesto que no —rezongó—. He dicho que la vida era más atractiva, no que fuera mejor. Entonces, cualquier calumniador lloriqueante era consciente de que corría el riesgo de que le pidieran cuentas. Del mismo modo, la vida juvenil es más atractiva cuando los chicos pueden impartir la justicia por su

propia mano y no tienen que chivarse.

Poco a poco iba aprendiendo a no dejarme abrumar por él.

—¿Insinúa usted que a los chicos se les mima en Justin, señor?

La pregunta lo irritó visiblemente, pues apretó el paso y me dejó atrás, sin responderme; pero unos momentos después, tras darle alcance, me habló con cierta suavidad:

—Bueno, por supuesto, ahora ya no hay novatadas. Todos los colegios las han suprimido, y nosotros también las hemos tenido que suprimir. La pelea con bolas de nieve es el último vestigio que queda de aquello. Ha sido testigo de una rara pervivencia del pasado, amigo mío.

—No me ha hecho sentir mucha nostalgia.

—Tal vez tenga razón. —Había vuelto a su tono más razonable—. Quizá mi predisposición favorable hacia todo lo inglés me hizo ver un valor moral en las novatadas, cuando en realidad no había ninguno. En los colegios privados ingleses del siglo pasado había mucha crueldad, pero iba de la mano con una intensa amistad entre los chicos —casi era una pasión, podría decirse— que le dio una especie de brillo dorado a la juventud victoriana. Por supuesto, en Estados Unidos esto sólo se entendió en su forma más superficial, con el resultado de que nos quedamos con las novatadas y desalentamos las amistades. Tal vez haya sido esto lo que dio a nuestros colegios su característica adustez. Sí, Brian —aquí hizo una pausa para asentir con la cabeza—, las novatadas tenían que acabarse.

—Pero usted nunca desalentó las amistades particulares entre chicos, ¿verdad, señor?

—¿Cómo que no? —gruñó sonoramente—. ¡He sido de los peores!

—¿Y eso por qué, señor?

—Porque, señor mío —afirmó en voz alta, clavando su bastón en la nieve—, no pensaba que cien ejemplos de David y Jonatán valieran por uno solo de sodomía.

Quedé demasiado anonadado para decir nada más, pero estoy empezando a atisbar algunos de los conflictos de su carácter. Es un artista y es un predicador. Es un intelectual y es un hombre de Dios. Posiblemente le encanta Swinburne, pero se ha obligado a no leerlo. En esto se distingue del famoso doctor Peabody de Groton, que predicó aquí la semana pasada. Peabody no vería la belleza de Swinburne, y jamás sería tentado por las Loreleis del arte. Su camino es más sencillo.

16 de marzo

Esta tarde le pregunté al doctor Prescott qué opinaba de Peabody. Me lanzó una de sus astutas miradas de reojo, y habló con brusquedad:

—Un hombre que considera que Theodore Roosevelt ha sido el mayor hombre de Estado de Norteamérica y que *In Memoriam* es el mejor poema de la literatura inglesa está bien pertrechado para preparar a los jóvenes para el baño turco del

Racquet Club.

—No es ahí donde terminó Franklin Roosevelt —aduje yo.

El doctor Prescott echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—No, pero ¡el noventa por ciento de la gente de Groton hubiera deseado que terminara ahí, evaporándose! —La risa dio paso a una tos balbuciente, y se inclinó hasta que se le pasó el ataque—. Por supuesto, me estoy burlando. Cotty Peabody es un gran hombre, a su manera. Lo que de verdad me molesta es que mis alumnos no sean más diferentes de los suyos. ¡Con todo mi énfasis en las Humanidades y el suyo en Dios, los dos no hacemos más que formar agentes de bolsa!

—Vamos, señor. No está siendo usted justo consigo mismo. Ni con el doctor Peabody.

—Pero quizá sea precisamente eso lo que explica nuestra fama —continuó en un tono más reflexivo, haciendo caso omiso a mi comentario—. La mayor parte de los padres preferiría ver a sus hijos muertos antes que cultos o devotos. Elogian nuestros esfuerzos, pero aún más nuestros fracasos. Sí, la grandeza de los colegios privados, Brian, no consiste en que produzcan genios —surgen de todos modos, y no pueden fabricarse—, sino en que algunas veces convierten a un estudiante de tercera fila en uno de segunda. No podemos enorgullecemos públicamente de estos logros, pero aun así son nuestra gloria.

—Me pregunto si el doctor Peabody estaría de acuerdo.

—El doctor Peabody no es partidario de reírse de las cosas sagradas —afirmó secamente—. Y el doctor Peabody tiene razón. El sentido del humor es un peso inútil en un colegio como el nuestro, salvo para luchar contra el esnobismo —aceptó de mala gana—. Sí, tenemos que luchar contra el esnobismo.

—¿Hay tanto esnobismo en Justin?

—Mi querido colega, ¡estamos atestados de esnobismo! Todos los colegios lo están. El esnobismo es un cáncer en Estados Unidos porque fingimos que no existe, hasta que crece y ya no se puede operar. En Inglaterra tiene menos peligro porque está ahí, a la vista de todos. De hecho, alardean de ello. Pero si un chico de aquí al menos puede verlo, quizá hay una posibilidad entre diez de que luche contra él.

—¿Quiere decir que el noventa por ciento de los alumnos de Justin son esnobs?

—«He respondido a tres preguntas, y ya basta —citó irritado—. ¡Márchate, o te mando escaleras abajo de una patada!»^[2].

Así concluyó nuestra conversación esa tarde, y de ella he extraído una lección valiosa. Cuando tiene el día corrosivo, resulta fatal intentar contenerle. Es como si intentara razonar con el furioso rey Lear en el brezal. Mi misión es escuchar, no consolar.

18 de abril

El reverendo Duncan Moore, rector de la iglesia de St. Jude en Nueva York, ha sido

el predicador invitado esta mañana. Le he escuchado con el mayor interés, pues se le considera el candidato con más posibilidades de suceder al doctor Prescott. Me temo que no me ha gustado. Es un hombre grande, radiante, sonriente, prácticamente calvo, de gran nariz, con una amabilidad algo agresiva y demasiado buen orador —creo yo— para resultar verdaderamente religioso, pero, por supuesto, tengo muchos prejuicios; no soporto la idea de que alguien suceda al doctor Prescott.

Como predicador, le atrae la humildad como a las moscas la miel. Su tema esta mañana era la guerra en Europa, que él parece considerar un castigo que tenemos que sufrir por la arrogancia y el materialismo de las décadas de entreguerras. Tal vez el señor Moore no crea en serio que Dios nos mandó la guerra a modo de azote, pero sí parece creer que nosotros deberíamos fingir que es así, y que tendríamos que adoptar esa superstición suponiendo que aún no la tengamos.

Acabado el servicio religioso, me encaminé con el señor Ives hacia Lawrence House. Estaba en su veta más sarcástica.

—Me ha tranquilizado mucho, ¿a usted no, Brian? La guerra me había llegado a preocupar de la manera más tonta. ¿No le parece un hermoso gesto que el señor Moore haya tenido tiempo para abandonar a su elegante feligresía y poner rumbo al norte para traernos la buena nueva? ¡Y pensar que, durante todo este tiempo, la guerra no ha sido más que una bendición oculta!

No me fijé en si había algún chico que pudiera oírnos. Sabía ya que nunca había ninguno. Las indiscreciones del señor Ives son totalmente discretas.

—Supongo que el intento de sacar lo mejor de cada cosa es muy humano —afirmé—. Incluso de la guerra.

—Eso son tonterías, Brian —contestó bruscamente—. Y lo sabe. De la guerra no se saca nada, salvo muerte y destrucción. Inglaterra y Francia están combatiendo a Hitler. Lo máximo que pueden esperar es contenerlo. Un paciente no sale de una intervención quirúrgica mejor que si nunca hubiera tenido un tumor.

—¿Ni siquiera si tiene fe en que será así?

—Entonces se deberá a la fe, no a la operación.

—No puedo discutirlo. Sabe que estoy de acuerdo —dije encogiéndome de hombros.

—Entonces, imagino que reconocerá amablemente que Duncan Moore es un perfecto imbécil.

—¿Cómo podría reconocerlo? —argüí con pesar—. ¿Cómo voy a admitir que el doctor Prescott ha elegido como sucesor a un imbécil?

—Precisamente porque eso es lo que hacen los grandes hombres.

—Moore tal vez mejore con su nueva responsabilidad. Y le tendrá a usted para aconsejarle.

—Oh, no, no me tendrá —exclamó el señor Ives con un gruñido que transmitía mucho más fervor que el resto de sus tonos—. Cuando el doctor Prescott se vaya, no me quedará en Justin ni un minuto más. Y mucho me temo que se irá pronto.

Me detuve para mirar con consternación a la pequeña figura aquilina que estaba a mi derecha.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Hay señales —dijo terminantemente—. Y soy muy sensible a las señales. Ha habido una, por ejemplo, en el sermón de hoy. El nuevo edificio que se ha de erigir sobre el solar del viejo. El aire fresco en los cuartos cerrados. ¿No lo ve? Un Justin Martyr resplandeciente y nuevo, construido por Duncan Moore con las maderas podridas del viejo.

El cielo calmo, claro, inexpresivo; las escasas nubes, casi inmóviles; los prietos capullos rosados de los cornejos junto al edificio de la escuela, el súbito griterío de un grupo de muchachos, el gorjeo de las golondrinas sobre mi cabeza y el hondo tañido de la campana que tocaba los cuartos me llenaron de tristeza y del sentimiento de la fugacidad de todo lo bueno. Mi alma parecía pedir llorando: «¡Déjame disfrutarlo, Dios mío, si esto es cuanto podremos disfrutar!». El claustro de Justin tal vez sea un refugio de la guerra, un refugio de la realidad, pero cuando la realidad resulta sombría, hacer de refugio puede constituir una virtud. Pronto, demasiado pronto, la realidad echará abajo los muros y desbordará los cauces del colegio con sus furiosas aguas, pero hay un tiempo provisional que nos pertenece, y ese tiempo provisional ¿acaso no es tan real como la misma realidad?

4. El diario de Brian

15 de mayo de 1940

Ésta es mi primera anotación tras la catástrofe de la invasión de los Países Bajos. El doctor Prescott tiene una fe muy grande en los ejércitos de Inglaterra y de Francia, sobre todo en el de Inglaterra, pero yo tengo la triste tendencia a identificar a «los buenos» de cualquier conflicto con los débiles, y a pensar en la guerra como en Brian Aspinwall frente a una división de tanques alemanes. Resulta curioso que uno tenga tanta fe en Dios y tan poca en el hombre, pero es que los bárbaros ya han vencido en otras ocasiones, ¿no es así? Ha habido épocas oscuras.

18 de mayo de 1940

El enemigo avanza en Europa de triunfo en triunfo. ¡Si pudiera estar allí! ¡Si me hubiera quedado en Oxford! Sin duda, ahora me hubiesen aceptado, incluso con mi soplo en el corazón. Pero ya estoy otra vez pensando en la guerra en términos de lo que yo podría hacer, pese a que sería un pésimo soldado. ¿Para qué iba a servir mi alistamiento, más que para aplacar mi turbio sentimiento de culpa? ¡Ah, el ego, el ego, que arde como un rescoldo ante el incendio del mundo!

21 de mayo

Incluso el doctor Prescott comienza a sentir el desaliento.

—Si se hacen con Francia, todo está perdido —me dijo esta mañana—. ¿Qué puede hacer Inglaterra sin un ejército ni unas fuerzas aéreas dignos de tal nombre? Si tuviera tiempo, sí podría hacer algo, pero ¿de dónde va a sacar tiempo? Oh, Brian, ¡poder luchar, poder luchar! Incluso a los viejos e inútiles como yo deberían darnos un rifle y enviarnos al frente.

Sí, él también.

22 de mayo

Ha caído Bruselas. Es pasmoso lo poco que les importa a los muchachos, pero ésa debe de ser la esperanza del mundo, la indiferencia. Si las cosas nos importaran de verdad, ¿cómo podríamos vivir?

23 de mayo

El desastre ha enviado a un embajador muy peculiar a nuestros pacíficos contornos. Se trata del señor Horace Havistock, el amigo más viejo del doctor Prescott, que ha vivido en París durante cincuenta años y que, con un raro sentido de la previsión, decidió repatriarse a tan sólo dos semanas de la *Blitzkrieg*. Permanece encerrado en la casa del director, y sólo ha aparecido una vez en el comedor, para sentarse a la derecha del doctor Prescott. Parece mucho mayor que su anfitrión, aunque supuestamente tienen la misma edad. Camina muy encorvado y es muy moreno de piel, con el pelo espeso y canoso, y se apoyaba pesadamente en el brazo del doctor Prescott al entrar y salir del comedor. Con todo, resulta espléndido si se le considera una reliquia de fin de siglo. Llevaba una camisa con cuello de pajarita, pantalones a rayas, una chaqueta de mañana y botines negros con botones de un brillo perfecto. El señor Ives me ha dicho que su criado tiene que levantarse cada noche a las dos para «darle la vuelta» en la cama.

25 de mayo

Las historias en torno al señor Havistock, que sigue recluido, no dejan de animar la hora del café. Una escuela es como un pequeño pueblo, y todos necesitamos algún desahogo cómico en estos días sombríos. El invitado del doctor Prescott tiene el mismo cometido que el portero en el segundo acto de *Macbeth*: hace que el suspense no se vuelva insoportable.

Al parecer, requiere de constantes servicios. El desayuno ha de estar listo exactamente a las ocho en punto, y cuando la pobre y anciana señora Midge, el ama de llaves, sube las escaleras renqueando con la pesada bandeja, no es raro que se lo encuentre esperando arriba, con los ojos fijos en su gran reloj de bolsillo de oro para preguntarle:

—Hágame el favor de decirme, señorita Midge, si mi reloj va adelantado. Yo tengo las ocho y un minuto.

Es una pena que no haya esperado a los alemanes en París. ¡Ellos sí que le hubieran puesto en hora!

¿Cómo es posible que el doctor Prescott intimara con este dandi envejecido y elegante? El señor Ives dice que tiene que ser un caso de opuestos que se atraen.

26 de mayo

El doctor Prescott me comentó esta mañana que está muy apenado por las opiniones del señor Havistock sobre la situación interna de Francia.

—Dice que está todo corrompido de arriba abajo, que no sólo debemos esperar la derrota, sino también la colaboración activa con el enemigo.

—¿Y no cree usted que estará juzgando según su propio círculo social?

El doctor Prescott me miró con un atisbo de humor en los ojos.

—¿Y qué sabe usted de su círculo social?

—Nada. Pero ¿no es el mismo sobre el que escribió Proust?

—O lo que queda de él —concedió el doctor Prescott, riendo entre dientes—. De hecho, él era amigo de Proust. Una vez llevó a Harriet a visitarle a su habitación, forrada en corcho. A mí no me quiso llevar; dijo que era demasiado ruidoso. Pero no debe juzgar la inteligencia de Horace por su círculo social. Tal vez sea una flor de invernadero, pero tiene un gran panorama a través de esos ventanales. Horace es un hombre sabio. Muy sabio.

—En todo caso, es muy sabio eligiendo a sus amigos —me aventuré a decir.

—Oh, simplemente fui la primera amistad de Horace —dijo el doctor Prescott con una risotada—. Fuimos juntos al colegio. Desde entonces, él ha llegado mucho más lejos que yo, pero es leal. Y se acuerda de los viejos tiempos.

—Yo no creo que una vida en los salones de París sea llegar mucho más lejos que una vida en Justin Martyr.

Al doctor Prescott parecían divertirle mucho mis reservas respecto a su amigo.

—Ah, pero Horace no se limitó a tratar con duquesas. Conoció a su héroe, Henry James. Conoció a Conrad y a Hardy. Fue íntimo de Proust. Redon decoró con sus pinturas las paredes de su salón, y Braque hizo unos dibujos para su estudio. Horace tiene una comprensión instintiva de los problemas de la gente importante. Los ama como el Señor amaba a los niños.

—Y él, ¿qué siente por los niños?

—¡Eso ni lo piense! —El doctor Prescott alzó las manos—. Ya veo que ha estado escuchando los chismorreos que circulan en el colegio sobre el pobre Horace. No hay duda de que él va a sacar muy poco de Justin, pero vaya a tomar el té con él esta tarde y juzgue por sí mismo.

—¡Cielo santo! ¿Y de qué puedo hablar con él?

—Del maestro Henry James... —dejó caer con énfasis burlón, para seguidamente volver a su correo.

Así que fui. Estuve nervioso todo el día, y mi nerviosismo no menguó al llegar al viejo salón de la señora Prescott y encontrarme al señor Havistock frente al juego de té que había sido de la señora, comprobando cada plato antes de despedir a la señora Midge, que iba y venía por el cuarto. No prestó ninguna atención a mi entrada.

—Bien, veamos. ¿Dónde está mi media lima? Ah, bien, ahí está. Y las tostadas, ¿llevan mantequilla por los dos lados? Ayer no llevaban. —Inspeccionó una—. Ah, bien. Bueno, creo que por ahora esto es todo, señora Midge. La llamaré si necesito algo.

¡El mundo en llamas y él se preocupa de que su tostada tenga mantequilla por los dos lados! Pasó unos cinco minutos enredando con las cosas del té antes de reclinarsse en la butaca de la señora Prescott. Juntó entonces las yemas de sus finos dedos frente a su nariz de halcón, y comenzó a observarme con aire astuto.

—Muy bien, señor Aspinwall. Frank me ha dicho que era usted muy amigo de Harriet. No se me ocurre mejor recomendación, pues fue una mujer de un gusto perfecto. Bueno, quizá no siempre en la ropa... —Arqueó sus cejas negras, que tanto contrastaban con su pelo blanco, y tosió—. Aunque incluso su ropa, de una manera muy básica y maravillosamente bostoniana, tenía clase.

Lo miré a sus ojos fríos, pequeños, grises. Ambos compartíamos el mismo sentimiento.

—Es verdad. Era una mujer con mucha clase.

—Dice mucho de usted que sepa reconocer la clase, joven, pues su generación ha tenido pocas oportunidades de observarla. Es algo que pereció con la última guerra. O antes, incluso. —Se hizo un largo silencio, en el que él tomó un sorbo de té y mordió la tostada con mantequilla por los dos lados—. La clase —repitió de modo pensativo—. Odette en el Bois, tal y como Proust la describe en *Du côté de chez Swann*. —Me lanzó una mirada inesperadamente agresiva—. ¿Está usted de acuerdo en que no ha habido escritores después de Proust?

—¿No lo es Hemingway? —protesté—. ¿Ni Lewis, ni O'Neill, ni Scott Fitzgerald?

—Tenían talento. —Y se encogió de hombros, como si quisiera decir que el talento era al hombre lo que la chalina al vestuario—. Traté a Lewis y al joven Fitzgerald, pero no eran gente presentable. No podía uno fiarse de lo que fueran a hacer o a decir. Llevaban en su alma la enfermedad de un mundo agonizante. Lo suyo era arte, pero un arte corrupto.

Juzgué un despropósito proseguir la conversación por ahí.

—El doctor Prescott me ha dicho que conoció usted a Henry James.

—Querido muchacho, por supuesto que lo conocí. ¿No ha leído usted la correspondencia de Lubbock? En ella hay varias cartas dirigidas a mí.

¡Así que él era ese Havistock, el «mi muy querido joven»! ¿Era posible que esa reliquia que estaba ante mí hubiese sido alguna vez un joven? Puedo imaginarme al doctor Prescott de joven, pero no al señor Havistock. Quizá sólo se trataba de uno de los hiperbólicos cumplidos de James.

—¿Y usted, señor, no ha escrito nunca unas memorias?

—La verdad es que no. Empecé un librito que quería llamar *El arte de la amistad*, pero no avancé mucho, y ahora ya no avanzaré más. —Sonrió con displicencia—. Ya soy viejo para eso.

—Pensaba que ésa era la edad idónea para escribir unas memorias.

—También soy perezoso, señor Aspinwall. —Sacudió solemnemente la cabeza, como si acabara de proclamar una virtud—. Nací para la expresión oral, no para la escrita. Algunas de las páginas estaban muy bien, pero —¡ah!— me llevaba mucho trabajo. Queda una cosita buena sobre Réjane, y hay unas cuantas historias, también buenas, sobre Anatole France, pero lo único que terminé fue la parte sobre Frank Prescott, sobre nuestros primeros años.

En ese momento se me secó la boca.

—¿Y no me dejaría usted leerla?

—Oh, no, por Dios. Es muy confidencial.

—Pero ¿y si le juro no repetir una palabra?

Me miró, sorprendido por mi vehemencia.

—¿Por qué le interesa tanto? Teniendo como tiene a Frank, ¿qué atractivo pueden tener unos viejos recuerdos?

—Porque quiero saber todo lo posible de él. Cómo empezó todo, por ejemplo. ¡La idea de Justin!

—¿Quiere escribir su biografía?

—Oh, no, señor. Tan ambicioso no soy. Tan sólo quiero saber.

—¿Lo mueve alguna motivación personal?

—¡Personalísima! Lo que siento es... ¿cómo decirlo? Que saber del doctor Prescott es enriquecedor. Cuanto más sepa, más enriquecedor será para mí. Sí, claro, soy bastante egoísta.

El señor Havistock me dedicó una sonrisa casi amable.

—Pero usted no es vulgar. Al menos, no lo es por ahora. Todavía no ha sido corrompido. Le diré una cosa, señor Aspinwall. Cuando me instale en Long Island, donde he alquilado la única casa de Ogden Codman que fui capaz de encontrar, volveré a mis papeles y consideraré su propuesta. Sí. Le aseguro que la consideraré.

Entonces probó una tostada de la segunda hilera de la bandeja, una tostada con mermelada de naranja que a todas luces no era de la marca requerida por el señor Havistock, pues llamó de inmediato a la pobre señora Midge, con quien mantuvo una prolongada discusión al respecto. Me había decepcionado. Tenía gusto y sensibilidad, sin duda, pero el mundo que había conocido y vivido existía tan sólo para su propio regocijo. Le gustaba la mermelada de naranja y le gustaba Proust de una manera que parecía poner ambas cosas en pie de igualdad. Me pregunto si en el fondo la era eduardiana no albergaba a muchos personajes así, si detrás de la belleza de la narrativa de James o de los retratos de Sargent no había muchas tostadas blandas que untar de mantequilla por los dos lados.

27 de mayo

Parece ser que pasé la inspección del amigo del doctor Prescott, pues hoy me han llamado para asistir a una cena íntima organizada en casa del director. No ha sido un éxito. Siguiendo las indicaciones de nuestro anfitrión, todos nos hemos dirigido al señor Havistock con el respeto con que nos hubiéramos dirigido a Walter Lippmann o a Dorothy Thompson, pero el viejo universitario inglesote estaba de mal humor — quizá su criado había olvidado «darle la vuelta» la noche anterior— y ha respondido con malhumorados monosílabos a nuestras preguntas sobre la guerra. Resultaba obvio que, al margen de Francis Prescott, no quiere tener trato ninguno con los

profesores. Terminó por ser abiertamente insultante con el pobre señor Ruggles, el cual, para su desgracia, sugirió que los franceses serían invencibles «al luchar en su propio suelo».

—Tal y como se pudo comprobar en 1815 y 1870, supongo —repuso bruscamente—. Por desgracia para Europa, los lugares comunes del turista norteamericano medio no van a servir de nada. Bien puede ser que el campesino francés sea valiente, pues los campesinos suelen serlo, pero en este negro siglo que nos ha tocado vivir, un país es tan fuerte como su clase dirigente, y yo he tratado a la clase dirigente de Francia durante cuarenta años.

Cuando los demás se levantaban para irse, poco después del silencio que siguió a este arranque, el doctor Prescott me hizo un guiño por el que me instaba a quedarme. El viejo Horace seguía sentado junto al fuego, malhumorado, dando breves sorbos a su *brandy* y explayándose sobre los horrores de la guerra.

—Desde aquí parece que las cosas están mal, pero no os podéis hacer una idea de hasta qué punto son una catástrofe. Lo que veis es que aquel viejo mundo de gracia, de gozo y de arte, mi mundo, si queréis, o lo que queda de él, está condenado. Eso es obvio. Pero lo que tú no ves, Frank, es que tu mundo también está condenado.

—¿Cuál crees que es mi mundo, Horace? —preguntó el director con el acostumbrado tono suave que empleaba con su viejo amigo.

—El mundo de los colegios privados —contestó el señor Havistock, resoplando—. El mundo del caballero y sus ideales. El mundo del sentido del honor personal y del Dios protestante. Cuando una civilización cae, cae por entero. Se difuminan los matices, se va lo bueno igual que lo malo. La *virtus* romana se acaba con el circo romano, Voltaire y Watteau con la *lettre de cachet*, Francis Prescott con Horace Havistock. No puedes elegir lo que se salva en una riada.

—¡Por favor! ¡Me haces sentir como un antimacasar de la época victoriana!

—Ríete, querido amigo, pero es exactamente lo que eres. Temblé de indignación al oír esta falta de respeto al doctor Prescott. Él tal vez ironizaba, pero el señor Havistock no. ¿Cómo se atrevía ese viejo petimetre a venir a Justin a burlarse del duelo del director?

—Y ahora me vas a decir que me retire —dijo el doctor Prescott en un tono más sombrío.

—Por supuesto —contestó el señor Havistock sin asomo de duda—. Es precisamente lo que he venido a decirte.

—Pero si todo se está cayendo a pedazos —adujo consternado, y demasiado disgustado para permanecer en silencio ante mis mayores—, ¿qué importancia tiene que el doctor Prescott se retire o no?

Ambos me miraron como si hubieran olvidado que yo estaba ahí, y tuve la punzante sensación de haberme inmiscuido en una vieja intimidad.

—Porque existe una cosa que se llama dignidad —explicó fríamente el señor Havistock—. Y la dignidad le exige a uno retirarse cuando debe.

Aquí perdí todo dominio de mí mismo.

—¡Qué cruel es decir eso!

—El mundo es cruel.

El doctor Prescott, apartándose de nosotros, se había levantado y contemplaba pensativamente el fuego.

—Tiene que haber algún límite en lo que se espera de los viejos —afirmó con una nota grave, melancólica—. Si hacemos bien nuestro trabajo, ¿por qué han de echarnos en cara los años que tenemos? ¿En qué soy peor, Horace, de lo que era antes?

—Ahora lees la liturgia del libro de oraciones. En tus buenos tiempos, la recitabas de memoria de principio a fin.

El doctor Prescott se volvió hacia él, espoleado.

—¡Entonces tú me decías que era un gesto teatral! ¿Me voy a condenar por mantener alto mi propio listón?

El señor Havistock pareció conceder una pequeña tregua tras esta afirmación. Se pasó las yemas de los dedos por las sienes para atusarse el cabello, y ese gesto me hizo darme cuenta de que la escena también le creaba tensión a él.

—¿Te acuerdas, Frank, de cuando admirabas a Browning y su *Filípides*? «Nunca decayó, sino que, igual que comenzó con gloria, con gloria terminó». No decaigas ahora.

—Los años me han llevado de Browning a Tennyson —le contestó el doctor Prescott—. Como su Ulises, reclamo que «la proveya edad aún tiene su honor y sus empeños». ¿Cómo sabes, Horace, que no me queda por hacer «cierto trabajo de carácter noble»?

El señor Havistock negó repetidamente con la cabeza.

—El trabajo más noble es saberlo dejar cuando aún estás al frente. Siempre te he orientado bien, Frank. Eso no lo harán ni tus antiguos alumnos ni los miembros del consejo. Todos te tienen demasiado pavor. Créeme, amigo mío.

El doctor Prescott se había vuelto hacia el fuego, su cara sumida en una expresión de amargura. De pronto, agarró con ambas manos la repisa de la chimenea y dio una feroz patada a un leño.

—Nadie me tiene pavor —farfulló—. A veces me gustaría que lo tuvieran.

—Harriet te hubiera dicho lo mismo que yo.

—¡Vamos, Horace, vete a dormir y deja ya tus jeremiadas! Quieres que el mundo de los demás se venga abajo porque el tuyo se ha venido abajo ya.

El señor Havistock no pareció acusar la frase en absoluto. Me preguntó si sería tan amable de ir por su criado y, cuando volví de la cocina con Jules... ¡ambos estaban riéndose!

Naturalmente, sé que, a sus ochenta años, el doctor Prescott no puede seguir para siempre, pero dudo de que haya un solo profesor o alumno del colegio que no lo considere a la altura del cargo. Yo había mantenido la esperanza de que continuara

durante unos años más, de modo que tal vez tuviera la suerte de morir aún en activo. Pero esta noche ya sé que no ocurrirá tal cosa. El viejo Havistock es un buitre con la suficiente experiencia como para haber llegado con antelación a la escena de la abdicación. Quizá el doctor Prescott sólo esperaba a ver aparecer el rostro de su enterrador.

2 de junio

Hoy es el día del reparto de premios, y la semilla plantada por el señor Havistock ya ha dado su fruto amargo. El doctor Prescott anunció su retirada al final de la ceremonia, ante la total sorpresa y conmoción del público.

El tiempo, al menos, ha sido perfecto. Los alumnos llevaban el uniforme azul de los domingos, y los padres ocupaban las gradas dispuestas en medio del campus, frente al estrado reservado al director y las personalidades invitadas. Nunca he visto un cielo de un azul tan refulgente, un césped con ese brillo de esmeralda. La tierra, recién despierta, parecía hervir de promesas que nada tenían que ver con los horrores del otro lado del mar.

Entregado el último diploma y concedido el último premio, el director permaneció en silencio un largo instante ante el micrófono, con las manos en los bolsillos y la mirada fija por encima del público, allá donde el camino del río desaparece en el bosque.

—Debo hacer aún un breve anuncio. Tras la muerte de mi amada esposa, he podido sentir el apoyo moral de todos y cada uno de los alumnos y profesores del colegio. En estos tiempos difíciles, cerca de quinientos pares de brazos me han mantenido a flote. Con este respaldo, casi logro engañarme a mí mismo, pensando que podría seguir para siempre. Pero el tiempo es implacable, y en una década he sobrepasado el límite bíblico de los setenta años. Seguiré en mi puesto durante un curso más, para que mi sucesor tenga tiempo de preparar la transición. En junio de 1941, el reverendo Duncan Moore será nombrado rector de Justin Martyr. Dios les bendiga a todos. Ahora haremos un descanso para dar paso a la comida.

Se produjo un silencio de sorpresa y estupefacción, y luego hubo exclamaciones ahogadas, seguidas de gritos de «¡no!». Abruptamente, el doctor Prescott avanzó hasta el extremo del estrado, y pudimos oír el rápido taconeo de sus pasos al bajar los escalones. Enfiló velozmente por el pasillo, y ya casi estaba fuera de nuestra vista cuando el delegado superior del próximo curso, con la cara rubicunda, se puso en pie de un salto y gritó con voz ronca:

—¡Un hurra por el doctor Prescott!

Todos nos levantamos y nos sumamos a ese hurra. Su eco resuena aún en mi corazón mientras escribo estas líneas.

3 de junio

El doctor Prescott, como es natural, se ha visto rodeado de gente desde que hizo su gran anuncio. Antiguos alumnos, padres y miembros del consejo escolar se arremolinan en torno a él para dejar constancia de sus pequeñas muestras de comprensión y admiración ante la atención impersonal, más bien fría, que él les presta. Siento por ello un vergonzoso resentimiento, como si lo quisieran apartar de mí sin estar en su derecho, o como si únicamente yo, y no ellos, supiera apreciar su grandeza. Por supuesto, esto es pura tontería y egoísmo, pero aun así no puedo evitar sentir que el hombre que veo cuando estamos a solas es muy distinto del ídolo que ve el público.

Me mandó llamar esta noche a su estudio, antes de la hora de acostarse, y me preguntó si quería comenzar los estudios de Teología en otoño. Ya le había hablado de mí al decano de Harvard. Se mostró tan amable, y a mí me emocionó tanto que se acordara de mis problemas, que sólo pude farfullar unas palabras incomprensibles.

—Señor —argüí finalmente—, yo lo único que quiero es quedarme y ayudarle a usted.

—Pero ya no voy a necesitarle, Brian. Sólo necesitaba un asistente cuando tenía que conservar mis energías. Ahora que voy a retirarme, puedo derrocharlas y lanzarlas a los cuatro vientos.

—Bueno, señor, si usted no me necesita —supliqué—, yo sí lo necesito a usted.

Carraspeó con un asomo de censura. No le gustaban las manifestaciones de sentimientos, y menos si tenían que ver con él.

—No me necesita a mí, muchacho, pero tal vez necesite otro año más en Justin. Sobre todo si quiere regresar cuando haya recibido las órdenes sagradas. ¿Qué va a hacer este verano?

—He pensado que tal vez podría ir a Columbia a unos cursos sobre teatro isabelino.

—Es mejor lectura que los periódicos, hoy por hoy —dijo riendo—. Tal vez yo también me ponga con ello.

1 de agosto

Desde mi última anotación, Francia se ha rendido e Inglaterra se halla inmersa en su particular calvario. No he tenido fuerzas para escribir. Estoy en una habitación alquilada en la parte alta de Broadway, con las ventanas abiertas sobre una avenida callada y sofocante, enfrascado en Beaumont y Fletcher. Es como si un telón negro hubiera caído felizmente sobre las agónicas vivencias del último curso, sobre la muerte en Europa y la muerte en Justin Martyr. Es como si yo mismo hubiera muerto para irme a un reino espiritual del siglo XVII, poblado de celosos monarcas y sobrinos

taimados, cardenales ambiciosos y cínicos bufones, melancolía y locura, osamentas y diademas.

Esta mañana me llegó un sobre grande, de color marrón, enviado por el señor Havistock. Contenía el manuscrito de sus capítulos sobre el doctor Prescott y la siguiente nota:

Querido Aspinwall:

Aquí está la «Prescottiana» que quería. Acéptela como un regalo de mi parte. El mundo está lleno de necios, pero éstos abundan particularmente entre los fieles antiguos alumnos de los colegios privados de Nueva Inglaterra. Justin Martyr no es una excepción. El pobre Frank está tan protegido que tal vez usted sea el único resquicio a través del cual aún se le puede ver. Esto será así siempre que no se convierta, usted también, en un necio. No lo haga.

Su amigo de otro siglo,
H. H.

Al leer estas palabras, sentí de nuevo el latido de mi antigua fe. Dios no se había ido del todo; sólo había mantenido su presencia temporalmente en suspenso, y yo enrojeczo de vergüenza por mis dudas cobardes y poso los ojos en el escrito del señor Havistock.

5. De *El arte de la amistad* de Horace Havistock

Al volver la vista atrás, después de una vida larga y —eso espero— poco útil, encuentro décadas y décadas entregadas a cultivar los lujos y a dejar que las necesidades se arrastraran en su propia sordidez, y se me hace del todo evidente que el mayor y el más indispensable de tales lujos ha sido el de mis amistades. El arte de la amistad, que tanto recelo despierta entre las mujeres, nunca se ha cultivado demasiado en Estados Unidos, y me he visto obligado a buscarlo en el extranjero, pero siempre recordaré, y dejaré aquí grata constancia por escrito, que mi primera lección en tal arte la recibí bajo el cielo ceniciento de un invierno en Nueva Inglaterra.

Conocí a Frank Prescott cuando ambos teníamos dieciséis años, en la escuela de St. Andrew's de Dublin, New Hampshire, en el otoño de 1876. De no haber estado él en mi clase, yo no hubiera logrado durar hasta la Navidad. Ya era malo ser nuevo en el colegio y entrar en quinto curso —una situación incongruente—, pero aún era peor el haber sido criado exclusivamente por niñeras y tutores particulares, siempre a resguardo de la salvaje competencia de mis coetáneos hasta bien pasada la pubertad. Para que se entienda por qué me cortaron mis grandes rizos y me despojaron de mis trajes de terciopelo para confinarme con miembros de mi propio sexo —unos perfectos extraños que sólo sabían chillar— contaré algo de mis orígenes.

Soy el hijo menor de un hombre viejo y de una mujer joven, y lamentablemente le costé la vida a la mujer. Mi padre, Gridley Havistock, tenía hijos de un primer matrimonio que eran mayores que mi madre; él rondaba los sesenta cuando yo nací, y siguió con vida hasta que cumplí los treinta. Era un caballero de la vieja escuela neoyorquina: enorme, ventrudo, bien barbado, con la nariz como un tubérculo y los ojos hundidos y pequeños, magnífico dentro de su autoritarismo pero a la vez testarudo, irritable y demasiado acostumbrado a ser obedecido. Gran parte de lo que decía era a todas luces banal, y sus aforismos no eran sino meras frases hechas, pero sí parecía un gran hombre de negocios y —sin duda alguna— se comportaba como tal, y en su generación las apariencias contaban más de lo que iban a contar más tarde, cuando bandidos como Gould y Fisk enseñaron a los neoyorquinos a desconfiar de todo el mundo.

Dudo mucho de que, en la generación posterior, mi padre hubiera podido llegar a ser presidente del Banco Merchants y consejero de la Compañía Ferroviaria Central de Nueva York. No estaba en sintonía —financiera, mental o inmoral— con los nuevos magnates del acero y el ferrocarril, pero sí tenía el buen sentido de haber

aprendido a llevarse bien con ellos y de hacerles sentir que una invitación al 310 de la Quinta Avenida o a Gridley Court, en Newport, estaba entre las cosas con las que habían soñado cuando vivían en cabañas de troncos o viajaban en tercera. Este buen sentido, debo añadir, lo transmitió a sus hijos, y ha sido el más valioso de los pocos dones que heredamos de él.

Mis hermanos mayores del segundo matrimonio gozaron de la misma recia salud que mi padre, pero yo fui un niño reumático, presa habitual de problemas respiratorios, y quedé encomendado, todavía en la más tierna edad, a la única persona que me quería, una hermanastra solterona, marchita y llena de achaques, que presidía con timidez la terrible mesa paterna y que, debido a la diferencia de edad, de más de una generación, recibía el nombre de «hermana Sue» por parte de sus hermanastros. Esta dulce criatura tenía montones de tratamientos y extrañas supersticiones médicas; sólo se atrevía a salir de casa con el tiempo más benigno, y aun así lo hacía envuelta en pieles y bufandas sobre la ropa de luto que llevaba de continuo por las incesantes muertes de sus primos. Pasé mi infancia en los salones del segundo piso, leyendo novelas inglesas y francesas frente a fuegos bien alimentados, mientras la hermana Sue se dedicaba a su costura; en mis primeros y borrosos recuerdos, el general Grant a campo traviesa, la marcha de Sherman, mi hermano Archie ganando un partido de tenis o el cacareo de las risas, escaleras abajo, en la casa de la Quinta Avenida, cuando mi padre daba una fiesta para el Hone Club, no eran sino episodios inseparables de un mundo de adultos, felizmente no más real y mucho menos emocionante que las historias de Dumas o Jane Porter.

Me las arreglé para prolongar esta vida de ensueño hasta los quince años, y podría haber durado hasta la mayoría de edad de no haber muerto la pobre hermana Sue de un cáncer de pecho. Por supuesto, nadie me lo dijo en esos términos. «Estaba cansada y se ha ido a dormir», fue el diagnóstico de los Havistock. De esta manera me descubrieron los miembros de mi familia, o quizá debiera decir que por primera vez «se percataron» de mi existencia: un muñeco desgarrado, acicalado y melancólico, abandonado al patético montoncito de sus posesiones. Todos se esforzaron por ser amables, pero su amabilidad menguó cuando el viejo doctor, del que la hermana Sue me había protegido tras la gruesa muralla de su curandería, me declaró en perfecto estado de salud para ingresar en un colegio privado.

Pasé así a estar «bajo el control» de mi hermano Archie, el mayor del segundo matrimonio, quien le había prometido a mi padre que me tendría listo en unos meses para ir a St. Andrew's, el mismo colegio al que habían ido todos mis hermanos. Se puso de inmediato a la tarea, de modo tan firme como justo —creo yo—, con clases y prácticas y ejercicios deportivos, pero todos sus preparativos fueron barridos por el primer golpe del viento frío y otoñal de Nueva Inglaterra, y por el terrible griterío que llegaba desde los campos de fútbol el mismo día que me dejó en mi nueva morada.

Conviene describir con brevedad cómo era St. Andrew's en los años setenta del siglo pasado, pues más tarde vendría a ser el modelo de todo lo que Frank Prescott

pensaba que un colegio no debía ser. Allí, fuera de las clases, la vida estaba totalmente desorganizada. Los chicos jugaban al fútbol americano y al béisbol sin reglamento alguno, inventando sus propias normas, pero también eran libres, si lo deseaban, para vagar por la campiña de New Hampshire y salir a pescar o a poner trampas por las tardes. También eran libres de abusar de los más débiles y de agruparse en pequeños clubes que competían fieramente entre sí. No se bañaban más de una vez a la semana, y nunca se cambiaban el cuello duro ni la áspera ropa interior de franela, ni siquiera después de hacer ejercicio, de modo que la hora de la cena, tras un duro partido de fútbol, era toda una prueba para los espíritus sensibles. Debo admitir que parecían pasarlo bien, pero para mí la escuela era otro Dotheboys Hall^[3].

Siempre tenía frío, siempre estaba sucio y siempre —por lo general— fui poco apreciado. Se burlaban de mí y me maltrataban, no sólo mis compañeros de quinto curso sino también muchachos mucho más jóvenes, que pronto comprendieron que era pésimo con los puños. Me llamaban «Francesito» por mis trajes y «Sauce» por mi manera de andar. La ropa que usaba Archie, por más espartana que resultara en comparación con la de la hermana Sue, parecía obscenamente lujosa en St. Andrew's. Desde el toque de campana que nos despertaba y el balde de agua helada hasta las oraciones de la noche y la perpetua amenaza de encontrarme una tortuga en la cama, mi vida no era sino una sucesión de espantos.

El claustro de profesores vivía en su propio mundo, tan lejos de los problemas del día a día de los chicos como los pintorescos edificios neogóticos, muy recargados, que le daban al campus un aire de *college* inglés de teatrillo. En esto seguían el ejemplo del director, el doctor Howell, un sacerdote alto, enjuto, como de otro mundo, con un traje negro bastante sucio, que sólo se dirigía a uno con el vago apelativo de «querido» y que no hacía ningún esfuerzo por ocultar la baja opinión que tenía de los chicos, o de los «simios», como él, con poca gracia, los llamaba. Tenía la voluntad de hierro propia del fanático religioso a ultranza, y ejercía una autoridad absoluta sobre las pequeñas partes de la vida escolar que lograban atravesar la muralla de hielo de sus inquietudes religiosas. Se preocupaba por nuestras almas y sólo por nuestras almas; no tenía interés alguno en juegos o pasatiempos, y solía denigrar el cuerpo humano como «una cosa fea». Episcopaliano sin concesiones, con frecuencia recordaba a los chicos de familias que simpatizaban con iglesias unitarianas o baptistas que los miembros de dichas sectas ocuparían un peldaño más bajo en el más allá, y de él se decía que había expulsado a un chico que fue a su estudio para confesarle las dudas que lo torturaban a propósito de la sucesión apostólica.

Con todo, lo extraordinario de los Estados Unidos del pasado siglo era que el doctor Howell no sólo era venerado por los antiguos alumnos, sino que tenía el respeto y el temor reverencial de los muchachos. En el St. Andrew's de hoy, enormemente ampliado, sigue siendo una leyenda, y la insinuación de que era un intolerante y un tirano sería tomada como una herejía atroz por una generación que

tan sólo lo conoce por el gran retrato de Chase que cuelga en el comedor, un tremendo estudio de fe ardiente y ascetismo a la manera de El Greco.

Yo lo veía como una criatura felizmente eximida de la sordidez de mis preocupaciones. Admiraba su lejanía respecto de los problemas que yo consideraba —de modo tan inevitable como humillante— mi maldición personal. Tenía el bendito don de ser insensible al frío, a la lluvia, a los niños horribles y a las cosas horribles que albergaban en sus horribles e ínfimos cerebros. Y guiaba su carruaje de ponis como si fuera uno de esos sacerdotes medievales que tenían el buen juicio de entender que únicamente por su sotana podrían escapar a la batalla armada y dirigir a los personajes enfundados en armaduras, y casi lograba convencerme a mí mismo de que yo también, algún día, podría aspirar a ser un alma libre.

Al principio, Frank Prescott parecía tan distante como el director. También era alumno de quinto pero, al contrario que yo, él ya llevaba tres años en el colegio, y era el primero de la clase, no sólo en los estudios, sino también en el deporte. Bajo, grueso y ancho de hombros, tenía una constitución que lo hacía insuperable para los placajes en el fútbol, deporte que jugaba con una pasión y una dureza que recordaba más al modo en que comenzó a jugarse en los noventa que al de entonces. Pero Frank, por muy respetado y admirado que fuese, no era tan popular entre los chicos como cabría haber imaginado: le importaban demasiado poco las opiniones ajenas y, al hablar, podía ser de una franqueza brutal. Era un chico silencioso, de humor cambiante, con un aire de desagradable y agresiva superioridad, que se dibujaba en su cara proporcionada, pálida y hermosa, y en esos ojos suyos de color castaño, tranquilos y pensativos, muy separados entre sí.

Era un huérfano de escasos medios pero con las mejores relaciones en Boston, primo lejano del historiador del mismo nombre, y ya de niño tenía la dignidad natural de un aristócrata de Nueva Inglaterra. Desde el principio me pareció un personaje romántico, byroniano, impresión que se avivó cuando supe que era huérfano, hijo único de un padre muerto como un héroe en Chancellorsville y de una madre hermosa y abatida por la pena, que no tardó en seguir a su marido a la tumba. Frank nunca se unía a los demás cuando me hacían burla, pero es que tampoco parecía haber reparado en mi existencia.

El suceso que nos acercó por vez primera fueron unas bolas de nieve que lanzaron contra mí tres chicos de cuarto, una tarde de primeros de diciembre, cuando salía de la biblioteca. Tras tirarme bolas y más bolas sin piedad, me arrojaron sobre la nieve, y hubieran comenzado a saltar sobre mí si en ese preciso momento no llega a aparecer Frank. Cuando les dijo a gritos que me dejaran, dos de ellos corrieron para apartarse discretamente, pero uno, el más bajo de todos, se mantuvo firme.

—¿Tú qué tienes que ver en esto, Prescott? —aulló, estridente—. Es nuevo, ¿no? Es una presa limpia. ¿Quién demonios te has creído que eres, Dios Todopoderoso?

Frank se le acercó con rapidez y golpeó al chico tan fieramente en la boca que lo tiró a la nieve cuan largo era. Cuando intentó ponerse en pie, vi que le sangraban los

labios.

—¿Por qué me has pegado? —chilló, pero, a pesar de su rabia, ni siquiera se atrevió a intentar golpear a Frank; tampoco sus dos amigos, que seguían allí, dieron un paso para ayudarlo.

—Para darte una lección sobre cómo hay que tratar a los mayores.

—Pero ¡si es nuevo! —insistió otra vez mi agresor.

—Me da igual. Es de quinto, y más te vale que te acuerdes.

Cuando me quedé a solas con mi salvador, intenté darle las gracias pero, con el sofoco, tartamudeé tanto para expresarle mi agradecimiento que no logré hacerme entender. Frank me cortó con palabras tan brutales como su puñetazo al otro chico.

—No lo he hecho por ti, Francesito, no te preocupes. Lo he hecho por el honor de la clase. Recoge tu ridículo sombrero. Eres una deshonra para todos, dejando que te peguen los de cuarto. ¿Por qué no les has plantado cara?

—¡Eran tres contra uno!

No se dignó a contestar, sino que se alejó a grandes zancadas, dejándome con la vergüenza que, según él, yo tenía que sentir, pero nunca he perdido mucho tiempo en sentir vergüenza. Siempre me he aceptado de buen grado con mis limitaciones. Al contemplar aquellas amplias espaldas que se retiraban, me quedé con la impresión de lo diferente que sería todo si pudiera contar siempre con un protector así. ¿Acaso la vida no sería más soportable, incluso en St. Andrew's?

Tal vez el lector se pregunte cómo alguien de mi baja posición en el colegio podía permitirse aspirar a la amistad de un chico como Frank Prescott, especialmente después del desaire que acababa de recibir. Había dos razones: en primer lugar, porque pronto entendí que el desaire venía en realidad del disgusto que tenía Frank por el hecho de que le agradecieran que hubiese pegado a un chico más pequeño; en segundo lugar, porque ya estaba elaborando, de modo inconsciente, la teoría de la amistad sobre la que iba a fundar mi vida. Esta teoría consistía simplemente en que cualquier hombre que desee con la suficiente fuerza ser amigo de otro, tendrá éxito si no hay diferencias insalvables de clase o de raza, y si no malgasta su tiempo en preocuparse por su relativa escasez de méritos. El desagradable Boswell persiguió y dio caza a Paoli, Rousseau y Voltaire antes de empezar con Johnson. Hoy soy conocido como un experto coleccionista de cuadros y objetos de arte, pero la colección que más me enorgullece es la colección de mis amigos. Forman un grupo distinguido y heterogéneo, empezando por Frank Prescott y terminando —al menos hasta la fecha— por Scott Fitzgerald.

Dos días después, enfilé con toda la prestancia que pude el pasillo de los de quinto para llamar a la puerta de Frank.

—Sé que no quieres verme —comencé—, pero una buena acción merece otra. He estado pensando en lo que podría hacer para devolverte lo que hiciste por mí, y he llegado a la conclusión de que en lo único que soy bueno es en francés. En mi casa había una *mademoiselle*, una *mademoiselle* auténtica, y conversábamos mucho.

Puedo ayudarte, si me dejas intentarlo.

Frank me miró con no fingida sorpresa durante unos momentos, para a continuación romper a reír groseramente.

—Vaya, maldita sea —exclamó—, pero ¡si el Francesito quiere enseñarme a ser franchute!

—Me parece muy bien que te lo quieras tomar así —repliqué, con lo que esperaba que fuera una dignidad cortante—, pero te lo proponía amablemente, Prescott.

Me volví a mi estudio y, quince minutos más tarde, llamó a mi puerta.

—Perdona, Havistock. ¿Puedo sentarme? Llevo un rato de pesadilla con este capítulo de *Émilie*.

Aquel invierno descubrí que yo era un profesor de primera. De hecho, podría haberme ganado la vida con ello, de haberlo requerido las circunstancias. Incluso logré algunos progresos con el acento bostoniano de Frank, que debe de haber sido uno de los mayores obstáculos jamás encontrados por la lengua gala, pero la amistad, pese a mi diligencia, crecía muy lentamente. Frank tenía muy poco tiempo para las relaciones humanas. Estudiaba a conciencia, leía mucho y se entregaba al deporte con pasión. Cuando al fin me permitió acompañarle en una de sus largas caminatas de los domingos, me tuve que esforzar tanto para mantener su paso que no me quedó energía para romper sus silencios.

Pese a todo, me toleraba, y eso era lo fundamental. Con él nunca tuve los problemas que suele conllevar ese esnobismo adolescente dado a fruncir el ceño ante las menores muestras de amistad entre un chico popular y un chico impopular. Tal vez a Frank yo le importara poco, pero pronto comprendí que los demás también le importaban poco.

Poco a poco, se fue estableciendo un tono más personal en nuestras conversaciones de camino a la capilla, o cuando nos sentábamos el uno al lado del otro en las comidas. Frank tenía una tía, una tal señorita Jane Prescott, a la que se sentía muy unido, y yo a mi vez le hablaba de la hermana Sue. Aquello constituía un vínculo, por tenue que fuera. Y siguieron otros. Descubrimos que a ambos nos gustaba el teatro griego y que desdeñábamos a lord Tennyson, que apreciábamos el ajedrez y despreciábamos las damas, que venerábamos el recuerdo de Lincoln y deplorábamos la vida civil de Grant.

Pero Frank tenía unos terribles prejuicios que, de vez en cuando, arrasaban con todos los anzuelos e hilos sutiles que yo le iba lanzando. Creía apasionadamente que una edad heroica había muerto cuando su padre murió en el barro rojo de Virginia, y que una generación de chacales devoraba ahora el abotargado cadáver del valor. Estalló cuando insinué que la guerra de Secesión podría haberse evitado de haber habido más gente, como mi propio padre, dispuesta a transigir en algunos temas.

—¡Los de Nueva York seríais capaces de transigir con el mismo diablo para salvar vuestras carteras! —clamó con amargura—. Seguro que casi os desmayáis de alivio al descubrir, cuando por fin estalló la guerra, que podíais ganar dinero con ella.

Nosotros, los de Boston, pobres tontos idealistas, fuimos al Sur para luchar, mientras vosotros comprabais reemplazos. ¡Los Prescott murieron pobres, mientras los Havistock se dedicaban a llenar la caja!

Era un chico extraño, orgulloso, amargado y, ciertamente, podía ser muy cruel cuando quería. No me preocupaban sus ataques de rabia contra Nueva York o contra mi familia porque sentía que, de alguna manera, tenían cierta justificación, pero sí quedé muy afectado cuando, una noche, se ofreció a hacer una parodia de mi manera de lavarme una gélida mañana de invierno. Fue algo absolutamente inesperado, un golpe de desprecio radical hacia lo que yo empezaba a considerar una amistad, y representó su número con una maña tan diabólica que rompí a llorar, componiendo así una situación embarazosa para todo el mundo; para todo el mundo menos para el propio Frank.

Al llegar la primavera hice mi gran envite. Archie le había sugerido a mi padre que me permitiera invitar a un amigo a Newport, y yo invité a Frank. Estaba en una posición injustamente ventajosa respecto a él, pues ya sabía que su única alternativa al caluroso verano de Boston con su tía Jane era ser tutor de un rico mocoso, hijo de un primo de la familia Prescott, en Cape Cod. Con una ecuanimidad perfecta, no mostró ningún agradecimiento explícito cuando le comenté mi propuesta; tan sólo me indicó que lo tendría que consultar con su tutor. Por fortuna para mí, el tutor aprobó esta solución para el verano de su pupilo, e incluso anticipó dinero para comprarle una ropa que no dejara en mal lugar a un Prescott entre los Havistock, de modo que, a principios de julio, Frank llegó, por así decir, en su envoltorio de verano. Se trataba de un notable intercambio de papeles: él, el deportista, el primero del colegio, pasaba a ser un chico alojado casi por caridad durante el verano, para hacer de compañero de juegos de un muchacho sensible y complicado como Horace. Por supuesto, no hace falta decir que le llevó poco tiempo hacer que las cosas volvieran a su orden natural.

En los años setenta del siglo XIX, Newport empezaba a mostrar los primeros signos de convertirse en el absurdo amontonamiento de palacetes insulsos en que devino más tarde. Esa pequeña mano blanca con la que Henry James iba a comparar la colonia veraniega de su infancia ya estaba cubriéndose de oro, pero la esencia del viejo Newport seguía aún allí, el Newport de Julia Ward Howe, del gótico romántico y de los campeonatos de tiro con arco para damas sobre pequeñas pistas de césped; ese Newport que, de nuevo según James, «era un sentimiento tranquilo, apacible, de estar junto a la costa; un sentimiento en el que las playas, las orillas y todo lo marino tenían el papel más relevante». Era un Newport que aún no había sucumbido a los Vanderbilt y Goelet, y el único Newport que ha sido importante para mí.

Nuestra casa, de tamaño formidable para aquellos tiempos, se alzaba en el centro de una parcela de unas ocho hectáreas en la avenida Bellevue, rodeada por una enorme y hermosa pradera que recibía la sombra de unos magníficos olmos. La casa era obra de Alexander Jackson Davis, completamente asimétrica, con estuco en marrón claro, muchos balconcitos, porches inesperados y curiosos invernaderos que

sobresalían de la fachada. Había numerosas ventanas arqueadas, pero eran muy pequeñas, por lo que en el interior de la casa todo permanecía en penumbra. Mi padre, imponente aún a sus setenta y siete años, con sus cinco hijos, de los cuales cuatro, como mínimo, eran de lo más apuestos, seguía siendo un personaje en la colonia. Sus caballos eran los más lustrosos, sus carruajes, los más brillantes, y cuando los seis, vestidos con nuestras chaquetas negras y pantalones grises a rayas, avanzábamos hacia nuestro banco por la nave de la Trinity Church los domingos por la mañana, a buen seguro que ofrecíamos un hermoso espectáculo.

Toda la familia se sintió atraída de inmediato hacia el muchacho guapo y callado cuyas buenas maneras —pues los modales de Frank en presencia de adultos eran siempre perfectos— nunca parecían poner en entredicho su áspera libertad de pensamiento. Tuvo una pequeña riña con mi padre a propósito de la reconstrucción del Sur, pero la ganó con toda determinación. Mi padre formaba parte de ese grupo, tan pequeño como persistente, que pese al póstumo proceso de santificación del señor Lincoln todavía tenía al difunto presidente por el peón carpintero del ferrocarril que había sido. Mi padre había apoyado a McClellan en la campaña de 1864, y juzgaba «blanda» la posición de Lincoln a propósito del Sur, posturas éstas que hoy pueden parecer incongruentes, pero que por aquel entonces se solían dar juntas. Cuando Frank, durante una cena, alzó la voz para condenar que los vivos hubieran perdido la preciosa unidad por la que los muertos, incluido su padre, se habían sacrificado, todos dejaron de agitar los estandartes manchados de sangre.

Para mí, fue un verano feliz. Como invitado, Frank contuvo gran parte de su sarcasmo habitual, y me sacó a navegar prácticamente todos los días despejados. Le encantaba explorar en barco las calas rocosas, nadar y pescar desde cubierta, y también le agradaba volver al atardecer para ver las agujas de los edificios del viejo Newport contra el sol poniente. Por aquel entonces me comenzaron a invitar a fiestas, pues todas las chicas tenían interés por Frank, y yo descubrí, no sin punzadas de celos adolescentes, que él sentía un gusto muy marcado por su compañía. Yo quería tenerlo para mí, pero ya era lo suficientemente astuto, incluso a los diecisiete años, como para saber que el menor de los empeños en este sentido sería fatal para nuestra amistad, todavía precaria. Debía consolarme pensando que, de vuelta en St. Andrew's, no habría niñas para reírse tontamente hasta de sus observaciones menos graciosas, ni para hacerle hablar, de la manera más impropia, sobre sus destrezas deportivas. Entonces creía, como ahora, que los hombres alcanzan su mayor atractivo en la compañía de otros hombres.

Pagué toda la felicidad de aquel verano con un solo incidente que ocurrió tras nuestro retorno a la escuela. No sé si sucedió porque Frank estaba incómodo bajo el peso de su imaginaria deuda de gratitud, o si fue porque se sintió separado del resto de los chicos de resultas de una amistad tan acusada con un muchacho que todavía era considerado «diferente», o acaso porque le agobiaba la capa de amistad obligatoria con que el verano parecía habernos cubierto. En cualquier caso, una

noche, en la mesa de los de sexto curso, durante un debate sobre nuestras futuras profesiones, él respondió a mi inocente pregunta sobre su futuro arremetiendo contra mí con una voz que todos pudieron oír:

—Oh, yo iré a Newport vestido con una chaqueta roja y amarilla para cortejar a la heredera más rica que encuentre. Y cuando me haya casado con ella, me tumbaré sobre sábanas de seda como un Havistock, y me dedicaré a fumar cigarrillos turcos, sintiéndome muy, muy por encima de este mundo vulgar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas (aún no había aprendido a reprimirlas), y me levanté abruptamente de la mesa. Ya a solas, en mi cuarto, repasé la historia de mi amistad con Frank. Sopesé cada uno de sus aspectos con lo que esperaba que fuera el mínimo posible de autocompasión y concluí que el sufrimiento era mayor que el placer. Los pequeños gestos de amabilidad que de vez en cuando me dispensaba no llegaban a compensar su crueldad. Al llegar a esta triste conclusión, ni siquiera estaba enfadado; lo sentía por él, de todo corazón. Probablemente iba a avanzar por la vida granjeándose la enemistad de cualquiera que intentara ser agradable con él, apartando las manos que se le ofrecieran como ayuda y escupiendo a los ojos que lo miraran con buenos sentimientos. Bien, así tenía que ser. Era preferible no tener amigos que tener un amigo como él.

No hablé con Frank durante las dos semanas siguientes, y él ni se dio cuenta. Estaba volcado en el fútbol y, en su calidad de delegado escolar, tenía que ejercer de asistente del doctor Howell, pero una tarde, después de haberse torcido la muñeca, e incapaz, por lo tanto, de jugar a su deporte favorito, apareció ante la puerta de mi estudio y, sin la menor apariencia de pedir perdón por su comportamiento previo, sugirió mansamente que diéramos un paseo. Cuando le dije que no tenía ningún interés en relacionarme con una persona que había fingido ser mi amigo y después había hecho burla pública de mí, él, sencillamente, se echó a reír.

—No seas tonto —me dijo—. Venga, vente. Pensaba que podríamos estar un rato en la capilla y luego ver el fútbol.

—¿Estar en la capilla? ¿Por qué? —pregunté, sorprendido.

—Porque allí se está bien.

Se alejó por el pasillo, y yo me quedé mirándolo hasta que me di cuenta de que ésa era su manera de pedir perdón. Tenía que elegir entre mi orgullo y Frank, y nunca he sido de los que se dejan llevar demasiado por el despecho. Apreté el paso para darle alcance y anduvimos juntos hasta la capilla, donde nos sentamos por espacio de media hora en dos asientos contiguos en el coro, en silencio absoluto, mientras Frank mantenía alzada la mirada hacia la vidriera del altar, grande y hermosa, que representaba la Transfiguración en una gama de blancos y rojos brillantes.

La experiencia me causaba cierto apuro, como si nos hubiéramos presentado sin avisar en la casa de Dios, sorprendiéndolo en el vestidor. Para los Havistock, la religión era un asunto de formas. Dios y el hombre se reunían una sola vez por semana, con sus mejores galas de domingo, y uno no hablaba de Él más de lo que

hablaría de la anfitriona de una fiesta, y siempre con un respeto formulario.

Sospechaba, sin embargo, que para Frank Dios significaba mucho más que esto, no por nada que hubiera dicho, sino por la manera que tenía de cerrar los ojos al orar. Uno sabía que entonces no estaba pensando en el deporte ni en las chicas. En esa media hora en la capilla tal vez estuvo con su padre, al que nunca llegó a conocer, y que tosía sangre en el barro de Chancellorsville, o con la blanca y pequeña sombra de su pobre madre, que vagaba por los oscuros pasillos de la casa de la calle Marlborough con quejumbroso lamento. O tal vez sólo estaba abriéndole el alma al Espíritu Santo, abandonándose pasivamente a él. Nunca he tenido una fe propia que no fuera la fe de los demás, pues tengo la peculiar y herética sospecha de que Dios no moraría en gente como yo, pero sí podría morar en gente como los que han sido mis amigos. Llámese como se quiera, fe o superstición, lo cierto es que me ha acompañado la mayor parte de mi larga vida.

Frank, finalmente, me hizo un gesto con la cabeza, y salimos de la capilla.

—Ha sido precioso, ¿verdad? —preguntó, y yo volví a sentir apuro por lo inesperado del adjetivo.

A continuación, nos encaminamos a ver el fútbol, que a mí me aburría, pero que para Frank parecía ser una fuente constante de fascinación. Un partido acababa de terminar en una violenta refriega en la que estaban tomando parte la mayoría de los jugadores de ambos equipos, cuando algo extraño sucedió. De pronto, vimos que el director atravesaba el campo corriendo, agitando su paraguas y gritando del modo más estridente. Nunca antes lo había visto en los campos de deportes, y menos aún lo había visto correr. Cuando llegó al amontonamiento humano, intentó sacar a uno de los chicos cogiéndolo por las piernas, y en ese momento oí su aguda voz:

—¡No lo matéis! ¡No matéis al chico que está debajo! ¿Qué estáis haciendo? ¡Dios mío! ¿Qué le estáis haciendo?

Los chicos se pusieron de pie, desconcertados, mientras nosotros oíamos al entrenador, apurado pero respetuoso, explicarle al doctor Howell que la refriega, lejos de ser un linchamiento organizado, era una parte natural —esencial, de hecho— del juego. El doctor Howell, sin embargo, no pareció sentir la menor vergüenza por su error, y de inmediato comenzó a pergeñar un nuevo reglamento. ¿Por qué había que tirar al suelo al chico que corría con la pelota? ¿Por qué no bastaba con tocarlo? Yo estaba pasándolo en grande con la estupefacción de los jugadores cuando me di cuenta de que me había quedado solo y, al mirar a mis espaldas, vi que Frank caminaba a buen paso hacia Dublin Lake Road. Corrí tras él y lo tomé por el brazo, pero él se desasíó con impaciencia.

—¿No quieres ver cómo lo arreglan? —le pregunté—. De verdad, ¡es todo un espectáculo!

—Para ti sí lo es. A ti el fútbol te da absolutamente igual.

—Bueno, si a ti te importa tanto, ¿por qué no te quedas y lo discutes con él?

—¡Qué demonios, Horace! —exclamó abruptamente—. En primavera nos iremos

de aquí. Vamos al lago. Necesito andar y que me dé el aire. Deja que ese viejo mandril lo convierta en un pilla pilla, si le apetece.

—¿Has llamado «mandril» al doctor Howell? —grité, escandalizado—. ¡Pensaba que lo admirabas!

—¡Admirarlo! —Frank se detuvo y me miró con perplejidad, como si no terminara de crearme tan ingenuo—. ¿Por quién me tomas? ¿Admirar a ese burro meapilas y fanático?

Recuerdo perfectamente que en aquel momento y en aquel lugar decidí que tenía que poner un límite a la dominación que Frank Prescott ejercía sobre mí.

—Has ido demasiado lejos —le contesté—. Siempre vas demasiado lejos, y cualquier cosa te pone violento. En realidad, el doctor Howell es un hombre magnífico. Es como un símbolo, un monarca o un papa. Está por encima del vulgar alboroto de las competiciones escolares.

—¡Por encima! —gritó Frank—. ¿Qué otro interés tiene que esté por encima de sus alumnos? El fútbol americano es un deporte despiadado, tan duro como resulta la vida para todos, menos para unas cuantas almas elegidas como los Havistock. Un director tendría que estar ahí abajo, en el campo, jugando con los chicos. ¡Tendría que estar dentro de esa refriega, no quejándose de ella!

—¿El doctor Howell? ¿Quieres acabar con él, o qué?

—Bueno, entonces, al menos debería conocer las reglas, y saber lo que son esas refriegas. Eres un romántico incurable, Horace. Tienes que representártelo como no sé qué profeta de Miguel Ángel, con la túnica al viento y un fondo de tormenta. No puedes soportar verlo como el inglesote de venerable universidad que es, tonto, preocupado, con su traje negro sucio, paseándose por el campus en un carruaje porque es demasiado vago para caminar.

Estallé en risas.

—¿Y me vas a culpar a mí por ello?

—Ah, al diablo con él. —Frank dejó el tema y me dio una fuerte palmada en el hombro—. No merece una pelea. Pero te prometo que en mi colegio no habrá nadie como Howell.

—¿En tu colegio? ¿Piensas tener uno?

—Tal vez algún día. —Se encogió de hombros, pero el hecho de que apartara los ojos y el movimiento de su mandíbula me hicieron saber al instante que lo decía completamente en serio—. ¿Por qué no? ¿Crees que no podría dirigir uno?

—Al contrario, creo que podrías dirigirlo muy bien. ¿Sería un colegio religioso?

—Por supuesto.

—Pero ¿no tendrías que ser sacerdote para eso?

—Voy a ser sacerdote, Horace. —Se volvió y me lanzó una mirada dura, y sus brillantes ojos castaños parecieron retarme a que sonriera—. Voy a ser sacerdote y director de un colegio. Una vez me preguntaste qué quería ser, y te quité las ganas de saberlo. Bien, pues ya lo sabes. El año que viene me voy a Inglaterra porque creo que

el director de un colegio norteamericano tiene que saberlo todo de los colegios de Inglaterra. Mi tutor está preparando las cosas para meterme en Balliol, un *college* de Oxford. ¿Te vendrías a Oxford conmigo?

—¡Me encantaría! —Resultaba de lo más inesperado, pero siempre he tomado rápidamente las decisiones, y ésta era fácil. Harvard se me antojaba como una extensión de St. Andrew's, y la perspectiva de una vida en el extranjero junto a Frank tenía un atractivo insuperable—. Tal vez yo también pueda dar clases en tu colegio. Recuerda que te enseñé francés. —Pero entonces me asaltó una terrible duda—. ¿Tendría que jugar al fútbol?

Frank echó la cabeza atrás y rió estruendosamente.

—¡Dios no lo quiera! No, tú podrías dar clases de francés y tratar con las madres cuando piensen que soy demasiado duro con las ricuras de sus niños.

Me encantaba que, en apenas dos minutos, todo mi futuro, hasta entonces pavorosamente en blanco, hubiera quedado felizmente trazado.

—¿Y de dónde saldrá el dinero?

—¿Para el colegio? ¿Tú no tienes dinero?

—No creo que tenga —repuse con pesar—. Mi padre siempre me dice que tendré el suficiente para vivir «decentemente», sea eso lo que sea, siempre que me quede soltero. Si decido casarme, tendré que trabajar.

A Frank esto pareció resultarle tremendamente divertido. De hecho, su humor ya era exuberante, casi pura hilaridad.

—Esperemos que no se te exija un sacrificio tan enorme. No te preocupes por el dinero. Tengo unos primos ricos. Siempre hay algo de dinero en Boston para una buena causa. Mi tutor, por ejemplo, logró dar con un fideicomiso para pagar la educación en el extranjero de los descendientes de mi bisabuelo.

—Así que por eso te vas a Oxford...

—Digamos que estoy matando dos pájaros de un tiro —dijo Frank, parpadeando.

Me di cuenta de que el tono de la conversación —a medias cómico, a medias solemne— era el mismo con el que Frank había aceptado mi antiguo ofrecimiento de amistad. Nunca hubo que decir nada más para asentar esa amistad, pero es que, para un chico tan reservado como Frank, no hacía falta nada más. Yo había capeado su frialdad, sus rechazos, sus insultos incluso; en lo sucesivo todo eso iba a desaparecer. Cuando uno era aceptado como íntimo de Frank —y me enorgullece decir que muy pocos lo han sido—, lo era de por vida. Él esperaba llevar siempre la iniciativa; esperaba, por ejemplo, que yo acudiera al *college* de su elección y que le ayudara a fundar el colegio del que él sería el director, pero yo también lo quería. Quería mantenerme en un segundo plano, siempre que tuviera plena libertad para decir lo que pensara.

Durante el resto del curso, pasamos las tardes de los domingos paseando y trazando minuciosos planes para el futuro. Él me reprendía por mi ligereza y mis sofismas; yo me burlaba de él cuando se tomaba demasiado en serio a sí mismo, y me

reía de su mal humor. El toque femenino de mi carácter casaba bien con los rasgos masculinos del suyo; en gran medida, nuestra relación era como la de un marido determinado y fuerte, y una esposa astuta y realista. Me doy perfecta cuenta de que, en la época en que escribo esto, el lector de esta última frase difícilmente dejará de sacar conclusiones freudianas, pero la mía es una generación menos contaminada y más sencilla. Siempre me he jactado de mi idea de la amistad, e insistiré hasta el día de mi muerte en que no tiene nada sexual.

Por un tiempo, parecía que tenía todo lo que hubiera podido desear en la vida: un amigo cuya aceptación al fin me hacía gozar de un estatus respetable en el pequeño recinto de St. Andrew's, y un futuro en Europa, a la vuelta de la esquina, que se me antojaba como el enorme saco que lleva a las espaldas Santa Claus, y por cuya embocadura sobresalían agujas y chapiteles de viejas catedrales y torres de castillos. Por primera vez en mi vida, y con la bendición de todos, tenía cuanto podía desear para echar a andar. Y, sin embargo, ¿qué sentía yo? Tan sólo un *ennui* en tono menor, admitido a medias, como un cosquilleo leve en mi interior. Era mi primera lección sobre los regalos envenenados de la vida.

El problema, según averigüé, se encontraba en el mismo seno de lo que yo creía mi felicidad: la cercanía con Frank. Tampoco él había tenido nunca un confidente y, una vez superados sus miramientos del principio, iba acudiendo, con creciente insistencia, a los cuidados que tan generosamente le ofrecía. Él me hubiera escuchado, sin duda alguna, de haber tenido yo confidencias del mismo peso, pero, al cabo de tantos años de soledad, yo tenía muy poco que mostrar salvo ensoñaciones y fantasías, en tanto que él tenía en la cabeza la compleja estructura de su colegio, gestado en su mente durante la adolescencia, clase por clase, profesor por profesor, edificio por edificio. No es extraño que hubiera sido un muchacho taciturno y reservado. A la manera de Frankenstein, había estado confinado en un laboratorio, creando su monstruo.

Lo llamo monstruo porque ya había empezado a temer que acabara por engullirme. Para él era algo muy, muy distinto. Para él era nada menos que la fuente de regeneración de un mundo moderno corrompido por demagogos y políticos venales. Frank creía con pasión que la guerra civil había devorado cuanto había de bueno en la generación anterior a la nuestra, terminando, de modo ciertamente adecuado a la magnitud del holocausto, con el asesinato del santificado Lincoln. Para él, Grant era el cuerpo de un héroe con el alma perdida, la conjura de una nación de antiguos guerreros ahora dispuestos a lo que hiciera falta por el oro. Y Dios actuaría a través de Francis Prescott, el humilde instrumento elegido para recompensar el sacrificio de su padre, a fin de educar a nuevos líderes.

—Sé que esto es lo que mi padre hubiera querido de mí —me decía sombríamente, una y otra vez—. Es mi única manera de darle a Dios lo que él le dio.

Yo tendía a imaginarme al Dios de Frank con un pequeño escalofrío, representándomelo como un general abatido, sentado, con la mano en la mejilla, en

su silla de campaña, junto a una tienda, igual que en las litografías de Napoleón en Rusia, escrutando el campo de batalla de la derrota del día y esperando un milagro para la mañana siguiente. El padre de Frank, su propia fe y su proyecto de colegio estaban inextricablemente ligados entre sí, y mi temprano conocimiento de ello me dio una visión más profunda de sus particularidades posteriores como sacerdote que iban a desconcertar a tanta gente. Frank nunca iba a interesarse por otras almas que no fueran las de sus chicos.

No sólo tuve que aprender más de lo que quería sobre la administración del todavía imaginario colegio de Frank, sino que debía mejorar mis propias aptitudes espirituales para llegar a ser miembro del claustro proyectado por Frank. Intentaba hacer averiguaciones sobre mi vida religiosa, y me hacía preguntas sobre mi familia con esa franqueza, a menudo brutal, de quien no tiene una familia. Siempre he sido de esos egocentristas que prefieren hablar indirecta y no directamente de sí mismos, y su manera de sondearme me resultaba profundamente dolorosa. Nuestras conversaciones de los domingos solían transcurrir en términos parecidos a éstos:

—Me temo, Horace, que debes asumir que tu familia es especialmente mundana. En toda mi vida, no creo haber visto que se dé tanta importancia a las apariencias. Es más, tu padre parece no tener más fe que aparentar que tiene fe.

—Es lo que él llama «dar ejemplo».

—¿Reconoces entonces que es un fariseo?

—¡Reconozco que es un maravilloso fariseo! Puestos a ser un fariseo, al menos que lo sea con estilo.

Frank meneaba la cabeza, comenzaba a silbar y a apretar el paso, en tanto que yo, dando tumbos para alcanzarle, me limitaba a rezar porque las glorias y las seducciones de la vieja Inglaterra lo apartaran pronto de su tema favorito. Mi oración sería atendida en seis meses, y entonces yo iba a aprender otra lección sobre los regalos envenenados.

6. De *El arte de la amistad* de Horace Havistock

Los tres años que pasamos en Balliol fueron más felices para mí que para Frank. Mi personalidad adquirió allí la conformación esencial que conserva hasta día de hoy, en tanto que él se esforzó en formar su carácter por una vía lateral que terminaría por ser un callejón sin salida. Y, aun así, él parecía más satisfecho que yo.

Se hizo de inmediato a la vida y las costumbres inglesas. Fue como si de pronto hubiera descubierto su ambiente natural. Estaba más cordial, más ruidoso, más divertido, más amistoso e iba mucho mejor vestido, pues el fideicomiso le permitía tener sus pujos de dandismo. Le encantaba la vida del caballero inglés, con su sólida comodidad, tan masculina; le encantaban las grandes casas de fría piedra con sus generosos fuegos, la caza en los páramos cubiertos de niebla y las largas cenas en largas mesas vestidas con más ornato y platería de lo que parecería decoroso.

Había llevado muchas cartas de presentación desde Boston, alguna de ellas para personas de la mayor importancia, y pronto fue considerado el yanqui que podía dar la réplica en una conversación sin ser grosero, que podía alabar a su propio país sin estridencias y que era un as lo mismo con la escopeta que con el remo. A mí me parecía que pasaba mucho más tiempo visitando castillos que colegios, y que conversaba mucho más sobre vinos y caza que sobre profesores y alumnos, pero me imaginaba que todo eso era parte de su formación. Éste es uno de los gozos de estudiar en el extranjero: haga uno lo que haga, todo puede justificarse por el hecho de imbuirse del ambiente. Con todo, aunque Frank parecía descuidar el proyecto de su gran tarea vital, no descuidaba sus clases, pues terminó como el mejor alumno de Filosofía e Historia y se le ofreció una beca de investigación.

Yo era más yanqui que él, en el sentido de que volvía la mirada una y otra vez hacia París. Cuando iba de vacaciones a Francia, tendía a pasar el tiempo en la capital, saturándome de teatros y galerías de arte, mientras Frank viajaba solo en bicicleta por el campo, de ciudad con catedral a ciudad con catedral. Cuando finalmente llegaba a París, se afanaba en sus conquistas, propósito para el cual mi presencia tan sólo hubiera significado una molestia, o así al menos lo pensaba yo, pues, al contrario que la mayor parte de hombres —incluso de los de esa época—, rara vez hablábamos de mujeres. Mostraba siempre un tacto extraordinario —cuando no quería ser deliberadamente grosero— y, conocedor de que por carácter soy menos sensual que él, debió de suponer que no me gustaba que me recordaran mi falta de sensualidad. Y, sin embargo, lo cierto es que me hubiera encantado saber de sus conquistas. Yo había madurado en Oxford y había aprendido a no pedir perdón

porque mis placeres fueran, principalmente, los de la vista y el oído.

La crisis hacia la que nos vimos abocados, y que mi torpeza me impidió prever, estalló hacia el final de nuestro segundo año, cuando Frank perdió la fe. Ésta no era una experiencia infrecuente entre los jóvenes más formales del siglo pasado, pero siempre se trataba como un suceso de la mayor gravedad. Hoy, por supuesto, no podría suceder nada semejante, porque ya nadie tiene fe, o porque, quienes la tienen, encuentran muy poco elegante hablar de ella, pero Frank tenía una fe muy profunda, y había recibido la confirmación a petición propia al cumplir los catorce. Sus ideas en torno a la enseñanza estaban unidas a la Iglesia Episcopaliana de forma inextricable, y el único tipo de colegio cuya fundación podía imaginar era un colegio religioso. Supe, por tanto, desde el primer instante, hasta qué punto se trataba de un asunto grave cuando, una noche, en mi cuarto, caminando de un lado a otro frente al fuego, y haciendo a cada rato una parada para darle un sorbo algo airado al vaso de whisky que tenía sobre la repisa de la chimenea, me reveló que dudaba de la divinidad de Cristo.

—Has estado leyendo demasiado a Renan —insinué.

—He estado leyendo muchas cosas, aparte de Renan —afirmó con un bufido—. He estado leyendo a los primeros padres de la Iglesia, pero no se puede eludir la constatación de que Renan tiene un argumento tremendamente legítimo. Está claro que Jesús creía que la resurrección de los muertos iba a producirse en vida de sus contemporáneos. «En verdad os digo que algunos de los que estáis aquí presentes no conoceréis la muerte antes de ver el Reino de Dios». —Su tono se volvió algo seco, como el de un abogado que leyera notificaciones—. Mateo, 16,28. Y otra vez en 10,23. Y otra vez en 24,34. Y en Marcos, 9,1. Y otra vez en Marcos, 13,30. Y en Lucas, 9,27. Y otra vez en Lucas, 21,32. No pude evitar sonreírme ante este alarde de memoria.

—¿Y en el de Juan no hay nada? ¿El de Juan no ha sido siempre tu Evangelio favorito?

—Me parece frívolo por tu parte, Horace, referirse a un Evangelio como favorito, igual que si fuera una revista.

—Bueno, llámalo como quieras. ¿El más espiritual?

Frank aún pareció acusarlo más.

—Creo que tal vez te lo describí en una ocasión como el más sutil. En cualquier caso, tienes parte de razón. La profecía no aparece en estos mismos términos en san Juan, pero recordarás que Jesús dio a entender que Juan podría no morir, lo cual sólo puede significar que seguiría vivo hasta la Segunda Venida de Cristo. —Aquí hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Mateo, Marcos y Lucas deben de haber querido decir algo con esas afirmaciones. Y lo cierto es que los primeros padres los leyeron al pie de la letra. Eso explica su desprecio hacia el mundo. Hubo que rehacer la Iglesia por entero cuando los cristianos terminaron por darse cuenta de que el camino era largo.

Sus preocupaciones, sin duda, le parecerán absurdas al lector del siglo xx. Hace mucho que las enseñanzas del Cristo de los protestantes se han diluido en un amable murmullo de frases hechas sobre los pobres y los humildes, y ya nadie se complica con la cuestión de Dios. Posiblemente éste sea el resultado de la labor de miles de pensadores laxos, como yo. Yo había leído a Renan, y consideraba que su idilio pastoral en torno a un Jesús mortal que luchaba por su ilusión mesiánica, para encontrar en la muerte el alivio a la misión imposible que se había impuesto, era algo que tenía mucho encanto. Se lo insinué a Frank.

—¡Encanto! —dijo asqueado—. ¿Es que para ti no hay nada más importante que el encanto? ¿Eso es todo lo que significan para ti los Evangelios? ¿Encanto?

—Bueno, lo que no veo es por qué hay que pasarse todo el día preocupado por ellos. Tal vez los católicos tengan razón en no animar a su grey a que lea la Biblia. ¡Mira cómo te ha desanimado a ti!

—¿Quién no estaría desanimado si su vida depende de ello? —Frank se detuvo para darle un largo trago a su bebida—. ¿No ves que yo lo que quiero es ser sacerdote? ¿Cómo voy a predicar el Evangelio de un místico engañado que deambulaba por el campo profetizando un fin del mundo que nunca llegó? Más aún, Horace, piensa en el carácter presuntuoso de ese hombre si no era Dios. ¿Cómo se atrevía a amenazar a las multitudes con la condenación eterna? No, no, amigo mío, créeme: o es Dios o no es nada. —Frank sacudió de nuevo la cabeza, lenta y pesadamente, media docena de veces.

—¿Crees que el Sermón de la Montaña no es nada?

—Se encuentran las mismas enseñanzas en los esenios. No tienen nada de original. —Se encogió de hombros en un gesto de impaciencia, y siguió caminando arriba y abajo. Su voz se iba elevando conforme su postura se hacía más vehemente—. Lo que no puedo soportar, al menos en el fundador de mi religión, son los milagros. Como obra de Dios, causan asombro y temor. Como obra de un mortal, quedan reducidos a un juego de manos muy logrado. «Ve al lago, echa el anzuelo, toma el primer pez que salga y ábrele la boca. Encontrarás en ella una moneda. Id al pueblo que está enfrente y, al entrar, encontraréis un asno atado, que nadie ha montado todavía». No, Horace, créeme, eso no vale. Incluso el milagro de los panes y los peces se convierte en un truco de hostelería.

Ahí había logrado dejarme estupefacto. Siempre he creído del peor gusto denigrar los valores religiosos. Desde luego, uno no tiene que tragarse la Biblia, pero muchas personas de importancia lo han hecho y, aunque sólo fuera por el respeto que se les debe, uno tendría que guardar un discreto silencio. En lo tocante a la herejía, pensaba que, después de todo, podía permitirme ser un Havistock.

—Deberías tener más respeto —le reproché—. Al fin y al cabo, aunque fuera un simple mortal, ¿no podría haber contado con inspiración divina?

—¿Inspiración divina para decir que era algo que no era? ¿Eso cómo se explica?

Volvimos una y otra vez al mismo tema, durante el invierno y la primavera

siguientes, hasta que terminé —¡ay!— mortalmente aburrido de todo el asunto. Al final, le sugerí que le contara su problema a nuestro profesor en Balliol, el famoso doctor Jowett. Al principio, Frank se mostraba renuente, pues no participaba de la devoción popular por el Jowler^[4]. Señalé que, al menos, el profesor era un reconocido teólogo, y terminé por arrastrarlo hacia su puerta, de la que, como Omar Jayyam, «tras oír cosas sublimes sobre esto y sobre aquello», salió con las mismas dudas. Pero en su caso, a diferencia de Omar, había tomado una decisión práctica de la mayor importancia. Tenía los ojos brillantes, estaba febrilmente gozoso, y dejó de hablar sobre su falta de fe.

En verdad, Jowett nunca encarnó la idea de gran hombre que tenía Frank. La apariencia blanda y oronda del maestro, su pelo suave y plateado, su rostro sonrosado y lozano, su voz aguda, sus modales andróginos y el esnobismo intelectual —a veces también social— de su conversación le parecieron al joven deportista norteamericano un compendio de lo peor de la educación inglesa, de todo lo que su colegio, si alguna vez lo fundaba, no iba a tener.

Yo, por mi parte, me regocijaba con el ingenio mordaz de Jowett, con sus anécdotas mundanas y con los grandes nombres con que, en tantas ocasiones, decoraba su discurso. Sabía que no podía entrar en ninguna de las tres categorías a las que supuestamente se limitaba el número de sus íntimos: nobles, pobres y estudiosos, pero estaba decidido a llamar su atención de alguna manera. Le gustaban las historias divertidas y la rumorología, y la primera vez que nos convocaron a Frank y a mí a cenar en casa del profesor, había hecho acopio de ambas.

—Havistock es un poco tonto —le dijo Jowett más tarde a un brusco muchacho de Yorkshire, que me lo comentó bruscamente a mí—. Y un tonto norteamericano, además, pero su presencia anima las cenas y, ¿de cuántos hombres se puede decir eso?

Sí, ¿de cuántos? Me gustaría que su elogio figurara sobre mi lápida.

Jowett se tomó mucho más en serio a Frank, como si fuera un piel roja agresivo y potencialmente peligroso. En esa primera cena, Frank llegó a indicarle una corrección en la famosa traducción de Platón que nuestro anfitrión había llevado a cabo. De haberse equivocado, ése hubiera sido el final de su relación, pero tenía razón y, como ya he dicho, a Jowett le gustaban los estudiosos.

—¡Y pensar que tal iluminación nos venga de nuestras antípodas! —exclamó el maestro, elevando las manos—. El Viejo Mundo no puede más que inclinar la cabeza.

El tono tal vez fuera cómico, pero sacó un cuaderno para tomar nota de la corrección de Frank.

¿Llegaría a sentir, el viejo sabio, un temblor de satisfacción cuando el descarado joven acudió a él con sus dudas? No lo creo. Jowett era, en esencia, una buena persona. Los problemas de Frank, al menos inicialmente, eran un tanto elementales, y

el maestro estuvo cerca de apuntar una docena de explicaciones de lo que Cristo quería decir en torno al Día del Juicio, pero pronto descubrió que su alumno norteamericano tenía una pasión por la controversia teológica que lo hubiera hecho sentirse como en casa en la corte de Bizancio. Las controversias con Jowett no hicieron sino estimular a Frank a estudiar con más profundidad los textos latinos, griegos e incluso hebreos, hasta que pudo retar al maestro en pie de igualdad.

—Si usted es el tipo de hombre que pierde el sueño porque a Jonás se lo tragara o no la ballena —arguyó finalmente Jowett—, la Iglesia no es lugar para usted. Haría mejor en volver a las praderas del Oeste y sus frescas brisas.

Desde luego, tenían temperamentos religiosos absolutamente opuestos. Jowett admiraba la filosofía; Frank alimentaba un celo ardiente. Para uno, el cristianismo había sido mejor definido por Platón que por Cristo; para el otro, Cristo lo era todo. Frank se contaba entre los discípulos de Phillips Brooks y A. V. G. Alien, quienes daban a Jesús la posición de preponderancia en la Santísima Trinidad que, según Henry Adams, el siglo XIII le había conferido a la Virgen María. Para Jowett, dicha cristología adolecía de un regusto de evangelismo y de exageración norteamericana. Para él, la vida y la muerte de Cristo eran la vida y la muerte de nuestras almas, que vivían a imitación de Cristo. Como platónico, consideraba todo lo terrenal una arquería rota que simplemente daba indicio de los perfectos arcos que había en un plano superior. Cristo, en esencia, era un fragmento más amplio de ese arco. Insistir en que Cristo debía ser totalmente Dios o totalmente hombre tenía que resultarle a Jowett una vulgaridad propia de la juventud.

Aun así, hubiera podido disfrutar ilimitadamente de estas disputas teológicas con una mente tan propensa a ellas como la de Frank, de no haber sido por los amargos recuerdos del conflicto que, años antes, había desgarrado a la Iglesia de Inglaterra a consecuencia de la publicación de su propia interpretación de las Escrituras. Jowett salió finalmente indemne, pero el recuerdo de tanto alboroto provocado por la aplicación de un inocuo aporte de racionalismo le dejaron una permanente inapetencia por las discusiones teológicas. Tenía poco respeto por los sacerdotes, y prácticamente no se consideraba uno de ellos.

—Me pregunto si algún verdadero gran hombre ha sido sacerdote —meditó en voz alta una tarde, tomando el té en mis habitaciones—. Era su primera visita y yo me sentía orgulloso.

Frank, por supuesto, le replicó al instante:

—¿Hildebrand? ¿Cisneros? ¿Richelieu?

—No me refiero a hombres de Estado con sotana, Prescott, sino a sacerdotes. ¿Por qué habría de ponerse límites a sí mismo un gran hombre con la *gêne* de una fe religiosa?

—Lutero fue un gran hombre y un sacerdote, y lo hizo.

—¡Ah, Lutero! Tendría que haber imaginado que el nombre de un rebelde aparecería en boca de un ciudadano de un brazo separado de los dominios de la

Reina.

—Pero estoy seguro, profesor —replicó Frank—, de que un mártir como usted debe de simpatizar con los rebeldes.

La expresión de Jowett fue inescrutable; yo me había quedado sin aliento. Nunca antes había oído a nadie tomarle el pelo sobre su antigua herejía, pero Frank, al parecer, se atrevía con todo. El profesor le dedicó una mirada larga, llena de astucia, y le dijo:

—Es una pena que no fuera usted un mozo en 1776, Prescott. Estoy convencido de que hubiera disfrutado enormemente.

—¿Y usted, maestro? ¿Hubiera disfrutado en el reino de María Tudor?

—Tal vez debiera buscar su profesión en el foro —gruñó Jowett—. Me han dicho que los abogados y los jueces gozan de una posición única en su gran país. ¿Acaso sus tribunales no pueden enmendar las leyes del Congreso? No está nada mal. Propongo, por tanto, que haga su fortuna en el ámbito jurídico y se asegure un pronto nombramiento en la judicatura. En esta época mercantilista, el juez es la única persona que puede granjearse la estima mundana manteniendo la distancia propia del filósofo. Ni los burgueses más complacidos consigo mismos se atreven a bostezar cuando un juez dice una cita en latín.

—En mi país, los jueces son los despojos de la política.

—¡Hágase político, entonces!

—Está usted bien provisto de alternativas, profesor.

—Es lo único que pueden ofrecer los viejos.

Frank se sintió repelido por estos consejos y, aunque permaneció en tratos cordiales con el profesor, no volvió a buscar su consejo en asuntos personales. Sentía el rechazo de los jóvenes hacia las componendas; le parecía que uno debía elegir a las claras entre Dios y Mammon. En aquel tiempo, su elección era Mammon, y no volvió a hablar de ser sacerdote o director de un colegio.

Lo que más me sorprendió fue hasta qué punto me importaba eso a mí. Se podría haber pensado que el nuevo Frank, más secular, por fuerza estaría más cerca del mundano y ligero Horace, pero no fue así. Seguimos siendo íntimos amigos, pero algo había desaparecido en nuestra amistad. A mi manera, ciertamente extraña, yo podía arreglármelas sin Dios, pero no parecía que pudiera arreglármelas sin Dios en Frank. Sentí que se estaba convirtiendo en alguien que no estaba destinado a ser; una buena persona, sin duda, pero no la persona que yo había previsto. En resumen, supongo que me sentí decepcionado. Después de todo, yo también tenía un papel en su futuro colegio. Había enganchado mi carro, modesto pero bien provisto, a una estrella, y ahora, al mirar hacia delante, veía que no era sino otro carro cualquiera. Y para eso podía haber seguido yo solo mi camino.

7. De *El arte de la amistad* de Horace Havistock

Frank y yo regresamos a Estados Unidos en el otoño de 1881, y él se quedó con mi familia por espacio de varias semanas. Apenas sabía qué hacer o dónde vivir y, del modo más desconcertante, se hallaba del todo abierto a sugerencias. Mi hermano Archie, que siempre le había tenido simpatía, y que encontraba inexplicable nuestra amistad, le recomendó insistentemente que se quedara en Nueva York y entrara en el mundo de los negocios. Convenció a nuestro padre para que le diera una carta de presentación para Chauncey Depew, y Frank se fue a las oficinas de la Compañía Ferroviaria Central de Nueva York. A su vuelta, deslumbrado, nos dijo que le habían ofrecido un trabajo en la primera entrevista.

—Casi diría que no es muy intrépido empezar mi carrera profesional en la mayor empresa de todas —concluyó.

Archie refutó vigorosamente lo que él llamaba la «burda» falacia, tan norteamericana, de que las grandes fortunas se hacen siempre en los nuevos negocios.

—Quédate mejor con lo viejo conocido —le advirtió a Frank—. Eso lo saben bien los peces gordos. Los buenos negocios siempre dan beneficios, y Central volverá a doblar su valor.

Así pues, Frank comenzó a trabajar para los Vanderbilt, «los Medici de la piedra arenisca», como él decía. Nunca puso el alma en el negocio del ferrocarril, pero su aguda intuición y su rápida comprensión de los detalles lo convirtieron en un útil asistente de Depew, quien con el tiempo llegaría a ser el primer presidente del consejo de Justin Martyr. La chanza irreverente de Frank ante la pompa y el poder de los grandes del negocio ferroviario se manifestaba en una serie de ingeniosos monólogos que solía representar ante sus íntimos y, años después, ante los alumnos de su colegio. El mejor era la imitación de una entrevista a William H. Vanderbilt en su vagón Wagner de lujo, cambiando una y otra vez de postura en su suntuoso sillón, tosiendo, abriendo y cerrando los ojos de golpe, jugando con la leontina de su reloj de bolsillo, hablando entre dientes de un modo tímido y triste, para terminar con un chillido: «¡Maldito sea el público!». El número que acompañaba a éste era una representación del mismo caballero en una galería de arte, regateando con el marchante el precio de una sangrienta escena de batalla de Meissonier. Frank se quedaba de pie, con las manos a la espalda y la nariz a un par de centímetros del fingido lienzo, estudiando el detalle de un casco. Y, con todo, seguramente había una parte importante de admiración en esa capacidad de observación tan exacta. Frank sintió toda la vida una fascinación —a regañadientes y semioculta— por los grandes

negocios. Solía decir que, si uno se vendía a Mammon, lo mejor era llegar al sanctasanctórum de su templo.

Durante sus dos años en Central, vivió en un pequeño cuarto en una pensión en la parte baja de Madison Avenue, gastando su sueldo en ropa y placeres. Siguió con el hábito, adquirido en Inglaterra, de ser un poco dandi, y los domingos alquilaba un caballo para montar por Central Park. Con su aspecto, su nombre, su confianza en sí mismo, sus modales, su carácter y su impresionante cultura general, pronto llegó a ser una compañía popular en sociedad. Nueva York era mundano y Frank era pobre, pero esto siempre se le perdona a un soltero y, ¿no era él, al fin y al cabo, de los Prescott de Boston? Ni siquiera las madres de las herederas fruncían el ceño ante los ojos castaños y los anchos hombros de Frank.

Durante ese periodo, nos intercambiamos de nuevo nuestros papeles, pues yo hallaba —como siempre desde entonces— la vida social neoyorquina perfectamente tediosa. Había opulencia, pero era una opulencia pesada, de mal gusto, que brillaba desde esas mesas ostentadamente vestidas, donde amargados magnates con los ojos cansados se dedicaban a comer más de la cuenta junto a sus estertóreas mujeres de pesados pechos. No había artistas, ni filósofos, ni científicos en ese mundo burgués. Y, peor aún, no había ninguna de esas magníficas y comprensivas grandes damas ancianas, expertas en las artes del mundo, perfectas concededoras de Londres y París, antiguas beldades o *demi-mondaines*, que podían hablar con un joven sobre amor, arte o política y hacerle ver la continuidad de la gracia y el encanto a lo largo de la historia de los hombres y las mujeres civilizados.

Yo volvía a tener mala salud; me resfriaba a menudo y comenzaba a desarrollar los primeros síntomas de la artritis que me ha aquejado toda la vida. Pasaba los días en el cómodo saloncito, bien caldeado por el fuego, en el que había vivido de niño con la hermana Sue en el 310 de la Quinta Avenida. Todos mis hermanos estaban casados y se habían mudado a sus casas, y mi padre, cada vez más senil, sólo pensaba en recibir unas invitaciones a cenar que iban menguando tanto que tuve que pasar la mortificante vergüenza de pedírselas a sus viejos amigos. Había pocas cosas que resultaran lo suficientemente tentadoras como para alejarme del manuscrito de una novela que estaba escribiendo sobre el Newport de la Revolución. No era una buena novela, y nunca se publicó, pero era mejor que muchas de las novelas que se publicaban por aquel tiempo.

Entre la vida sedentaria que yo llevaba y la vida activa de Frank, resultó inevitable que nos viéramos menos. Nunca dejó pasar una semana sin acercarse a casa, pero la intimidad diaria de nuestros años en Inglaterra había desaparecido, y descubrí que quería otro confidente, quizá incluso un confidente que tuviera más interés por mí y por las cosas que me importaban que el que con Frank, con toda su buena disposición, iba a tener nunca. Incluso en sus días consagrados al dios del dinero, su inclinación predominante era hacia las ideas generales, en tanto que yo suspiraba por lo concreto; él amaba el pensamiento y yo los caracteres; él buscaba el

debate y yo el cotilleo. Era obvio que ninguno de los dos podía serlo todo para el otro.

Me sorprendió un poco —como sin duda le sorprenderá al lector de estas páginas— que mi nueva amistad se encarnara finalmente en una joven hermosa y popular, tan sólo un año mayor que yo. Conocí a Eliza Dean en una cena íntima ofrecida por Ward McAllister, un chico un poco alocado pero muy agradable que, cuando no se encontraba persiguiendo a vetustas y ricas beldades como la señora Astor, solía dar unas fiestas extremadamente amenas en las que, con la mejor comida y los mejores vinos, alguna vez podía surgir algo parecido a una conversación.

Eliza iba un poco más allá del modelo de las «chicas Gibson»^[5], pero en cierta medida se les adelantó. Tenía el pelo espeso y fuerte en tonos caoba, la frente amplia, blanca como el marfil, los ojos color avellana que lo miraban a uno resueltamente, la nariz increíblemente recta y una barbilla que hubiese resultado demasiado decidida de no haber sido tan propia de una orgullosa princesa de un cuento de hadas. Eliza se movía, también, como una princesa, pero creo que tal vez actuara así como contrapunto a su carácter genuinamente candoroso y a una risa tan franca como el Oeste del que venía. Era hija única de un viudo, un viejo buscador de oro, curtido y retorcido, que tiempo atrás se había comprado un asiento en el Senado y que había llegado a Nueva York para jubilarse en la Quinta Avenida e introducir a su hermosa hija en sociedad. Se sospechaban cosas terribles sobre su pasado y algo aún peor sobre su presente, a saber, que su presunta fortuna era en buena parte imaginaria, pero esto se compensaba con que, bicho raro y apartadizo como era, apenas quería salir, y todo el mundo sucumbía a los encantos de su hija.

Eliza era demasiado astuta para hacerles la competencia a las chicas de Nueva York en el terreno en el que éstas sobresalían; ella sabía que la novedad, bien manejada, podía ser un valor, e introducía en su conversación una sinceridad directa, una honestidad de lo más franca, que resultaba perfecta para ventilar los recargados interiores de Manhattan con el viento fresco del otro lado de las Montañas Rocosas. En vez de adoptar el papel de muñequita melindrosa que quería ser protegida —pues no había que protegerla de nada— por un fuerte brazo masculino, ella parecía ofrecerse en calidad de mujer valiente, compañera de un hombre por voluntad propia, el tipo de mujer que podría disparar su rifle junto a él en la guarnición asediada por los indios, una Elizabeth Zane^[6] con el delantal lleno de pólvora.

Pero existía una notable diferencia. Elizabeth Zane no interpretaba un papel, y Eliza Dean, con toda determinación, no hacía otra cosa. Nadie podía olerse el truco, nadie podía ver temblar la fortaleza de cartón piedra ante la brisa, salvo Horace Havistock, y nadie sospechaba que él se olía o veía tales cosas, salvo Eliza Dean. Fue el mutuo reconocimiento de las habilidades del otro lo que asentó la base —aun cuando fuera resbaladiza— sobre la que se cimentó nuestra amistad.

Al igual que yo, ella también necesitaba un amigo y un confidente, y en su caso no sólo tenía que ser un hombre, pues era una de esas mujeres poco interesadas en las

personas de su propio sexo, sino un hombre que no estropeará tan particular cercanía enamorándose de ella. De no haber sido por este último requisito, expuesto con tanta claridad desde el principio, creo que bien podría haberme enamorado. Y, ciertamente, estuve más cerca de enamorarme de Eliza de lo que nunca he estado de enamorarme de nadie, pero sabía que así, la torpe y frágil criatura que yo era hubiera terminado por repelerla, y me conformé con su amistad y sus muchas atenciones, igual que una muñeca en las manos de una chiquilla bien dispuesta.

Eliza tenía un landó abierto, de color azul pálido, con tapicería de cuero rojo y un cochero con librea roja. Solía recogerme dos veces a la semana en el 310 para ir por Central Park en dirección norte, a la terraza y la fuente de Bethesda, y a veces hasta el obelisco de Cleopatra. Si hacía bueno, íbamos a caminar por el paseo. Parte de la independencia de Eliza consistía en ir sin carabina.

—No deberías escribir una novela sobre la Revolución —me dijo en uno de esos paseos—. Lo que está pasando hoy, aquí mismo en Manhattan, es mucho más emocionante. ¡Si todo el Nueva York de la Revolución te podría caber en cinco o seis manzanas de la ciudad de hoy!

—Prefiero esas cinco o seis manzanas, muchas gracias. Y tú puedes quedarte con eso de ahí —dije señalando el ángel de la fuente de Bethesda, junto al cual pasábamos en ese momento—. Es más, te regalaría todo lo que hay por encima de Union Square.

—¡Me harías la mujer más rica y poderosa de la Tierra!

—¿Por qué te interesa tanto el poder, Eliza? ¿Tan importante te resulta dar órdenes a tus semejantes? Claro que, en realidad, ya son todos esclavos tuyos.

—Horace Havistock no. Él no corre peligro. —Hubo un pequeño destello en sus ojos, mientras juntaba las manos en su manguito—. Tú y yo somos muy distintos, ¿te das cuenta? Tú puedes quedarte perfectamente satisfecho sólo con ver pasar la cabalgata del poder, y con burlarte de él de vez en cuando, pero yo tengo que estar dentro. Aunque, no creas que tengo un ansia vulgar por el dinero y el ascenso social. —Sus ojos color avellana se volvieron hacia mí, llenos de un sutil desdén ante tal idea—. Cuando hablo de poder, me refiero a estar dentro de tantas cosas maravillosas como van a suceder aquí. En política, en arte, en ciencia. Los grandes negocios no son más que el comienzo, el preludio de una nueva Atenas. ¡Y yo quiero estar justo en el centro!

—Me pregunto si la única diferencia entre «estar dentro», que es como tú te ves, y ser un espectador, que es como me ves a mí, no dependerá únicamente del asiento que escojas. Tú lo que quieres es un palco.

Se quedó pensándolo con detenimiento, para ser totalmente sincera.

—Sí, vale, quiero un palco —terminó por admitir—. Después de todo, quienes están en los palcos al menos pueden resultar decorativos. Son parte del espectáculo.

—Decorativos como una reina, ¿quieres decir? ¿En un palco real?

—Bueno, es una manera muy cruda de decirlo, pero exacta, sí, si hay que decirlo

así. Pongamos que como una reina.

—¿Y estarás sola allí? ¿Serás una reina virgen, siempre sola, o habrá un William para Mary?

—Oh, sí que habrá un William —contestó, asintiendo con la cabeza—. Claro que habrá un William. Incluso creo que ya me imagino cómo es.

—¿«De estatura divina y aún más divina hermosura»^[7]?

—No es obligatorio que sea alto y hermoso. Bastará con que su rostro muestre personalidad. Y quiero que sea inteligente e imaginativo, y que tenga ambiciones nobles. Tampoco es preciso que tenga dinero, pero sí debería ser capaz de ganarlo, si resulta necesario. No quiero, en absoluto, un soñador, ni una especie de profesor pesado. Quiero un intelectual que a la vez sea un hombre de acción.

—En otras palabras —insinué con una sonrisa—, ¿un hombre que sea capaz de disfrutar del éxito que esperas que alcance?

—Exactamente. ¿Resulta muy pretencioso por mi parte?

—Digamos que es optimista. Lo que me fascina, Eliza, es que todo lo que deseas es muy noble, pero el mero hecho de quererlo te convierte en... bueno, la materialista más encantadora de todas las materialistas, si me permites decirlo así.

—Puedes decir «materialista» sin miedo. No me causa problema ninguno ser materialista. —Mirando su hermoso perfil, recortado entre el sombrero y la estola de chinchilla, pensé que era la imagen perfecta de lo que confesaba ser—. Pero es de justicia decir que considero que todos somos materialistas. ¿Qué podemos elegir que no sea material? La cuestión es si escogemos lo bueno o lo innoble.

—¿Y quiénes son tus candidatos?

Eliza dejó escapar una de sus risas nítidas, rotundas. Era una risa sorprendente en una mujer, una risa convencida de sí misma, resonante, con algo de gorjeo y el mínimo desdén necesario para no ser hiriente. Creo que fue su risa lo que casi me hizo amarla. Parecía advertir que su propietaria podía dominarte, pero que tal vez fuera mejor dejarse dominar.

—¿No esperarás que te lo diga, verdad que no? —me preguntó—. ¿Quiénes son los tuyos? ¿Conoces a algún hombre capaz de cumplir con mis duros requisitos?

—Lo cierto es que sí. Parece que acabes de hacer su retrato.

—¡Mira tú! ¿Lo conozco?

—Nunca has hablado de él, así que supongo que no.

—¡Venga, Horace! ¿De quién se trata?

—Me parece que no te lo voy a decir. Le echarías el lazo, y tal vez yo quiera quedármelo para mí.

—¡Eres como el perro del hortelano! Tú no puedes casarte con él.

—Es cierto. Tal vez como mujer tengas precedencia, pero soy una persona muy egoísta y no siempre hago caso a las precedencias.

—Me he equivocado de animal contigo, ¡eres un cochino! ¡Y mejor será que escondas bien a tu amigo, porque, te lo advierto, voy a estar muy atenta!

Y, ciertamente, lo estuvo. Nada podría haber espoleado más su curiosidad que me negara a darle el nombre de Frank. Resultaba cómico asistir a sus maniobras y maquinaciones, y ese placer casi me compensa de comprender —de vaticinar, podríamos decir— que, naturalmente, conocería a Frank, y no lo soltaría. Eso era algo mucho más probable en la sociedad, relativamente pequeña, del Nueva York de aquellos días de lo que hubiera sido hoy. De hecho, resultaba casi inevitable que dos personas jóvenes que salían con tanta frecuencia a cenar como Frank y Eliza terminaran por conocerse. Cuando Eliza descubrió una noche que su apuesto compañero de mesa había estudiado en Balliol y que era amigo de Horace Havistock, la mecha ya estaba prendida. Como Frank me contaría después, ella soltó una de sus vigorosas risas y exclamó, para su asombro y confusión:

—¡Así que eres tú, por fin! ¿Será posible que Horace lo haya planeado así?

En el caso de él, fue un amor a primera vista; en el de ella, un amor ya previsto. Asumí incómodamente que mi humilde persona había sido la chispa que encendió el fuego de sus primeras conversaciones, pero puedo aventurar que mi chispa quedó consumida muy pronto. No quiero decir que se dedicaran a criticarme, aunque estoy convencido de que rieron no poco a propósito de mis pequeñas debilidades y estuvieron de acuerdo en que estaba tan consentido como un gatito mimado. Y lo que es peor, mucho peor; aun cuando la idea no llegara a decirse, entre ellos debía de flotar la idea del contraste que había entre el enclenque retoño de amistad que yo les ofrecía a cada uno de ellos y la gloria y la maravilla plenamente adultas que se ofrecían entre sí. Y sí, hacían una pareja perfecta, Frank y Eliza, un «chico Gibson» con una «chica Gibson», podían posar como recién casados en un cartel de seguros para reflejar tantas cosas nuevas y maravillosas que parecía ofrecer la vida. No pude evitar sentirme un poco contrariado: la felicidad sexual de los demás siempre implica exclusión.

Lo primero que hizo Frank fue presentarse en el 310, mortalmente avergonzado. Con fuertes pisadas, empezó a dar vueltas por mi saloncito del tercer piso con gesto de contrariedad, hasta que finalmente logró pararse y soltarlo: «¿Ella te gusta?». Cuando le aseguré que no me gustaba, al menos no en el sentido que él le daba, me dio una soberbia y dolorosa palmada en la espalda y me abrazó. El pobre muchacho había estado dispuesto a irse de Nueva York para dejarme vía libre si yo estaba cortejando a Eliza. Y creo que lo hubiera hecho de verdad.

Con todo, pese a estar conmovido por la lealtad y la integridad de mi amigo, en los meses que siguieron no encontré su compañía muy estimulante. Al hablar de Eliza, aún era más pesado que al hablar sobre su colegio, pues entendía que yo, en mi calidad de amigo íntimo, tenía tanto interés en alabarla como él. ¿Sabía yo que Eliza tenía el buen gusto de preferir la ópera alemana a la italiana? ¿Sabía que era una experta amazona? ¿Había encontrado alguna vez una generosidad de corazón tan

genuina, o una mente tan cultivada y a la vez tan intacta? ¿No estaba acaso muy, muy por encima de todas esas bobitas tan sonrientes que se agazapaban detrás de sus madres gruñonas, esperando que cualquier necio con la billetera llena les propusiera matrimonio?

—Es extraordinario, Horace —terminaba siempre—. Nunca había soñado que pudiera encontrar a una chica tan cercana a mi ideal. ¿Te das cuenta de que ella es sencillamente perfecta?

Me resultaba aún más duro ser sometido al mismo tipo de confianzas por parte de Eliza. Nunca he conocido a una pareja en la que cada uno sintiera un entusiasmo tan incondicional por el otro, y lo más notable es que su entusiasmo parecía crecer conforme se iban conociendo mejor. Lo entendía bien en Frank, pues en esta época de su vida, o mejor, justo antes de conocer a Eliza, había venido mostrando un gusto creciente por lo radical. Había mencionado la posibilidad de dejar su trabajo e irse a las islas Fiyi, había escrito resmas de poesía tan florida como incongruente, y había llenado un cuaderno de apuntes con dibujos de monstruos grotescos. Descubrí incluso que pasaba los domingos en los hospitales de la ciudad, leyendo en voz alta a los enfermos. Eso estaba muy bien, pero era un poco ingenuo, un poco extraño. Eliza, por su parte, pese a su capacidad para exaltarse, siempre mantenía la cabeza en su sitio. Yo sospechaba que estaba exagerando un poco sus sentimientos y sus muestras de cariño, y eso me molestaba.

—Está muy bien deificar a Frank —le dije una tarde en Central Park—, pero antes o después tendremos que dejar que toque tierra. Te concedo que es un chico brillante pero ¿qué ha hecho con su brillantez? ¿Qué es, por ahora, además de un joven que trabaja en Central y ni siquiera está comprometido con una Vanderbilt?

—Está comprometido conmigo.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Muy bien. ¡Felicidades! ¿Tu padre lo ha aprobado?

—Oh, ni siquiera se lo he preguntado a mi padre. Soy dueña de mí misma, ya lo sabes. Mi padre vive de una renta. Cuando me dio lo poco que tenía, me dijo: «Aquí tienes, Liza. No va a haber más. Ahora dependes de ti, hija mía, y espero que sepas sacar el mejor partido a todo».

—Estoy convencido de que te dio lo suficiente.

—¿Cuánto crees que me dio?

Calculé rápidamente durante un minuto, y luego le dije una cifra con la que estaba casi seguro de acertar. Eliza soltó una risotada.

—¡De verdad, Horace, los neoyorquinos sois incomparables! ¿De dónde has sacado ese sexto sentido para las finanzas?

—¿Quieres decir que he acertado?

—¡Has dado en el centro de la diana! Pero ¿cómo lo has sabido? Pensé que pasaba por rica. —Se encogió de hombros como para mostrar su desdén hacia tales

cuestiones—. En todo caso, no nos vamos a morir de hambre. Frank seguirá ascendiendo en Central. Eso me lo ha dicho el mismo señor Depew. Y de ahí puede ir a donde quiera. El legislativo del estado, el Congreso, una embajada. Ya lo verás, Horace. Puede que Frank necesite un poco de presión, pero ¡mira quién se la va a poner!

—Es un hombre impredecible —gruñí.

—¡Precisamente eso es lo emocionante! Pero ¿no ves que, con todo su talento, sólo puede ir hacia arriba?

—¿Sabes que quería ser sacerdote?

—Por supuesto. Y director de colegio. Y lo hubiera hecho muy bien, pero todo eso ya lo ha dejado atrás.

—Sí —suspiré—. Parece haberlo dejado todo muy atrás.

Así lo creía yo al decirlo. Tiempo después, Eliza no dejaría de pensar que yo ya debía de sospecharme algo, y nunca me perdonó que no se lo dijera, pero no podía habérselo dicho. Me había hecho perfectamente a la idea de que Frank sería un ejecutivo de una empresa de trenes. Había aceptado plenamente que los ideales de su época en St. Andrew's no habían sido más que muestras de un fervor religioso adolescente. A mi modo de ver, Frank tan sólo había vuelto a la tradición de su familia, igual que yo volvía a la tradición de la mía.

Pero, en realidad, su alegría en aquel tiempo no tenía que ver exclusivamente con el amor. El amor parece haber hecho de catalizador para que comenzaran a vibrar todas las cuerdas de su espíritu, con una fuerza lo suficientemente poderosa como para sobrevivir a la desaparición de ese detonante. Hice este descubrimiento capital una noche, tras una cena del Hone Club en nuestra casa, a la que Frank y yo asistíamos como invitados. Después de que todos se retiraran, y después de acompañar a mi padre a su cuarto, me encontraba ya muy cansado, pero Frank, que nunca estaba cansado, y que no aceptaba el cansancio en los demás, propuso que tomáramos un whisky antes de marcharse. Le dije con rotundidad que quería acostarme, pero no me quiso escuchar. Estaba junto a la mesa larga sobre la que mi padre leía los periódicos, pasando las páginas en un claro estado de agitación nerviosa. Esto era muy impropio de él, como el raro brillo febril de su mirada, de modo que presté atención.

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí —dijo sin volverse hacia mí.

—¿Sobre Eliza?

—No. Quiero decir, sí. Sí, en el sentido de que todo lo que me pase a mí concierne a Eliza.

—¿Es algo bueno?

—Es algo que tú llamarías «encantador». —Se volvió hacia mí con una sonrisa que sólo puedo describir como radiante. No cabría otro adjetivo—. He vuelto a mi antigua fe. Me voy a Boston el sábado para ver a Phillips Brooks. Cree que, en el

plazo de un mes, puede meterme en el seminario.

Ante tales palabras, fui al aparador a servirme una generosa medida de whisky, que iba a provocarme un terrible dolor de cabeza a la mañana siguiente, pero no importaba. Me senté en el sofá, doblando las piernas por debajo de mi cuerpo, y me limité a murmurar:

—Cuenta.

Frank daba vueltas por la habitación mientras me hablaba de su nueva conversión, moviendo las manos por encima de las mesas, dando golpecitos a libros y bronce, con los ojos brillantes mirando a todas partes, sin parecer que reparara en mi presencia cuando los posaba sobre mí. Yo no me movía más que para tomar un discreto sorbo de whisky; tampoco hablaba, ni siquiera cuando él se detenía para que le hiciera un comentario. Su monólogo transcurrió más o menos así:

—He tenido una visión, una aparición, como quieras llamarlo. Sé que parece algo de una arrogancia o de una inocencia increíbles, quizá ambas cosas, pero no me importa. ¡Ya no me puede importar! No me sucedió de repente, como a san Pablo en el camino hacia Damasco. No, no, yo estaba preparado. Sólo el necio más testarudo podría haber resistido tanta preparación durante tanto tiempo. Y es que hay algo, Horace, que no sabes de mí, algo que no le he dicho a nadie. Tampoco a Eliza, al menos hasta el otro día. Y es que, incluso después de haber perdido mi fe en Oxford, nunca he dejado de leer los Evangelios, ni a los primeros padres. Durante el año pasado, he leído los Evangelios cada noche, cuando volvía a casa, dos o tres horas, en latín, en griego, incluso en francés, intentando acercarme a ellos con ojos nuevos. ¿Sabes que puedo recitar a san Mateo de principio a fin? No te preocupes, que no lo voy a hacer.

»Lo que te estoy intentando decir es que la figura de Cristo ha adquirido solidez ante mis ojos. Él es el mismo en todos los Evangelios. De hecho, Él es lo único que hay en los Evangelios. Los versículos me vienen a la cabeza en momentos extraños durante mi trabajo en la oficina. “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno, Dios. El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre. Porque yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado”.

»Sí, Horace, es una entrega divinamente desinteresada. La entrega que viene del conocimiento absoluto de que la alabanza o el desprecio del mundo son de una completa irrelevancia. La parte mortal de Jesús, lo que tomamos por la parte exterior de la divinidad, apenas existe en los Evangelios, salvo por unas pocas pinceladas, la agonía en el huerto, el grito desde la cruz. E incluso ahí, en la pasión de Cristo, se trata del dolor del Padre por lo que los hombres le están haciendo a su hijo y, por tanto, también a sí mismos. Es el rechazo, no la tortura, lo que le importa. Y comencé a ver que las discrepancias y las rarezas de los Evangelios son las discrepancias y las rarezas de unos escritores mortales, de unos testigos mortales.

Hizo una pausa tan prolongada que pensé que debía decir algo.

—¿En qué ha consistido tu visión?

—Oh, no. —Se puso aún más serio—. Mi visión vino hará un mes, una noche en la que no podía dormir. Me había quedado despierto, pensando en la Pasión, casi hasta el amanecer. Supongo que dirás que acabé durmiéndome de puro cansancio, y que mi visión la soñé. No importa. Dormido o despierto, igualmente fue algo verdadero y real. Fue la súbita aparición de mi padre junto a mi cama. No, no junto a mi cama. Su presencia llenaba todo el dormitorio, no puedo explicarlo. No se parecía a los daguerrotipos que he visto de él, ni a la miniatura de la tía Jane, pero sabía que era él. Estaba muy pálido, demacrado, quizá sin afeitarse, con uniforme y, por algún motivo, tenía el brazo izquierdo en cabestrillo. Acercó la cabeza lentamente hacia mí y en tono de reproche, pero con la voz más amable que te puedas imaginar, me dijo: «Frank, hijo mío, ¿cuántas veces habrá que decirte las cosas para que, por fin, las veas?».

En este punto, Frank, alterado, se dejó caer de pronto sobre una silla, y se cubrió la cara con las manos.

—¡Pensar que he necesitado tener un signo! ¡Pensar que he tenido que perturbar el espíritu de mi pobre padre antes de creer! ¡Pensar que he sido peor que santo Tomás! —Su voz se iba elevando hasta un punto que me hizo temer la histeria—. «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y mi mano en su costado, no creeré». Y Cristo ha sido tan bueno conmigo como lo fue con santo Tomás, su propio apóstol, y tomó mi dedo y me hizo sentir la herida de los clavos en su carne, y tomó mi mano y la metió en el agujero de su costado. ¡Horace! ¡Si por lo menos se me concediera el tiempo suficiente para devolver algo de lo que se me ha dado! Decidí que tenía que frenarlo.

—¿Hay alguna razón para pensar que no vas a tener tiempo? ¿Consideras que tu visión implica que vas a tener una muerte prematura?

Me miró sorprendido durante un minuto, como si su sorpresa proviniera del mismo hecho de oírme hablar. Luego sonrió, sonrió con su sonrisa de siempre, y volvió a ser el Frank de siempre.

—No, por supuesto que no. Y perdóname, amigo mío, por la parrafada. Has aguantado lo tuyo, ¿verdad? Pero para eso están los amigos. Tenía que contárselo a alguien.

—¿No se lo has dicho a Eliza?

—Sí, claro, pero no con tanto detalle. Ya sabes que las mujeres odian las cosas abstractas. Me preguntó a bocajarro si iba a dejar Central para entrar en el seminario.

—Me lo imagino. ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Ha sido generosa y responsable, Horace. Completamente generosa y responsable, lo cual, supongo, no te sorprenderá. —Y entonces se levantó, ya con aire cansado, y se acercó a mí para ponerme la mano sobre el hombro—. Para ella fue una conmoción, claro. No había previsto convertirse en la mujer de un sacerdote, y menos aún en la mujer de un director de colegio. Al principio se descompuso y se echó a

llorar. Eso se me hizo muy duro, te lo aseguro. Pero al día siguiente estaba mucho más calmada. Me dijo que lo pensaría mientras yo estaba en Boston, pero la intuición me dice que se va a quedar conmigo.

—Sin duda, sólo tiene que rehacer sus sueños para que incluyan un palacio episcopal.

—Vamos, Horace, no seas mezquino. Ve a acostarte y reza por que se quede junto a mí. ¿Puedes imaginarte a una mujer de director mejor que ella? Además, ¿sabes que le encantaría en cuanto se implicara de verdad!

—Sí —dije con amargura—. Me lo imagino a la perfección. *Los muchachos de Jo*^[8].

Y al poco se marchó, todavía con humor suficiente para reír, y yo terminé mi bebida, no sin una perversa satisfacción al imaginar lo mal que me iba a sentir por la mañana.

Eliza estaba tranquila, en calma, la siguiente vez que me sacó a pasear. Tan guapa como siempre, todo lo que hacía, incluso los mohines, lo hacía con su gracia natural, pero era evidente que estaba frustrada, profundamente frustrada, y la frustración es algo que las mujeres casi nunca saben volver atractivo. Cuando al fin comenzó a hablar, preguntó con detenimiento desde cuándo conocía yo esos planes de Frank.

—Bueno, ¿qué importancia tiene saber cuánto adiviné y cuándo lo hice? —repliqué finalmente, con cierto apremio en mi tono—. Te digo que para mí fue una absoluta sorpresa, y no te lo crees; pero lo importante es que Frank ha encontrado su fe de nuevo, y está feliz así. Yo estoy encantado.

—Tú puedes decir eso. No afecta a tu futuro.

—Al contrario. Si alguna vez Frank funda su colegio, supongo que renovará su vieja propuesta de hacerme profesor. Podría cambiar toda mi vida.

—¿Profesor? ¿Tú?

—Sí, ¿por qué no? —pregunté, herido por su tono—. ¿Te crees que todos los profesores tienen que ser deportistas? ¿Te crees que no hay chicos sensibles que podrían sacar partido de un profesor culto, al que le importen más el arte y la literatura que el fútbol americano? Sé que podría haber sido mucho menos desgraciado en St. Andrew's si hubiera habido un Horace Havistock entre los profesores.

—Estoy convencida de que sí —dijo ella con un tono conciliador ante lo cortante de mi respuesta—. Tienes que recordar que, como hija única, yo he tenido muy poca relación con chicos. Sin embargo —continuó con un suspiro, mirando pensativamente el paseo—, parece que ese enorme desconocimiento se va a llenar con creces.

Dejé vagar la mirada en torno.

—¿Quieres decir que vas a seguir con él?

La mirada de su réplica fue distante y firme:

—Creí que te lo había dicho. Frank y yo estamos comprometidos.

—Pero no ha habido anuncio formal. Pensaba que todavía erais libres para romperlo.

—¿Y qué te hace pensar que eso es lo que quiero?

Sí, ¿qué? ¿Y qué me hizo estar tan seguro de que debía romperlo? Cuando medito sobre mi actitud de aquella tarde, me resulta bastante extraña. Yo, que nunca había interferido lo más mínimo en los asuntos de los demás, que me había limitado siempre a hablar con ligereza del pasado y a especular sobre el futuro, ¿cómo pude tener el valor, la temeridad incluso, de traicionar a mi mejor amigo, metiéndome en las aguas turbulentas de su relación y abriendo en ella una brecha? Y, más aún, ¿cómo pude hacerlo sin dudas de conciencia —al margen del temblor causado por mi tensión natural ante la mera idea de la acción—, sabiendo que me poseían unos celos de lo más complejos al ver que cada uno de ellos hacía que el otro se apartara de mí? Sin embargo, en ningún momento dudé de estar haciendo lo correcto. ¿Acaso el ángel o el diablillo que había enviado al padre de Frank intervino de nuevo, sólo que a través de mí?

—No te cases con él —afirmé rotundamente—. No te cases con él, te lo pido por favor.

Eliza no pestañeó al mirarme. Incluso parecía darse cuenta de que tal atrevimiento por mi parte debía provenir de un sólido convencimiento del que todavía no sabía nada.

—¿Por qué no?

—Porque os haríais infelices el uno al otro.

—Creo que me subestimas —dijo tras suspirar.

—¡No, no te subestimo! Serías maravillosa. Serías capaz de manejarlo todo magníficamente, los alumnos, las madres, los profesores y sus mujeres. Serías hermosa y de lo más decorativa, actuarías con gracia y coraje. Sí, lo harías como una reina. Y, cuanto mejor lo hicieras, peor sería para vosotros dos. Frank vería que te había arrancado del gran mundo, donde tus talentos estaban destinados a brillar, para malgastarlos en un pueblo perdido de Nueva Inglaterra. Y tú también lo verías, Eliza. ¡Sí, ya lo creo que sí! Por más que se lo escondieras, ambos sabríais siempre que lo tuyo había sido un sacrificio.

Eliza se pasó las yemas de los índices por las pestañas. Me pregunté si se estaba enjugando una lágrima suelta y rebelde. Si fue así, su gesto detuvo a las demás. Era difícil saber esas cosas con Eliza.

—Tal vez fuera más sutil de lo que piensas.

—Es imposible.

—¿Por qué es imposible? —preguntó, molesta—. Hay una cosa que pasas por alto, que tú, naturalmente, pasas por alto. Y es que yo amo a Frank.

—¡Oh, el amor!

—¡Sí, el amor! —exclamó con enfado—. No me sonrías con esa cínica frialdad. ¡Si supieras hasta qué punto pareces inmaduro! Sólo los niños y los viejos se burlan del amor. Pero lo cierto es que amo a Frank Prescott, y lo cierto es que él me ama.

—Los grandes amantes han hecho grandes sacrificios.

Abrió los labios para contestar, pero los cerró de nuevo. Algo en mi insistencia la asustaba visiblemente.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —preguntó con desesperación—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que otra gente debe y no debe hacer?

—Porque te conozco, Eliza. Sé lo que tenemos en común. Algo que no tiene nada que ver con Frank. Tú y yo somos unos egoístas sin remedio. Queremos lo mejor, sí, lo más hermoso de todo, para nosotros y para los demás, pero lo mejor de las cosas hermosas siempre va a ser el pequeño toque personal que nosotros les demos. Nunca verías la escuela de Frank bajo otra luz que como el paisaje de fondo para una bella directora. Un paisaje de fondo muy impropio, por cierto. Y, en última instancia, sería el paisaje de fondo para la exhibición de la ejemplar señora Prescott, que renunció al mundo por su esposo. Te imagino, Eliza, ya mayor, canosa, delgada y pequeña, todavía tan maravillosa, y te veo a la hora del té junto a algún Horace Havistock de sexto, un admirador tuyo, blando de maneras y de largos cabellos, contándole la pena secreta de tu sacrificio.

Los ojos de Eliza parecieron arder de ira.

—¡Pare, Tom! —gritó al cochero—. El señor Havistock se baja aquí.

—¡Eliza, por favor! —protesté—. ¡En medio del parque!

—¡Entonces me bajo yo! —contestó y, en un instante ya estaba fuera del carruaje, caminando con paso rápido hacia el este, por la acera—. ¡Lleve al señor Havistock a su casa! —gritó, dándose la vuelta—. Yo iré andando.

Le dije a Tom que la siguiera a una distancia discreta, y aunque ella debía de saber que estábamos allí, no giró la cabeza ni una sola vez, mientras seguía con toda determinación hacia delante. Al principio esto me divirtió, pero conforme continuaba viendo su erguida figura caminando rápidamente, desde el lento y traqueteante carruaje, me fui sintiendo incómodo. ¿Sería posible que me hubiera equivocado? ¿Había infravalorado a la fuerte y hermosa criatura que andaba delante de mí tan velozmente que todos los viandantes se daban la vuelta para contemplarla? Debimos de seguir nuestra extraña procesión durante media hora, como mínimo, mientras yo iba del convencimiento a la duda y de la duda al convencimiento, hasta que me di cuenta de que se había detenido y esperaba, de espaldas, a que le diéramos alcance. Mientras Tom paraba lentamente el carruaje a su lado, ella se dio la vuelta y se metió dentro.

—¡A casa! —dijo, y se sentó en silencio, con su rostro lejos de mí, y los ojos fijos en los tonos marrones del horizonte que se dibujaba al sur.

—Te voy a contar la decisión que he tomado —dijo finalmente, todavía sin mirarme—. Si dejas a Frank, tú harás lo mismo.

—¿A qué te refieres? ¿A que lo deje como amigo?

—No. Me refiero a que abandones la idea de ser profesor. En su colegio, al menos.

—Dudo que en algún otro me lo propongan.

—Entonces está hecho. No serás profesor.

En realidad, nunca había pensado mucho sobre lo que quería ser, pero entonces, a la perversa manera que tenemos los humanos de comprenderlo todo, sentí que tal vez estuviera renunciando al trabajo para el que estaba mejor capacitado.

—Pero ¿por qué? —pregunté, estupefacto—. ¿Por qué eso te resulta tan importante? ¿Es sólo por despecho?

—Deberías conocerme mejor —replicó con desdén—. No hago las cosas por despecho. Puedo ser, como tú dices, egoísta, pero al menos no me creo mezquina. No, si dejo a Frank, será porque quiero que tenga una libertad sin restricciones en su nueva vida. Si puedes ver lo malo en mí es porque también hay algo de ello en ti. Tú mismo lo has confesado. Y será mejor que no haya nada de eso en el colegio de Frank.

Suena extraño, pero creo que me sentí halagado. Siempre me habían considerado tan irrelevante en las relaciones personales que la idea de que pudiera tener una influencia, incluso una influencia dañina, en alguien tan fuerte como Frank me llegó al corazón con una punzada de placer. Aliarme con esa maravillosa mujer para apartar a Parsifal de su búsqueda del Grial ¿no equivalía a recibir un papel en la ópera? Y, ¿acaso no tenía razón Eliza? ¿No había percibido yo que las cosas iban mejor con Frank cuanto más a solas estaba con su Dios? Me hice a la idea instantáneamente.

—Te doy mi palabra —le dije con solemnidad— de que nunca seré profesor.

—¿Ni aunque me case con Frank?

—¡Aún menos si te casas! —exclamé—. No podría soportar que un capítulo del Evangelio se volviera un capítulo de una novela de Trollope.

Después de esto, terminamos nuestro paseo guardando ambos silencio, pues yo había comprendido, con absoluta claridad y por primera vez en mi vida, cómo era una mujer. Supe que Eliza no iba a perdonarme nunca.

Estuve varios días sin ver a Frank, pero la siguiente vez que pasó por casa, su expresión sombría me hizo saber al momento que Eliza le había comunicado su decisión. Paseando por mi cuarto mientras yo lo escuchaba sentado junto al fuego, me lo contó todo con frases ásperas, entrecortadas. Una vida de Iglesia, dijo adustamente, no era una vida para Eliza, estaba claro. Luego comenzó a despotricar contra Nueva York, su sociedad, su dinero, su mundanidad. Vivíamos en la más vil de las edades. Yo asentía con mi silencio.

—¡Oh, qué idiota soy! —gritó de improviso, volviéndose hacia mí con una

violencia que me hizo sobresaltarme—. ¡Como si una chica como ella quisiera atarse a una especie de curilla que ni siquiera ha recibido las órdenes! Mi cortejo estuvo basado en un fraude, Horace. ¡Soy yo el vil!

Se acercó a la lumbre y la estuvo mirando, apesadumbrado, sus buenos cinco minutos. Cuando volvió a hablar, su voz tenía una curiosa suavidad que no recordaba haberle oído antes, como un suspiro al término de un dolor insoportable.

—Pensé que no iba a tener que renunciar a nada, Horace. Pensé que no iba a pasar ninguna prueba. Sabía que podía dejar Central y todas sus vías férreas y la fortuna que brillaba al fondo alegremente. ¡Alegremente! Pero soñé que entraría al servicio de Dios con una mujer hermosa y fuerte de mi brazo, una compañera para siempre, igual que en una ilustración para el último capítulo de una novela de Thackeray. ¡Cuánta fatuidad, Dios mío! —Hundió la cabeza entre las manos y comenzó a sollozar—. Señor, sin duda el sacrificio que tú querías era ella. Así sea. Hágase tu voluntad. Tu voluntad. ¡Tendría que estar contento por entregarte algo tan querido!

Tras este arrebato, que me dejó helado del apuro que sentí, jugó conmigo al *backgammon*, en hoscó silencio, por espacio de una hora, y luego se marchó a casa. Nunca más me hablaría de Eliza. De hecho, volvió a ser ese muchacho de quinto curso de St. Andrew's que no necesitaba compartir sus congojas internas, pero ¿para qué iba a hacerlo? Parecía haber encontrado un consuelo más elevado.

Se despidió de Central a la semana siguiente, con el pleno beneplácito del señor Depew, muy impresionado por el hecho de que se escuchara una llamada al sacerdocio por encima del bullicio mundano de sus oficinas. Frank incluso recibió una carta manuscrita de despedida del señor Vanderbilt, con la que logró disipar por completo las enconadas objeciones de Archie al paso que estaba dando. Partió entonces a Cambridge, en Massachusetts, para comenzar sus estudios de Teología, que aparentemente se iban a pagar con otro de los misteriosos fideicomisos Prescott, y por primera vez en siete años dejé de verlo con asiduidad. Se iba así una gran luz de mi vida, pero había aprendido que uno debe tener luminarias de repuesto.

Durante los dos años que siguieron, visité a Frank en Boston en varias ocasiones. Me quedaba con su querida tía anciana en la calle Marlborough, y él venía desde Cambridge para pasar las tardes conmigo. Parecía muy animado, aunque siempre atento a su trabajo, y no fue una sorpresa para nadie que se licenciara el primero de su clase. Hablaba amablemente de sus compañeros de estudios, pero lo conocía lo bastante bien para intuir que sentía desaliento ante la calidad de sus intelectos. Iba a tener que luchar durante toda su vida para no ser condescendiente con sus compañeros en el sacerdocio.

—Si la Iglesia —me dijo una vez— atrajera al tipo de joven que termina en las oficinas de Central en Nueva York, no tardaría en conquistar el mundo.

Pero, por supuesto, no atraía a ese tipo de personas. A decir verdad, no atraía ni al propio Frank. Sólo se ordenaba porque quería fundar un colegio religioso, y buscaba

cumplir con sus estudios y su ordenación lo antes posible.

Tenía una distracción, sin embargo, y era Harriet Winslow. Ella era totalmente distinta de las chicas por las que, según había observado, Frank solía mostrar interés, pero a su manera resultaba tan única y tan notable como Eliza Dean. Era sencilla y directa, pero magníficamente sencilla y directa, con un despejado perfil intelectual, la nariz larga, fina, muy aquilina, y unos ojos verdes que parecían atravesar las mayores barricadas de la complacencia ajena. Sobrina nieta de Emerson, leía en latín y hablaba alemán, pero tenía una elegante reticencia a hacerse notar. Era ordenada y pulcra, eficiente, tranquila, firme y, a mis ojos, encantadora. Pertenecía al cogollo de la sociedad de Boston, la única sociedad de Estados Unidos con la que Frank verdaderamente disfrutaba, por ser la réplica de la inglesa: sin pretensiones, segura de sí misma, excéntrica y, en parte, genuinamente intelectual.

Harriet se ganó mi lealtad eterna al comprender desde el principio que, siendo tan distintos como éramos, Frank no tenía mejor amigo que yo. Pronto comenzó a trabar su propia relación independiente conmigo, y en dos ocasiones me invitó a almorzar con su familia sin Frank. Se me antojaba evidente que, de un modo a la vez tranquilo y firme, muy propio de ella, estaba decidida a casarse con él, y que había aceptado como algo totalmente natural que los sentimientos de él nunca igualarían los suyos. Aplaudí de corazón su resolución —no hace falta decir que jamás la comentamos—, pues me parecía que ella tenía todo lo que Frank necesitaba para la vida que había elegido y, de hecho, así se ha demostrado. Creo que incluso tenía dinero, pero ¿cómo saberlo con los de Boston?

Nunca he averiguado hasta qué punto estaba al corriente de la historia de Eliza Dean pero, si lo estaba, siempre tuvo el ánimo y la inteligencia suficientes como para no ofenderse ni pedir perdón por el hecho de haber sido la segunda opción. Cuando, de pie, al lado del recién ordenado Francis Prescott, vi que su novia se aproximaba a nosotros por el pasillo de la iglesia, supe que aquella tarde, en Central Park, junto a la fuente de Bethesda, había hecho el mejor trabajo de mi vida.

Y no sólo por él. También por Eliza. Abandonó sus intentos fallidos en Manhattan y volvió al Oeste tras la muerte su padre, donde se casó con el hombre que le había comprado las minas. Era mucho mayor que ella, y le dejó una enorme fortuna. Luego se casó con Byram Shaw, del gabinete de Wilson, y tuvo una espléndida carrera en París cuando su marido fue nombrado embajador. Hoy vive en un palacio de estilo genovés en Du Pont Circle, en Washington, y da esas grandes recepciones político-diplomáticas de las que todo el mundo habla. Ha envejecido con gracia, pero en maneras y carácter ha llegado a ser mucho más del Oeste que en sus primeros días en Nueva York. De hecho, ésa ha sido su distinción.

Siempre ha sido cordial conmigo, pero nunca retomamos nuestra amistad. Cuando David Griscom estaba haciendo su campaña de recaudación de fondos para Justin Martyr, me pidió nombres de posibles donantes, y yo le di el de Eliza. Le escribió dos veces, pero no obtuvo ni acuse de recibo ni contribución alguna. Debía

de tener la sensación de que ya había hecho bastante por el colegio.

8. El diario de Brian

15 de diciembre de 1940

Hace ya dos meses que volví a Justin y aún no había hecho ni una anotación, pero es que el doctor Prescott es el único objeto de este diario y, desde que comenzó el curso, no lo he visto a solas más de dos veces. Aunque corra el riesgo de parecer arrogante, me resisto a creer que mi misión sea dejar constancia de lo que todo el mundo podría dejar constancia y de lo que, por lo que parece, todo el mundo está dejando constancia. El pobre doctor Prescott se ha convertido en un acontecimiento público.

He dejado de ser su asistente porque el señor Ives, que también se va al final de curso, ha puesto sus responsabilidades en manos del señor Anders, y vuelve a tener tiempo para ayudar al director; pero lo peor es que se ha hecho incluso más difícil acercarse al doctor Prescott. Todos los antiguos alumnos y amigos de Justin son conscientes de que éste es el año de su retiro, y cada uno de ellos quiere tener su último recuerdo de él en activo. Cada semana que pasa tiene un «último» algo que hay que conmemorar debidamente: el discurso del director en la cena de aniversario del colegio, su «arenga» antes del partido contra Chelton o su soliloquio a las visitas de la noche de Halloween.

Los antiguos alumnos vienen a verlo un rato, a darle la mano, a hacerse una foto, a charlar un poco con él. El doctor Prescott vive tan expuesto al público como un monarca en Versalles, pero si Luis XIV sólo tenía a un Saint-Simon entre sus cortesanos, el rector de Justin parece tener tantos como graduados. A veces creo que soy la única persona en el campus que no está dedicada a «ponerlo por escrito»; yo he dejado de hacerlo porque quiero ser el único.

Por aquí anda un camarógrafo profesional que está haciendo una película, encargada por los antiguos alumnos, sobre un día típico en la vida del director. Ya se ha grabado uno de sus sermones. Y hay un gran caballete en su estudio del edificio del colegio, donde un artista le está pintando un retrato mientras él trabaja sentado a su mesa. Tengo la sensación de que si me atrevo a pasar por allí para darle los buenos días, corro el riesgo de que parezca que intento invadir con mi pequeño ego las gloriosas páginas de su historia personal.

Pero él, sin embargo, nunca ha estado más espléndido. Parece totalmente resignado al circo de estos meses finales; no es que se limite a tomarse las cosas con filosofía, sino que desprende benevolencia. Sonríe con un encanto inagotable ante el enorme mundo que se abre en torno a él. La agonía de la decisión ya pasó, y da la impresión de haber aceptado la perspectiva de dejar su creación en manos de un

subalterno. Quizá ha reflexionado y ha llegado a la conclusión de que esas manos, después de todo, también están en las de Dios. Nada le cuadra más a su ejecutoria como rector que el hecho de retirarse.

21 de enero de 1941

Este lunes me hizo llamar y me sugirió que acudiera a una de sus clases de Religión.

—Si llega a ser sacerdote y decide continuar dando clases, ha de tener en cuenta que siempre tendrá que enseñar Religión. No le haría ningún daño ver cómo lo hago yo. A fin de cuentas, llevo medio siglo haciéndolo.

Esta mañana me senté al final del aula, llena de mapas de Tierra Santa y del imperio romano, que está junto a su despacho, para asistir a la clase que iba a dar a los del segundo grupo de quinto. Como todos los grandes planes, el suyo es básicamente sencillito. Los de quinto han tenido clases de Historia Sagrada y de Historia de la Iglesia, y el doctor Prescott intenta poner en relación la Religión con las demás asignaturas. Llama a un chico y le pregunta lo que están estudiando ese día en Latín, Historia o Matemáticas, e inicia un debate a partir de ahí.

Hoy eligió la clase de Historia, y Jimmie Abercrombie lo informó de la lección prevista para ese día.

—La guerra de los Treinta Años, señor.

—¡Madre mía! ¿La guerra entera?

—Bueno, señor, creo que hoy el señor Evans pensaba hablar del papel de Richelieu.

—Ah. El papel del cardenal Richelieu. ¿Sabe, Abercrombie, lo que se supone que dijo el Papa cuando murió el cardenal Richelieu?

—No, señor. Creo que no venía en la lección.

—¿Debemos ceñirnos a la lección, Abercrombie? ¿No podemos hablar, usted y yo? ¿No podemos buscar aquí un poco más de verdad, mano a mano, por así decir?

—Oh, sí, claro, señor, creo que sí.

—Gracias, Abercrombie. Se supone que el Papa dijo: «Si existe Dios, el cardenal tendrá que responder de muchas cosas. Si no existe...». —Aquí, el doctor Prescott se encogió exageradamente de hombros—. «Bueno, si no lo hay, ha tenido una vida exitosa». ¿Puede comentar algo al respecto, Abercrombie?

—Bueno, por supuesto, señor, yo creo en Dios. Parece raro que un Papa dijera algo así.

—Los papas del siglo XVII tenían, digamos, un criterio muy amplio acerca de lo que un Papa podía permitirse decir. Entonces, ¿usted estaría de acuerdo en que el cardenal tenía muchas cosas de las que dar cuentas?

—Creo que lo hizo lo mejor que pudo, señor.

—¿Para la humanidad? ¿O para Francia?

—Oh, para Francia, señor. Ése era su deber, ¿no? Su deber hacia el rey.

Los profundos ojos castaños del director se quedaron fijos en Abercrombie por un momento.

—Evidentemente, eso era lo que él creía. ¿Sabe lo que dijo en su lecho de muerte?

—No, señor. No venía en...

—En la lección. Sí, soy consciente, pero se lo diré yo. Le preguntaron si había perdonado a sus enemigos. «No tengo ningún enemigo —respondió serenamente—, salvo los enemigos de Francia». El hombre que ha sido llamado el arquitecto de la Europa moderna estaba, a todas luces, muy satisfecho de su obra. ¿Qué le parece, Abercrombie?

—¿Y por qué no iba a estar satisfecho, señor?

—Ya veo, Abercrombie, que hoy está poco perspicaz. Volvamos a la letra de la lección, donde tal vez se encuentre más cómodo. ¿Cuál fue la política de Richelieu en la guerra de los Treinta Años?

—Apoyar la causa protestante, señor.

—Me deja pasmado, Abercrombie. Yo hubiera pensado que Richelieu era un príncipe de la Iglesia de Roma.

—Así es, señor. Por eso tuvo que hacerlo en secreto. A veces también ayudó a los católicos. Tuvo que procurar que la guerra civil en Alemania durara lo máximo posible.

—¿Tuvo que hacerlo, Abercrombie?

—Sí, señor. Para debilitar el poder de la alianza de los Habsburgo.

—¿Y usted considera que eso fue ético, Abercrombie?

—Aquello funcionó, señor.

El doctor Prescott rió jovialmente.

—¡Menudo pragmático tenemos entre nosotros! ¿No significa nada para usted, Abercrombie, que tal vez murieran millones de personas para llevar a cabo tal política?

—Pero no millones de franceses, señor. Richelieu convirtió a Francia en el primer poder de Europa. No fue su culpa si los pueblos de otras naciones eran tan estúpidos como para luchar por cuestiones religiosas.

—Entonces, en nuestra guerra civil, ¿el gobierno británico debería haber apoyado a ambas facciones para prolongar el conflicto?

—Quizá sea un caso diferente, señor.

—¿Por qué? Fuimos tan estúpidos como para luchar por la cuestión de la esclavitud, ¿no?

—Muy bien, señor, tal vez fuera el deber de Gran Bretaña. Desde el punto de vista de Gran Bretaña.

—¡Bravo, Abercrombie! Tiene el valor de ser coherente. No creo que esté de acuerdo con sus planteamientos éticos, pero admito que bien podrían haber sido los de mi viejo profesor en Balliol, un erudito de la mejor reputación. Al menos, son los

planteamientos del mundo político. Pero déjeme hacerle una última pregunta. Una pregunta genérica, Abercrombie, que nada tiene que ver con las notas o las lecciones. Si mira hoy a esa Europa en llamas, creada precisamente por políticas como las de Richelieu, ¿no le parece que la inspiración del cardenal tal vez no fue divina?

—Quizá, señor. Sí, señor.

—Gracias, Abercrombie. Ya veo que he dejado lo suficientemente claro qué respuesta quería.

2 de abril de 1941

Hoy he tenido una experiencia que puede haber constituido un recordatorio de mi «llamada». Y, sin duda, se ha añadido al material que he reunido en mi archivo y ha redoblado mi celo como recopilador. Pero antes de narrar lo que ha pasado, debo describir brevemente al señor David Griscam, presidente del consejo escolar de Justin. No ha aparecido antes en estas páginas porque no había creído que tuviera tanta relevancia en la vida del doctor Prescott. Su aspecto ha resultado engañoso.

Tiene fama de ser un gran amigo del colegio. Lo llevaron a Justin a los pocos años de su fundación. Era el hijo pobre de un financiero huido. Desde entonces, ha mostrado muy ostentadamente su agradecimiento. Pese a una brillante carrera como abogado en Nueva York, un buen matrimonio y dos embajadas menores, Justin, según el señor Ives, que lo sabe todo, ha seguido siendo siempre su interés principal, pero no cree que la función primordial de un miembro del consejo escolar sea conseguir dinero, ni se comporta con el permanente servilismo que el doctor Prescott ha terminado por esperar de dicha junta. En realidad, según el señor Ives, puede comportarse servilmente en Justin, pero actúa de modo distinto cuando vuelve a Nueva York. Tiene sus propias ideas, y no siempre coinciden con las del director.

Desde luego, como mínimo sí parece complaciente. Eso es lo que en primera instancia me disgustó de él. Siempre parece estar colmando de atenciones al doctor Prescott, a quien no le gusta que lo colmen de atenciones. Sospecho que el señor Griscam es uno de esos hombres, deferentes por fuera e indóciles por dentro, que se preocupan más por las atenciones que prodigan que por cómo las reciben los demás. Tiene una estatura del montón, con una gran cabeza de finos cabellos grises, los ojos tranquilos, también grises, y lo que debe considerar, a juzgar por cómo muestra su perfil al observador, una aristocrática nariz romana. Todo en él, sin embargo, me recuerda al hombre bajo que querría parecer más alto, o al que intenta adoptar el aire de los retratos del club donde ha sido invitado. No quisiera ser poco caritativo, pero el señor Griscam es una personalidad de lo más enigmática.

Esta tarde me los encontré, a él y al doctor Prescott, volviendo del río. Incliné respetuosamente la cabeza cuando iban a pasar por mi lado, pero el director se adelantó hacia mí y me cogió por el brazo.

—Venga, Brian, y únase a estos dos hombres ancianos que están aburridos de su

propia compañía. Veremos el béisbol y luego tomaremos el té.

Me había cogido con fuerza, de un modo que no admitía el rechazo, y me uní a ellos obedientemente. El director estaba de un humor de lo más curioso. Se dedicaba a bromear, pero sus bromas eran mordaces, como la de incluir el señor Griscam, que debe de ser quince años más joven que él, en la expresión «estos dos hombres ancianos».

—Nunca me ha gustado mucho el béisbol —iba diciendo el doctor Prescott mientras caminábamos—, pero es por una cuestión generacional. Odio tanta cháchara. Mi deporte es el fútbol americano, un juego limpio y silencioso. —Atravesábamos una pequeña elevación junto al campo de béisbol cuando pasaron dos alumnos con raquetas de tenis, que venían de los campos—. Oh, sí, ahora permito que los de quinto y sexto escojan tenis —dijo, acusando la mirada del señor Griscam—, siempre y cuando les resulten insoportables el béisbol o el remo. Ya lo ve, David, ¡no hay límites para mi espíritu liberal! Pese a mi avanzada edad e inmediato retiro, sigo «creciendo personalmente», como dicen en los relatos de las revistas.

—¿Quién lo ha convencido? Antes decía que el tenis era un deporte para niños de mamá.

—Me convenció este joven.

—¿Aspinwall?

Sentí el aguijónazo de la mirada suspicaz del señor Griscam.

—El mismo. Y es que me está cambiando mucho. Es mi padre Joseph o mi fiel secretario. O mi John Brown, dependiendo del punto de vista.

El señor Griscam sonrió al verme retratado como el asistente de la reina Victoria.

—¿No le alegrará el té con un poco de whisky, verdad? —preguntó.

—No, Brian es demasiado íntegro para eso. De hecho, tal vez tenga que alegrarle yo el suyo. —El doctor Prescott hizo una pausa mientras veíamos el béisbol—. Me presentó un argumento muy convincente: que para desarrollar el carácter de un chico, podía resultar tan bueno el hecho de resistirse a tomar parte en los deportes organizados como el practicarlos. ¡Se necesita valor para ser un niño de mamá! —Se volvió hacia mí, en una súbita reacción impulsiva contra el mismo argumento por el que se había dejado convencer—. Quizá ya hemos llegado al punto en que tenemos que hablar del valor en esos términos. Quizá sí se necesita tener arrestos para enfrentarse a un ceño fruncido, a un comentario hiriente, a los murmullos. Hubo un tiempo en que el valor era necesario cuando a uno le marcaban la lengua o le cortaban las orejas o lo descuartizaban en la rueda. ¡Que nadie me diga que el valor físico no es el más importante! —Se retiró abruptamente del campo de béisbol y, conforme lo íbamos siguiendo, le oí farfullar—: La guerra se lo enseñará a nuestros muchachos. Sí, ya lo creo que se lo va a enseñar.

El doctor Griscam preguntó hacia dónde nos dirigíamos.

—A tomar el té, naturalmente. O un whisky. Lo que quieras. Veo que no estás atento al béisbol. En tu cabeza no hay más que un tema: el día del reparto de premios.

Tomamos el té en un rincón del estudio, desde cuyas amplias ventanas al oeste se tenía una perspectiva de todo el campus hasta la capilla. Los doce césares ocupaban hornacinas en tres paredes cubiertas de libros del suelo al techo. Desde la muerte de su mujer, el doctor Prescott nunca utiliza la sala de estar ni la de recibir excepto para las grandes ocasiones. El señor Griscam comenzó a hablar de los planes para el día de los premios. Dijo que debería celebrarse no como una despedida sino como una conmemoración.

—Me gustaría que fuera como un día de acción de gracias, Frank —explicó con toda seriedad—, y que vengan tantos graduados como quepan. Una acción de gracias a Francis Prescott. Podríamos traer autobuses desde Boston. Me consta que todos los antiguos alumnos creen que ha de ser un reconocimiento a sus cincuenta y cinco años en el cargo.

—¿Ve lo que intentan hacer conmigo, Brian? —preguntó el doctor Prescott con una sonrisa irónica—. Están intentando enterrarme con alabanzas, momificarme con sus loas. En los próximos meses, o años, si es que se me conceden, me van a asfixiar a homenajes. Seré como una mala estatua de mármol en un parque público, con el ceño fruncido y los pantalones arrugados que los escultores Victorianos sabían tallar tan bien. ¡Uf! Si llego a los noventa, tal vez llegue a pasar por el mismo espanto que tuvo que afrontar Wendell Holmes. Y quizá incluso termine por gustarme, lo que sin duda sería lo peor de todo.

—Pero es que no va a ser así, Frank. Será una ceremonia sencilla y muy sentida.

—No me digas cómo son esas ceremonias, David. Me he pasado la vida yendo a ellas. No quiero que el día de los premios sea distinto de cualquier otro día de los premios. Cuando me marche, me marcharé. Eso es todo. ¿Se entiende?

El pobre señor Griscam pareció abatido.

—Pero hemos hecho tantos planes, Frank... ¿De verdad que no...?

—De verdad que no —dijo el doctor Prescott, permitiéndose una brevísima sonrisa—. Siempre he dicho que, si el vocabulario de un rector quedara limitado a una sola palabra, podría salir adelante con la palabra «no». —Acto seguido, como si tuviera conciencia de haber sido demasiado rudo—: Además, no me voy de Justin del todo. He alquilado la casa de campo de Andrews, junto a la carretera.

—¡Oh! ¿En serio la ha alquilado? No lo sabía.

—Se supone que tengo derecho a elegir mi lugar de residencia —dijo adustamente el doctor Prescott—. Después de mi jubilación, claro.

—No estaba diciendo lo contrario.

—Pero no parece aprobarlo.

—¿Esperaba que lo aprobara? ¿Es eso justo con Duncan Moore?

—¡Bueno, tendrá que aprender a soportarlo! —El doctor Prescott se levantó y caminó a grandes pasos por el cuarto—. Ha de haber un límite en lo que se les exige a los viejos. Tenemos que retirarnos cuando aún nos sentimos capaces de seguir. Tenemos que dejar el camino libre a nuestros muchachos. No hay que agobiar a los

jóvenes con el recordatorio de en qué termina todo.

—¡Como si no lo supiera yo!

—Bah, David, tú eres un niño. Sesenta y cinco años, ¿no? Además, tienes la hucha llena. Es la única manera de que le respeten a uno los jóvenes en este país.

—No tiene que ver con la edad —insistió el señor Griscam—. Tiene que ver con usted. No se da cuenta de la fuerza de su carácter. ¿Qué podrá hacer Duncan Moore si usted todavía está por aquí?

El director pareció lamentar haber sacado el asunto. En su voz había cierta voluntad de persuasión:

—Mira, David. Estando en mi casita no daré más problema que si estuviera en la tumba. Además, ya he firmado el contrato. Y mis tres hijas respaldan la decisión. En ningún caso quiero ser una molestia para ellas. Con o sin mis cien caballeros, que diría el rey Lear.

El señor Griscam comprendió que seguir discutiendo sería en vano.

—Bueno, no he venido a asesorarle sobre su jubilación, Frank. Ni siquiera he venido, a pesar de lo que dice, a alabarle. He venido a...

—¿A enterrarme? —El doctor Prescott se sentó otra vez a la mesa y, llevándose la taza a los labios, sorbió ruidosamente la mitad de su contenido—. ¿Le han pedido los antiguos alumnos que encargue un mausoleo digno?

—Nadie me ha pedido que haga nada. Es un proyecto completamente mío. —El señor Griscam se detuvo, y el corazón me dio un vuelco cuando volvió a hablar, diciendo exactamente lo que yo había adivinado que iba a decir—. Quiero escribir sobre su vida.

—¡Será posible! —exclamó el doctor Prescott, depositando sonoramente la taza en su plato—. ¿Griscam el de los Fideicomisos va a ser Griscam el de Prescott?

—Lo conozco desde que era un niño —continuó tenazmente Griscam—. Soy uno de sus primeros graduados, y he sido consejero del colegio durante más tiempo que nadie. ¿Quién más idóneo que yo? ¿Puedo al menos intentarlo?

—¿Intentarlo? ¿Y cómo demonios iba a impedirselo?

—Pidiéndome que no lo hiciera.

El director meneó la cabeza con fastidio.

—No soñaría en darle a un asunto tan ínfimo la dignidad de un rechazo. Haz lo que quieras.

—Pero ¿usted cooperaría?

—¿Cómo?

—¿Hablándome de su vida con franqueza?

—¡Nunca!

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a lograrlo?

—Ése es tu problema. ¿Crees que me voy a prestar voluntariamente a que me hagan una biografía irónica a lo Lytton Strachey?^[9] —El doctor Prescott volvió a emplear un tono de desprecio—. ¿Crees que quiero que la posteridad conozca todas

mis debilidades a través del inquisitivo ojo de abogado de David Griscam? No, si tienes que escribir un libro sobre mí, ¿por qué no lo haces siguiendo la gran tradición victoriana, con dos grandes tomos con la vida y la correspondencia, con medallas de malos retratos cubiertas con papel de cebolla y un índice que cite mis virtudes, tales como el valor, la magnanimidad, la previsión, el juicio, la prudencia, y todo lo demás?

—¿Quién iba a leerlo?

—¡Yo lo leería! Si sólo he vivido para darte el tema de un libro, David, y tú sólo has vivido para ser mi biógrafo, al menos deberíamos pasarlo bien.

—Mejor será que hablemos de otra cosa —suspiró el señor Griscam—. Está claro que hoy no está de humor para esto.

—Es obvio que Duncan Moore te parecerá un rector mucho más fácil de manejar.

Sentía algo de pena por el señor Griscam. Las pullas del doctor Prescott me rozaban al pasar antes de impactar sobre el pobre consejero, que sólo acertó a decir con voz temblorosa:

—Usted sabe cuánto ha significado en mi vida, Frank. Es de mal gusto pensar que no lo voy a echar de menos.

Pero debería haber estado al tanto de que el doctor Prescott se las sabía todas a la hora de sofocar el sentimentalismo.

—¡Por eso mismo me quedo! —dijo, implacable—. Por eso me voy a instalar en la casa de Andrews.

Me levanté al oír el toque de campana que indicaba el final de la hora de deportes de la tarde, y me he excusado diciendo que tenía que ocuparme de la sesión de estudio en Lawrence House. Desde mi primer mes en Justin Martyr no me había alegrado de dejar la compañía del director. No hubiera creído que pudiera ser cruel.

Sin embargo, aún no había oído el final de todo. Esta noche, mientras me iba del dormitorio ya a oscuras, después de dar las buenas noches a los chicos y apagar las luces, vi que tenía un visitante en mi cuarto, nada menos que el señor Griscam. Estaba de espaldas a la entrada, estudiando el pequeño retrato de Samuel Richardson que cuelga sobre la repisa de la chimenea. Es mi único gran tesoro, regalo de mis padres al cumplir los veintiún años. Pintado sobre cobre, muestra al padre de la novela inglesa en el cénit de su gloria, con una sonrisa seráfica en su cara serena, redondeada, con una gorra de terciopelo negro sobre la calva, sujetando un manuscrito encima de un atril.

—¿Cuál cree que está escribiendo? —preguntó el señor Griscam, sin darse la vuelta, al oír mis pasos. Como es un visitante asiduo, se siente como en casa en cualquier lugar del colegio.

—Oh, *Clarissa*, sin duda —exclamé—. Al menos, es lo que me gusta pensar.

—No parece estar atravesando los dolores propios de la creación artística.

—¿Y por qué iba a hacerlo? El hombre que está escribiendo la mayor de las novelas inglesas ¿no debería estar radiante?

—¡Clarissa! —Entonces se volvió hacia mí, y su sonrisa, aunque incrédula, era amable—. ¿Tan importante es?

—Bueno, para mí sí. No creo que nadie más pudiera haber escrito tan bien sobre un villano sin admirarlo. Milton admira a Satán, pero creo que Richardson detesta a Lovelace.

—¿No cree que le tenía algo de envidia?

—¡De ninguna manera! —grité, pero al momento recobré la compostura—. ¿En qué estaré pensando, embajador? Por favor, tome asiento.

—Por favor, no me llame «embajador» —contestó, y se sentó en el sillón de al lado de mi mesa y sacó su pipa—. Ya no lo soy y, además, Panamá es un país muy pequeño. Espero que no le haya molestado que me presentara así.

—Me siento muy honrado. —Mientras llenaba su pipa, todavía sin sentirme cómodo del todo, continué—: Pero ¿usted lee a Richardson? ¿Le gusta?

—Conozco bien esa sorpresa —contestó con una risita—. A los profesores de literatura siempre les choca que los de Wall Street podamos ser personas leídas. Piensan que somos como aves rapaces que, por no poder cantar, dan picotazos a los canarios hasta que los matan. Piensan que podemos ser coleccionistas, pero nunca lectores.

—Estoy convencido de que usted se dedica a ambas cosas.

—Bueno, he ido leyendo alguna buena cosa por aquí y por allá. Especialmente a los isabelinos, a los que el doctor Prescott me ha dicho que usted admira. Para mí son de ébano y de oro puro. Despejan las nubes de nuestro mundo gris, ¿no le parece?

Creo que fue en este momento cuando comencé a sentir un punto de comprensión hacia la combatividad del doctor Prescott contra el presidente de su consejo. Hay algo en el señor Griscam que le hace a uno querer llevarle la contraria. Tal vez fuera la sugerencia, implícita en su discurso, de que haber descubierto la literatura es mucho más importante para él, un atareado hombre de negocios, que para un pobre profesor, pero lo cierto es que sus palabras denotaban humildad.

—Creo que no creo en las cosas que ellos creían —contesté—. No veo por qué es tan esencial la castidad en las mujeres. Quiero decir, no sé por qué es mucho más importante que cualquier otra cosa. Y no creo que la muerte sea tan terrible. ¿Por qué estaban tan obsesionados con los símbolos de la fugacidad: las sonrisas de calaveras y los cementerios? Sé que apenas estamos unos momentos en esta pobre vida mortal, y creo que con eso basta.

El señor Griscam asintió lentamente, mientras parecía darle vueltas a esto, igual que parecía darle vueltas a todo.

—¿No cree que Frank Prescott tiene algo de isabelino? —preguntó—. No en el sentido, por supuesto, de que Harriet no fuera casta. —Sonrió, y eso me incomodó, aunque pensé si no sería él una de esas personas desafortunadas que siempre se equivocan cuando intentan ser amables, en su caso no tanto por faltarle el toque humano como por el temor a que le falte—. Frank tiene una aguda conciencia de la

mortalidad —continuó—. Puede ser tan sombrío como Hamlet cuando cae en la melancolía.

—Pero tiene fe —objeté.

—Sí, claro, tiene fe. Es la guía de su vida. Por más tumbos que dé, uno puede estar seguro de que al final logrará enderezarse. A veces me pregunto si no hace todo ese espectáculo para asustarnos un poco.

Me indigné. ¿Quién era ese abogado para mostrarse condescendiente con Francis Prescott? ¿Acaso creía que no éramos más que unos títeres suyos que jugueteaban en Justin Martyr con pequeños crucifijos e ideales?

—No le cae a usted muy bien el doctor Prescott.

Apenas pude creer que había pronunciado estas palabras a pesar de que todavía resonaban en mis oídos atónitos. El señor Griscam, sin embargo, ni se inmutó. Es un abogado con demasiada experiencia como para no aprovechar de inmediato la emotividad de un testigo.

—Suenas duro, ¿verdad? —respondió calmadamente—. Lo único que sé es que lo adoro. Supongo que es posible que a uno no le caiga bien su propio dios.

—Lo siento —farfullé, cubriéndome con las manos las mejillas, súbitamente enrojecidas—. He hablado atolondradamente. No tenía por qué.

—Claro que sí, estimado amigo. Claro que sí tenía por qué. Mi problema tal vez sea que, después de haber hecho una buena cantidad de cosas por el colegio, inconscientemente espero más consideración de la que recibo. Pero ¿qué he hecho yo comparado con Frank? Nada. Frank es Justin Martyr. —Se quedó mirando mi chimenea vacía y asintió tristemente—. Sí, supongo que es muy posible que tenga motivos para sentirme molesto con Frank. Igual que es evidente, dolorosamente evidente, que yo le resulto molesto a él.

—¿Por las mismas razones?

—Oh, hay muchas razones por las que le resulto molesto. No se las diré todas, pero sí le diré una. Frank no quiere aceptar el hecho de que hay que tener diplomáticos, y no sólo soldados, para ganar las guerras. Incluso las guerras santas. Que hay que tener Talleyrands y Napoleones.

—¿Y usted es su Talleyrand?

—De alguna manera. Por supuesto, el mundo ama a los soldados y odia a los diplomáticos. —Se encogió de hombros, y me volvió a mirar con ese aire retador que ya le había notado antes—. ¡Pero me gustaría ver en qué para todo sin nosotros!

Frank lo sabe. Frank, por supuesto, lo sabe todo, pero quiere que su consejo sea como el andamiaje que rodea un edificio en construcción, y que desaparezca al terminar el edificio. —Sin aviso, el señor Griscam extendió los brazos—. ¡Y ahí tienen ustedes Justin Martyr, brillante, imaculado, como un glorioso Valhalla reluciente en el cielo! Lo curioso es que yo estoy de acuerdo con él. No busco mi gloria personal ni elogio alguno. Al menos, no de modo consciente. Me doy cuenta de que el mejor diplomático, por definición, tiene que ser aquel del que nadie ha oído

hablar. Y así es como hubiera escrito la vida de Frank.

—¿Por qué no se lo dice?

—Nunca me creería. —Por primera vez percibí una amargura sin tapujos en su voz—. Tiene demasiado miedo de que me intente convertir en el auténtico héroe, pero no lo haría, Aspinwall. Juro que no lo haría. Quería escribir ese libro. Quería escribir ese libro más de lo que he querido nada en años.

—Todavía puede escribirlo.

—¿Sin su bendición? ¿Usted lo haría?

—No, pero puede esperar hasta que... hasta...

—¿Hasta su muerte? Nunca estará muerto para mí. No, Aspinwall, me rindo. Me rindo de una vez y para siempre. Es usted quien debe escribir el libro.

—¿Yo? —dije en un susurro—. Pero si ni siquiera estudié en Justin.

—Puede que incluso sea mejor. Alguien objetará: ¿por qué un hombre joven, que sólo ha conocido a Prescott de octogenario, tiene que ser quien escriba su vida? Pero entiendo que quizá sólo alguien así sería capaz de escribirla. En cualquier caso, no quiero hablar de ello. —Se levantó de su silla y sacudió las cenizas de la pipa que había encendido poco antes—. Este asunto me resulta muy doloroso, y no voy a mantenerle despierto tan sólo para hablar de ello. Verá que he dejado un sobre en su mesa. Son las notas para los dos primeros capítulos de la vida de Frank. Haga lo que quiera con ellos.

—Pero, señor Griscam —aduje angustiado—, ¿qué le hace pensar que yo me he planteado tal proyecto?

—El hecho de que Horace Havistock me contara que le había dejado a usted sus papeles. Estuve muy celoso durante un tiempo. Había ido a verlo a Westbury con el propósito expreso de asaltar cuanto hubiera en su escritorio. Y, en fin... —sonrió y me tendió su mano—. De todas maneras, es un trabajo que requiere juventud. Juventud y fe.

Al darle la mano, él retiró la suya y se marchó. Era obvio que no tenía mucha confianza en que su generosidad durase mucho. Si sólo hubiera pensado en mí mismo, hubiera corrido por el pasillo para darle alcance y meterle su manuscrito en el bolsillo, pero debía tener en cuenta que tal vez yo sólo fuera el ejecutor de la misión, que tal vez no tuviera derecho a rechazarla.

9. Las notas de David Griscam

Un biógrafo debería comenzar aclarando sus prejuicios, si es consciente de ellos, y sin duda alguna pondré al lector en mi contra desde el principio al afirmar que no tengo ninguno. «Pero ¡si usted es un abogado!», objetará el lector, a lo cual yo respondo: «Cierto, pero un buen abogado, que es lo que yo creo ser, debe estar libre de prejuicios».

Resulta difícil contrariar a los lectores nada más empezar, pero como eso ha de ocurrir antes o después, lo mejor es dejarlo atrás cuanto antes. A la gente no le gusta mi tipo humano. No le gusta el hecho de que nunca alce la voz, de que siempre intente ser razonable y escuchar a las dos partes. Como estoy en todos los consejos y todas las juntas, por tener el don de sacar las peores castañas de los peores fuegos, la gente da por hecho que soy un aburrido.

A mí me fastidia mucho que lo crean. Toda mi vida he intentado no ser estirado, ni convencional, ni corto de miras. Creo saber tanto de teatro isabelino como el que más, al margen de los grandes estudiosos; y mi colección, que pienso legar a Justin Martyr, está llena de tesoros. En el corazón del republicanismo, siempre he sido un demócrata acérrimo, y bajo Franklin Roosevelt fui subsecretario del Tesoro y más tarde embajador en Panamá. Era un entusiasta del *New Deal* cuando la mayor parte de mis amigos apoyaban el *laissez-faire* y, como presidente del consejo escolar de Justin Martyr, he respaldado sólidamente al doctor Prescott en cada uno de sus visionarios y grandes pasos. Pero mi hijo Sylvester, conservador y vicepresidente de un banco, y mi hija Amy, que entregó su primer voto a Herbert Hoover, me miran con la condescendencia con que se mira a un carcamal. Emmaline, mi mujer, que ha dedicado su vida a las buenas obras, se acerca más a la verdad. Me ve, sencillamente, como un materialista irredento, cosa que, salvo Emmaline, somos todos.

Debo detenerme aquí, antes de que mi presentación desemboque en el repertorio de quejas de un viejo, y dejar constancia de los preliminares esenciales. Fui hijo único de un matrimonio desdichado, nacido del recuerdo de la abundancia y la perspectiva de la pobreza. No recuerdo a mi padre, Jules Griscam, pero siempre oí decir que era un hombre encantador, moreno, deslumbrante, lleno de ingenio y de descarada insolencia, el perfecto retrato contemporáneo de un villano y todo lo contrario de lo que yo soy. Encandiló a los Jones —la familia de mi madre, de la vieja clase alta de Nueva York— durante su breve periodo triunfal, y encandiló también a mi madre, que nunca antes se había dejado encandilar y ya nunca volvería a sucumbir ante nadie. Tras el derrumbe de su compañía de seguros y el descubrimiento de sus

fraudes, escapó a Argentina, donde murió a los pocos años, dejando a su viuda y a su hijo un montón de deudas, que en aquellos días se consideraba un deber sagrado pagar, de modo que comencé a vivir con un precio sobre mi cabeza. El abuelo Jones nos acogió en su vieja casa de piedra, repleta de vidrieras emplomadas y muebles de nogal, pagó mi educación y apoyó económicamente a mi madre, y hasta hoy nunca he sido capaz de averiguar cómo pudo hacernos sentir tan constantemente la carga de nuestra obligación sin mencionarla siquiera. Era una astucia propia de la familia, y con el tiempo creo que yo mismo la he logrado dominar.

Mi madre pertenecía a la clase más irritante de mujeres, las que creen absoluta y eternamente en su progenitor. No es sorprendente, pues, que mi padre no le dijera nada de sus problemas con los negocios. El desastre de mi padre la afectó sobre todo por su impacto en el abuelo, y desde entonces vivió una vida de implícita petición de perdón, actuando más como una acompañante pagada, sumisa y sencilla del anciano que como su propia hija. Incluso de niño, me molestaba la deferencia que mostraba hacia el abuelo en su irascible edad senil, y hacia mis tíos, en su arrogancia juvenil, quería ser su liberador y apartarla de la eterna altivez de los Jones, quería hacer fortuna y devolverla a la cima de su mundo, pero mis sueños se disolvían en el fango ante el zumbido de sus constantes advertencias. «Ve de puntillas cuando pases por delante del dormitorio del tío Andrew por la mañana», «Procura no interrumpir al tío Timothy cuando está leyendo el periódico», o «Sé bueno y trae la bufanda del abuelo». ¡Cómo lo odiaba! Y lo más cruel de todo es que no me dieron una excusa para odiarles.

Fui a un colegio en régimen de medio internado hasta los quince años, cuando llegué a Justin Martyr para estudiar cuarto. Me enviaron allí porque era un colegio nuevo y más barato que los demás, y porque el director, Francis Prescott, había sido un buen amigo de mi tío, Timothy Jones, en los tiempos en que habían trabajado juntos en Central, en Nueva York. En esa época solía ir muchas veces a casa y, al contrario que otros visitantes de la familia, él siempre prestaba atención al pequeño muchacho solitario que estaba escondido en el rellano, o detrás de una silla, o debajo de una mesa. Prescott pasaba a mi lado y de pronto me agarraba y me arrastraba, me hacía fiestas en el pelo o me alzaba y me daba vueltas alrededor de su cabeza. A veces incluso me traía un regalo o me llevaba al patio a jugar a la pelota. Yo estaba sorprendido y encantado, un poco incómodo también, al verme así de mimado por ese joven tan bueno conmigo. Supongo que despertaba su compasión porque la vergüenza por la deshonra de mi padre se sumaba a mi aspecto afligido. Cuando se marchó al seminario, una decisión que me pareció tan apresurada como idealista, me sentí tristemente abandonado.

En 1891 Justin Martyr llevaba funcionando tan sólo cinco años, y tenía cuarenta alumnos, seis profesores, y un edificio que era un gran almacén amarillo que apenas se atrevía a alzarse en medio de un amplio campo cercano al pueblo de New Paisley, a cincuenta kilómetros al oeste de Boston. La gente ya empezaba a decir que el

colegio tenía un gran futuro, pero a su laborioso director, que era a la vez sacerdote, profesor, entrenador, tutor y gerente, ese futuro todavía debía de parecerle muy lejano.

Para mí, en cualquier caso, recién llegado de la siniestra vieja casa de los Jones, en la parte baja de Madison Avenue, los primeros meses fueron algo parecido a un paraíso. El ambiente era más el de una gran familia feliz que el de un recinto escolar. Los profesores, incluido Prescott, eran todos jóvenes y jugaban al fútbol con los alumnos; todos comíamos juntos en tres grandes mesas redondas, y los Prescott recibían a toda la escuela los sábados por la noche para cantar y jugar a juegos de mesa. La disciplina se administraba con sencillas reprimendas o alguna tarea añadida ocasional, y a los alumnos enfermos se los llevaba al ala del director y, cuando no se necesitaba una enfermera profesional, los cuidaba la señora Prescott, que también daba las clases de Alemán. Pero, sobre todo, había un compañerismo entre los alumnos, incluso entre los de cursos distintos, que inevitablemente iba a desaparecer cuando el colegio ganara en tamaño. El alba da paso a la mañana, pero fue una maravilla haber vivido todo aquello.

El propio Prescott, que más tarde iba a ser un personaje más bien adusto para las multitudes de estudiantes que pasaban bajo su omnicomprendiva mirada, era entonces muy asequible, bromista incluso, con los chicos mayores. Tenía una autoridad natural y podía echar atrás la menor familiaridad con una sola mirada, así como tener un genio terrible, pero éste sólo aparecía en muy contadas ocasiones. Yo era un chico muy prudente y procuraba no acercarme a él, por miedo a que pensara que abusaba de nuestra antigua amistad. Decidí demostrarle que me ganaría su respeto al margen de su relación con mi familia, así que trabajaba muy duro con los libros, atendía con todos mis sentidos a sus sermones en la pequeña iglesia de New Paisley, donde el colegio se reunía para rezar, y me arrojaba sin descanso sobre los chicos mayores en el campo de fútbol. Estaba poco desarrollado para mis quince años, y terminé maltrecho en varias ocasiones, y una vez el mismo director me recogió del suelo, me dio una palmada en la espalda y me dijo, riendo: «Eres un chico muy duro, Davey, pero intenta recordar que sólo es un juego». ¡Cómo me emocionaron esas palabras!

Los seres humanos, sin embargo, no pueden ser enteramente felices durante mucho tiempo, y la necesidad de estropear las escenas felices, según mi ya larga experiencia con mis congéneres, antes o después se vuelve irresistible para el espectador medio. Tú puedes pensar que vas a lo tuyo, de un modo modesto, inofensivo, sin hacer ni un ruido, pero no te equivoques. Alguien te está mirando, y te está mirando con odio. ¿De qué otro modo podría ser? Los animales viven para matar y que los maten y, aunque haya comida en la mesa cada día, hay que satisfacer el instinto depredador. No hay jardín sin serpiente y no hay colegio sin Hal Leigh. ¿Hace falta que lo describa? Estoy convencido de que el lector se lo puede imaginar, alto, descarado, burlón, popular entre los chicos que preferían oír historias sucias en el sótano antes que jugar al limpio deporte del fútbol en el campo; alguien temido por

los débiles, mirado con sospecha por los fuertes, un bestia, un matón y un pelota. ¡Cómo lo odio todavía! Fue él quien, una mañana, durante el recreo, cuando estábamos comiendo galletas e intentando resolver un problema de matemáticas, rebuznó: «Pregúntaselo a Griscam. Su viejo era un genio para esas cosas. Podía multiplicar por un millón, dividir por sí mismo y no dejar nada».

Me abalancé sobre él con la insensata confianza de que la ira del loco compensaría la diferencia de peso. No fue así. Mis días en la escuela no iban a ser como los de Tom Brown^[10]. Ni siquiera había logrado hacerle un moratón en el ojo cuando Leigh ya me había noqueado, mandándome escaleras abajo por unos peldaños de piedra en los que me hice un esguince en la muñeca y el tobillo, y un profundo corte en la cabeza. Después, en la enfermería, mientras la señora Prescott me curaba el corte, su marido llegó y me preguntó cómo había empezado la pelea. Imaginé que sospechaba la verdad y que habría castigado con placer a Leigh por su crueldad, pero me negué a decirle una sola palabra. Ningún caballero puede haber estado más firmemente callado a la hora de ocultar la indiscreta presencia de una señorita en su piso de soltero que yo en proteger a mi odiado Leigh. Era mi código de honor, y estaba orgulloso de él porque pensaba que era el del director. No me di cuenta hasta años después de que él era, ante todo, un hombre práctico.

El orgullo que sentía, sin embargo, en nada empequeñecía mi rencor hacia un Leigh que quedó sin castigar. No volvió a comentar nada sobre mi padre, cierto, pero ¿acaso su silencio valía por mi cojera o el dolor de mi muñeca? Estuve rumiando sobre mis heridas, que afectaban tanto a mi honor como a mi persona, hasta que me pareció que no podría soportar otra semana más en el colegio sin tomar algún tipo de represalia. Pese a todo el poder de la personalidad de Prescott y toda la debilidad de la de Leigh, era éste el que ahora me quitaba el verde suave de los bosques y me ocultaba el pálido cielo de la primavera. No me atrevía a enfrentarme otra vez con Leigh, pues una segunda paliza me hubiera granjeado el ridículo, y tal vez me hubiera expuesto a las iras del rector. Ni siquiera podía quejarme a mis compañeros de la maldad de Leigh sin verme forzado a repetir su comentario sobre mi padre. Si me iba a vengar, tenía que ser solapadamente, pero entonces ¿cómo iba a volver a mirar a la cara al doctor Prescott?

Desgraciadamente para mí, se me presentó la ocasión perfecta un día en que teníamos la tarde libre. Varios chicos, Leigh entre ellos, habían ido a montar en piragua al río, dejando sus libros de texto y sus apuntes apilados dentro del varadero. Vi que Leigh había abandonado allí descuidadamente su trabajo sobre las Guerras Púnicas, al que había dedicado todo ese trimestre. Sólo me llevó un minuto coger todas aquellas páginas, dejar la última donde estaba y entreabrir la puerta, de modo que el fuerte viento dispersara el resto de cuadernos y apuntes hacia el muelle y el cauce del río. Salí deprisa, sin que me viera nadie, para quemar el trabajo sobre las Guerras Púnicas, sabiendo que todo iba a parecer un accidente, y que el hecho de que se hallara la última página de su trabajo con los demás cuadernos y papeles no haría

más que confirmarlo.

Y eso ocurrió, pero por hondos que fueron los lamentos de Hal Leigh tras la pérdida de su obra maestra, en vez de alegría en mi corazón, tan sólo sentí una profunda depresión. Incluso después de que el director se aviniera a dar a Leigh una nota más alta por el trabajo perdido de la que probablemente hubiera conseguido por el original, de tal modo que mi acto de venganza terminó por beneficiar a mi enemigo, yo seguí sin notar ningún alivio. Me había demostrado a mí mismo que había heredado el carácter de mi padre, y sólo iba a ser cuestión de tiempo que eso se manifestara al mundo. Ya me imaginaba a mis tíos encogiéndose de hombros y meneando la cabeza.

Conforme avanzaba la primavera y se exaltaban los ánimos de los chicos, el mío continuaba decayendo, hasta que, taciturno y melancólico, mis notas se vieron afectadas. Cogí un grave resfriado y, dado mi abatimiento, al resfriado le siguió una fiebre, y durante unos días estuve muy enfermo en casa de los Prescott, con enfermera de día y de noche. Sin embargo, pese a mi romántico deseo de morir, mi ánimo melancólico no podía erosionar del todo el vigor de mis dieciséis años, y pronto me vi de camino hacia una vulgar recuperación. Tal vez fuera la necesidad de un drama compensatorio lo que me llevó a confesarle al director, junto a mi cama, el penoso incidente con Hal Leigh.

Se portó maravillosamente, acogiéndolo con la misma gravedad con que yo se lo conté.

—Por supuesto, hiciste muy mal, Davey, y no lo hubiera esperado de ti, pero, por otra parte, tampoco hubiera podido esperar que recibieras esa provocación —dijo meneando la cabeza—. Y menos aquí, en Justin Martyr. Pero quizá todo sea para bien. Tienes que aprender, hijo, a vivir con la reputación de tu padre. No debes avergonzarte de ello. Es más, sería muy necio por tu parte que te avergonzaras de ello. Pero debes aceptarlo, porque es un hecho.

—Es difícil ser el único chico con un padre como el mío.

—Es muy difícil. No intento minimizarlo.

—Su padre, doctor Prescott, fue un héroe.

—Y eso también da sus problemas, Davey. El Señor nos reparte a cada uno cartas distintas para jugar, pero ¿no crees que Él lleva el tanteo dependiendo de cómo las juguemos nosotros? A mí me tocó un héroe en el reparto de cartas. Si lo juego de una manera, me puede dejar tocado. Si lo juego de otra, me da ventaja. Tu padre tal vez te parezca una carga, pero también puede ser un estímulo.

—¿Un estímulo para qué?

—¡Para hacer un gran juego! Mira, hijo, tienes un apellido que, de momento, está desacreditado. De acuerdo. Has tenido una infancia solitaria, con unos tíos con tanto miedo a ser cariñosos que ni siquiera resultan amables. Sí, los conozco bien. —Inclinó la cabeza lentamente, mientras yo lo miraba, fascinado por esta franqueza nunca vista—. Tienes una madre abrumada por el desengaño. —Yo no sabía

entonces, aunque él sí, por supuesto, que el abuelo Jones estaba a punto de morir y que mi madre se había negado a dejar la cabecera de su cama para venir a la mía—. Pero ahora mira tus bazas. Tienes una inteligencia de primera, un cuerpo bien constituido, aprecias la amistad, y tienes altos ideales y honradez. ¿Crees que vas a abandonar la partida en la primera mano, con todo lo que tienes?

—¿Cree de verdad que soy honrado, señor? ¿Después de lo que le he contado del trabajo de Leigh?

—El hecho de decírmelo lo demuestra. Estuvo mal, eso es cierto, pero sufriste una gran provocación, y ahora lo has confesado. Sería un exceso de sensiblería darle muchas más vueltas.

—¿Y usted cree en mí?

Ante la intensidad con que se lo preguntaba, sonrió por primera vez.

—Claro que creo en ti, hijo —me dijo, y me dio una pequeña palmada en la cabeza—. Ahora, descansa.

Durante las tres semanas que duró mi convalecencia, Prescott me dio clase durante una hora al día y, cuando volví con los de mi curso, resultó que había adelantado a los demás. Incluso a aquella edad, ya me hacía una vaga idea del notable entusiasmo y la amplitud de su mente, capaz de reducirlo todo —una égloga de Virgilio o la guerra de Sucesión española— a unos cuantos vívidos conceptos que fijarían la materia hasta en la mente más débil, al menos hasta la fecha del examen. Pero Prescott no sólo era un profesor brillante, sino que estaba cuidando a un alma enferma. Su bondad era abrumadora, sin ser en absoluto sentimental; tal vez, incluso, sin ser del todo personal. Llevaba hasta mis labios, como un cáliz, el vaso de su esperanza, y me miraba con expresión seria mientras bebía; cuando lo apartaba, yo sabía que era porque ya había bebido lo suficiente. No se trataba de convertir mi convalecencia en una fiesta.

Me hablaba de Dios y de sus dudas de juventud, y de la soledad de su propia infancia. Me hablaba de la inutilidad de cualquier acción en esta vida que no esté al servicio de los demás. Me explicaba y me hacía creer que la felicidad no tiene nada que ver con las circunstancias exteriores de uno, sino que tan sólo puede surgir de dentro. Y también me hacía reír, hablando del pasado y haciendo bromas sobre los Jones, convenciéndome no sólo de que eran menos imponentes de lo que parecían por fuera, sino de que incluso podían llegar a ser humanos. Cuando vino a mi cuarto con el telegrama que anunciaba la muerte de mi pobre abuelo, ambos nos arrodillamos para rezar junto a mi cama, y en ese mismo momento me vi sollozando.

Yo era un chico listo, y ya entonces conocía demasiado bien el carácter del director como para hacer el menor esfuerzo, tras mi vuelta a la rutina escolar, por sacar partido de mis días de convalecencia. Adoraba al señor Prescott como nunca he adorado a otro ser humano, pero era un sentimiento de tipo religioso, y podía sublimarlo en actividades de carácter físico y en mis estudios. Llegué a ser el segundo de mi clase y, en el último año, fui uno de los delegados escolares. No era lo

suficientemente grande para resultar muy eficaz jugando al fútbol, pero ponía mucho ahínco, y también dirigía el periódico de la escuela, *The Justinian*. Lo mejor del sexto curso era que los delegados estaban en contacto permanente con el director, y teníamos la sensación de que colaborábamos en la dirección de la escuela. El señor Prescott nos trataba casi como iguales, e incluso me permitió compartir con él uno de sus momentos melancólicos. Habíamos estado juntos una fría tarde de invierno, paseando con raquetas sobre la dura superficie de la nieve y, al regresar, cuando ya todo estaba oscuro, nos detuvimos un momento en la cima de la colina que dominaba el colegio, y contemplamos desde allí el edificio iluminado a lo lejos. Mi corazón estaba tan rebotante que sólo pude exclamar:

—¡No puedo soportar que llegue la primavera!

—¿Por qué no, Davey? ¿Tanto te gusta «el invierno de nuestro descontento»^[11]?

—Lo que me gusta es Justin, señor. No puedo soportar la idea de graduarme.

—Pero Justin es sólo el comienzo —objetó—. No es más que un primer plato. Si pensara que ya le he servido a un alumno todo el banquete de la vida, habría fracasado por completo.

—Pero para usted es todo el banquete de la vida, señor.

—Lo es, Davey. —Sonreía gravemente mientras contemplaba su escuela—. Sí que lo es.

—¡Y qué feliz tiene que hacerle!

—Muy feliz —asintió con un tono muy sombrío—. Ha sido una bendición para mí. Tengo lo que quería. He logrado todo lo que pedía en mis oraciones. Y ahora, ¿sabes qué pido en mis oraciones, Davey?

—¿Qué pide, señor?

—Que el pecado del tedio nunca caiga sobre mí.

No dije nada, lleno de un asombro reverente, pues supe que en ese momento estábamos compartiendo una intimidad que nunca se volvería a repetir.

La graduación se me hizo muy triste, aunque mi madre, sin duda a instancias del señor Prescott, viniera a verme. Mis amigos creyeron que yo era demasiado sensible, pues tenía lágrimas en los ojos, pero en aquellos tiempos, esa emoción todavía se respetaba. Me sentía salir de un jardín del Edén que tal vez resultara artificial según los criterios de un mundo que primero había aplaudido y después había perseguido a mi padre, pero yo estaba armado con la fe de que, a pesar de todo, ese jardín me había preparado para ese mundo.

Fui a Harvard y obtuve un buen expediente, pero nunca fui tan feliz como en el colegio. Harvard ya era el mundo y, aun cuando pudiera hacerle frente, no había aprendido a hacerle frente con alegría. Volvía a Justin —entonces en rápido crecimiento— tantos fines de semana que, al final, el señor Prescott me tuvo que advertir, del mismo modo que lo haría un amigo, de que tal vez estuviera descuidando los deberes sociales de un universitario. Fue entonces cuando le pregunté si consideraría aceptarme en el claustro de profesores de Justin cuando me licenciara.

Íbamos caminando hacia el río, y me tuvo cogido por el codo mientras daba vueltas, durante demasiado tiempo como para que me sintiera cómodo, a la respuesta final.

—¿Tan seguro estás de que quieres dar clases, Davey?

—Si pudiera dar clases aquí, sí, señor.

—No, así no vale. Para poder dar clases aquí, tendrías que querer dar clases en cualquier otro sitio.

—¡Entonces quiero dar clase en cualquier otro sitio!

—Así sí podría ser. —Retiró la mano de mi codo y siguió caminando—. Pero unos años después de tu licenciatura. Tienes que ver más mundo, Davey, si vas a enseñar a los alumnos cómo manejarse en él. Y no puedo evitar preguntarme si una vida en Justin sería la vida más feliz para ti. El apellido de tu padre quedó manchado en Nueva York. ¿No es allí donde tienes que intentar limpiarlo?

—¿Tan importante es eso?

—En mi opinión, no lo es, pero pensaba que para ti sí lo era.

—¿Quiere decir que debería pagar sus deudas? —Me temo que mi pregunta resultó demasiado directa.

—No, Davey —me respondió con paciencia—. Lo que quiero decir es que deberías enterrar su vieja reputación bajo el monumento de tu nueva reputación.

Por supuesto, estaba siendo sensato y amable y, ¿quién sino yo le había hablado de la importancia que para mí tenía el delito de mi padre? Por supuesto, había entendido al instante que Justin era un refugio para mí, el refugio de un mundo que yo juzgaba frío, cuando no hostil. No quería escapistas en su colegio, y hacía bien, pero en aquel momento me negué a seguir discutiendo el asunto, y llegamos hasta el río sin hablar. Ya me había rechazado demasiada gente a lo largo de mi vida para mostrarme comprensivo con el rechazo de Francis Prescott.

10. Las notas de David Griscam

Descartada por completo la idea de ser profesor, y decidido a convertirme en abogado, nunca más volví a titubear. Mi pobre madre murió sólo un año después que el abuelo Jones, y la herencia me llegó para acabar la carrera de Derecho en Harvard. Después conseguí un trabajo en Prime & Ballard, un pequeño pero lucrativo bufete «familiar», que ahora se llama Prime & Griscam y es uno de los últimos de su género en Wall Street. Se lo conseguimos todo a nuestros clientes, desde divorcios a entradas para el teatro, rellenamos sus partidas de nacimiento y les damos sepultura. Comencé como pasante del señor Prime y con el tiempo me convertí en su yerno, su socio y su albacea. Fue una historia de éxito como las de antes.

No sólo descubrí que me gustaba la práctica del Derecho, sino que estaba admirablemente dotado para ella. Soy por naturaleza reservado, paciente, de ánimo estable y sé escuchar muy bien, y me encanta el reto de los rompecabezas domésticos. Me hice especialista en los múltiples prejuicios que aquejan a los norteamericanos a la hora de gastar su dinero, dependiendo de si ha sido ganado, obtenido por matrimonio o heredado, y aprendí a manejarme dentro del marco de las sagradas costumbres que rodean a estas categorías mientras ponía los dólares a trabajar para mayor beneficio de toda mi familia. Aprendí incluso que era posible, de vez en cuando, convencer a los neoyorquinos de la vieja escuela de que el dinero podía usarse para obtener placer.

Una vez que el señor Prime me hizo socio suyo, todo pareció discurrir conforme a mis deseos. Incluso tuve un golpe de suerte que por lo general es privativo de los héroes de las novelas. Compré a los acreedores de mi padre unas participaciones en minas de oro, supuestamente sin valor alguno, al precio que él había pactado, y acabaron dando grandes beneficios. ¿Qué mejor final feliz podía haber para la oscura saga de las deudas que me había dejado en herencia mi padre? ¿No era precisamente eso lo que tenía que pasarle a un hijo de hechuras victorianas, concienzudo y buen pagador? El paraíso estaba en la Tierra, donde tenía que estar, y yo quedé maravillado al sentirme el rey Midas por primera vez.

Aun así, la mayor recompensa de mi exitosa trayectoria profesional llegó con una carta que recibí del doctor Prescott cuando cumplí veintinueve años. Me decía que, desde algún tiempo atrás, venía buscando un punto de vista más joven para el consejo escolar, y que le había sugerido mi nombre al señor Depew para que fuera el primer antiguo alumno en el consejo de Justin. Era muy propio de él no haberme pedido permiso. Demasiado bien sabía que iba a coger la oportunidad al vuelo.

Desde el primer momento, y con la excepción de mis años en la diplomacia, nunca me perdí una reunión del consejo. Las reuniones siempre se celebraban en el colegio, y hubiera valido la pena acudir aunque sólo fuera para observar cómo Frank Prescott manejaba a los consejeros. Miraba fijamente a quien estuviera planteando la pregunta, sin mover un músculo, intentando comprender con sus grandes ojos castaños no sólo la pregunta sino el motivo que la impulsaba. Asentía brevemente, expresaba su satisfacción porque se hubiera mencionado el punto en cuestión, se adhería de inmediato a la queja, si la había, a veces incluso reconstruyendo su formulación para darle un perfil más nítido, y luego continuaba defendiendo su gestión, para después hacer autocrítica y, finalmente, volver a defenderla. Era Prescott contra Prescott, en un duelo cuya brillantez distraía al público del hecho de que el doctor Prescott también ejercía de árbitro. Yo hacía pocas preguntas, pues encontraba más instructivo aprender de él.

Mi gran proyecto, que fui alimentando durante un año entero antes de empezar a insinuárselo a los demás consejeros, consistía en doblar el tamaño del colegio. En 1906 Justin había alcanzado el número de doscientos matriculados, cifra en la que Prescott se había plantado de modo arbitrario, aduciendo que era el número máximo de muchachos que un director podía llegar a conocer personalmente. Yo dudaba de que pudiera llegar a conocer a tantos alumnos. Me parecía que el atractivo sentimiento de fraternidad se había perdido para siempre al pasar de los cincuenta matriculados, y que, una vez perdido, bien podíamos subir hasta los cuatrocientos o quinientos. De ir demasiado lejos, por supuesto, el alma del colegio se perdería. El asunto era encontrar el mayor número de alumnos que el genio de Prescott pudiera educar con éxito. De otra manera, lo estábamos malgastando. ¿A qué otra conclusión se podía llegar?

Los consejeros, en su mayor parte, se mostraron receptivos, sobre todo cuando dejé claro que me haría cargo personalmente de la necesaria campaña de recaudación de fondos. Ya había discutido este punto con el señor Prime, quien de inmediato se ofreció a concederme un permiso temporal.

—¡Es justamente el pequeño empujón que tu carrera necesita en este momento! —exclamó, frotándose las manos—. Tienes que ver a toda la gente importante de Nueva York, Filadelfia y Boston. Todos habrán oído del magnífico trabajo que Prescott está haciendo en Justin, y les gustará recibirte, aun cuando no te den ni un centavo. Quedarás identificado con una gran causa. Como abogados, tenemos que sacar rendimiento de estas cosas, ya lo sabes. Después de todo, no podemos hacer publicidad. A ello, pues, muchacho, con todas mis bendiciones.

—No estaba pensando precisamente en lo que esto me iba a reportar a mí —protesté, desconcertado por semejante crudeza—. Estaba pensando en Prescott y en el colegio, y quizá un poco en la rehabilitación del nombre de mi padre.

—Bien, así está bien, hijo, así está bien —dijo el señor Prime con suavidad—. No hay ninguna razón por la que no puedas matar varios pájaros de un tiro, sobre todo

con un tiro tan perfecto como el que ahora se te ofrece.

Tras haber reducido el proyecto a una sencilla lista de los nuevos edificios y puestos docentes planeados, se acordó entre los consejeros que fuera yo quien se lo comentara a Prescott, y con el papel bajo el brazo y sus bendiciones, me desplacé hacia Justin, lleno de inquietud, para la primera entrevista.

En su estudio, acodado sobre la superficie de su amplia y bien ordenada mesa, con un puño en cada mejilla, Prescott, mientras yo hablaba, no movía más que los ojos: miraba mi cara, las hojas, y mi cara otra vez. En la suya no había siquiera un rastro de sorpresa y —desde luego— menos aún de agradecimiento. Era evidente que lo habían puesto sobre aviso. Me empecé a sentir como si estuviera haciendo una confesión demasiado pormenorizada de una vulgar fechoría. Cuando me agaché para sacar el esquema de mi cartera, al fin levantó la mano.

—¡Dónde vas, David, dónde vas...!

—¿Ni siquiera quiere verlo?

—De momento no quiero ver nada, gracias —dijo en un tono frío, áspero, mirando, aparentemente a través de mí, hacia la ventana a mis espaldas, que daba a la capilla—. Necesito un poco de tiempo para hacerme una composición de lugar, ahora que finalmente me has hecho tu propuesta. —Suspiró, y desapareció parte de su frialdad—. Siempre supe que llegaría este momento, ¿sabes? Contigo o con cualquier otro. Por mucho que la concepción de un colegio sea de uno, antes o después, si le sirve a alguien, si tiene algún valor, es casi obligado que pase al dominio público, por así decirlo. Uno sólo puede quedarse con sus fallos. Es obvio que no puedo quedarme con Justin.

—Pero es que a mí me parece, señor —insinué, pues lo llamaba «señor» o «Frank» indistintamente—, que con doscientos chicos ya es de dominio público.

—Mi esperanza era que no fuera así, David. —Volvió su mirada hacia mí, abandonado a ese público imaginario al que tantas veces parecía estarse dirigiendo—. He intentado mantener algún vestigio del ambiente familiar.

—¡Y lo ha conseguido! —exclamé—. La cuestión es, precisamente, que lo que queda de él es compatible con un colegio más grande. Tiene que reconocer, señor, que no sólo Justin se ha cuadruplicado desde su inicio, sino que usted mismo también ha cambiado. No puede pretender estar tan cerca de los chicos como cuando era más joven. Se ha vuelto una figura que inspira cierto respeto reverencial, como Thomas Arnold en su precursora escuela de Rugby, pero la ventaja de estar en un pedestal es que hay más gente que puede verlo.

Por supuesto, fue una necedad por mi parte usar esta imagen, pero estaba agitado y nervioso y, dicho lo dicho, sólo podía inclinar mi cabeza hasta que hubiera pasado la furiosa tormenta.

—Entonces, ¿por qué no llegar a los mil alumnos, o más? —preguntó, extendiendo los brazos en gesto de burla—. ¿Por qué no construir grandes auditorios por toda Nueva Inglaterra, para que todo el mundo me pueda ver?

—Dudo mucho de que pudiéramos conseguir el dinero.

Con aire taciturno, Prescott miró el proyecto que acababa de poner sobre la mesa.

—Pero sí que podrías conseguirlo para esto —farfulló. Debí de estar sentado unos quince minutos, en silencio, mientras él lo estudiaba—. ¿Se supone que éste es el proyecto definitivo? —preguntó al fin.

—Oh, no, señor. Es sólo un borrador. Una sugerencia.

—Un borrador. —Su humor pareció ponerse más lúgubre—. Tendrían que cambiarse algunas cosas, claro, pero ésa no es la cuestión. Podrían cambiarse. La cuestión es que también podría cambiarse al rector. Y creo que necesitaréis un nuevo rector para ese nuevo y magnífico colegio vuestro.

Esto ya me pareció impropio y, por primera vez desde que era consejero, manifesté cierta impaciencia. Después de todo, había trabajado durante meses en el proyecto, y él ni siquiera había dejado entrever que, por muy errado que estuviera, tal vez había actuado movido por el bien del colegio.

—Si no le gusta el plan, Frank, se rompe y punto. La idea no era tanto vender Justin Martyr como vender Francis Prescott. Disculpe si la admiración de sus consejeros le parece tan ofensiva.

Me miró socarronamente, dándose cuenta de mi cambio de talante, y pensando, quizá, que tal vez había una razón para ello.

—No estoy actuando, David, ni dándome aires de nada. No sabes lo que me estás pidiendo. Es duro para el carácter ser director de un colegio.

Apretó los labios hasta convertirlos en la fina línea que siempre mostraba en sus momentos de especial franqueza.

—Y sobre todo es duro para mí. Alimenta todas mis tendencias a ir pavoneándome e intimidando por ahí. Aquí me tienes, cubierto de barro en mi pequeño charco, ¡y tú todavía quieres meterme en uno más grande!

—No sería propio de usted, señor, desinflar el colegio sólo por miedo a que se infle su ego.

Me lanzó una mirada astuta, gruñó y volvió al proyecto. Tras otro largo silencio, me di cuenta de que la conversación había terminado, al menos por ese día, y me fui de su estudio sin habernos despedido siquiera.

El fin de semana siguiente regresé al colegio, pero Frank apenas se dirigió a mí, y cuando lo hizo, se limitó a ser correcto. El domingo por la tarde, a la hora del té, antes de coger mi tren, en el salón de Harriet Prescott —ese salón que, pese a su desorden de libros y fotografías de familia y oscuros muebles macizos a prueba de niños, dejaba traslucir parte de la austeridad característica de la antigua Nueva Inglaterra que tenía la dueña—, la vi llenar mi taza de té con una hermosa tetera de plata vieja que recordaba de las noches de recibir de mis días escolares. Harriet era de esas mujeres delgadas, algo huesudas, que comienzan a envejecer a los treinta y cinco pero que, pasados los cincuenta, resultan más jóvenes y más distinguidas que las demás mujeres de su edad. Por aquel entonces, acababa de empezar a teñirse el pelo

de un color castaño que ya no iba a abandonar. Lo hacía, estoy convencido, no para parecer joven, sino para parecer intemporal, cosa que, con su piel pálida, su gran nariz y sus sosos vestidos marrones, consiguió siempre. Le dije que temía que Frank estuviera ofendido conmigo.

—Oh, sí, sí lo está —asintió rápidamente—. Tendrías que oír el detalle de tus iniquidades, pero no te preocupes. Se le pasará.

—¿Considera que no debí haber sacado el tema?

Meditó su respuesta un momento, dejando en el plato la taza a medio llenar.

—Eso es difícil de saber. Si pensara que nunca lo iba a sacar nadie, diría que sí. A mí me gusta el colegio tal y como es ahora, pero lo cierto es que ya no puede seguir tal y como está. Si se rechaza tu plan, seremos un pequeño colegio que podría haber sido un gran colegio. Y siempre estaremos justificándonos.

—Eso me hace sentir muy mal.

—No debería. Seguramente tienes mucha razón. Si uno se pone a educar, lo mejor es educar a tantos alumnos como pueda. Nos corresponde a Frank y a mí estar a la altura de tus planes.

—¡Se está riendo de mí!

—En absoluto —dijo con toda seriedad—. No hay que reírse nunca de lo que crece. Es como reírse de la propia vida.

—Pero les molesta, de todas maneras —dije sombríamente—, ya lo creo que les molesta. Frank nunca me perdonará que haya interferido en sus planes para el colegio.

—Si no lo hace, será porque no podrá perdonarse a sí mismo querer lo que tú quieres.

Me quedé mirando con estupefacción sus ojos verdes, en los que se atisbaba una chispa de diversión.

—¿Quiere que Justin crezca?

—Claro que sí. Frank es ambicioso, como bien sabes. Tiene ambiciones para él y para el colegio, aunque a veces se confunden, pero no te creas que lo va a reconocer. Al contrario, se quejará y refunfuñará. Te echará la culpa de todo. Hablará de la vulgaridad del tamaño, pero al final transigirá. En el último momento. Transigirá, discutiendo contigo a cada minuto. No te engañes, David. ¡Te vas a encontrar con muchos baches en el camino!

Harriet tenía razón. Prescott, finalmente, anunció a los consejeros su voluntad de acoger el Proyecto Griscam, pero con la condición de que el plan se rehiciera por completo y se doblaran los fondos propuestos para el sueldo de los profesores. Si Justin iba a crecer en cantidad, argumentó, también tendría que crecer en calidad. Tendría que conseguir la mejor puntuación académica de toda Nueva Inglaterra. Del mismo modo, habría que subrayar el aspecto espiritual de la vida escolar, por lo que el proyecto quedó sometido a la segunda condición de que se recaudaran fondos para levantar una nueva capilla, diseñada por un arquitecto de la elección del rector. Por

último, estipuló que el comité destinado a la captación de fondos, del que yo era presidente, debía actuar bajo su constante supervisión. Era, por lo que yo sabía, el plan más dictatorial jamás presentado por un rector a sus consejeros, pero éstos se avinieron a él sin una sola protesta ni un voto disconforme. De esta manera quedaba definitivamente conformada la relación amo-esclavo que se prolongaría el largo periodo en que iba a seguir ocupando la dirección.

La parte más pesada de trabajar con sus condiciones recayó, por supuesto, sobre mis espaldas. Prescott se mostró como un captador de fondos notable, indispensable incluso, pero nunca pude estar seguro de que no fuera a deshacer el buen trabajo de seis meses de un solo golpe de genio. Cuando organizaba cenas para amigos del colegio y le pedía que hablara, siempre lo hacía con tanta elocuencia, con tanto humor y con tanto éxito que pensaba que no había lengua que pudiera haber abierto más bolsillos, pero, detrás del escenario, ni un tenor italiano del Metropolitan podría haberse comportado de modo más extravagante. No hacía más que quejarse, armando escándalo por el «circo» que le había preparado, preguntando entrecortada y mordazmente si su actuación había estado a la altura de lo esperado, si sus palabras se habían convertido en tanto dinero contante y sonante como en la cena anterior. Se describía patéticamente ante sus amigos como el oso danzante de David Griscam, al que llevaban de una argolla en la nariz por pueblos y ciudades para provocar la risa.

De no haber sido por Harriet, me pregunto si no hubiera terminado por dejarlo todo. Ella mantuvo siempre su extraordinario equilibrio, y me ayudó a entender el sufrimiento que siente incluso el artista más ambicioso cuando encuentra que su trabajo es comercializado a escala nacional, así como a reparar en que Frank se estaba viendo obligado a aprender a compartir el sueño de su vida con todos y cada uno de los individuos de pechera almidonada que yo le había reunido en una docena de dorados comedores. Alguna vez le tuvo que parecer que el mismo espíritu de Justin Martyr se iba a disolver en el aire cargado de humo que se cernía sobre los platos sucios y las servilletas manchadas, para terminar desapareciendo entre las oleadas de risas previsibles que provocaban sus bromas.

Mucho peores aun que las escenas entre nosotros, que no tenían ningún efecto en la recaudación de fondos, eran sus violentas reacciones ante cualquier donación en la que creyera ver condicionantes, explícitos o implícitos. A veces tenía toda la razón, como cuando expulsó de su despacho a un hombre que le había ofrecido cincuenta mil dólares para admitir a su hijo delincuente en el colegio. En otras ocasiones era excesivamente suspicaz ante posibles intromisiones, y pasé un rato de pesadilla intentando convencerle de que la propuesta de un antiguo alumno de construir frontones no era forzosamente un intento deshonesto de añadir un nuevo deporte al programa escolar. Con todo, el episodio que más lo enfadó fue el de los dos nuevos edificios de los dormitorios. El donante de uno de ellos había dejado modestamente el nombre del dormitorio al arbitrio del director, en tanto que el donante del otro, por no quedar como un egoísta, había estipulado que cada edificio tuviera el nombre de su

donante. La indignación de Prescott ante tal minucia amenazó con costarnos no uno sino los dos dormitorios, y sólo con la mayor de las diplomacias fui capaz, por una parte, de convencer al donante modesto para que permitiera que se utilizara su nombre y, por otra, de evitar que el director insultara gravemente al otro donante. No obstante, pese a todas las dificultades, el dinero iba llegando.

Casi habíamos alcanzado nuestro objetivo, a falta de la capilla, y yo creía estar cerca de lograr un compromiso al respecto por parte de Shelley Tanager, un industrial de la carne de Chicago que tenía un hijo en quinto curso, cuando estalló el incidente que iba a llevar a su apogeo la tensión entre Prescott y yo, y que por poco echa por tierra todo el proyecto.

Yo estaba pasando aquella semana en Justin, donde ya se me había asignado un despacho y una secretaria, y tomaba el desayuno con los Prescott cuando Frank explicó la complicada situación provocada por una especie de «chuletas». Al parecer, habían estado circulando entre los chicos unos librillos con textos ya preparados escritos en griego y latín, y los profesores se habían quejado de una creciente similitud en los ejercicios. Los de sexto habían inspeccionado pupitres y cuartos y se habían incautado de cierta cantidad de esos cuadernillos. Se habían impuesto sanciones graves pero, aun así, la práctica continuaba, con toda pertinacia. A Prescott, como erudito en lenguas clásicas, le resultaba muy mortificante enfrentarse a una resistencia tan extendida hacia el estudio serio de las lenguas de la Antigüedad, en el preciso momento en que quería elevar la exigencia académica en proporción a la nueva tasa de matriculaciones esperada.

—Es la típica cosa que uno espera de los chicos más pequeños —rezongó—, y resulta de lo más desagradable que se dé en los cursos superiores. Me han dicho que es especialmente flagrante en quinto. Y estamos casi al final del curso. ¡Son los chicos en los que me tengo que apoyar el año que viene para dirigir la escuela!

—Esperemos que el verano les sienta bien.

—No es algo de lo que burlarse, David. Éste es el tipo de tonterías que pueden hundir un colegio.

—Pero estoy convencida de que todos los colegios tienen problemas con esos libritos —afirmó su mujer—. Recuerdo perfectamente haber usado uno con la señorita Yarnell, en clase de Francés.

Prescott, con el ceño fruncido, miró la mesa, mientras Harriet, imperturbable, seguía sirviendo café.

—He hecho saber a los de quinto —prosiguió— que quienquiera que, a partir de ahora, sea sorprendido con uno de ellos, no será admitido el año que viene.

—¿No es una medida un poco dura? —pregunté.

—Tal vez lo sea, pero ya los he avisado. Parece ser la única manera de que se les grabe que, como estudiantes de sexto, compartirán conmigo y con los demás profesores la responsabilidad de hacer funcionar el colegio.

El tema me aburría ligeramente y no añadí nada más. Era incapaz de entender de

qué manera el uso de un librito con frases en latín y griego impedía a un chico llegar a ser un buen administrador, pero supuse que el aviso de Prescott, por drástico que resultara, al menos cumpliría con su propósito. No podía imaginarme que un alumno de quinto fuera tan inconsciente como para jugarse su trayectoria escolar por una tirada de versos de Ovidio.

Pero muy pronto, al tercer día de mi visita, mientras seguía a los chicos tras la visita matinal a la capilla por el camino, blando del barro de la primavera, del edificio del colegio, Prescott se acercó para darme la mala noticia.

—No va a gustarte lo que diré, David, pero un chico de quinto no ha querido hacer caso a mi aviso. Y lo que menos va a gustarte es saber de quién se trata.

La esperanza de la primavera se evaporó, y el azul claro del cielo se convirtió en una blancura fúnebre de invierno.

—¿El hijo de Shelley Tanager?

Prescott asintió y luego sacudió la cabeza, como si quisiera condenar al alumno y a su padre, y como si quisiera condenarme incluso a mí, por crear problemas en un Justin por lo demás pacífico. En su mirada se adivinaba un destello, casi malévolamente, de algo parecido al triunfo, que terminó por exasperarme. Años después, al reflexionar sobre esta escena, me pregunté si no podría datarse de ahí la primera aparición de un nuevo rasgo de dureza en Prescott, una dureza que iba a crecer, junto con su gran fama, a lo largo de los siguientes quince años, culminando finalmente en el terrible episodio de mi propio hijo, Jules. Nadie podría escribir la biografía de Prescott sin tener en cuenta esta faceta suya. Era una dureza inconstante, discontinua: un chico podía pasar seis años en Justin sin topar con ella ni una vez, como creo que ocurría en la mayoría de los casos, pero los pocos que riñeron con el director en esta época posiblemente lo iban a recordar con amargura el resto de sus vidas.

—¿No hay ninguna duda al respecto?

—Bueno, él lo niega. —Prescott se encogió de hombros despectivamente—. Dice que su compañero de cuarto, Max Totten, puso el librito en su mesa. Resultaría bastante curioso que Totten, un pobre huérfano cuya escolarización paga el padre de Tanager, considerara que vale la pena incriminar a su benefactor.

—Pero no es imposible.

—Y además sería perfecto, ¿no, David? Así no nos encontraríamos en la incómoda posición de tener que expulsar al hijo de nuestro donante en potencia, ¿verdad? —La voz de Prescott era una catarata de sarcasmo. Habíamos llegado al edificio del colegio y estábamos frente a los grandes ventanales del salón de actos, donde algunos de los chicos podían vernos, pero no oírnos.

—No estés tan ansioso de salvar el pellejo de los que nos pueden ser útiles. ¡No ganemos el mundo para perder nuestras almas!

—¿Se le ha ocurrido pensar —pregunté con toda la intención— que tal vez esté condenando a ese chico por el gusto de escupirle en la cara a su rico padre?

Vi que, por una vez, yo era el amo de la situación; que, por una vez, a Frank

Prescott lo habían pillado por sorpresa. Era parte de su encanto que no hiciera el menor esfuerzo por ocultarlo.

—¿Acaso te parece posible? —me preguntó con seriedad, enarcando las cejas—. Sería terrible, David.

—Lo único que quiero decir es que no debería precipitarse al sacar conclusiones.

—¿Te importaría estar presente cuando vea al chico? Él y el señor Mygatt, el profesor que lo descubrió, acudirán a mi despacho después de la asamblea.

—Claro. Me interesa mucho ir.

—Puedes hacer de abogado defensor, si quieres —dijo, y al volverse para entrar en el edificio del colegio, me dedicó uno de sus lentos y serios guiños—. Estoy convencido de que Shelley Tanager padre puede pagar la minuta de un socio del bufete Prime & Griscam.

Me senté en un rincón del despacho de Prescott durante la comparecencia, sin ser presentado y casi sin que se dieran cuenta de mi presencia. El profesor, un muchacho algo untuoso, de rostro oliváceo, contó el incidente, mientras el hijo de Shelley Tanager, un chico alto y esbelto, con rizos rubios y los mohines, incluso a los dieciséis años, de un niño mimado, escuchaba hoscamente.

El profesor sospechó que Tanager seguía usando esos librillos, aunque ya se le hubiera castigado previamente por este motivo, y se había mantenido vigilante. La noche anterior, mientras toda la escuela estaba cenando, había registrado el cuarto que compartían Tanager y Max Totten. Media hora después, durante el tiempo de estudio, llamó a su puerta, mandó a los chicos a hacer un recado ficticio y descubrió el librillo, abierto y boca abajo, como si lo acabaran de esconder a toda prisa, dentro del primer cajón de la mesa de Tanager. Salvo Tanager y su compañero de cuarto, nadie había entrado en el cuarto entre las dos inspecciones.

—¿Y niega haberlo puesto ahí, Tanager? —preguntó Prescott en el tono adusto y triste que empleaba en estos interrogatorios.

—Lo niego, señor.

—Si usted no lo hizo, entiendo que sólo hay una persona que puede haberlo hecho.

—Sólo una persona, señor. Así es. —La expresión del chico era del todo hostil. Parecía absolutamente ajeno a lo inverosímil de su acusación, como si confiara en su propia malicia como prueba palmaria de lo que decía.

—¿Y por qué Totten iba a tener un cuadernillo de éstos? —prosiguió Prescott con voz severa—. Era un as en latín mucho antes de que apareciera el primero de esos condenados librillos en el campus.

—¿Cómo sabe usted, señor, cuándo apareció el primero?

Prescott no pudo sino asentir para reconocer la pertinencia del comentario.

—Pero entonces, ¿cuándo cree usted que pudo esconder el librillo en su mesa? ¿Cuándo tuvo tiempo?

—¿Cómo voy a saberlo? Era su librillo.

—El suyo, dice. Pero a usted lo cogieron con uno hace tres semanas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y algunas frases del cuadernillo que encontró anoche el señor Mygatt en su mesa han sido utilizadas en sus propios ejercicios.

—Si eso es así, fue porque me las dijo Totten. A veces me ayuda con los deberes.

—¡Seguro que sabe, Tanager, que eso no es de recibo!

—Sí, señor, pero no es usar una de esas chuletas.

Y así continuaron, durante un cuarto de hora, las preguntas de Prescott, en todo iguales a las de un abogado inquisitivo, cada vez más enconadas y hostiles. Sin piedad alguna, señaló el contraste entre Max Totten, estudiante capaz, gran atleta y líder natural, y Shelley Tanager, el burro de la clase, un torpón y un solitario. ¿Resultaba creíble que el primero recurriera a un cuaderno de frases que no necesitaba, y que luego lo usara para poner en un compromiso a un compañero de cuarto por el que nunca había mostrado más que amabilidad, y cuyo padre era su único apoyo? ¿No era más verosímil que Tanager, celoso de la superioridad de su amigo tanto en casa como en el colegio, hubiera intentado echar sus propias culpas sobre los fuertes hombros de su compañero? Pero Tanager no cedió en nada, aunque no pudiera explicar nada, y cuando se le hizo salir, le eché en cara al doctor Prescott su dureza.

—Pero es que el muchacho no sólo tenía el librito, como es obvio —contestó con enfado—, ¡sino que está intentando que expulsen a su compañero!

—¿No es eso mismo lo que usted desea?

—Bien, David, ¿qué más necesitas para convencerte? ¿O es que tienes que comerte la manzana entera para saber que está podrida?

—Tal vez pudiera dejarme hacerle unas cuantas preguntas al señor Mygatt.

—«Y una historia entera, señor»^[12] —citó Prescott con impaciencia, apartándose con su silla giratoria mientras yo me dirigía al profesor, quien había asistido a nuestro duro diálogo y parecía muy impresionado. Probablemente, nunca había visto que alguien llevara la contraria al director.

—Dígame, señor Mygatt, cuando le pidió a Tanager que hiciera ese recado de su invención, ¿dónde estaba usted exactamente?

—En el umbral de la puerta de su cuarto.

—¿Y cómo se las arregló él para salir?

—Pues porque me eché a un lado, claro.

—¿Hacia atrás o metiéndose en el cuarto?

Mygatt, perplejo, se quedó considerando este punto.

—Hacia atrás, hacia el pasillo. Sí, lo recuerdo porque entonces vi a Jimmie Dunn leyendo una revista, y tomé nota mentalmente de que debía decirle algo más tarde.

—Y cuando volvió a entrar al estudio de Totten y Tanager, ¿Tanager ya no estaba?

—¿Que si no estaba? No, claro que no. Se había ido a la biblioteca, como le había

dicho.

—Pero Totten sí seguía allí, ¿no?

—Sí, pero sólo un instante. También lo eché.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en el pasillo?

—No sé, tal vez dos segundos.

—¿Nada más? ¿Y tuvo tiempo para apreciar los hábitos lectores del joven Dunn?

Mygatt se sonrojó.

—No, señor. Fueron unos pocos segundos, como máximo.

—Pero suficientes como para que Totten hubiera metido el cuaderno en el cajón de Tanager, ¿no?

—Oh, eso es imposible, señor. Además, le hubiera tenido que ver.

—¿Cómo? ¿Con un ojo en la nuca?

—Por favor, David, recuerda que no estás en un tribunal —interrumpió Prescott—. Te recuerdo que estás en mi despacho, dirigiéndote a un miembro de mi claustro.

—Soy muy consciente de ello, señor. Y déjeme decirle que no empleo un lenguaje más violento del que usó usted con Tanager. Aquí puede estar en juego toda la vida de un muchacho.

Prescott me devolvió la mirada y a continuación hizo un gesto con la cabeza.

—Sigue.

—Lo que quería decir, señor —se aprestó a decir Mygatt—, es que me hubiera dado cuenta de los movimientos del muchacho. Estaba muy cerca.

—Pero ¿el director no acaba de definir a Totten como un magnífico atleta? —seguí—. ¿Y no implica eso una gran coordinación física? ¿No resultaría muy sencillo, para un muchacho ágil, cuando usted estaba de espaldas, cruzar de un paso un cuarto muy pequeño, abrir un cajón y meter dentro un cuaderno?

—¿Pero lo hubiera oído, señor Griscam!

—¿Si lo hizo a hurtadillas? Mire, señor Mygatt, lo único que le pido es que me conceda que no es imposible.

Mygatt miró al director buscando socorro, pero éste se limitó a fruncir el ceño y rezongar:

—Responda a la pregunta, Mygatt. Es pertinente.

—Muy bien, entonces, señor. Supongo que lo cierto es que no es imposible, pero no termino de ver...

—Gracias, señor Mygatt —lo interrumpí con firmeza—. Y ahora ocupémonos de ese cuadernillo. ¿Dónde está?

—En la sala de profesores. Los profesores de Latín lo han estado consultando para ver qué frases pueden detectar en los ejercicios.

—¿Quiere decir que lo han estado manoseando?

—¿Cómo que manoseando?

—Tocándolo, quiero decir, poniendo los dedos encima.

—Bueno, sí, es inevitable.

—Imagino que una prueba de huellas dactilares mostraría ahora la mitad de los dedos del claustro —gruñí.

—¿No estarás diciendo que harías pruebas de huellas dactilares aquí? —preguntó Prescott, estupefacto.

—¡Haría lo que fuera necesario para probar la inocencia de un alumno! —exclamé—. Déjeme pedirle, señor Mygatt, que tenga bajo llave ese cuaderno hasta que termine la investigación. —Me volví hacia Prescott—. ¿Me permite que vea a Totten a solas?

—Claro que sí —dijo encogiéndose de hombros—. Me encargaré de que lo envíen directamente a su despacho.

—Dentro de una hora, por favor. Quiero consultar su ficha. Sentado a mi mesa, con la puerta cerrada, estudié los contenidos del fichero marrón con la etiqueta «Totten, Max. Clase de 1908». Había una fotografía tamaño carné de su rostro, que mostraba una frente amplia y una nariz y unas mandíbulas poderosas. Sus rasgos transmitían una impresión de fuerza y franqueza, salvo por los ojos, oscuros y pequeños. Leí que su padre había sido el primo pobre del señor Tanager, y que el muchacho, huérfano, había crecido en la casa del millonario y se ganaba su manutención ayudando a su débil primo, tanto anímicamente como en los estudios. Parecía mostrar la misma facilidad para el éxito que el joven Tanager para el fracaso pero, a pesar de tener una actitud a todas luces cordial, no era popular entre sus compañeros de clase. Le consideraban «un calculador», según el informe de un profesor, e «insincero», según el informe de otro. En cada caso, conforme pude observar, el profesor que emitía el informe no estaba de acuerdo con los chicos a los que citaba en él. Era obvio que Max Totten sabía llevarse bien con el claustro.

Cuando entró, me llamó la atención que fuera más alto, más moreno y más atractivo de lo que tenía en mente. A diferencia de su primo y compañero de cuarto, él ya era un hombre.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Griscam? —comenzó educadamente.

Le expliqué, despacio y con cuidado, la acusación formulada contra Shelley Tanager y el carácter irrefutable de la prueba. Él estaba al tanto de todo, e iba inclinando la cabeza, como para mostrar la requerida compasión. Seguí entonces con la narración del incidente según el relato del señor Mygatt, comenzando con la inspección del cuarto durante la cena y llevándolo paso a paso hasta la aparición del cuadernillo. Totten me escuchaba con mucha atención, pero sin revelar nada. Yo estaba atento a cualquier reacción suya cuando se diera cuenta, por mi discurso, de que si él había puesto la chuleta en la mesa de Tanager, el propio Tanager, y después el padre de Tanager, iban a saberlo. De la primera inspección del señor Mygatt, de la cual él no podía saber nada, quedaba claro que la chuleta no estaba en el cuarto antes de que los chicos volvieran al terminar la cena. Ni siquiera pestañeó.

—Tal vez la haya puesto allí el propio señor Mygatt —insinuó cuando le pregunté si tenía algo que decir.

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso?

—Para ganarse el favor del director. Él es así, no sé si lo sabe usted.

—¡No puedo creerlo, Totten!

—Sólo era una idea —dijo encogiéndose de hombros—. Haría lo que fuera por ver al pobre Shelley absuelto. Es el amigo más antiguo que tengo.

Aquí tuve que hacer una pausa para reflexionar. Lo único que no había considerado es que tal vez Totten no supiera nada de la acusación de Tanager.

—Pero eso no es lo que Tanager parece pensar.

—¿No, señor? —dijo enarcando las cejas—. Entonces, ¿qué piensa Shelley?

—Le ha dicho al doctor Prescott que usted había puesto ese cuadernillo en su cajón.

Totten me miró fijamente por un momento, pero su gesto me llamó la atención no por lo alarmado o consternado, ni siquiera por lo sorprendido, sino tan sólo por el interés, el enorme interés, que mostraba.

—O ha sido usted o ha sido él —continué.

—O el señor Mygatt —replicó Totten con una sonrisa que se me antojó insolente.

Con una familiaridad totalmente distinta a su anterior conducta respetuosa, se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana, desde donde se puso a mirar hacia fuera, toqueteando el cordón de las cortinas. Debí de quedarse allí, en silencio absoluto, unos tres minutos, mientras yo lo miraba a sus espaldas. Pensé que estaría amañando una coartada, y yo estaba demasiado interesado en saber cuál podría ser para interrumpirle.

—O el modosito de Mygatt —dijo finalmente, repitiendo una acusación a todas luces falsa.

—Por favor, Totten, recuerde que el señor Mygatt es miembro del claustro de este colegio y que yo soy miembro del consejo escolar.

—Oh, Griscam, ¡tranquilícese! —respondió con una insolencia fría y chocante, volviéndose hacia mí con una sonrisa de descaro—. Usted y yo no tenemos que engañarnos, ¿verdad que no? Usted está acojonado porque este asunto termine por quitarle la pasta del viejo de Tanager, ¿o no?

—¡Totten! ¡Voy a tener que dar parte al director!

—¡Pues dígaselo, qué leches! —Su voz, como un ladrido, me sorprendió por su tono autoritario—. Sabía que el juego había terminado cuando pusieron a un picapleitos como usted detrás de mí. Muy bien, pues sí, puse el maldito cuadernillo en el cajón del pobrecito Shelley. ¿Le vale así? ¿Me puedo marchar ya? ¿O tengo que darle más razones al viejo Prescott para que me dé una patada en el culo?

Mientras miraba, con la dignidad por los suelos, ese rostro sonriente, insinuante, extrañamente poco hostil, descubrí que, pese a todos mis años como abogado, no tenía ni idea de cómo continuar. Fue él quien lo resolvió. Se acercó lentamente hacia mí, todavía sonriendo, y de pronto me tendió su mano. Hipnotizado, se la estreché. Él soltó una risotada, me guiñó el ojo y salió del despacho. Ciertamente, tenía un

repugnante encanto animal. En su cinismo absoluto, había implícita una incómoda noción de democracia. Suspiré, sentí un escalofrío, meneé la cabeza y me dispuse a hacer el informe para el director.

Prescott tomó mis noticias como un caballero. Me pasó un brazo por encima del hombro y me abrazó.

—Me has salvado de cometer un acto de brutal injusticia, David. He recibido una lección de humildad en lo que respecta a tu profesión. Sí, confieso haber tenido el viejo e indigno prejuicio negativo hacia los abogados. Siempre los he acusado de que los árboles no les dejan ver el bosque, pero era yo quien no veía esos árboles. —Inclinó la cabeza con pesar—. Hubiese arruinado la vida del pobre Tanager, un tierno retoño, de raíz. Sí, tenía ciertos prejuicios. Como el pobre chico no era atractivo ni deportista, pensé que también sería malvado. Mientras que el que era lo suficientemente listo como para estar a la altura de la imagen que yo me había creado, ha resultado ser el sinvergüenza. ¡Es una gran lección para mí, David!

Harriet Prescott, sin embargo, confesó encontrar todo el asunto muy difícil de creer.

—No se lo voy a comentar a nadie más —me dijo cuando dábamos una vuelta al recinto con sus perros antes de la hora de comer—. Está claro que, si Max Totten ha confesado, debo atenerme a ello, pero te diré, David, que esto me desconcierta. He observado muy detenidamente a ese chico. Siempre venía a casa las noches que recibíamos. Creo que lo conozco y que me gusta. Tal vez a los chicos no les guste, pero a mí sí. Es más maduro que los demás. Ha tenido una infancia amarga y humillante, y va a esforzarse por compensarlo en la vida. Sí, sé que es artero, malicioso e intrigante. Podría usar mil librillos de ésos y jurar sobre la Biblia que no los ha usado, pero no puedo creerme que haya metido uno en el cajón de Shelley Tanager. ¡La lealtad es su única virtud!

Sentí una gran agitación interior, pues sabía que Harriet era muy aguda al juzgar los caracteres, mucho más aguda, incluso, que su marido. Y también caí en la cuenta de que era raro que Totten, aun siendo culpable, confesara una acción que iba a causarle un problema permanente con su mecenas, el señor Tanager. ¿Por qué no afrontarlo abiertamente? ¿No podría haber convencido al padre de que su hijo estaba mintiendo, o al menos de que estaba equivocado? Después de todo, no tenía nada que perder en ese intento, pues así sólo lograba ser expulsado de Justin y la inquina de los Tanagers. Tras nuestro paseo me fui a la capilla, la misma que, esperaba, no iba a tardar en ser sustituida por una nueva y más amplia, y pedí sinceramente iluminación, sin ser atendido en mis súplicas. Al igual que Frank Prescott, su siervo, nunca he pensado que Nuestro Señor tenga mucho interés por los abogados.

Aquella tarde me dirigí a Lowell House. Al final de un largo pasillo vacío, entre dos cuartos, oculto cada uno por una cortina verde, había un baúl y, delante de él, colocando las camisas, se hallaba Max Totten. Estaba de espaldas a mí, y oí que tarareaba *After the ball*. Para mi asombro, vi que estaba fumando un cigarrillo que no

hizo ningún esfuerzo por esconder cuando se dio la vuelta y me vio.

—Hola, señor Griscam —me saludó con la misma alegre insolencia—. ¿Ésta es la despedida oficial?

Avancé por el pasillo y lo contemplé mientras seguía haciendo la maleta.

—He venido a decirle que podría deshacer el enredo. Sé que no lo hizo usted.

Totten me miró cautelosamente, pero con la misma sonrisa.

—¿Que lo sabe? ¿Cómo que lo sabe?

—No tuvo tiempo para borrar sus huellas del cuaderno.

Su sonrisa se quedó fija en el rostro mientras me seguía mirando.

—¿Y por qué cree que tenían que estar allí?

—Porque he mandado el cuaderno a Boston esta mañana, con las huellas de Tanager y Mygatt. Son las únicas que han encontrado en las tapas. El detective me acaba de llamar.

—¿Y se lo ha dicho al director?

—La verdad es que no se lo he dicho a nadie. He pensado que era mejor decírselo primero a usted. ¿Por qué ha confesado haber hecho algo que no hizo?

Al mirar sus ojos oscuros, me sentí algo avergonzado por el placer que sentía al estar enredando a un simple muchacho, pero la escena de la mañana aún me dolía. Mi placer, sin embargo, no iba a durar mucho. Totten era un experto en dar la vuelta a las situaciones.

—Mire, señor Griscam, a mí me parece que usted es un tipo realista. ¿No podemos hacer un trato, usted y yo? Cada uno de nosotros se juega mucho en este asunto. Usted quiere el dinero del viejo Tanager para ampliar Justin, ¿no? De hecho, toda su tramoya puede venirse abajo si no lo consigue, y ¿cómo demonios lo va a conseguir si echan al pequeño Shelley? Yo tengo mi propio trato con el viejo Tanager. Él conoce perfectamente a Shelley y sabe de qué pasta está hecho. También sabrá de ese librillo, no tema, pero está como loco por que el chico se gradúe, y mi cometido es que lo logre. Si es tan amable de dejarme seguir adelante con mi pequeño plan, yo me encargaré de que usted siga adelante con el suyo.

Miré boquiabierto al muchacho, más estupefacto aún de lo que había estado por la mañana.

—Pero ¡se habrá creado una pésima reputación! —repliqué.

—¿Por usar una chuleta? Venga ya. Eso entra dentro de las chiquilladas. Y me ganaré el favor del señor Tanager para toda la vida. Oh, sí, tengo grandes planes. Grandes planes. Shelley no le va a servir nunca de nada a su padre en el negocio, pero yo sí. Y su padre, en el fondo, me prefiere a mí antes que a Shelley. Su padre y yo sí que estamos hechos de la misma pasta.

—¿De verdad espera que haga ese trato?

—¿Por qué no? ¿No es para gloria de Dios? Él tendrá su capilla, usted su gran colegio y yo, a mi benefactor. De lo contrario, nadie consigue nada.

Tuve un momento de duda que, por supuesto, me resultó fatal.

—Pero usted es demasiado joven para cargar con esa responsabilidad.

—¿De verdad lo cree?

Lo miré profundamente a sus pequeños ojos brillantes, que ya sabían muy bien cómo era el mundo, y tristemente decidí que no, que no lo creía. Imaginé que la conexión entre el muchacho y su benefactor era total, y sentí la súbita certeza de que el futuro iba a ser tal y como él lo pintaba. Me pregunté incluso si no sería familia del señor Manager en un grado más cercano que el de simple primo. Tenía todo el garbo, la astucia y el encanto de un bastardo papal del Renacimiento.

—¿Y no le pesa dejar la escuela?

—¿Esta pocilga? Está usted intentando liarme.

—La verdad es que sí —murmuré con tristeza, preparándome para irme—, es precisamente eso. Me estoy liando a mí mismo y también a los demás. Dios me perdona, Totten, pero estamos de acuerdo.

—¿Entonces hay trato? —Por segunda vez en el mismo día me tendió la mano, y por segunda vez se la estreché.

—Sí. Trato hecho. —Me fui por el pasillo del dormitorio y, al llegar al final, me volví hacia él—. Por cierto —le dije—, lo de las huellas dactilares era un farol. El librito no ha salido de la escuela.

El rugido de su risa llenó el cuarto vacío.

—¡Menudo viejo tramposo está hecho, Griscam! Cuando llegue la hora, lo contrataré como abogado.

Tal vez convenga dejar constancia aquí de que, como presidente de Tanager Yards, sigue siendo uno de mis clientes más valiosos, pero entonces, muy desanimado por mi propia doblez, fui a ver a Prescott y le supliqué que rebajara el castigo de Totten a una suspensión de un mes.

—¿Cómo voy a hacerlo, querido amigo? —protestó—. Si sólo fuera el asunto del cuaderno, tal vez pudiera replanteármelo, pero ¿cómo obviar el hecho de que intentara echarle las culpas a Shelley Tanager? Eso acaba con toda posibilidad de piedad. ¿No piensas lo mismo?

¿Qué podía decir yo? Había sellado con un apretón de manos mi trato con Max Totten y, a pesar de sus dieciséis años, sabía que estaba tratando con un igual. Entonces me empecé a sentir muy cansado, y decidí volver a Nueva York esa misma noche. Prefería ni pensar en qué indiscreciones podía oír si me quedaba otro día más en Justin.

El dinero comprometido por el señor Tanager llegó al mes siguiente, por un valor que doblaba la cantidad que le había pedido, y el magno trabajo de captación de fondos al fin se dio por terminado. A lo largo de los dos años siguientes se construyeron los nuevos dormitorios, la capilla, el gimnasio, los frontones, las alas nuevas del edificio de la escuela, la enfermería, y seis nuevas casas para profesores, de modo que en

1910, Justin Martyr ya tenía prácticamente el mismo aspecto que luce hoy. Se doblaron el claustro y el número de alumnos, y Francis Prescott dio un gran paso hacia el decanato de los directores de colegio de Nueva Inglaterra.

El nuevo colegio, ampliado, era más democrático que el antiguo. Justin Martyr nunca tuvo el aura de esnobismo que han padecido Groton y St. Mark's. Bien dotado de becas, acoge a muchos chicos de procedencia humilde, así como a los hijos de viejos y nuevos ricos. Mi propia labor a la hora de suscitar el interés por el colegio de algunos de los nuevos magnates de la industria ha hecho crecer su tesorería más allá de la de cualquier colegio comparable. La reputación de Justin es de cierta exigencia, tanto en deportes como en estudios. Es conocido por no tolerar alegremente a los payasos. Quizá ha sido un poco severo, pero no se puede tener todo. El colegio tomó su nombre del erudito y mártir que intentó conciliar el pensamiento de los filósofos griegos con las enseñanzas de Cristo. Para Prescott, no eran unos humildes pescadores que tenían fe y nada más.

Shelley Tanager se graduó el año después de la expulsión de Max Totten, pero lo hizo por uno solo de sus rubios pelos. Luego se dedicó a emborracharse en Harvard hasta que murió prematuramente, pero en sus mayores borracheras, poco antes del fin, solía contar historias extrañas, y había una en concreto, sobre un amigo que se sacrificaba por otro, que llegó hasta mis muy atentos oídos. Había dos versiones. En la primera, el amigo era una especie de Sidney Carton^[13] que cancelaba su deuda con el padre de su compañero de cuarto asumiendo una mala acción de éste. En la otra versión, el amigo era una criatura siniestra que utilizaba lo que parecía un sacrificio personal para sustituir a su compañero de cuarto en el afecto de un padre millonario. Confieso que mi primera reacción ante la noticia de la muerte de Tanager fue de alivio, por haberse secado la fuente de esos rumores.

Nunca reuní el valor suficiente para preguntarle a Prescott si había oído tales historias, pero una vez sí se lo pregunté a Harriet, durante uno de nuestros paseos tras una reunión del consejo.

—Claro que las conoce —contestó—. Frank ha oído de todo. La gente dice que les impone, pero eso no parece que les impida ir a cotorrearle sus secretos. ¡Es increíble lo que le cuentan! Tal vez quieran escandalizarle.

—Pero ¿él se lo creyó? Me refiero a que Max Totten se dejara expulsar para proteger a Tanager.

Me lanzó una mirada muy breve, absolutamente breve, como ella sabía.

—¿Tú te lo crees?

—¡Ni lo más mínimo!

Inclinó la cabeza, aceptando, en apariencia, mi conclusión.

—Bueno, no sé qué pensó Frank. Creo que se limitó a no afrontar el asunto. De hecho, me pregunto si no le dio la espalda adrede.

—No parece muy propio de él.

—No, ¿verdad? Pero ya sabes, David, todo el mundo tiene sus momentos de

debilidad. Él no sería humano si no los tuviera. Y también sabes hasta qué punto eso le importa.

Se dio la vuelta y señaló la gran torre, empinada y oscura, de la nueva capilla, que dominaba el campus e incluso los campos circundantes; la torre que ya se había convertido en motivo de sellos, postales y bandejas, el mismo símbolo del colegio y del impulso audaz de Frank Prescott contra la infinita ignorancia.

—¿Crees tú —me preguntó, clavándome la mirada en los ojos de forma retadora — que podría vivir con ello si creyera que fue edificada sobre una mentira?

11. El diario de Brian

15 de noviembre de 1941

Al abrir este diario, tan dejado de lado, veo que no he escrito ninguna entrada desde el mes de abril. Mi única excusa es que, al jubilarse en junio el doctor Prescott, me sentí llegar a mi punto más bajo. Antes de irse a Cape Cod a visitar a su hija, la señora Homans, se encargó de arreglar lo de mi beca en la facultad de Teología de Harvard para el otoño, y me ofreció la hospitalidad de Justin en julio y agosto para que hiciera allí mis estudios preparatorios. No podía haber mayor amabilidad, y nadie podía ser menos digno de ella. Durante el largo y caluroso verano, en la escuela vacía, con demasiados libros y muy poca compañía, volví a sufrir de los nervios.

Todo en el recinto, desde el elegante porte de los olmos hasta la sobresaliente torre de la capilla, me recordaba al doctor Prescott y parecía poner de relieve el contraste entre los dos. ¿Cómo me atrevía a aspirar a ser ordenado en una Iglesia cuyos sacerdotes eran hombres como él? Conforme transcurrían pesadamente los días, su ausencia y su jubilación se combinaron para crear en mi fantasía la alucinación de su marcha, y los intensos rojos y grises de la arquitectura del colegio parecían tenerme encerrado en un mausoleo de granito. En el campus, y en todo lo que me rodeaba, veía la muerte de las cosas dignas y nobles, y en el mundo exterior, presente a través de los negros titulares, estaba la muerte de los bárbaros en la espantosa campaña rusa. No perdí la fe —no del todo—, pero perdí todo lo demás. En septiembre, mi estado no me permitía comenzar en el seminario.

En esta condición me encontró el señor Griscam cuando hizo una parada en el colegio volviendo de Northeast Harbor. Me llevó a cenar a la posada de New Paisley, me obligó a tomarme dos cócteles fuertes y me sonsacó la deprimente historia de mi verano. Adivinó enseguida que lo que más me horrorizaba era la perspectiva de decirle al doctor Prescott lo poco que había aprovechado su amable ofrecimiento.

—Mi querido amigo, déjeme eso a mí —me dijo amablemente—. Frank lo comprenderá a la perfección. Es la última persona que obligaría a nadie a hacerse sacerdote. Caramba, él tuvo que meterse en el negocio de los trenes antes de tener las cosas claras. Lo único que podemos hacer con una duda, por parafrasear a Oscar Wilde, es caer en ella, pero después uno no tiene que abandonarse. ¿Qué va a hacer?

Le dije que mi soplo en el corazón me situaba en la categoría de no apto para el ejército, pero que esperaba conseguir un trabajo en la Cruz Roja que me permitiera cruzar el Atlántico.

—Es muy propio de los jóvenes —dijo con su sonrisa tolerante—, pensar primero

en su conciencia y por último en lo que es útil. Todos ustedes se pondrían a limpiar letrinas antes que ser ministro de Defensa, con tal de enfundarse en algo que parezca un uniforme, pero usted debería estar por encima de eso, Brian. Tendría que venir y trabajar conmigo en el comité de Libertad Primero.

Me explicó que dicha organización se había formado para luchar contra el movimiento América Primero y hacer propaganda a favor de la intervención inmediata en la guerra. Si creía, argumentó, lo que decía creer, que todo hombre y mujer del mundo libre tenían que unirse a la lucha contra Hitler, entonces debía ayudar a convencerlos. Cuando repliqué, consternado, que así estaría impulsando a que otros jóvenes tomaran las armas en una lucha en la que yo no iba a tener parte activa, señaló que la comodidad moral a la que renunciaba tal vez fuera el sacrificio que me imponía la guerra. Cuando insistí en que nunca podría aceptar un sueldo por realizar un trabajo así, y señalé que difícilmente iba a poder vivir en Nueva York sin sueldo, me ofreció comida y alojamiento en su propia casa, y la posibilidad de ganarme una paga catalogando su colección de libros isabelinos.

No estaba en condiciones, al menos en mi situación nerviosa, de discutir con un abogado y diplomático tan persuasivo. Al día siguiente me acomodó, con mis pocas cosas y el pequeño retrato de Richardson, en el asiento trasero de su gran Cadillac negro y, antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, me vi en la larga fila de mesas de una amplia oficina que daba a la Quinta Avenida, de cuyos muros colgaban las banderas de las naciones ocupadas, escribiendo comunicados sobre lo que significaba vivir bajo el horror nazi. Todo ha tenido algo de pesadilla, pero no dejo de recordarme a mí mismo la aseveración del señor Griscam de que estoy sacrificando lo único que podía sacrificar: mi propia soledad y mi tranquilidad de conciencia. Ha sido un alivio pensar que, con toda probabilidad, pronto entraremos en guerra, y las oficinas de Libertad Primero quedarán clausuradas.

Estoy convencido de que la vida con los Griscam en la calle Sesenta y Ocho tiene todas las comodidades que el dinero, el servicio y la buena gestión pueden conseguir, y lo único que me hace sufrir es mi carácter cohibido. No logro convencerme de que la criada que arregla mi cuarto cada mañana no considera su presencia allí una imposición, ni de que el severo y viejo criado en el comedor no se siente incómodo al tener que poner otro cubierto en la mesa; pero su comportamiento, me apresuro a decir, es perfecto. De hecho, todo en esta gran casa de piedra arenisca es perfecto. Tal vez mi problema sea precisamente ése.

No es, sin embargo, y por poco apropiado que pueda parecer que lo diga un invitado, que las «cosas» sean buenas. Ni siquiera el señor Griscam se hace ilusiones al respecto. El mural con pastores del salón en amarillo y rosa Luis XVI, según me ha dicho, es una copia de Hubert Robert, y la mesa de refectorio del comedor medieval se hizo a medida. De hecho, las cosas más antiguas de la casa —al margen de los infolios de la biblioteca— son los grandes cuadros académicos de paisajes montañosos y animales más o menos salvajes que coleccionaba el difunto padre del

señor Griscam, pero lo que hace que todo sea diferente, lo que hace que todo sea único, es la condición de «original en perfecto estado» (por emplear uno de los términos de bibliofilia del señor Griscam) en que todo se conserva, lo que termina por dar a la mansión una especie de pátina de museo que impone y asusta.

También es digno de señalar que el señor Griscam lo hace todo por sí mismo. Es a él a quien miran los criados, y es su mirada la que temen si pasan cinco minutos sin que vacíen un cenicero sucio. La señora Griscam parece estar por encima de tales asuntos. Es una «santa» que dedica su tiempo y sus energías al Ejército de la Palabra de Dios, organización evangélica consagrada al mayor celo de la vida espiritual. Algo de la bondad de su causa parece haber revestido su persona. Es alta, pálida, hermosa, con la frente despejada, el pelo suave y gris, y los ojos de color azul claro e impersonales. Tengo la sensación de que su amor por las masas debe de haber terminado por diluir su amor por las personas, y que su familia seguramente la encuentre algo impersonal como esposa y como madre, pero, al verla andar, uno no puede evitar sentir algo de pena por ella. Por naturaleza estaba destinada a ser majestuosa, y cojea torpemente de una pierna atrofiada por la polio que tuvo de niña.

La primera noche, a la hora de la cena, pareció sentir cierto disgusto cuando el señor Griscam le habló de mi truncada carrera sacerdotal. Evidentemente, ella considera que mi Iglesia tiende a ser crítica con los movimientos evangélicos. Con todo, cuando di un giro en la conversación hacia lo que esperaba fuese un tema más agradable, el doctor Prescott, me sorprendió descubrir que hubiese resultado mucho mejor seguir hablando de su «ejército». Es más, incluso se mostró un poco cortante.

—La verdad, señor Aspinwall, nunca he visto del todo bien la influencia del doctor Prescott en mi marido. Siempre he pensado que un colegio religioso privado es una contradicción en sí mismo. ¿Cómo es posible envasar y vender la religión a los privilegiados y los elegidos?

Me desconcertó que ella, que vivía en un ámbito tan «privado» y que era madre de dos alumnos educados en Justin, tuviera una actitud tan enconada, pero caí en la cuenta de que las decisiones que concernían a la familia y al hogar estaban probablemente en manos de su marido. La señora Griscam parece vivir como una especie de invitada —aunque una invitada muy crítica— en su propia casa.

—Supongo que el doctor Prescott podría responder que a él le encantaría construir el suficiente número de Justins para educar a todo el país. Hace lo que puede.

—Mucho me temo que no es suficiente —terció de nuevo la señora Griscam, con un punto de aspereza—. Estoy dispuesta a conceder que Frank Prescott cree en Dios, pero es muy mirado a la hora de administrarlo. En mi organización creemos que hay que distribuir a Dios al por mayor.

—Me pregunto si no es más fácil así —dije con un suspiro.

—Tal vez le gustaría asistir a una de nuestras reuniones —sugirió con un interesado parpadeo, y cuando le dije que me gustaría mucho y vio que lo decía en

serio, conseguimos trabar una relación de cariz más amistoso.

Con todo, aunque el nombre del doctor Prescott no siempre era recibido con entusiasmo en la calle Sesenta y Ocho, descubrí que invariablemente pulsaba cierta nota, tanto en los hijos como en los padres. Los Griscam habían tenido tres hijos, dos de los cuales, Sylvester y Amy, siguen vivos y viven en casa. Supe por el señor Ives que el otro hijo, Jules, se había suicidado tras un paso desastroso por Justin y por Harvard. Sylvester, un hombre largo y desgarrado, con el pelo entre rubio y gris, y los ojos azules de la señora Griscam (los de él son más acuosos), se ha separado recientemente de su segunda mujer y se ha venido a vivir a casa porque, según me ha dicho con toda franqueza, es más barato que vivir en su club. Es devoto del doctor Prescott, pero me pregunto si éste no preferiría la actitud, más cáustica, de su madre.

—Siento mucho que mi hijo pequeño, Davey, no vaya a conocer al viejo cuando vaya a Justin —me dijo una mañana durante el desayuno—. Puedes decir lo que quieras sobre su rigidez y su atraso, pero no se puede negar el hecho de que es un ejemplo magnífico.

—¿Ejemplo de qué? —pregunté con sincera curiosidad.

—¡De todo! —exclamó Sylvester, sorprendido—. De ética cristiana, si quiere. Recuerdo a Sam Novell, en la ceremonia de admisión en el Fly Club, subiéndose a una mesa y gritando: «¡El doctor Prescott es el hombre más cercano a Dios en la Tierra!», y la respuesta de Jim Copperly: «¡Maldita sea! ¡Él es Dios!». No, Brian, no se puede negar, es una gran cosa haber pasado por él.

Me quedé con la repetida idea de que «no se podía negar» tal concesión. Ya había oído antes en labios de graduados de Justin el concepto de que, de alguna manera, es deseable «haber pasado por él», como si se tratara del sarampión infantil. Pocos de los viejos antiguos alumnos de Justin parecen tener el convencimiento de que sus principios deberían tener una validez permanente en sus vidas. Eso me causa tristeza.

A Amy la oía hablar del tema con menos aprensiones, pues Amy no representaba ningún posible fallo del doctor Prescott. Amy vive para los caballos y las exposiciones de caballos. Soltera, de treinta y siete años, es rubia y corpulenta, con facciones marcadas y atractivas, y una voz que llega hasta los más apartados rincones de la amplia casa de piedra. Se erige siempre en defensora de su padre, pero su entusiasmo es tan incondicional que, a veces, a él debe de resultarle violento.

—¿Y qué piensa usted del doctor Prescott, señorita Griscam? —me atreví a preguntarle esa misma mañana, una vez que Sylvester se hubo levantado de la mesa—. ¿Le gusta, como a su hermano, o más bien siente, como su madre, que la influencia de Prescott en los Griscam no es del todo positiva?

—Nunca se ha tratado de que me guste o no me guste. No tenía que gustarme ni que dejarme de gustar. Yo no era uno de sus alumnos, pero, naturalmente, a mí me molestaba mucho.

—¿Porque su padre lo admiraba?

—No. Porque empequeñecía a mi padre. ¿Sabe qué se solía decir de Teddy

Roosevelt? Que era como uno de esos enormes plátanos, nada podía crecer bajo su sombra. Bueno, pues el doctor Prescott es así. Como una gran estrella de Broadway a la que aplaude la gente de las primeras filas. Pero de niña yo estaba siempre en los laterales y podía ver al resto de la gente: al director de orquesta, al director de escena, a los electricistas. —Aquí hizo una pausa significativa—. Incluso podía ver al autor de la obra.

—Pero está claro que el doctor Prescott es el autor de Justin Martyr —discrepé.

—Sólo al principio. Tuvo la idea, lo admito, pero ¿quién recaudó el dinero para las becas? ¿Quién dobló el número de alumnos? ¿Quién creó el intercambio de profesores y llevo a las mejores mentes al colegio? ¿Quién fundó el plan de pensiones? ¿Quién compró la gran finca colindante y evitó que el colegio quedara en medio de un nuevo plan urbanístico? Y, por último, ¿quién descubrió a Duncan Moore?

—Su padre, por supuesto, pero me imagino que la mayor parte de la gente piensa en Justin como en la escuela del doctor Prescott. Los dos nombres son casi sinónimos.

—¿Y quién ha hecho que eso sea así? —exclamó victoriosa—. ¿De quién fue la idea de que el colegio necesitaba un profeta? Mire, ¡la leyenda de Frank Prescott no es más que la obra de arte de mi padre!

Pensé que sería en vano continuar discutiendo, y le pregunté por los caballos de caza que tenía en Westbury.

El señor Griscam volvía una y otra vez al tema de la biografía del doctor Prescott que, según creía, yo estaba escribiendo. De nada servía que no hiciera más que decirle que ni siquiera estaba seguro de ponerme a ello algún día. Ya que no escribía el libro él mismo, al menos estaba decidido a tener algo que ver en los preparativos, del mismo modo que, por lo que pude leer en sus cuadernos, al saber que nunca daría clase en Justin, decidió ser consejero de la escuela. Pretendía que entrevistara a antiguos alumnos, y se mostraba más que dispuesto a hacer todas las gestiones necesarias. Desesperado, finalmente no me quedó más remedio que cerrarme en banda.

—Tengo que hacer las cosas a mi manera, señor Griscam —supliqué—. Intente comprenderlo, por favor.

—Intentaría comprenderlo si pudiera ver que está haciendo algo —decía en su tono paciente, e implacable—. Si es demasiado tímido para hablar con los hombres de Justin, ¿qué me dice de las mujeres? Cornelia Turnbull vive justo al lado. ¡Le encantaría verle! ¡Le encanta hablar sobre su padre!

—Si voy a hablar con las hijas del doctor Prescott, —dije evasivamente—, ¿no debería empezar por la mayor?

—¿Con Harriet Kidder? —Negó con la cabeza, muy convencido—. No llegaría a ninguna parte. Lo he intentado. Harriet es de esa especie de autoritarias matronas de Manhattan que confunden «la caridad de la buena» con la tarima de conferenciantes

del Waldorf Astoria. Por supuesto, es una mujer admirada, porque ese tipo de mujer siempre lo es. «¿A que Harriet es maravillosa?», me dicen siempre, pero cuando has estado en tantos comités y con tantas Harriets como yo, sabes que su verdadero genio consiste en escurrir el bulto.

—¿No le interesaba el libro?

—Oh, sí, sí, claro que le interesaba. Se considera a sí misma «el ojito derecho de papá», pero cada vez que se dignaba a abrir su bolsa de los recuerdos, dejaba caer viejas leyendas ya sabidas, al alcance de cualquier niño de primero en Justin. Verá que es algo muy común entre los hijos de famosos. La hija de María Antonieta siempre te dirá que su madre no tenía nada en contra de que los pobres comieran pasteles.

—¿Y qué hay de la segunda hija? —Lo único que sabía de ella es que no vivía en Nueva York, pero eso me hacía preferirla a la señora Turnbull.

—¿Evelyn Homans? Ella es aún peor. Encontró marido en una buena familia de Boston y cree que un hombre es propiedad exclusiva de sus descendientes. Pretendió decirme qué podía y qué no podía utilizar, aun cuando se tratara de hechos que yo sabía de primera mano y ella no. No quiere una biografía de su padre, quiere un tributo floral.

—Pero ¿es muy distinta la señora Turnbull?

—Sí, Cordelia es distinta a las demás. Cordelia es «una personalidad». Después de divorciarse de Guy Turnbull y conseguir un acuerdo económico muy ventajoso, tuvo el buen sentido de dar el salto de mala artista a buena coleccionista. Debería visitarla tan sólo por ver los cuadros que hay en ese dúplex... ¡Cuartos y más cuartos repletos de picassos, braques y kandinskys!

—Estoy convencido de que me va a intimidar.

—No, no. Créame, nada le gusta más que hablar sobre ella misma y su familia. La llamaré para saber cuándo puede verle.

Mis protestas fueron inútiles, y tuve que sentarme a su lado, con gran apuro, mientras hacía la llamada. Por supuesto, tenía toda la razón. La señora Turnbull estaba encantadísima de verme.

La conocí esa misma tarde, cuando me hicieron pasar a un gran cuarto blanco, en un piso alto que daba a Park Avenue: morena de pelo, blanca de piel, con una cara de rasgos duros, de obstinación, y luminosos ojos castaños, vestida de color fucsia, con un collar de ámbar y pendientes de rubí, reclinada sobre un sillón bajo y sin respaldo. Era como si Theda Bara estuviera interpretando a Madame Butterfly, o como si el doctor Prescott, en no sé qué mascarada fantástica, estuviera interpretando a Theda Bara.

—Me alegra que haya acudido primero a mí —me dijo con una sonrisa medio burlona, no muy distinta de la de su padre—. Me alegra que no haya ido a ver antes a Harriet o a Evelyn. Claro que, naturalmente, fue por recomendación de David.

En mi nerviosismo, decidí que la única forma de tratar con ella era siendo

absolutamente serio.

—¿Quiere decir que no podrían ayudarme?

—Lo que quiero decir —dijo encogiéndose de hombros— es que sus resentimientos de la infancia son un cauce muy poco profundo para que un biógrafo pueda sumergirse en ellos.

Respiré hondo. Al fin y al cabo, ¿de qué tenía miedo?

—Entonces, ¿los de usted son más profundos?

—Bueno, digamos que yo sé que son resentimientos.

—Y las señoras Kidder y Homans ¿qué creen que son los suyos?

—Qué van a pensar, ¡imágenes verdaderas de papá, por supuesto! Ellas se cuecen en su odio hacia él. Se pasan la vida intentando reconciliarlo con el amor que, en principio, las niñas «buenas» tienen que sentir por sus padres.

—¿Y a qué debe usted su especial perspicacia?

—Al psicoanálisis. ¿A qué, si no? A mis cuatro largos años de psicoanálisis. Es la única manera que existe de madurar. ¿Nunca se ha psicoanalizado, señor Aspinwall?

—No.

—Una pena. Podría haber aprendido alguna que otra cosa interesante. Por qué está tan obsesionado con papá, por ejemplo. Tal vez tenga lo que el doctor Klaus llama el síndrome de Peter Pánico. Quiere ser otra vez un chico en edad escolar. —Al exhalar el humo azul de su cigarrillo, me observó detenidamente—. O por qué está jugando con la medalla Phi Beta Kappa a la excelencia académica de la cadena de su reloj. ¿No será una forma psíquica de masturbación?

Me puse rojo, al tiempo que buscaba con las manos los brazos de acero negro del sillón. Tras constatar que me había dejado absolutamente pasmado, ya se hallaba dispuesta para entrar en materia.

—¿Qué quiere saber de papá?

Eso, ¿qué? Tras unos momentos de perplejidad, descubrí que mi cabeza estaba vacía de todo lo que no fuera uno de los temas terribles que había sacado ella.

—¿Él habría sacado algo del psicoanálisis? —pregunté.

—Ni lo más mínimo. —Su gesto de negación pareció abarcarme a mí también—. Si un hombre tiene la suerte de nacer siendo un gran artista, ¿por qué debería averiguar qué lo hizo así? Las calamidades como yo sí lo necesitan, porque de otra forma nunca tendrían el buen sentido de abandonar su investigación, pero los Leonardos, ¡que sigan pintando! No, si quiere indagar sobre papá, no espere ninguna ayuda de los psicoanalistas. Tiene que hacer el trabajo usted mismo.

—Bueno, ahí tengo una disculpa —dije, aliviado—. Me falta el instrumental.

—¿Ni siquiera va a intentarlo? —preguntó, indignada—. No debería ser tan difícil. Empecemos por el principio. Usted está escribiendo sobre el director de un colegio. ¿Enseña a niños o a niñas? A niños. Muy bien, ahí va su primera pregunta. ¿Cuándo comenzó a sentirse atraído por los de su propio sexo?

Dudé.

—No sabría si decirlo de esta manera.

—Entonces, ¿cómo?

—Pero ¡no estará usted queriendo decir...!

—¡Ah! ¡Cómo son los no analizados! —me interrumpió—. Usted tiene demasiado miedo a las palabras. Le choca que llame homosexual a papá. Créame, ¡todos somos homosexuales! En mayor o menor grado.

—Tiendo a pensar que en verdad, el grado de su padre ha sido, muy, muy pequeño —protesté, horrorizado.

—Pero aun así es un grado —insistió—. Y, si quiere entender a los seres humanos, debe librarse de esa pacatería de clase media respecto de los términos técnicos. Hay algunos hechos muy significativos a propósito de papá. Era un hombre guapo y muy popular que se casó con una mujer singularmente poco atractiva.

—Pero hubo otras mujeres antes de su madre —señalé, comenzando, pese a mi terrible vergüenza, a acalorarme—. Y algunas muy guapas.

—Oh, sí, desde luego, antes y después, pero ésa es otra historia. En todo caso, se casó con la poco atractiva. Otro hecho significativo es su horror hacia el tema que estamos tratando. Siempre sospechaba de todo lo que fuera más allá de una amistad superficial entre dos muchachos.

—Pero un rector, señora Turnbull...

—Déjeme terminar, querido. Todo el mundo sabe que papá estaba obsesionado con la perversión. Y, por supuesto, todos sabemos que un hombre completamente normal no tiene miedo de eso. Sólo tememos lo que nos amenaza.

—Creí que no había hombres normales. Creí que todos éramos homosexuales.

Viendo que había logrado enfadarme, sonrió y siguió poniéndose filosófica.

—Le contaré mi teoría sobre papá. No es freudiana, sino jungiana. Creo que papá es un tipo arcaico. Un arquetipo griego. Siempre ha despreciado a las mujeres. Tienes que haber sido hija suya para saber hasta qué punto. Carecen de existencia real para él, salvo a efectos de satisfacer las necesidades físicas de un hombre, dar a luz a sus vástagos y cuidar de su casa. De ahí que la belleza en las mujeres no le parezca esencial, no más esencial que en los animales. El sexo se separa del amor. Sólo los hombres son dignos de amor, de amor platónico, y ese amor entre hombres se ve estimulado por la belleza de la inteligencia, del alma, del cuerpo incluso. ¿Me sigue?

Estaba a punto de decirle que era una imbécil. Resultaba profundamente molesto escuchar cómo esa mujer engreída, que había destrozado dos matrimonios, se burlaba del matrimonio de sus padres, que había durado medio siglo; pero la señora Turnbull, por imbécil que fuera, no era tonta, y a todas luces se moría por hablar. Comencé a comprender que tal vez el señor Griscam tuviera razón, y que quizá mi deber era tomar nota.

—¿Le importaría profundizar más en todo eso? —le pregunté—. Me refiero a la relación entre su padre y usted.

—¿Ahora mismo? ¿En el sofá? ¿Por asociación libre?

—Como usted quiera.

—¡Sirvámonos algo de beber y empecemos!

La verdad es que sólo nos llevó dos sesiones. Mejor dicho, yo sólo pude aguantar dos sesiones. Sospecho que a ella le hubiera alegrado prolongarlas indefinidamente. No tomaba notas cuando hablaba, pero cada noche confiaba mis recuerdos a la máquina de escribir, tan pronto como volvía a la casa de la calle Sesenta y Ocho. Lo que sigue, por tanto, no es una transcripción de las palabras reales de Cordelia, sino lo que retuve de ellas, pero me atrevo a creer que sí he mantenido algo de su sabor.

12. La historia de Cordelia

Nací en 1895, la pequeña de la familia, la tercera de tres chicas. Por complicaciones derivadas de mi nacimiento por cesárea, se decidió que mamá debía abandonar los intentos de concebir el hijo varón que ella y papá habían estado buscando con tanto afán. Tal vez le costé la vida al pobrecillo, pero cuando pienso en los problemas que hubiera tenido que afrontar cualquier hijo de papá, me parece que quizá una sabia providencia lo dispuso así desde un principio. Papá se vengó con una jocosa muestra de su humor sarcástico al elegir mi nombre. ¡Imagine la cantidad de bromas malas que he tenido que soportar toda mi vida, siendo la tercera hija, y llamándome Cordelia!^[14]

Pero todos podemos jugar a Shakespeare, y ha habido ocasiones, estoy segura, en que el pobre papá me hubiera paseado por el escenario, recién ahorcada y muerta, gritando «¡Aullad, aullad!», con regocijo en el corazón. No logro imaginarme por qué mi madre aguantó este sinsentido, salvo porque tenía una tía rica que también se llamaba Cordelia. La mujer, por cierto, no me dejó nada al morir.

Desde el principio mamá fue muy consciente de las dificultades de criar a sus hijas en medio de un colegio de chicos. Estaba firmemente dispuesta a que no fuéramos consentidas ni mimadas, y a que no creciéramos con ideas tontas sobre nuestro estatus, como princesas de un musical asomadas al balcón, con coros de húsares cantando nuestras alabanzas, por lo que procuró que recibiéramos una educación aún más dura que la impuesta a los niños. Pero, por mucho que lograra enseñarme a leer en griego antiguo a los doce y a comprender a Darwin a los catorce, tuvo mucho menos éxito en controlar la fuerte inclinación a la melancolía romántica que heredé de papá.

Mi madre era tan sensata como sencilla, tan razonable como poco impresionable. La recuerdo en sus últimos años, alta, demacrada, un poco encorvada, con el pelo teñido de castaño y la nariz grande y ganchuda, los ojos pequeños y huidizos, caminando una y otra vez alrededor del campus, vestida de *tweed* marrón, con una boina pequeña y ridícula de color marrón encasquetada en su ovalada cabeza. Estoy segura de que los chicos la llamaban «bruja», pero espero que pensaran que era una bruja buena. A veces era imponente y otras veces resultaba casi horriblemente lejana como madre, pero siempre intentó que sus niñas se sintieran tan importantes como los sagrados alumnos de papá.

No sé hasta qué punto era una buena esposa de rector, según los cánones comunes. No tenía elegancia ni gracia natural, y quedaba muy mal en el estrado el día

de la entrega de los premios, entrecerrando sus ojos miopes para leer los títulos de los libros que tenía que entregar, pero no olvidaba ni uno de los nombres de los chicos, y discutía con ellos en los juegos de azar y en los debates de las noches de recibir con tanta pasión como si hubieran sido de su misma edad. Era una mujer de mentalidad absolutamente democrática, modelada según el antiguo trascendentalismo de Boston, y ayudó a papá a mantener bajo mínimos las peleas protocolarias entre los miembros del claustro. Por encima de todo, ella le daba estabilidad a papá cuando todos los demás habían fracasado. Creo que a sus íntimos les debe de haber quedado claro que ella lo adoraba —¡qué adorado ha sido mi padre!—, pero jamás fue una esposa sumisa.

Recuerdo un verano en Cape Cod, en el que papá había estado prestando mucha atención a una guapa vecina (oh, sí, señor Aspinwall, esas cosas pasaban, no es necesario que ponga esa cara de sorpresa, quizá no eran infidelidades reales, pero sí charlas íntimas en los bancos bajo la ventana, y paseos largos, muy largos, por la playa), y mamá simplemente desapareció durante tres días. Luego resultó que había estado en un hotel en Boston. Cuando regresó, lo hizo con la misma apariencia de frialdad y lejanía que mostraba siempre, sin ofrecer la más mínima excusa o explicación de dónde había estado; papá, que se había puesto frenético durante su ausencia, era un hombre escarmentado. Podría haber soportado que lo dejaran solo con sus muchachos, pero no con sus hijas.

Las niñas crecimos sin sentirnos parte de ningún grupo o clase concreta. Papá y mamá, por supuesto, eran los seres supremos en Justin, pero desde el principio supimos que Justin no era el mundo real. El mundo real era el mundo del verano, visto en los viajes a Europa o Cape Cod y, aunque ese mundo trataba a papá y a mamá con respeto, era el tipo de respeto que la gente puede tener por los soberanos de una pequeña isla del Pacífico: más exóticos que poderosos, personas a las que no se podía tomar del todo en serio, quizá incluso algo ridículas. De niña, tenía la impresión de suscitar, en los graduados y los padres de los chicos, esa curiosa actitud medio paternal, medio protectora, a veces casi con buena parte de desdén, que los hombres de negocios tienen hacia el estamento intelectual, y decidí que iba a vivir mi vida de tal modo que les resultara molesta a estos dos mundos. No sería ni desdeñada ni desdeñosa. Sería actriz, poeta, una gran artista, y volvería a Justin sólo cuando papá me lo pidiera, como un favor especial, para actuar delante de los asombrados muchachos.

Me gustaría pasar por mi primer gran error tan rápido como me sea posible. Todavía me sonrojo al pensar en lo inmadura que era. Me fugué con un chico al que conocí en un té danzante ofrecido en mi honor en Boston por mi tía abuela, Cordelia Hooper. Su nombre era Cabell Willets; venía de una vieja y devota familia de católicos, y nunca en su vida se había separado de su fanatizada madre, ni siquiera para ir a un internado. Era dulce, cariñoso y débil y, en última instancia, caprichoso. Es fácil ver qué representaba para mí: todo lo contrario de lo que papá hubiese

querido en un antiguo alumno de Justin.

Había esperado que mi familia se quedara escandalizada y, al mismo tiempo, impresionada ante una hija que había encontrado consuelo en una fe y en un Dios más antiguos, casándose con un marido que siempre había estado por encima de las chiquillerías del fútbol y el «espíritu del colegio». No fui muy aguda. La pareja pródiga fue recibida con sonrisas y los brazos abiertos, y papá me dijo, en una conversación a solas, sacudiendo la cabeza con absoluta seriedad, que él también había tenido sus dudas a propósito de la ruptura histórica con Roma. Si yo, como el cardenal Newman, no había podido conciliar el sueño ante la idea de una religión fundada por el deseo de un rey hacia Ana Bolena, ¿quién era Frank Prescott, un sencillo clérigo, siempre a tuestas, para decir que mis preocupaciones eran una tontería?

¡Por favor! Cualquiera que no conociera a papá pensaría que se estaba burlando de mí. ¿Qué tenía yo que ver con Ana Bolena, o ella conmigo? La única reina que se me pasó por la cabeza en los tres desdichados años de mi vida de casada fue Leonor de Aquitania, que dijo de Luis VII que se había casado con un monje, pero ella, al menos, pudo divorciarse. Willetts y su madre me impidieron divorciarme con toda firmeza y, cuando al fin abandoné la casa de Dedham, con sus vírgenes de estuco, sus cruces de oro y sus enjorjados misales, tuve suerte de poder irme con lo puesto.

Podría haber fijado mi residencia en un estado con una ley de divorcio más laxa, pero por aquel entonces no estaba dispuesta a preocuparme por eso. Me fui a Nueva York, concretamente al Greenwich Village, alquilé un estudio e intenté ponerme a pintar. Es lo que llamo mi «periodo Edna St. Vincent Millay», y cuanto menos pregunte al respecto, mucho mejor. ¡Ah! ¿Que no me va a preguntar nada? Menudo chasco. Pero, claro, tengo que recordar que lo único que le interesa es papá, y que yo sólo existo por el mero hecho biológico de haber sido engendrada por él. Es un punto de vista al que estoy muy habituada.

No puedo enorgullecerme de que mi vida bohemia escandalizara a papá. Dudo mucho de que perdiera un minuto en pensarlo seriamente. Mi madre venía algunas veces a Nueva York e insistía en quedarse en el estudio y dormir en un sofá-cama; no tenía ojos para mis hombres, pero sí para mis cuadros. Creo que era sincera cuando decía que le gustaban, y sospecho que envidiaba mi independencia. En 1917, cuando entramos en guerra, me fui al extranjero con la Cruz Roja, sintiéndome aliviada y emocionada por ver el caos del mundo; papá, que aprobaba por completo mi espíritu aventurero y tenía celos de que estuviera tan cerca del frente mientras él estaba tan lejos, me escribió una serie de cartas largas, introspectivas, en las que venía a decir que todo el aprendizaje de una vida no lograba equipararse a un minuto de apocalipsis bélico.

No, lamentablemente, no conservo esas cartas. Siempre rompo las cartas. Es algo que me queda de los días en que podían haberme resultado embarazosas. Y, por supuesto, sabía que papá no me escribía a mí, sino que eran largos soliloquios. No

mantuvimos una comunicación auténtica, en el sentido de que él estuviera pensando de verdad en mí y yo en él, hasta un año después de la guerra, en París, donde me había quedado, sumándome a la chusma de estadounidenses que no podían afrontar un retorno a la normalidad para el que, según creían, la guerra los había incapacitado. Oh, Aspinwall, no niegue así con la cabeza, sé que no todos eran chusma, pero yo sí lo era. Y sabía perfectamente que Charley Strong no. Y la primera gran discusión que tuve de verdad con papá fue a propósito de Charley.

Era uno de los chicos de oro de papá, de la undécima promoción de Justin, delegado superior y capitán de fútbol, una especie de Rupert Brooke^[15] norteamericano, al menos en su aspecto romántico, rubio, con ojos grises soñadores, un poco bajo, pero fibroso y corpulento, muy serio y sincero, fiero en los placajes, pero dulce como una madre con los niños, honorable, inocente, encantador; el tipo de hombre que protegería a su bella dama ante el ataque de un grupo de indios salvajes, pero al que ella tendría que proteger de un vendedor con ganas de timarlo. En resumen, era un héroe de portada de revista, un Perceval, el ideal de papá precisamente por ser lo contrario de papá.

Tal vez se pregunte qué hacía un hombre como él con una chica como yo. ¿Acaso no tenía él «el óleo sagrado sobre su cabeza, mientras que sobre la mía caía el rocío»? Sí, desde luego, pero el siguiente verso de la señora Browning también venía al caso, pues la muerte nos puso al mismo nivel. El pobre Charley fue víctima de la metralla en 1919, tenía un pulmón destrozado, y había seguido viviendo en París porque, como él decía, no quedaba apenas nada de él que mereciera la pena llevar a casa. Estaba sentenciado, pero resultaba muy hermoso en su declive, y la mirada de perplejidad herida en sus ojos grises, que entonces parecían buscar desesperadamente una respuesta, bastaba para derretir un corazón mucho más duro que el mío.

Por supuesto, nos habíamos conocido en Justin, mucho antes, pero entonces él era uno de esos adolescentes deportistas que no se interesan propiamente por el otro sexo hasta que maduran del todo. De haberse interesado antes, no se hubiera fijado en mí, una chica gruñona y rara, con coleta, que intentaba esconder sus piernas de palillo dentro de unas medias azules. Billy Budd^[16], le llamaba yo, en venganza por su indiferencia, pero era demasiado poco cultivado para saber a qué me refería. Sin embargo, en París, al terminar la guerra, nuestros cuerpos habían cambiado sus papeles. Yo me había «redondeado», y el pobre Charley ya no era aquel capitán de fútbol, sino una sombra que se arrastraba tosiendo. Se quedó mudo de asombro al ver aparecer, en una ciudad que para él simbolizaba la corrupción de una época, a una hija de Francis Prescott.

Coincidimos en casa de Horace Havistock, ese viejo amigo de papá, tan mezquino, cuya decadencia final, tras una vida entera dedicada a tomar el té en salones decorados por Walter Gay, contando chismes y coleccionando los cuadros más banales de los impresionistas, consistía en reunir en sus castos salones a la juventud, ya añosa y triste, de la generación perdida. Ah, ¿lo conoce? Bueno, él es

así, ¿o no? El viejo buitre quería consolarse del desecho de su vida rodeándose de una juventud también de desecho.

Charley y yo nos quedamos sentados en su terraza hasta que llegó la mañana, hablando de la realidad y la impostura. Charley buscaba intensa y apasionadamente lo que él llamaba «algún retal pequeño y limpio de verdad en la sucia lavandería del mundo». Lo que quería saber de mí es si la Cordelia Prescott de antes de la guerra había existido de verdad. ¿Éramos reales, mis hermanas y yo, en aquellos lejanos y perdidos días de Justin? Pues, de haber existido entonces, quizá Justin había existido de verdad y, por supuesto, papá también, pero ¿cómo conciliar a papá y a Dios — pues papá era Dios, supongo— con lo que había visto en las trincheras?

Buscaba un dogma, ya fuera del cielo o del infierno, y créame que lo encontré, pues yo entonces estaba en la cumbre de mi dogmatismo. Le dije que la realidad consistía en la intensidad de la experiencia emocional, y que vivíamos exclusivamente de nuestros sentimientos. Sólo teníamos el presente, y muy poco de él; la mayor parte de la gente, de hecho, nunca lograba vivir de verdad. El pasado existía tan sólo como emoción recordada; por eso, el horror que le había quedado de las trincheras tenía una existencia más real que el idilio pastoril, tan vago y tan dulce, que había sido Justin. Charley me escuchaba con atención. No creo que nadie le hubiera hablado con tanta autoridad desde los tiempos en que había estado bajo el hechizo de otro Prescott. Fue como una representación de *Tannhäuser* a cargo de una compañía itinerante, donde la misma soprano tiene que hacer de Elizabeth y de Venus. Charley debió de sentir que había oído antes esa voz.

—Existen las sensaciones —murmuraba él una y otra vez—, y existe París.

—Y son la misma cosa. ¡Hay que sacarles el mayor partido posible!

Nos hicimos amantes, pero no con la inmediatez que podía suponerse en aquellos plácidos días. Primero tuve que vencer sus escrúpulos en torno a papá. Me costó tres meses quitarle de la cabeza la visión paralizante de su antiguo director, alzando la mano y señalando con el dedo desde lo alto del púlpito. El pobre Charley se quería casar conmigo, pero yo todavía no estaba divorciada, y el absurdo de mi situación legal, que me mantenía encadenada a un monje, fue mi baza para convencerlo de que mi padre no querría que se me negara toda satisfacción sexual. Pero, pese a todas mis palabras y todos mis esfuerzos por liberarlo de sus complejos, tras nuestra primera noche juntos, Charley tomó solemnemente mi mano entre las suyas y me dijo que, ante los ojos de Dios, si es que existía Dios, éramos desde entonces marido y mujer.

Así, al menos, fue como vivimos. Charley alquiló un bonito estudio en la Place des Vosges, escandalosamente grande para mis tristes óleos, que no estaban a la altura, pero ideal para dar fiestas, y pronto nos convertimos en los anfitriones más famosos de la flotante comunidad de emigrantes que había convertido en fetiche la desilusión. Empiezan a encontrarse referencias a nosotros en los diarios y las correspondencias de esa época que se publican ahora. Hay una tendencia a tratar sentimentalmente a la «generación perdida» y su refugio parisino, y supongo que allí

había escritores y pintores de importancia, pero por cada persona con talento de nuestro grupo, había tres borrachos, y un borracho es un borracho en cualquier parte del mundo.

Una cosa que debo reconocerle al viejo Havistock es que fue el primero en darse cuenta de ello. Muy pronto se desencantó de los desilusionados. Mi *liaison* con Charley tal vez acelerara el proceso. Por mucho que alardeara de falta de prejuicios, quedó absolutamente escandalizado y nos dejó de lado. Tal vez tuviera miedo de que papá lo hiciera responsable. O tal vez se limitara a aplicar la vieja distinción de antipático soltero Victoriano entre *monde* y *demi-monde*. Una señora, al menos una que había nacido como tal, no podía compaginar ambos mundos. Horace Havistock era el malvado superviviente de una de las primeras novelas decadentes de Bourget.

No debe quedarse con la idea de que Charley y yo sólo estábamos de francachela. De haber sido así, se hubiera muerto incluso antes. Los días entre semana llevábamos una vida muy ordenada. Yo pintaba por las mañanas, Charley escribía, y por las tardes salíamos a dar una vuelta en coche, pues caminar lo agotaba. Nos acostábamos pronto, porque él no hacía más que despertarse por la noche, y a veces me lo encontraba al amanecer, sentado junto al amplio ventanal del estudio, con un cuaderno, generalmente en blanco, ya que escribía muy de tarde en tarde. Trabajaba, según me dijo, en un diario novelado sobre su infancia y la guerra, una especie de asociación libre literaria. Charley había leído con enorme interés las primeras novelas de Proust, y el señor Havistock lo había llevado a visitar al escritor en su cuarto forrado en corcho. Supongo que ese diario era su propia *recherche du temps perdu*.

No quise leerlo, al menos no entonces. Estaba más que convencida de que sería malo, y no quería quitarle la ilusión de acometer cualquier propósito que mantuviera su interés por la vida. Además, temía el efecto que podía tener en la imagen que yo me había hecho de él como un héroe maldito a lo Keats comprobar que su prosa era infantil e hinchada. Era lo suficientemente sofisticada como para saber que la palabra escrita no es un espejo de la personalidad del autor; que el aficionado, aunque sea un ángel de generosidad, puede parecer un necio y un pomposo, mientras que el profesional, un monstruo ególatra, puede convencerte en una sola frase de que tiene la inocencia de un niño. Yo me había formado una imagen de Charley que, pese a su supuesto realismo, podría haber sido abocetada por Rossetti o Burne-Jones. No quería que me enturbiaran esa imagen.

Recapacitando, me doy cuenta de que seguramente llegué a conocerlo muy poco. Quizá yo hablaba demasiado. Siempre lo he hecho. Pensaba que era un neurótico convencional, un caso típico de desesperación tras la guerra. No me daba cuenta de la diferencia entre alguien como él, que había perdido una fe verdadera, y alguien como yo, que nunca había tenido fe. Yo llevaba la melancolía del París norteamericano de los años veinte como si fuera un sombrero nuevo; él la llevaba dentro del alma. Charley no se conformaba, como el resto de nosotros, con regodearse de modo pintoresco en el cementerio de sus esperanzas, con una coctelera para martinis sobre

una lápida y una pipa de hachís sobre otra. Él luchaba honesta y desesperadamente contra el caos con el que yo quería hacer rayas de colores para decorar estudios. Si le molestaba, era demasiado caballero para decir nada al respecto. Además, él necesitaba una amiga, una compañera y, cada vez más, una enfermera. En este último cometido, mi experiencia en la guerra me resultó muy útil. Me consuela un poco ahora, a la vista de cuántas veces le fallé, recordarme a mí misma que al menos cuidé de su bienestar corporal.

Un día de finales de junio al mediodía, mientras yo trabajaba en un bodegón, con una copa de vino tinto sobre una mesa junto a mi caballete, y mientras Charley, en pijama y batín, estaba tumbado en un sofá, con el cuaderno en el regazo, mirando melancólicamente a través de la ventana, se oyó un fuerte golpe a la puerta. Al ir a abrir, oí el inconfundible *basso* de papá, cantando, con afinado perfecto, la canción de los estudiantes del primer acto de *La Bohème*. Durante un momento de espanto, dudé si abrir la puerta o no. Entonces me di la vuelta para avisar a Charley, que huyó a nuestro dormitorio. Cuando papá cruzó el umbral, con los brazos cargados de paquetes, estaba absolutamente pletórico: absolutamente temible.

—¡Cordelia, mi hija querida! ¡Que el tibio cielo azul que lució sobre Vigée-le-Brun y Rosa Bonheur ilumine tu paleta! ¡Dame un abrazo! Tu madre y yo atracamos ayer en Le Havre. Está deshaciendo las maletas en el hotel Vendôme.

Después de abrazarme, se fue directo a mi lienzo, lanzando a la copa una mirada tan evidente como llena de tacto, una mirada digna de un veterano actor de la Comédie Française.

—¿Y esto es lo que los franceses llaman naturaleza muerta? —Sacudió lentamente la cabeza, mientras contemplaba el pobre resultado de mis esfuerzos—. ¡Ah, sí, hija mía, veo que has dado grandes pasos, y con botas de siete leguas! Aunque me parece que a ese limón de ahí se le podría dar un poco de alegría.

No podía resultar menos oportuno, maldita sea.

—Mira, papá —le dije amargamente—, si tú y mamá habéis venido de visita sorpresa para convertirme en una mujer honesta, os podéis ahorrar el esfuerzo. Charley y yo estamos muy contentos así.

—¿Qué pasa, que un matrimonio mayor no puede pasar las vacaciones en Europa sin que se le acuse de interferir en la vida de su hija? —Papá puso los ojos en blanco, imitando un reproche—. ¿Te das cuenta de que llevábamos sin cruzar el Atlántico desde 1912? ¿O es que Charley y tú os creéis los dueños de París? Quizá tenía que haberte pedido a ti el visado.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Que me aspen si lo sé. ¿Cómo le va al pobre Charley?

—¿Por qué no se le preguntas tú?

Papá se dio la vuelta para mirar a Charley, que acababa de salir de nuestro dormitorio con unos pantalones de franela gris y un jersey rojo. Estaba más pálido que nunca, y tenía un brillo de hosquedad en la mirada.

—¡Charley, muchacho! —Papá se acercó a él con los brazos abiertos, pero Charley dio un rápido paso atrás.

—No, doctor Prescott —dijo con la voz entrecortada—. No puedo darle la mano hasta que sepa que me respeta.

—¿Que te respeto? ¡Claro que te respeto! ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—Me refiero a que nos respete a Cordelia y a mí como marido y mujer.

Los labios fruncidos de papá, sus cejas enarcadas, la manera grave en que dejó caer la cabeza y el silbido que contuvo y que casi se pudo oír volvieron a componer una expresión digna de la comedia clásica francesa.

—Pero, mi querido muchacho, ¿no es eso justamente lo que no sois? ¿No es ése, por decirlo de alguna manera, el motivo?

—¿El motivo de qué?

—Caramba, de que estés tan susceptible y a la defensiva. El motivo de que no me quieras dar la mano. —Aquí papá se dio la vuelta astutamente hacia mí—. ¿Cordie, tú piensas que Charley y tú estáis casados?

—No, en un sentido legal, claro que no.

—¿En un sentido religioso, entonces?

—No soy una persona religiosa.

—Ay, pobrecita mía, has sufrido una sobredosis de Roma. —Volvió a prestar toda su atención a Charley—. Claro que sé lo que quieres decir. Quieres decir que tu relación con Cordelia es una relación seria, que ninguno de los dos sería infiel al otro. Es más, que ambos estaríais casados de no ser por la negativa de Cabell Willett, tan arbitraria, a concederle a Cordelia el divorcio. Pero, aun así, debo insistir en que nada de eso es un matrimonio. Ni siquiera lo que pudiera llamarse un matrimonio de hecho. Pero espera, Charley, espera, antes de explotar.

Papá puso las manos sobre los hombros temblorosos de Charley y lo sacudió delicadamente.

—No he venido a excomulgaros a Cordie y a ti. No soy el típico sacerdote tronante. Es un milagro que esos tipos de antes no terminaran por llevar sus rebaños a los pies del Papa. Quizá alguno de ellos lo hizo. Intentad acordaros de que yo también fui joven y de que París también existía entonces.

—Joven —murmuró Charley, amargo y mordaz—. Nunca será tan viejo como yo ahora, señor. —Y se liberó de las manos de papá. Se sentó con aire taciturno en el sofá y hundió la cara entre las manos.

Papá interpretó tal movimiento como la aceptación final de su presencia. Se sentó junto a él en el sofá y continuó dirigiéndose en exclusiva a Charley.

—No finjo estar encantado por teneros a Cordelia y a ti viviendo en esta situación. No me creeríais si lo hiciera, pero os quiero a los dos, y quiero ayudaros. No me rechaces, Charley. No me hagas daño. Yo he intentado no hacerte daño a ti.

—Oh, doctor Prescott —se lamentó Charley, con la cara aún oculta entre las manos—. Es una locura tenerlo aquí en París, de esta manera. ¿No entiende mi

situación? ¡Es imposible, absolutamente imposible!

—¿No entiendes tú la mía? Nada es imposible si los dos ponemos de nuestra parte.

—Pero ¡yo había dejado de creer que usted existía! —exclamó entonces Charley, casi histérico, mirando agónicamente a papá—. ¡Cordie me había convencido de que usted no era real!

Papá me miró. Fue sólo un instante, pero esa mirada hubiese podido demostrarle a un completo extraño a quién de los dos había ido a salvar.

—Charley —repliqué, enfadada—, no me refería a papá personalmente. Me refería a Justin, a todo lo que Justin representaba en tu mente.

—Cordie tiene sus motivos para no querer que yo sea real, —dijo papá con un deje de desaliento—. Todos los hijos los tienen, pero no es tan fácil destruir a los padres. Seguimos existiendo, aunque sólo sea para poder ayudar a los amigos de nuestros hijos.

A esta altura de la conversación se hizo evidente que papá se iba a quedar y que Charley y él querían estar solos, pero yo no tenía ninguna intención de marcharme. Lamentablemente, como era el día libre de la cocinera, tuve que irme a la cocina a preparar algo para comer y, aunque me fui muy poco tiempo, cuando volví con una bandeja de ensalada y pollo frío, estaban otra vez hablando con gran intimidad.

—No, Charley, te equivocas —decía mi padre con su tono más honesto—. Claro que comprendo que la muerte puede convertirse en la única realidad. Por supuesto, nunca he estado en una guerra. Nunca he sido herido, ni he pasado hambre, ni siquiera he sufrido ninguna incomodidad especial, pero siempre he sido muy, muy consciente de que tales cosas existían. Mi padre, como posiblemente recuerdes, murió en nuestra guerra civil cuando yo era un niño, y crecí en un mundo del que pensaba que había desaparecido toda noción de valor. Te quedarías más que sorprendido si supieras cuántas veces en mi vida he deseado la prueba de entrar en combate. ¿Cómo, si no, podía saber que era un hombre? ¿O que era «real», como tú dirías?

—No hubiese deseado una guerra si hubiese vivido una —farfulló Charley.

—No estés tan seguro. ¿No tenemos todos la capacidad de imaginar? ¿No puede uno imaginarse, al menos en parte, cómo sería sentirse helado, empapado y hambriento, oliendo una montaña de carne que se pudre, consciente de que, en cualquier momento, uno puede terminar en ella?

—Papá, por favor —intervine—, sólo vas a conseguir turbar a Charley.

—¡No interrumpas, Cordie! —ladró Charley con una rudeza que nunca antes había empleado conmigo, y me puse roja de rabia porque papá hubiera presenciado esta humillación.

—Sí, hijo, sí —prosiguió papá, haciendo caso omiso de la interrupción—, nosotros también tenemos pesadillas, todos los que hemos tenido que quedarnos en casa, angustiados por no poder saber nunca si hubiéramos dado la talla. Dicen que si los viejos que hacen las guerras tuvieran que luchar, reinaría una paz perpetua. No

estoy tan seguro. ¡Tal vez querrían ir corriendo a la batalla! ¡Por fin la realidad, por fin! Cuando pienso en las noches que me he quedado en vela, imaginándome a mí mismo desmembrado en una trinchera, o quemado vivo en la sala de máquinas de un barco de guerra que se hunde, o muriéndome de hambre en un gélido campo de prisioneros, a veces me pregunto si no habré sufrido tanto por mi imaginación en la paz como hubiera podido sufrir por la realidad en la guerra. Si es así, me ha venido bien, pues la morbosidad es un tipo de vanidad. Mi último castigo será, probablemente, morir en la cama sin dolor.

Charley lo miró con ojos de asombro.

—¿Tan importante es el valor? Hubiera creído que el valor importaba muy poco.

—Eso es porque lo tienes. Y porque sabes que lo tienes.

Charley tenía demasiado interés en esto como para malgastar su tiempo haciéndose el modesto.

—¿Y es eso lo que me envidia? Es muy curioso. Yo creo que el valor no es nada comparado con su fe. ¿Qué puede hacer el valor? Como decía Falstaff del honor, «¿puede reponer un brazo? ¿Puede quitar el dolor de una herida?». Pero uno puede alimentarse de la fe. Uno puede vivir de la fe. —Miró a papá por un momento y luego, con un curioso gesto de súplica, extendiendo con vacilación el brazo derecho, le preguntó—: Usted vive de la fe, ¿o no?

Los ojos de papá brillaron mientras inclinaba la cabeza con pesar.

—Si de verdad tuviera fe, Charley, no me preocuparía por el valor, porque mi miedo desaparecería, ¿no? Y, sin miedo, no haría falta valor.

—Pero usted tiene fe, ¿o no? —insistió Charley de forma tenaz, algo pueril—. Tiene que tenerla, porque, después de todo, tiene valor, todo el mundo lo sabe. Sólo que usted piensa que quizá no lo tenga. Tenía la fe necesaria para construir Justin. Lo construyó, ¿no? —Volvió sus ojos hacia mí con lo que me pareció una mirada hostil—. Quiero decir que Cordie no tiene razón, ¿verdad? Existe el colegio, ¿no?

—¡Si logro convencerte de eso, entonces no habré venido a París en vano! —exclamo papá, dando un golpe a la mesilla sobre la que le había puesto su plato—. No me importa el concepto que tengas de Justin. No me importa si lo llamas, como hizo un antiguo alumno, «un abigarrado amontonamiento de ladrillo rojo, envuelto en la niebla de las banalidades de su director». Lo único que me importa es que admitas que existe y que es real. ¡Tan real como la escurridiza rata que intentó comerse tu rancho en Château-Thierry!

Charley se puso de pie, temblando.

—¿Qué sabe usted de esa rata? —gritó con voz ronca—. ¿Cómo sabe lo de esa rata?

—No me mires como si fuera un mago, hijo. Me lo contaste tú en una carta.

—¿Yo se lo conté? ¿Y le llegó mi carta?

—¿Por qué no iba a llegarme?

—Oh, no lo sé —dijo Charley, derrumbándose de nuevo en el sofá—. Supongo

que porque dudaba de que el mundo existiera más allá de las trincheras.

—Pero yo también te escribí. ¿No te llegaron mis cartas?

—Sí. Creo que sí. —A Charley le entró un ataque de tos que le duró hasta que le brotaron lágrimas de los ojos—. Sí, claro que me llegaron sus cartas, doctor Prescott. Dios lo bendiga por ello. Menuda manera de devolverle su bondad.

En este momento me levanté, sintiéndome demasiado asfixiada por la emotividad que había en el cuarto como para quedarme allí más tiempo, y me fui al dormitorio a esperar a que papá se marchara. Esa misma tarde, a solas con Charley, intenté razonar con él. Le dije que no estaba en condiciones de someterse a la tensión de recibir más visitas, y que ya sabíamos todo lo que papá nos iba a decir; que, fuera cual fuera la capa de tolerancia que papá hubiera elegido, su propósito sólo podía ser el de separarnos; que era un viejo zorro que trabajaba con toda sutileza para las fuerzas de la superstición y la intolerancia. Sugerí que yo haría el número de visitas al Vendôme adecuado a una buena hija, dejándolo a él fuera del asunto.

—Pero ¿es que no lo entiendes? —me gritó—. A tu padre no le importamos nosotros. ¡Lo que quiere es salvar mi alma!

—¿Porque ya se ha rendido con la mía?

—Claro que no, pero ¡para la tuya tiene tiempo!

—De verdad, Charley —le reproché—, esto es impropio de ti. Quiero que tengas paz y tranquilidad...

—¡Paz y tranquilidad! —replicó brutalmente—. ¿Qué sabrás tú de paz y tranquilidad? Una mujer como tú puede engañarse, creyendo que un mero pasatiempo es una filosofía de vida, ¡pero a mí no me vale! ¡Te lo advierto, Cordie, no te metas en esto!

Me dolió tanto que, por un momento, casi me asusté. Nunca hubiera imaginado que Charley pudiera ser tan grosero. Me quedé en medio del estudio, de pie, con una mano sobre los labios, mirándolo como una niña pequeña a la que, por sorpresa, le acabaran de dar un bofetón en plena cara, pero él ni siquiera reparó en mí; se fue a su sitio junto a la ventana y se quedó mirando sombríamente la calle. Creo que lo hubiera abandonado en ese mismo instante de no haber sabido que se estaba muriendo. Ni siquiera yo soy tan egoísta como para abandonar a un moribundo.

Papá comenzó a pasar cada día por el estudio. Había alquilado un coche con conductor y se llevaba a Charley a dar una vuelta. Solían terminar sentados en un banco junto al Sena, manteniendo largas discusiones sobre religión. En casa, Charley estaba cada vez más taciturno. En ocasiones, apenas me hablaba. Tenía un aspecto muy gris y demacrado, y su tos había empeorado mucho. En dos ocasiones encontré sangre en su almohada por la mañana, pero cuando le suplicaba que fuera al médico, él se me quedaba mirando y se encogía de hombros. Era como el drogadicto para el que ya ha dejado de existir el mundo real. Papá, por supuesto, era quien le administraba la droga, y me sentí tan desdeñada como una vieja campesina que se queja de que su hijo ha descubierto los placeres de la ciudad. Si cenaba con papá y

mamá en el Vendôme, Charley prefería no acompañarme. Había llegado al punto en que no podía compartir a mi padre; lo quería entero para él.

Supongo que fueron los celos, además de la frustración, los que me llevaron a leer el manuscrito de Charley. Me lo había ofrecido varias veces, y siempre lo había rechazado. En aquel momento, al sumergirme subrepticamente en sus páginas mientras él estaba fuera con papá, sentada junto a la ventana para poder ver si llegaba a casa antes de lo acostumbrado, me sentí horriblemente culpable. Y es que quería encontrar algo en el libro que le pudiera chocar a papá si alguna vez se lo enseñaba. No es que tuviera intención de enseñárselo, tan bajo no había caído, pero quería sentir que había una parte de Charley que nunca le iba a pertenecer a papá, aunque tampoco me perteneciera a mí. Pero, ay, si existía esa parte, no la encontré. El libro era tan inmaculado como su autor. Charley era la más extraña de las criaturas, una persona inocente capaz de expresar su propia inocencia.

A decir verdad, el manuscrito era muy curioso. Un capítulo podía empezar con una lista de las cosas que Charley había estado observando desde la ventana del estudio, descritas con las palabras más elementales y sencillas. Y proseguía con la enumeración hasta que su mente despegaba, como un avión de la pista, y entonces continuaba con escenas de la vida en Justin, remando en el río, jugando al fútbol, y luego con otras más intimistas, como papá en la capilla, o yo misma en París, en un restaurante, o pintando, o incluso en la cama. El manuscrito era franco sin caer ni por un momento en la obscenidad. Tenía algo de la esencia de una película *amateur*. A veces los personajes parecían moverse a un paso frenético, dando tumbos y hablando atropelladamente; otras veces, la inacción y la repetición llevaban al hartazgo. Lo más extraño del libro era su embrollo de fechas, de modo que un paseo conmigo y una lírica descripción del remo en Justin y la muerte de un sargento en las trincheras parecían sucesos simultáneos. Y no sólo simultáneos, sino también de igual valor. Charley estaba empeñado en desglosar su experiencia en porciones del mismo tamaño, procedimiento que le permitía introducir un orden lúgubre, en ocasiones pavoroso, en su caos.

Aunque haya pasado mucho tiempo, todavía siento apuro al confesar que mi primera reacción fue de rabia. ¡Charley, a quien había tratado con tanta condescendencia en temas de arte, había logrado una obra mucho más interesante que cualquiera de mis *natures mortes*! El artista poco profundo suele ser el mejor crítico, y yo era una artista poco profunda. Mi segunda reacción fue igual de egocéntrica, aunque menos dolorosa: me imaginé que veía el manuscrito publicado y oía mi nombre en boca de todo el mundo. Lo veía impreso sobre grueso pergamino por alguna editorial de París (como la que más tarde tendrían Harry y Caresse Crosby), con rotundos tipos negros e ilustraciones de Derain o Picasso. Si papá estaba apartando a Charley de mí, Charley, al menos, me había dejado su libro.

También me había dejado a mi madre, con quien pasaba las tardes. Le encantaba París y estaba intentando recuperar los viajes de los veranos que la guerra le había

quitado. Podía pasar horas en los puestos de libros del Quai de Conti, donde aún se encontraban gangas, y era infatigable a la hora de meterse por las callejuelas en busca de algún resto de muralla o de torre medieval que aún se mantuviera en pie. Como su París parecía terminar con Luis XI y el mío comenzaba con Degas, todo me resultaba bastante aburrido, pero no me sentía con ánimos para lamentarme del obvio placer que ella sacaba de estas peregrinaciones.

Se hacía difícil imaginar una figura menos francesa que la suya, con sus anodinas ropas bostonianas, su gran nariz y su larga cara sin maquillar, su total indiferencia hacia las preocupaciones de las parisinas, incluso por la comida y la bebida y, sin embargo, tuve que admitir que encajaba en la ciudad con la misma facilidad que yo. Había en ella un aire de distinción, suma de su absoluta honradez, su curiosidad inteligente y sus magníficos modales, a la que los franceses respondían de inmediato.

—Lo que ocurre con tu madre —me decía una joven novelista francesa— es que para ella no existe el Atlántico. La mayor parte de los norteamericanos estáis o absurdamente orgullosos o absurdamente avergonzados de vivir en la orilla equivocada, pero tu madre es una auténtica cosmopolita.

Por supuesto, entendí que yo no lo era. Mamá no sólo me estaba haciendo sentir una filisteo en el mismo París al que yo creía haber huido por amor al Arte; también se estaba adueñando de mis amigos. En una fiesta con pintores y escritores, se convirtió en el centro de una discusión a propósito de los escritos de Henry Adams sobre el Mont Saint-Michel y Chartres. Ella lo tachó de medievalista irredento por sentimentalizar, cuando no por inventar directamente, el culto a la Virgen, y el torrente de sus palabras parecía derribar toda diferencia de edad y de clase en el cuarto, de modo que todos los demás semejábamos un grupo de estudiantes.

En consecuencia, decidí que tenía que irme de París. El calor del verano se estaba volviendo insoportable, y mi madre lo empeoraba todo, pues, como un viejo reptil, ella no parecía acusarlo, mientras que yo sudaba de una manera muy poco elegante. Insinué que nos fuéramos juntas a Venecia mientras papá y Charley trabajaban en el alma de este último, para pasar luego a la costa dálmata, hasta Spalato, donde sabía que le gustaría ver las nobles ruinas del palacio de Diocleciano. La idea la sedujo, y nos fuimos; pasamos dos semanas en Venecia y dos en Spalato. A la mitad de nuestra estancia en esta última ciudad, donde las condiciones de vida eran primitivas, cambiamos de hotel, y mamá se equivocó cuando quiso comunicar a París nuestra nueva dirección. Luego se produjo una interrupción total de las comunicaciones y, cuando al fin recibimos el telegrama de papá, Charley ya llevaba dos días muerto.

Fuimos directamente desde el tren a la Catedral Americana, en la que papá iba a officiar el funeral, y no hubo oportunidad de hablar con él antes de que empezara la ceremonia. Nunca le había oído leer las palabras de consuelo en un tono más hermoso y resonante, pero dado mi anonadamiento, la amarga pena y el abatimiento yacían

como monstruos muertos bajo la negra capa de hielo de mi desesperación, así que bien podía haber estado declamando un himno de victoria.

Nos sentamos en un banco detrás de la madre viuda de Charley y de su hermana solterona, que vivían en la Riviera, y a quienes nunca había visto. Tras la liturgia, papá las acompañó hasta la limusina que estaba esperando para llevar el féretro al cementerio protestante, y mamá me convenció de que volviera con ella al hotel. Sólo después supe que esto se había hecho por petición expresa de la señora Strong. Había temido que, de coincidir junto a la tumba, resultarían inevitables las presentaciones, de modo que se hubiera visto en la obligación de tocar la mano de la mujer que había pervertido a su hijo agonizante.

Jamás olvidaré la última imagen que tengo de esas dos mujeres, sentadas con mucho remilgo a ambos lados de papá, mientras el coche se alejaba de la catedral. Él, naturalmente, no las tenía cogidas por los hombros, pero la sensación que me transmitió fue parecida. Parecía haberlas acogido, a ellas y también a Charley, bajo sus grandes alas; parecía abrazar contra su pecho benevolente a todas las criaturas, salvo a su hija Cordelia. El rey Lear no sólo se mostraba satisfecho de haberme privado de mi parte del reino; también había tomado el pequeño principado que yo había conquistado por mí misma. Es evidente que apenas temía la ingratitud de su hija.

13. La historia de Cordelia

Puedo ver por su cara, Brian, que le resulto muy fría e insensible. Le aseguro que entonces no era así. La muerte de Charley me trastornó por completo, y no lograba pasar un día entero sin sufrir al menos un ataque de lágrimas cercano a la histeria. Tuve que cerrar el estudio, pues no me veía capaz de pasar ni una noche sola en él, y mudarme al Vendôme, a un cuarto junto al de mis padres, donde no hice más que atosigarlos, llamando a mi madre al menos dos veces cada noche para que viniera a sentarse junto a mi cama y cogerme de la mano.

Todo eso, sin embargo, fue hace ya mucho tiempo, y desde entonces me he psicoanalizado, de modo que, si ahora parezco indiferente, es porque ya he afrontado el hecho de que, en realidad, era más indiferente entonces. Lo que me importaba fundamentalmente de la muerte de Charley, como hoy puedo ver con mayor honestidad, era que hubiese hecho su tránsito en paz, y que no me debiera nada de esa paz. O, por decirlo sin rodeos, que la debiera a mi ausencia. En el diván de mi analista, me zambullí en las humillantes profundidades del egoísmo y el espíritu posesivo del amor, pero en aquel tiempo yo me veía como una viuda inconsolable, lo cual tuvo que ser una prueba muy dura de soportar para mis padres.

Papá, de hecho, no la soportó. Dos semanas después de la muerte de Charley tuvimos nuestra primera gran bronca, cuando me dijo que había destruido el manuscrito del libro de Charley. Insistió en que lo había hecho obedeciendo las últimas voluntades de un Charley moribundo, pero yo me negué a aceptar que eso fuera una excusa.

—¡Era una obra de arte! —le gritaba una y otra vez—. Nadie tiene derecho a destruir una obra de arte, ni siquiera el artista. ¿Te imaginas que Lavinia Dickinson hubiera quemado todos los poemas de su hermana Emily? ¡Piensa en lo que pierde una cultura!

—El manuscrito de Charley difícilmente podría comparárseles —dijo mi padre con tono adusto—. Me leyó partes en voz alta, pero, aunque hubiera sido comparable, yo me habría sentido obligado a hacer lo que me pidió. No puedo admitir que las obras de arte, o los artistas, se hallen al margen de la ley moral.

—¡No hay tanta belleza en el mundo como para que podamos permitirnos ir por ahí destruyéndola!

—Lo verdaderamente bello de Charley fue su manera de ir hacia la muerte —dijo con gravedad—. Su librito no fue más que un paso en esa dirección. Por supuesto, a ti te entusiasmaba, porque se trataba de un libro. Para vosotros, los artistas, el público

lo es todo. No podéis mirar un paisaje o un cesto con frutas sin pensar en cómo lo vais a plasmar en un lienzo, de modo que todos lo vean como vuestro paisaje o vuestro cesto de frutas. Ésa es la inevitable vulgaridad del arte.

—¡Y el porqué de mi orgullo como artista!

—No estamos hablando, hija, de lo que tú eres, sino de lo que era Charley. Utilizó la pluma para intentar ver a Dios. Cuando lo vio, sus papeles ya eran tan inútiles como las hojas de otoño.

—¿Y no podrían haber ayudado a alguien más?

—Eran de índole demasiado personal —dijo papá negando con la cabeza firmemente—. Además, había referencias a gente viva que hubieran resultado muy dolorosas.

—Es decir, que había referencias a mí —chillé, hirviendo de indignación—. Referencias a mí que, una vez impresas, te hubieran resultado dolorosas a ti. ¡No podrías soportar la idea de que el mundo supiera que yo era la amante de Charley!

—Sería más adecuado decir que no podría soportar tu orgullo cuando el mundo lo supiera —replicó papá.

—Eso es una infamia por tu parte. ¡Sólo porque quería que sobreviviera en su memoria lo más hermoso y singular que Charley pudo crear en una vida tan corta e infeliz como la suya!

—Ah, lo singular —murmuró papá con un gesto de impaciencia—. Ya estás otra vez. Sólo te importa eso. Sobresalir, que la gente diga: «Mirad, mirad, mirad. Miradme con mi pluma o con mi pincel o mi cincel. ¡Lo he hecho yo solita!».

—¿Qué nos queda además de la muerte y la aniquilación? —respondí desesperada—. ¿No puedes tolerar que los pobres mortales vivamos antes un poco? Tu problema, papá, es que odias lo que le pasó a Charley en París. ¡Tenías que romper lo que quedaba de su gran logro y volver a hacer de él un robot adolescente en los campos de deporte de Justin! Tú y la vieja puta de su madre teníais que quemarlo todo salvo la imagen infantil que os habíais hecho de él. —Estaba completamente fuera de mí—. ¡Creo que tú mataste a Charley! Lo mataste con la droga de tu religión nihilista. Y, si volviera a la vida, ¡estoy segura de que estarías encantado de hacerlo otra vez!

Nunca olvidaré la mirada que me lanzó entonces papá. Esos ojos suyos castaños, inmensos, me fulminaron por lo que debió de ser medio minuto, y luego vi que le cruzaba un raro brillo amarillo por los iris. De pronto, tuve la terrible sensación de que papá me estaba mirando como un juez podría mirar a un caco sucio y chillón, sorprendido en un acto brutal y llevado ante su tribunal a rastras.

—Usas la palabra «puta» con mucha ligereza, Cordelia —dijo gélidamente mientras se apartaba—. Ten cuidado de no dar motivo para que otros la usen contigo.

En ese momento sufrí mi primer ataque de auténtica histeria, y mamá tuvo que quedarse conmigo toda la noche, mientras yo no hacía más que sollozar y gritar. Por la mañana, tuve una reacción de la misma virulencia. Luego, mi enfado, de puro

agotamiento, se fue derritiendo hasta convertirse en una sucia sentina de remordimientos. Me empeñé en pensar que sí, que era una puta, y que toda una vida de penitencia y buenas obras apenas bastaría para redimirme. Acabé reconociendo, una y otra vez, que había pecado al distraer a Charley de su único camino verdadero hacia el consuelo. Y, finalmente, anuncié con solemnidad que me iría a casa con mis padres para ayudarlos con sus tareas en Justin Martyr.

Mamá, que no tenía confianza en que mi actitud fuese duradera, se mostró contraria; pero papá, que, a pesar de todo su desdén hacia los artistas, tendía a ver la penitencia a la luz de un colorido lienzo de Veronese o Tintoretto, insistió en que se me tomara la palabra. Al salir de Cherburgo, sólo me llevé tres vestidos de todo mi guardarropa parisino. El resto los di, decidida a elegir un tipo de vestuario distinto en Boston. Casi parecía que iba a tomar los hábitos.

¡Ah, aquel invierno en Justin! Ni siquiera mis grandes dotes para el histrionismo me ahorraron las dificultades. Echaba una mano a mamá las noches en que recibía en casa, los martes y los viernes, de ocho a nueve, que era cuando se invitaba a los chicos con buenas notas a que vinieran a jugar. Mamá tenía una amplia y venerable colección de puzzles y juegos de mesa, en todos los cuales solía participar con apasionado interés y espíritu competitivo. Todavía la puedo ver, con su magnífico perfil de vieja bruja, inclinada sobre el tablero de parchís, con los ojos vidriosos pendientes del muchacho que iba contando las casillas con su ficha. Pero a mí los juegos me aburrían, y era muy mala jugando, y nunca lograba mantener el orden en mi mesa de juegos, que siempre terminaba por convertirse en un gran tumulto, cosa que contrariaba enormemente a papá. Por las mañanas, me ganaba algo de dinero dando clases de Francés a los chicos, y por las tardes iba de paseo con mamá o me dedicaba a caminar penosamente, yo sola, por el campus sucio de nieve. Como parte de mi penitencia, había dejado de pintar. También resultaba la mejor salida para una carrera artística para la que estaba poco capacitada. Nunca salía a comer fuera y, al final del día, cuando no era noche de recibir, me quedaba a leer hurañamente a Proust y a Joyce junto al fuego, y a soñar con las vidas que había abandonado y con las vidas que nunca había tenido. Al comenzar la primavera, estaba al borde de una depresión nerviosa.

Mamá, sin embargo, me había estado observando. Conocía bien mi tendencia a mortificarme, y entendía que intentar rescatarme demasiado pronto de mi propia ofuscación sólo podría empeorar las cosas. También sabía que, cuando actuara, tenía que hacerlo con toda contundencia. Una mañana, a la hora del desayuno, me dijo que iba a pasar las vacaciones de Pascua con mi hermana Harriet en Nueva York.

—Tu padre va a estar en el concilio eclesiástico de Hartford, y yo me voy a quedar con tu tía Maud en casa de Pride. Aquí van a pintar toda la casa, y quiero que todo el mundo esté fuera. Harriet cree que no le has hecho ningún caso, así que me encargué de decirle que irías con ella.

Fingí estar enfadada y estuve refunfuñando un día entero, pero lo cierto es que

estaba agradecida por la delicadeza con que mi madre me sacaba de mi propia prisión. Me sentía saturada de Justin y de mi propia compasión, al menos por un tiempo. Vivir con los padres siempre es un asunto delicado, sobre todo cuando es el hijo el que lo pide, porque no puede criticar nada. Papá tenía poco interés en que lo aconsejaran sobre cómo dirigir su colegio, y menos aún en que lo hiciera su hija, y yo tenía día y noche ante mí la presencia frustrante de esa máquina de educar a la que no se le podía reprochar nada. No es que papá no fuera atento conmigo, pues sí lo fue. Dábamos un paseo juntos al menos una tarde a la semana, y desayunábamos juntos todos los días, pero me dolía que diera por descontado que yo no tenía nada mejor en lo que interesarme que no fuera su colegio. Esperaba incluso que supiera los nombres de los chicos de sexto y quiénes eran los delegados.

Papá tenía la ventaja, que yo no tenía, de que él había sido capaz de crear un monstruo en el que podía proyectar todo ese ego que, en su juventud, debía de haber sido mucho peor que el mío. Sí, había creado un monstruo de ladrillo rojo y arcos románicos, de relucientes vestíbulos sin alfombras y espantosas vidrieras emplomadas, un monstruo que aullaba con el aullido de sus cuatrocientos cincuenta cachorros. Sabía que, de no escapar, terminaría por destruirme, como ya había destruido a las mujeres —insulsas, sonrientes, calladas y modosas— de los profesores.

Mi hermana, Harriet Kidder, «Goneril»^[17] para la familia, se había casado muy bien en Nueva York y tenía una importante posición. Era diez años mayor que yo, pesaba cien kilos más y era cien veces más rica pero, pese a su condena de mi vida bohemia, tiene demasiadas dudas de las constitutivas de los Prescott como para gozar cómodamente de su sentido de superioridad. De hecho, la inseguridad de Harriett se ha manifestado con frecuencia al alardear con tremenda crudeza de las posesiones de los Kidder, de modo que mucha gente que la conoce por primera vez se sorprende de que sea una Prescott de Boston.

Ella, Evelyn y yo parecemos tener en común cierta incapacidad fatal para dejar del todo las cosas atrás. En la biblioteca, somos de las que miramos hacia fuera, a la fiesta en el jardín a la que acabamos de renunciar, y lamentamos profundamente pasarnos la tarde entre libros mohosos, pero en el momento en que nos decidimos a salir al jardín y unirnos a la fiesta, le damos la espalda y nos quedamos mirando de nuevo los tomos abandonados, en los que sólo entonces parece residir el verdadero tesoro. Tenemos el cerebro de los eruditos —¡sí, todas somos tan brillantes como papá!— y el corazón de una Madame Pompadour. Hubiéramos hecho mucho mejor en parecemos a nuestra madre.

Fue en casa de Harriet donde conocí a Guy Turnbull. Por supuesto, no fue por azar. Yo todavía estaba casada con Cabell Willetts, pero Harriet me decía que conseguir el divorcio sólo era cuestión de tener un buen abogado, y que ella se encargaría de conseguírmelo cuando llegara el momento. Guy, un viudo unos quince años mayor que yo, era íntimo amigo y socio de mi cuñado, y su presencia en la casa

era constante. Sinceramente, fue muy generoso por parte de Harriet ofrecérselo a su hermana descarriada. Era grande, corpulento y ruidoso, y todavía mantenía el pelo rubio, pero podría haber vuelto a ser tan maravillosamente guapo como sin duda había sido de haber adelgazado treinta kilos largos, cosa que nunca hizo. Tenía ese escrúpulo extraño, casi femenino, en sus gustos y en su manera de hablar que con tanta frecuencia tienen los hombres fuertes y hechos a sí mismos, y que estimula los apetitos de criaturas hastiadas como yo, que encuentran atractiva la tosquedad.

Guy llevaba camisas de seda con gemelos de pedrería, y encargaba sus trajes y zapatos en Londres; en los restaurantes devolvía constantemente los platos y examinaba los cubiertos en busca de manchas, pero me emocionaba mucho cuando le gritaba a un taxista o le gruñía a un borracho maleducado. Podía ser terrible en sus arrebatos de animal y cuando tenía ganas de pelea. Y su risa era francamente vulgar; en sus momentos de hilaridad, parecía estar empeñado en derribar todas las ilusiones que uno imaginaba que tanto le había costado que los demás se forjaran. De haber sido Guy menos sentimental, de no haber hablado tanto de su pobre mujer muerta, podría haberme enamorado profundamente de él.

Así las cosas, sólo había un sitio donde Guy y yo podíamos encontrarnos de verdad, y no tardamos en ponernos a ello. ¿Adivina dónde? Por favor, Brian, no hace falta que intente disimular tanto su susto. Sea natural. Está claro que censura que me acostara con Guy. Él mismo lo censuraba. Siempre ha habido algo en mí que ha hecho que los hombres con los que he estado se preocuparan por mi honestidad. Con Charley era la imagen de papá, persiguiéndonos hasta en lo más recóndito, pero Guy nunca había conocido a papá, ni su trayectoria vital lo había llevado a la sombra de la leyenda Prescott. Guy clasificaba a papá y a mamá en un grupo que describía vagamente como «la sociedad», palabra que no usaba a la ligera. Al contrario, él creía que «la sociedad», como la Filarmónica y la Ópera, era algo que tenía que recibir el apoyo de todo hombre hecho a sí mismo. Y no estaba nada convencido de estarle dando su apoyo al tomarme como amante.

Harriet estaba furiosa. Me acusó de tener la compulsión neurótica de ser una *déclassée*. Señaló que era tan fácil casarse con un hombre como seducirlo y que, después de todo, yo tenía una deuda con mis padres. Me explicó largamente sus muy sutiles maniobras para convencer a Guy de que una esposa de la familia Prescott era la joya que faltaba en su corona de triunfos materiales. Cuando me reí de ella, me mandó volando a Justin y envió una larga carta a mi madre en la que sugería que papá tenía que usar su artillería pesada para combatir mi criminalidad moral. Volví, pues, rumbo al norte, muy satisfecha conmigo misma. Guy y yo habíamos acordado vernos en Boston los fines de semana para seguir con lo que Harriet llamaba nuestro «enredo». Por suerte, a él le resultaba muy cómodo, ya que periódicamente tenía que inspeccionar una de sus fábricas textiles en Lowell.

Papá y mamá no dijeron nada a mi regreso, y yo estaba dividida entre el alivio de que me dejaran el paz y el resentimiento ante la idea de que me habían dado por imposible. Me consolaba con la perspectiva de los fines de semana y, en las primeras tardes de la primavera, al dar la vuelta al campus detrás de mamá y sus dos viejos *beagles*, me quedaba mirando desafiante a la torre de la capilla, que se alzaba desmesurada y enorme, tan fea como el Dios de papá, y pensaba que, por fin, tenía una relación verdadera con un hombre verdadero, que Guy y yo nos dábamos el uno al otro el placer de nuestros cuerpos sin la palabrería propia de la fantasía religiosa. Y ¿qué importancia tenía Justin Martyr para un hombre como Guy? ¿Había ido él a un colegio así? ¿Le había sido necesario? ¿Habría ganado más dinero del que tenía de haber ido? ¿No habría conseguido, más bien, que se paralizara parte de su iniciativa? Los colegios como Justin, me convencí entonces, se financiaban con los fondos sobrantes de benefactores como Guy, y los directores, a semejanza de los tutores y los pedantes de la comedia del siglo XVII, con sus grandes sombreros y sus negros ropajes, tenían que representar grotescas bufonadas en la sala de audiencias de sus mecenas.

Pero lo cierto es que no me habían dado por imposible, ni mucho menos. En realidad, los tentáculos de Justin se habían ido estrechando en torno a mí. Una noche, después de cenar en el comedor del colegio, papá me pidió que subiera a su estudio y allí, delante de él y de su gran mesa cuadrada, me planté como un muchacho al que van a reconvenir, y me dijo que finalmente había logrado convencer a Cabell Willets para instar la nulidad canónica de nuestro matrimonio. Mi sorpresa fue tan grande que, por un momento, me quedé agarrotada.

—Parece que desea otra unión —añadió papá, lacónicamente.

—¿Con una monja?

—Con una viuda que comparte su profunda fe religiosa. —Papá no era de los que estropeaban su sarcasmo ni con un brillo delator en la mirada. Su seriedad era perfecta—. Los de obediencia romana no admiten que haya habido matrimonio cuando no ha existido voluntad marital. Si das testimonio ante un sacerdote de la Rota de que nunca has tenido intención de estar ligada por tu juramento o tener hijos...

—Pero ¡sí tenía intención!

Papá se quedó contemplándome unos instantes. Luego, sin mover un solo músculo de la cara, sin abandonar por un momento su semblante solemne, bajó poco a poco el párpado izquierdo y lo volvió a elevar, en un guiño asombrosamente parecido al de un pollo, pero yo no me estaba divirtiendo.

—Un cura católico no cuenta, ¿es eso? —pregunté con desdén—. ¿Está bien mentirle a un hotentote? Lo cierto es que, ya que no tengo religión, no puedo permitirme prescindir de mis pocos principios tan radicalmente. Muchas gracias, pero

los agnósticos sí tenemos principios. Si Cabell quiere la nulidad, que cuente él sus propias mentiras. ¡Hasta un jesuita tiene derecho a oír la verdad!

Papá asintió, pero dejó escapar un suspiro.

—Me parece una pena. He reflexionado mucho sobre este tema, y no he podido evitar preguntarme si fue un verdadero matrimonio. Eráis tan jóvenes, y estabais tan decididos a epatar a los mayores...

—¡No era tan joven como dices! Y naturalmente que mi intención era tener niños. ¡Gracias a Dios que no lo logré!

—Amén —replicó papá con una sinceridad que me molestó—. Muy bien, hija mía, esto es lo que hay. Pensaba que era mi deber exponerte el asunto, pero, por supuesto, jamás te aconsejaré que actúes contra tu propia conciencia.

Cuando mamá supo mi posición, le entró el mayor enfado que le había visto nunca. Podía ser terrible en sus estallidos de genio: fría, inteligente e incisiva. Parecía perder todo sentido de parentesco con la persona con la que estaba enfadada, y llegaba a cargar contra la carne de su carne como si fuéramos ladrones en la noche. Estos estallidos se daban en muy pocas ocasiones, pero todo el mundo los temía, también papá, o quizá debería decir que sobre todo papá.

—¡Incluso en ti ese descaro me deja atónita! —exclamó—. Darle a tu padre un sermón barato sobre la honestidad intelectual, después de todo lo que ha hecho por ti. ¿Te crees que le ha sido fácil ir a ver a los Willett? ¿Crees que le ha gustado meterse de pies y manos en el charco de una nulidad católica? ¿Crees que ha disfrutado teniendo que desenterrar todos los pormenores del romance del beaturrón de Cabell? ¡Créeme, lo ha puesto enfermo! Pero lo ha hecho porque pensaba que su hija, que ha convertido su vida en un desastre abominable, tenía derecho a una nueva oportunidad. Y lo ha hecho, también, contra su propia conciencia, tras días de orar y atormentarse pensando en ello, para evitar que te conviertas en la perfecta golfa que, según muestras tan a las claras, pareces querer ser. Créeme lo que te voy a decir, hija: si no aceptas la nulidad, ésta será la última vez que me veas. ¡Te lo digo muy en serio!

Igual que en París me había derrumbado ante papá, ahora me derrumbé ante mamá. Ninguna de las hijas hemos tenido una fuerza de carácter remotamente parecida a la de nuestros padres. Podía burlarme de papá e irritarme con mamá, pero no era rival para ellos cuando sacaban su genio. Sin hablarlo siquiera con papá, me fui a Boston, vi al abogado de Cabell y preparé mi testimonio. Los Willett tenían muy buenos contactos en la Iglesia católica, y en tres meses se consiguió la nulidad. Al verano siguiente, me fui a Reno y conseguí el divorcio civil. Después, hice una cosa de la que aún me arrepiento. Le escribí a Cabell una carta en la que le decía que mi testimonio era perjurio, y que la nulidad no tenía valor a los ojos de Dios. Nunca contestó, pero con frecuencia he pensado en el efecto que tendría mi carta en su relación conyugal con aquella santa viuda. Sí, sé que fue una canallada, pero debe recordar, Brian, que, de haberme dado el divorcio cuando lo quise, podría haberme

casado con Charley y haber aportado cierta paz a sus últimos meses de vida.

Todo el mundo quedó muy contento con la nueva y obediente Cordelia, incluso Guy, quien, después de pedir formalmente mi mano durante una comida en el Ritz de Boston, me hizo saber que la otra parte de nuestra relación iba a quedar en suspenso hasta el matrimonio. Evidentemente, la futura señora Turnbull —y él daba por hecho, con bastante razón, que eso es lo que iba a ser, pese a mi rechazo al compromiso— tenía que estar por encima de toda sospecha, aunque se tratara de un encubrimiento. Guy se encontraba mucho más cómodo en su calidad de prometido de una Prescott que en su calidad de amante. Comencé a sospechar que se veía con otra, de un nivel social más bajo, que atendía sus necesidades físicas, y que esto explicaba su predilección por mantenerme casta. Guy era demasiado toro para ser muy selectivo con sus vacas. Yo era una «señora» y, por cambiar el símil, le gustaba que sus palomas estuvieran en el palomar.

Por supuesto, quedó hechizado con papá. En su primer fin de semana como invitado en Justin, papá lo llevó a ver hasta el último rincón del colegio, y Guy me regañó a conciencia por mis locuras pasadas.

—Me doy cuenta, Cordie —me dijo—, de que, para una niña, debe de haber sido duro crecer en un colegio de chicos, pero el hecho es que estás llena de prejuicios negativos. Tu padre ha hecho algo extraordinario en Justin. ¡Hubiese sido un tremendo hombre de negocios!

Ésta, por cierto, era una idea que se le había ocurrido a mi propio padre en no pocas ocasiones. Le venía por momentos, no tanto cuando lamentaba no tener la fortuna que no había hecho, como cuando envidiaba las fortunas de quienes habían llegado a amasarlas con peores capacidades que las suyas. Recuerdo que un rico visitante del colegio llegó en un gran Hispano-Suiza amarillo con todo tipo de accesorios resplandecientes, y que después de la comida le dijo a papá: «Daría todas mis empresas por haber sido el fundador de Justin», y papá le replicó sin sonreír ni pestañear: «Yo daría Justin por su coche».

Pero aunque nada causaba mayor desdén a papá que los hombres ricos que suspiraban por la vida espiritual, le atraían mucho los hombres ricos que disfrutaban con la dura competitividad del mercado y de un credo que ponía los beneficios por encima de todo. Quizá sentía que, como los soldados, estaban más cerca que él de la esencia de lo masculino. Y es que, pese a toda la fe de papá, y pese a todos sus logros, había algo en él que tendía a identificar la sotana del sacerdote con la falda de la mujer, y a despreciar el mundo de la educación por su condición de torre de marfil. Él estaba dentro de ella, cierto, pero tenía la vanidad de querer que los demás supieran que, al contrario que la mayor parte de los que allí vivíamos, no había ido allí a buscar refugio. Él podría haber sobrevivido «en la ventosa llanura». Y Guy le gustaba porque lo había reconocido de inmediato.

—Tiene talento ese chico, Turnbull —me dijo—. Pégate a él, Cordie. A veces me pregunto si no estamos arrojando a nuestros graduados a un holocausto en el que

tienen que medir sus espadas de hojalata contra el acero de hombres como él. He estado pensando si no podría dar un seminario sobre competencia empresarial a los de sexto.

—¡Le entusiasmaría!

¿Y sabes que al final aceptó? Dio clase todos los sábados por la mañana del trimestre de otoño. Guy y papá se hicieron grandes amigos. Examinaron juntos la gran fábrica de Guy en Lowell con tanto detenimiento como habían visitado el colegio, y la actitud de papá me hizo pensar en la descripción que hace Boswell del doctor Johnson en la venta de la fábrica de cerveza del señor Thrale, «sumamente atareado, con un tintero de bolsillo, hecho de asta, una pluma sujeta al ojal, como si fuese un empleado de la aduana, hablando pomposamente de los deberes de su labor de albacea». De vuelta al colegio, entretuvo a la mesa de los delegados con el relato de su excursión, que incluyó una gráfica descripción del despacho de Guy.

—Me quedé parado en el umbral de la puerta, deslumbrado por el panorama que había frente a mí. Hasta donde alcanzaba la vista, todo eran sofás grises, mesas de caoba, murales, muebles deslumbrantes. Di un paso adelante y perdí pie, tuve que gritar. —Aquí papá extendió los brazos—. ¡Señores, les aseguro solemnemente que me había hundido en la alfombra hasta la rodilla!

Tal vez ya se haya dado cuenta de lo que estaba haciendo, el muy granuja. Pronto iba a ser una constante. Estaba intentando ridiculizar a Guy. Oh, sí, sí, ya sé que suena poco creíble, e insisto en que admiraba a Guy, pero también tenía celos de él. Le envidiaba su éxito en los negocios, como había envidiado a Charley su trayectoria en la guerra. Sólo había logrado estar seguro de ser tan hombre como Charley reafirmando su primacía en lo religioso. Y era lo suficientemente listo como para saber que eso nunca funcionaría con Guy. Con él tenía que poner en juego su intelecto superior, e ir erosionando con pequeños sarcasmos la incómoda imagen de magnate que podía construir una docena de Justins con sólo firmar trocitos de papel de una pequeña libreta alargada que nada tenía que ver con cantos de iglesia u oraciones.

No quiero parecer demasiado freudiana, pero la verdad es que estaba en una competición muy básica con papá. Mis dos hombres, al fin y al cabo, eran hombres, y habían buscado en mí algo que papá no podía ofrecerles, pero el viejo mago de papá tenía sus trucos para recuperar la atención. Podía demostrarles que él también era un hombre, que era más que un hombre; podía enseñarles un mundo celestial donde las mujeres, las guerras y ganar dinero no existían. Y cuando papá se ponía a hacer de profeta, lo hacía a lo Cecil B. DeMille. Incluso consiguió que Guy sospechara que los negocios no lo eran todo.

Mi segundo matrimonio duró siete años, pero fue un fracaso desde el principio. Guy era carnal hasta extremos que ni siquiera yo creía posibles. Llegué a ponerme muy contenta cada vez que tomaba una nueva amante. Le gustaban una serie de prácticas repugnantes con las que no pienso escandalizarle, y la suciedad de su

lenguaje en el dormitorio fue un auténtico aprendizaje de la degradación. Cuando al fin se dio cuenta de que había algunas cosas a las que nunca me iba a someter, y que no me sentía estimulada sino auténticamente asqueada, empezó a odiarme y a humillarme en cuanto tenía la oportunidad. Por suerte, sus muchos medios y sus múltiples viajes de negocios nos hacían muy fácil vivir separados, y cuando finalmente acordamos divorciarnos, sorprendió a todo el mundo con la enorme pensión que me concedió. Supongo que, por su reputación, quería que incluso una ex señora Turnbull viviera magníficamente, pues había previsto que los pagos cesarían cuando me volviera a casar. Pero yo lo he engañado bien, pues he organizado mi vida de manera muy satisfactoria sin casarme de nuevo. Debería haberse dado cuenta de que ya me sabía el truco.

Durante los años de nuestro matrimonio, y pese al deterioro de éste, las relaciones de Guy con papá y mamá pasaron de buenas a perfectas. Muchas veces se quedaba con ellos en Justin, sin estar yo. Por mi parte, creí que su vertiente vulgar terminaría por espantar a mi madre, pero ella parecía inmune. Como yerno, Guy tenía un fervoroso entusiasmo de niño pequeño que, al parecer, resultaba irresistible. La línea que trazó en su propia mente entre mis padres y yo era la línea que separaba el espíritu de la carne. Toda su reverencia por los Prescott como símbolo de lo que llamaba «la vida distinguida» se dirigía hacia papá y mamá, en tanto que yo iba siendo, cada vez más, una mera satisfacción física para él y, cuando dejé de satisfacerlo, me convertí en nada. Básicamente, debe de haberme visto siempre como una golfa con un pedigrí de quita y pon, que podía comprarse con su dinero. Incluso después del divorcio siguió manteniendo la misma buena relación con Justin.

A mí, por supuesto, me dolió. Me dolió la actitud que siempre tomaron papá y mamá hacia mis problemas matrimoniales. Resultaba demasiado evidente que creían que cualquier chica buena y razonable podría haber seguido con Guy. Cuando, desesperada, le conté a papá algunos hechos, me escuchó con un interés que, estoy segura, no venía enteramente de la compasión hacia su hija. Parte de ese interés procedía de la lubricidad natural que existe incluso entre los más santos de los mortales, y parte, tal vez, de su creencia de que las actividades que había descrito, por desafortunadas que fueran, resultaban típicas de cualquier hombre de verdad. O quizá pensó que me lo estaba inventando, y su atención era simplemente una máscara para el horror que sentía por haber engendrado una hija tan morbosa y tan malévola. En cualquier caso, nunca aludió al tema, y continuó viendo a Guy como hasta entonces.

Me indigné ante esa deslealtad, aunque fue en vano. Papá alentó el interés de Guy por el colegio hasta el punto de que éste hizo algo que entraba en oposición frontal con su tendencia natural al autobombo. Hizo una donación anónima al colegio. Sí, Brian, veo que se le han quedado los ojos como platos. No se puede creer que el hombre que acabo de describir dejara pasar la gloria de una ceremonia pública de entrega. Pero ¿sabe por qué lo hizo? Porque su dinero se asignó a la erección de ese enorme templo gris dedicado al dios del deporte, que lleva el nombre de un héroe

muerto cuya bella estatua, obra de Malvina Hoffman, que tan brillantemente evoca una dorada juventud truncada, se alza ante la puerta de entrada. Al final, Charley Strong y Guy Turnbull tuvieron algo más en común que la posesión física de Cordelia Prescott.

14. El diario de Brian

3 de abril de 1942

¡Parece un milagro (¿y cómo sé que no lo es?) que pueda abrir este diario y escribir que estoy en Harvard, matriculado al fin en la facultad de Teología!

Apenas puedo asimilar que sólo hayan pasado cuatro meses desde mi última anotación. De todos modos, ha sido un lapso lo bastante largo como para ir y volver del infierno, y digo esto reconociendo plena y humildemente que todos y cada uno de los días he estado sano y salvo, mientras los jóvenes de Estados Unidos morían en el Pacífico, pero he aprendido que estar sano y salvo también puede ser una pesadilla.

Todo comenzó con Pearl Harbor, que fue recibido por los Griscam con la histeria de unos niños ante un Santa Claus llegado antes de tiempo. La guerra parecía ser la nueva dimensión que faltaba a sus vidas. Para la señora Griscam, era la última oportunidad de que su «ejército», a través de los centros de descanso para soldados, llegara a la juventud norteamericana; para Amy supuso huir a un mundo de *glamour* a través de la Cruz Roja; para Sylvester era la dignidad, tras el escándalo de su divorcio, de un uniforme de oficial de la Armada y una mesa en la calle Church, donde su padre no podía vigilarle, mientras que en Wall Street sí que hubiera podido. Y para el propio señor Griscam, el más contento de todos, significó visitas secretas al Departamento de Estado, e incluso a la Casa Blanca, y el rumor de una misión diplomática ante los gobiernos exiliados. En el ajetreo de esos días, entendí con tristeza que nadie mayor de treinta y cinco años parecía querer la paz.

Y no es que en el reparto de los despojos se olvidaran de mí. El señor Griscam habló de llevarme con él al extranjero en calidad de secretario. Libertad Primero había quedado oficialmente clausurada, y yo lo estuve ayudando a dismantelar la oficina, pero sentía una aversión violenta e irracional a quedarme enganchado al carro de los Griscam. Quería que mi guerra fuera un asunto más severo y más oscuro. Como no podía seguir aceptando el alojamiento y la comida del señor Griscam en esas circunstancias, me quité discretamente de en medio durante uno de sus viajes a Washington, dejando cuatro educadas y agradecidas cartas a mis anfitriones, y me mudé a una pensión en la calle Noventa. Cogí entonces un trabajo de voluntario, a sugerencia de uno de mis compañeros de trabajo en Libertad Primero, de las doce de la noche a las ocho de la mañana, en la centralita de los bomberos en Central Park. Pensaba que podría subsistir con mis pequeñas ganancias, al tiempo que hacía esta simbólica contribución a la defensa de la ciudad.

Pasé el invierno, lúgubre y gélido, como un hombre narcotizado. Cumplía con

mis casi mecánicas tareas en la centralita con la eficacia requerida; me enrolé en la alerta aérea y me ofrecí también para fregar platos en el comedor de una sala de fiestas para soldados. Todavía me quedaba un buen número de horas a la semana para sentarme en la cama de mi cuarto y leer a Trollope. Sólo me permitía esta evasión al mundo de Plantagenet Pallister y Lady Glencora tras haber hecho todo lo que creía poder hacer en la guerra.

No habría visto absolutamente a nadie de no ser por la señora Turnbull. Averiguó mis señas a través de los Griscam e insistió en que cenara con ella la noche que yo libraba en el cuartel de bomberos. Incapaz de encontrar una excusa plausible, cuando llegué a su casa me encontré con una gran fiesta de artistas y galeristas que hablaban y bebían mucho. Salvo mi anfitriona, que insistió en que la llamara Cordelia, nadie me prestó la menor atención, pero a mí me distraía oír conversaciones que no tuvieran que ver con la guerra, y fui allí en varias ocasiones.

Supongo que debería haber sospechado que Cordelia ya tenía sus propios planes para mí. Después de todo, era obvio que no me había invitado porque yo supiera pintar o tuviera conversación, y se molestó mucho una vez que no quise quedarme después de que los otros ya se hubieran puesto en pie para marcharse. Pero ella debía de ser quince años mayor que yo, y toda la vida he tenido la penosa sensación de ser poco atractivo para las mujeres, sensación que ha sobrevivido (al menos en mi diario puedo consignarlo sin fatuidad) a algunas pruebas en sentido contrario.

Mi *naïveté* en este punto me hizo vivir una escena terrible. Una noche llegué al dúplex y vi que era el único invitado. Cordelia estaba tumbada en un salto de cama de color rosa ante una jarra llena de Dry Martini, de la que a todas luces había estado bebiendo antes de mi llegada. Hubiera salido corriendo de miedo al instante si no me hubiera hablado con una voz tan brusca y tan directa.

—Sí, cariño, estamos solos —dijo al darse cuenta de mi mirada de inquietud a la mesa dispuesta para dos, con todo detalle, junto a la ventana—. Después de la cena pondré música suave y te enseñaré mis grabados. No pongas esa cara de susto. No te va a doler. Toma, sírvete una copa. —Pero cuando cambió de tema de conversación, pensé con un suspiro de alivio que debía de haber estado bromeando—. Esta maldita guerra —prosiguió— ya me está poniendo mala. La última fue lo bastante horrible, pero al menos había todo ese idealismo wilsoniano. Sí, admito que entonces me daba náuseas, pero ahora creo que es peor sin él. Los jóvenes estáis todos tan aterrados de que alguien crea que pensáis que estáis defendiendo la democracia en el mundo que es obvio que no lo lograréis. No hay ninguna posibilidad.

Siguió de este humor durante todo el largo aperitivo a base de cócteles y una cena que fue mucho más breve. Me preguntaba, esperanzado, si la cantidad de ginebra que estaba ingiriendo no terminaría por quitarme de encima mi problema, pero su aguante parecía no tener límites. Sólo le afectaba a su paciencia, que se iba haciendo más y más escasa. Tras la comida, arremetió contra mí por haberle sugerido que escucháramos *La flauta mágica*.

—A todo el mundo le gusta Mozart ahora —rezongó—. Tilín, tilín, tilín, eso es todo lo que os gusta a los jóvenes de ahora. Me quedo con Beethoven. Es muy obvio, pero bien sabe Dios que yo también. Al menos, él era un hombre.

Escuchamos la *Séptima*, yo apurado, y ella de mal humor. Reparé en que se había pasado al whisky.

—Te he dicho que era obvia, cariño —repitió en un tono que presagiaba lo peor—. ¿Qué crees que quería decir?

—Simplemente, que le gusta la música fuerte y enfática.

—¿Y no los hombres fuertes y enfáticos?

—Es posible que también. —Me encogí de hombros como buenamente pude—. Qué pena que no haya ninguno por aquí.

—¿Verdad que no? —prosiguió, sarcástica—. ¿No es muy duro eso para la pobre Cordelia? Pero por suerte, ocurre que ella también aprecia a los muchachitos callados, más dulces que vehementes. Como tú, conejito. Sí, cielo, me he encaprichado contigo. ¿Es tan insoportable?

—Me alegra gustarle.

—¡Oh, venga, conejito! —exclamó—. No he dicho que me gustes. No estoy segura de eso. He dicho que estaba encaprichada contigo. No finjas que no sabes lo que eso significa. ¿No crees que tú también podrías encapricharte conmigo un rato? —Su tono era fingidamente lisonjero—. ¿Un ratito, conejito?

—Lo siento, señora Turnbull... —comencé a decir, muerto de vergüenza.

—¡Cordelia!

—Lo siento, Cordelia, pero creo que nunca... bueno, creo que nunca podría sentir eso por usted. La respeto mucho, pero no... —Respiré hondo—. Bueno, no estoy enamorado de usted.

Su carcajada fue chocante.

—¡Espero que no! Yo no estoy enamorada de ti, pero tienes una cara de conejito asustado que me parece muy interesante. ¿No crees que sería divertido fingir que estamos enamorados, sólo por esta noche? —Me miró con una mirada penetrante, descarada, burlona—. ¿Eres virgen todavía, conejito? Seguro que sí.

—¡Por favor, Cordelia!

—Pero bueno, ¿por qué avergonzarse? Se supone que nuestros sacerdotes deben mantenerse vírgenes hasta el matrimonio, ¿verdad? ¡Me gusta que seas virgen!

Me levanté, temblando de indignación y de vergüenza.

—Creo que es mejor que me vaya.

Me alcanzó y, agarrándome del brazo, me sentó junto a ella en el sofá.

—¿Es papá lo que te preocupa? Olvídate de él. Él comprende muchas más cosas de lo que te imaginas. Venga, conejito, relájate. La guerra es larga y triste, y Cordelia es todo calor y dulzura, y abrazos.

—¡No! —Me liberé de su brazo y me levanté de un salto.

—Oh, sí, sí, conejito. —Se levantó y me rodeó el cuello con su brazo izquierdo y

me plantó un beso pegajoso, con sabor a whisky, en mis labios retraídos, mientras, con su mano libre...

No puedo describir lo que hizo con su mano libre.

Me volví a zafar de su abrazo y salí disparado hacia el vestíbulo. En el descansillo, apreté el botón de llamada del ascensor como si estuviera huyendo de un enemigo. Cuando se abrieron las puertas y me metí dentro, aún pude oír, a mis espaldas, desde la puerta abierta de la casa, su despedida burlona:

—¡Buenas noches, Joseph Andrews!

Ya en mi cuarto de alquiler, su grito me estuvo resonando en los oídos durante toda la noche. ¡Joseph Andrews! ¿Sabía esa desvergonzada libertina que el pobre Joseph Andrews, que salva su virtud del descaro de Lady Booby, desnuda bajo las sábanas, era una imitación de la Pamela de mi adorado Richardson? ¿No bastaba con que Cordelia hubiera confundido en mi mente la imagen de su venerable padre con la de una lasciva vampiresa? ¿También tenía que ridiculizar al padre de la novela inglesa, cuyo pequeño retrato junto a mi cama tanto consuelo me había dado, lo mismo en la guerra que en la paz? Mientras me revolvía en la cama, pensaba que Cordelia no sólo había ensuciado su nido sino el universo entero, que casi no valía la pena ganar la guerra si los chicos se la iban a encontrar a ella al volver a casa.

Las cosas fueron de mal en peor. Los días siguientes no pude recuperar ni siquiera ese sentimiento fugaz de hacer algo útil que mis frenéticos trabajos de guerra me habían otorgado brevemente. Me parecía entonces que no era más que un idiota y que, como todos los idiotas, sólo pensaba en mí mismo. ¿No había sido un prejuicio muy poco cristiano contra el señor Griscam lo que me había impedido trabajar para él en lo que quizá era un importante destino diplomático? Y toda mi actitud respecto a la guerra ¿acaso no era la mera demostración de mi necesidad de calmar mi ego? Me encontré con que ni siquiera podía leer a Trollope, y empecé a ir al cine por las tardes.

Una noche, de camino al trabajo, tuve una experiencia desasosegante en el metro. Llovía, y el vagón estaba lleno de gente, con el ambiente muy cargado. Cuando las puertas se abrieron a la altura de la calle Setenta y Dos, entró un grupo de muchachos negros de aspecto pendenciero, con chaquetas rojas y amarillas, empujando a los demás viajeros, riendo en voz alta y usando un lenguaje grosero. En sí mismo no era ninguna novedad, y los pasajeros apenas notaron su irrupción. Después de todo, los chicos, aunque groseros, no estaban de mal humor. Tenían, incluso, buen talante. Pero lo que me angustió fue que, con el agobio del calor y las apreturas, escuchando las risotadas y los comentarios vulgares, por un momento perdí la fe.

¿Cómo podría querer Dios que todas las criaturas que viajaban en el vagón, yo incluido (sí, claro, yo incluido), gozaran de la vida eterna? No es que esos chicos de risa ruidosa fueran perversos, pero fueran lo que fueran, buenos o malos, tuve la impresión de que una larga vida terrenal era todo lo que cabía desearles. Una vida terrenal larga y feliz —por supuesto, uno les deseaba eso—, pero ¿la inmortalidad?

¿Estaban a la altura de ella? Recordé a Calvino, y pensé que la respuesta a mi problema estaba en su doctrina de las almas elegidas, pero ¿acaso no era peor que se salvaran algunas a que no se salvara ninguna? Ése era el horror de Calvino, como el horror de la Inquisición y el horror de Hitler y, en ausencia de estos horrores, me enfrentaba al horror de las sonrisas vacías y las risas tontas en el metro de Manhattan.

Supongo que era inevitable que, con este estado de ánimo y con mi extraño horario de trabajo, terminara por enfermar, y que mi resfriado febril se convirtiera en una neumonía. Mi casera estuvo en todo momento muy atenta, y el médico al que llamó me hizo recuperarme, pero estuve delirando un día entero. A mi atormentada alma le parecía que lo único temible era la recuperación.

Y entonces, justo cuando estaba saliendo de la crisis, llegó él. Oí su voz cálida y profunda desde lejos:

—Voy a encargarme de cuidarte, Brian. En cuanto te sientas mejor, te llevaré al apartamento de mi hija Harriet. Ella y su marido se han ido a Washington. Será un buen lugar para que te recuperes.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cómo...?

—¿Cómo lo he sabido? En el documento que rellenaste para el cuartel de bomberos, pusiste mi nombre como el de la persona a la que había que llamar en caso de urgencia. Me ha emocionado mucho, hijo.

¿En serio lo había hecho...? Todo parecía un sueño, pero un sueño maravilloso. Si había muerto, me había ido al cielo, y ¿no era ése el lugar en el que esperaba encontrarme al doctor Prescott?

Pero no había muerto. Sentado en el bello salón georgiano de la señora Kidder, frente al East River, pasamos las mañanas con libros, juegos y puzzles, y a veces simplemente mirando a lo lejos, a los remolcadores, los buques de guerra y las grandes gaviotas que graznaban y volaban bajo sobre la plenitud gris, a la vez arremolinada y densa, de las aguas rápidas. No hubiera creído posible estar tan relajado junto a él. Cuando, un día, comencé a expresarle mi gratitud en un esforzado balbuceo, me cortó tajantemente:

—Vamos a dejar clara de una vez por todas la cuestión del agradecimiento, Brian, y así ya no nos molestará de nuevo. Soy un hombre viejo y no tengo nada más que hacer. Te aprecio y quiero ayudarte. Puedes mostrar tu gratitud, si consideras que debes hacerlo, permitiéndome terminar el trabajo que he empezado.

Al cabo de una semana ya estábamos dando pequeños paseos por Carl Schurz Park para aprovechar las breves horas del nuevo sol. Ya comenzaba a sentir las primeras sensaciones de un restablecimiento no sólo de mi cuerpo sino de mi alma. Todavía tenía el sentimiento que me había acompañado desde Pearl Harbor, un sentimiento de suspensión de las funciones vitales —de existir en un vacío poblado de ecos—, pero ya había dejado de ser desagradable. Los ecos eran más suaves, a veces casi consoladores. En cuanto el doctor Prescott me vio lo suficientemente fuerte, me empezó a hablar del sacerdocio.

—Ahora veo que cometí un error cuando David Griscam me habló de tu decisión de no ir a Harvard. Tenía que haberme ido de Cape Cod e ir en tu busca de inmediato, pero dudaba de si presionarte o no. Pensaba que, si tú dudabas de la autenticidad de tu llamada, que no era lo suficientemente clara, podíamos estar ante una señal de que no tenías auténtica vocación. Lo que no llegué a ver es que eres la excepción a una regla por lo demás muy válida. Ahora estoy convencido, hijo, de que tu vocación es verdadera, y de que los obstáculos en tu camino no han sido más que simples afecciones nerviosas que desaparecerán en cuanto hayas aprendido a hacerles frente. Por eso quiero que vayas al seminario en cuanto te pongas bien. Ni siquiera quiero que esperes hasta el próximo otoño. Cuanto antes empieces a ir a clase, mejor.

—Pero ¿no tendré que esperar al comienzo del curso? —objeté, arrojándome instintivamente ante la perspectiva de tomar una decisión.

—Para que te evalúen, sí, pero ya he acordado con el decano que te admitan como oyente.

—¡Mucho me temo que no estoy preparado, señor!

—Nunca lo vas a estar si esperas. Para ti y para mí, la fe siempre será una cuestión de ejercitarse, pero la fe que luchas por conseguir es tan buena como la fe infusa. ¡Quizá incluso mejor!

Le comenté entonces mi triste experiencia con los chicos negros en el metro, y le pregunté si alguien tan propenso a esas reacciones viscerales tenía derecho a convertirse en sacerdote.

—Todos tenemos reacciones de éstas —replicó—. A mí también me asedian. Yo las llamo «momentos de vacío». Lamento decirte que no desaparecen con los años. Nadie puede creer todo el tiempo en la vida eterna. Lo que tienes que hacer es aceptar tus momentos de duda como acabas de aceptar tu enfermedad. Debes decirte a ti mismo: «Heme aquí, un creyente que duda». Encontrarás entonces que, aun estando a solas en tu interior con ese vacío terrible, todavía puedes verte a ti mismo. Verte a ti mismo con dudas. Entonces, en vez de reproches, puede haber calma. En vez de culpa, puede haber tristeza. Y, si esperas con la tranquilidad y el tiempo suficientes, ese vacío, del modo más inesperado y emocionante posible, comenzará a vibrar de nuevo con tu conciencia de la presencia de Dios.

—Pero ¿no es algo tremendo pensar tan poco en los demás? No tenía ningún derecho a sentirme perturbado por esos chicos de color.

—No, no tenías ningún derecho, eso está claro, pero fue lo que sentiste. Debes aceptar que esas cosas existen en tu interior. Pero ¿por qué preocuparte? —En este momento se detuvo, se acercó a mí y con el puño se pegó en la palma de la otra mano—. ¡Tú sabes que Dios existe, y sabes que esos chicos tienen un alma inmortal! Que durante un tiempo no lo creyeras es un hecho, un hecho insignificante que, como tantos otros, es de una importancia insignificante.

—Rezo porque así sea, señor.

—Es así, Brian, créeme. —Alzó las cejas y comenzó a divagar—. Podemos

superar muchas cosas con el simple recurso de aceptarlas. Yo me preocupaba mucho por no amar lo bastante a mis hijas. Ya ves, hijo, que me dirijo a ti con la más profunda confianza. Pero ahora veo que amarlas de modo inapropiado era parte de mí y parte de su circunstancia al nacer. Dios no esperaba que las amara más. No podía. Esperaba que me ocupara de ellas con toda dedicación. ¡Ah, el amor! —gruñó de pronto—. Los que se limitan a amar reciben una consideración excesiva por parte de este mundo de simples. No es amor lo que necesitan los niños, es dedicación.

En cuanto comencé, paulatinamente, a asumir su teoría de que debía dejar de inquietarme por la fe, empezó a surgir dentro de mí una paz maravillosa. Y fue deshaciendo, una por una, las objeciones que me quedaban.

—Has intentado ir a luchar y no han querido cogerte —replicó a mi argumento de que debería hacer trabajos relacionados con la guerra—. Es todo lo que se puede esperar de un hombre. Ahora, tu lugar está ahí, en la Iglesia. ¿Crees que el trabajo de Dios tiene que cesar durante la guerra? ¿Crees que no serán necesarios los sacerdotes cuando vuelva la paz?

Le pregunté si era justo ocupar una plaza en la facultad de Teología, más aun como alumno becado, cuando todavía tenía dudas sobre si terminaría ordenándome.

—Pero es que, ordenado o no ordenado, tú siempre vas a ser un hombre de Dios —me dijo—. Personalmente, creo que volverás a Justin a dar clase. No hay ninguna diferencia real entre el púlpito y el aula. He intentado poner a Dios en cada libro y en cada deporte de Justin. Ése ha sido mi ideal, conferir un sentimiento de su presencia, de manera que no quedara reducido a las oraciones y las clases de religión, y conferirlo de tal manera que la escuela fuera un lugar de gozo. —Sacudió la cabeza con pesar—. ¡Ah! ¡Si lo hubiera logrado, Brian, Justin hubiera sido perfecto! ¡Hubiera sido el modelo de todos los colegios!

—Lo es, señor.

—No lo es, hijo, pero cuento contigo para que me ayudes a que lo sea.

No había manera humana de resistirse a esto. Además, yo ya no quería resistirme. Había crecido en mí un nuevo convencimiento de que sería capaz de adaptarme a Cambridge. Pensaba incluso que me gustaría. Y me ha gustado. Por supuesto, sé que está a sólo unos cincuenta kilómetros de la casa de Andrews, en Justin, y ese pensamiento me ayuda a sostenerme, pero no acudo al doctor Prescott cada vez que me siento aturdido. Hemos acordado que debo aprender a valerme por mí mismo.

Antes de irnos de Nueva York, descubrió algo que jamás hubiera soñado que pudiera descubrir. En nuestro último día, el doctor Prescott sugirió que fuéramos a comer a casa de Cordelia, y yo decliné la invitación, diciendo que no quería inmiscuirme en una reunión familiar. Cuando insistió, yo me seguí negando, violentamente sonrojado, y él gruñó.

—Me dijo que no vendrías. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo entre Cordie y tú?

—¡Oh, no! —respondí en voz alta, consternado—. ¡Nada, se lo aseguro!

—Nada, ¿eh? —Me miró con ojos astutos—. Bueno, pues me atrevo a decir que no fue por su culpa, pero me imagino que te habrá asustado. Tienes que aprender a no preocuparte por las mujeres como Cordie. Son, básicamente, criaturas sencillas. Dice que te ha hablado de sus matrimonios. —Sonrió un poco sombrío—. Pobre Cordie. Harriet solía decir que todo era culpa nuestra. Que no la abrazamos lo suficiente cuando era pequeña. Me temo que lo ha compensado desde entonces. ¿Te habló de Charley Strong?

—Un poco.

—Yo quería mucho a Charley, y me vi en el triste deber de rescatarlo de Cordie. Por supuesto, ella nunca ha podido perdonármelo.

—Me dijo que usted destruyó su libro.

—Sí, eso es lo que le dije. En aquel momento, ella se encontraba muy angustiada, y pensé que saber la verdad le dolería aún más. En realidad, fue Charley quien lo destruyó, por miedo a que ella lo publicara. Sólo salvó un capítulo, que me dio a mí. Aún lo guardo. —Se quedó observando el río durante un minuto, y cuando me miró tenía una chispa de diversión en los ojos. Era un destello sarcástico, casi picaro—. Te lo mandaré, si quieres, cuando estés bien a salvo en Harvard. Tal vez no te venga mal leerlo. Verás ahí las terribles consecuencias del sexo. O, mejor dicho, las consecuencias de pensar excesivamente en el sexo.

No corrió riesgos conmigo como había hecho el verano anterior, sino que, en cuanto el doctor me dio el alta, me acompañó a Boston, donde su hija Evelyn nos acogió en su casa de la calle Arlington. Allí nos quedamos hasta que el doctor Prescott me presentó al claustro de profesores de la facultad de Teología, me matriculó como oyente en las clases e incluso me ayudó a encontrar alojamiento. Ya estaba completamente instalado, casi diría que asegurado con clavos, cuando él se volvió a Justin. Ha sido una experiencia impresionante haberme beneficiado de todas las energías del ex director pero, en última instancia, estoy muy orgulloso. El incómodo sentimiento de que debo hacerlo bien se ha aliviado por la intuición, cada vez más fuerte, de que está a mi alcance.

Dos semanas después de su marcha, me envió el capítulo salvado del libro de Charley Strong. Por pura casualidad, lo leí nada más escuchar la famosa lección magistral del doctor Vane sobre el gnosticismo, y la comparación resultó estimulante. Ciertamente, el pobre Charley debió de ser un curioso caso de herejía. Es una pena que no pudiera escribir el último capítulo de su historia, para contar cómo el doctor Prescott, en sus conversaciones junto al Sena, había logrado que sus ojos se alzaran del director de carne mortal hacia el Dios que estaba dentro y detrás de ambos, pero, al menos, las pocas páginas que no destruyó muestran que este fin era posible.

15. Manuscrito de Charley Strong (1921)

Ocurrió en Southampton, en el verano entre quinto y sexto. Claude es una prima de mamá, a medio camino entre su edad y la mía, una solterona aturdida e infeliz que siempre está intentando ponerme la mano encima y se queda mirándome sonriente, con un silencio provocador, durante las comidas familiares. Cuando me pidió que fuera a su cuarto para decirme un «secreto», acudí, y me la encontré desnuda y todavía sonriente. Estaba de lo más descarada y provocativa, y la carne blanca y caída de sus nalgas cedía mientras le metía mano igual que el algodón en rama. Di por hecho que ella se quedaría embarazada y que yo cogería la sífilis. No ocurrió ninguna de las dos cosas, pero cuando llegaron la guerra y el fango, los tomé como una consecuencia natural.

Hay muy poca pureza en París, pero el aire es puro. Hay muy poca limpieza en los franceses, pero sus almas son limpias. ¡Cómo insistían en la pureza los predicadores visitantes de los domingos en Justin! ¡Hombres jóvenes y limpios, y mujeres jóvenes y limpias, ofreciéndose los unos a los otros sus cuerpos sin mancha en un matrimonio verdaderamente sacramental! Harry Nolan me ha contado que él y Libby se despiertan a veces por la noche y se descubren a sí mismos consumando el acto. Creo que, a la luz entre azul y verde de la capilla, debo de haberme imaginado la noche de bodas como algo semejante. Un amor que supera las vergüenzas, un orgasmo que estalla al elevarse el cáliz sobre el altar, una cópula desnuda, inodora, con pasión pero sin sudor, ante un coro revestido de blancas sobrepellices, que ejerce de testigo sin concupiscencia y rompe a cantar. ¿No es así como copularía Henry Esmond? ¿Y el príncipe Alberto y el caballero Bayardo? ¿E incluso los mismos predicadores, viejos como son, si es que aún lo hacen, y mi profesor de Latín, el señor Van Wormser, en la parte de atrás, con su mujer grande y huesuda, la del sombrerito de paja con bobas peonías? ¡Pensar que se hace tanto, y con tantas bendiciones!

La gente siempre me ha creído inocente, bondadoso, algo ingenuo. Susurran cosas que creen que no debería oír. «Oh, Charley, cariño, no, ella no te conviene, yo no te convengo, necesitas a una buena chica». Soy el pollo a la crema con guisantes en un cumpleaños infantil; soy el algodón de azúcar y el helado; soy el beso que se da después de un baile benéfico en el Plaza por las vacaciones de Pascua. Soy la confusión y las lágrimas, lentas y calientes, tras un sueño húmedo. Poco saben, cuando ríen con picardía junto a las taquillas en el sótano de Lowell House, o cuando se esconden bajo las camas a mirar por debajo de las faldas de las viejas fregonas que

limpian los cuartos, que Charley, que enrojece al oír sus historias, Charley, a quien les encanta impresionar, fingiendo hacer cosas que ni siquiera ellos harían en las duchas, Charley, que se queda dormido nada más apagar la luz y sueña con los deportes y mamá, ese mismo Charley, tiene una voluptuosidad sin fin. No, no, vuestras mujeres, hijas, matronas y criadas no podrían colmar la gran cisterna de mi lujuria.

La única esperanza para mi salvación es arrojarme a los pies de aquel a quien he traicionado, pues es él, lo sé, quien me hizo delegado superior; las votaciones de los alumnos de los últimos cursos no son más que consultivas, y de ninguna manera está claro que yo tuviera una mayoría. Disfruto de la popularidad pasajera de mi atractivo y mis habilidades jugando al fútbol, y no tengo enemigos confesos, pero se me tiene por demasiado beato para ser un líder de verdad y, cuando me comunicó mi nombramiento, me estremecí y lloré ante semejante acto de confianza. Fue él quien me bautizó y me confirmó; él, quien me habló de mis dudas y miserias; él, quien me dio un amor que hizo que el amor superficial y balbuciente de unos padres superficiales y balbucientes pareciera como la brisa mojada que uno siente en la cara al ir en una lancha motora por el mar.

Sí, la esperanza reside en él. La salvación reside en él. Él pone a san Agustín por encima de san Francisco, a la Magdalena por encima de santa Cecilia. Sabe que la pureza no se debe confundir con la inexperiencia, que también se salvarán los que huyen de Alejandría hacia el desierto, alzando sus largos brazos grises de El Greco y volviendo sus enormes ojos en blanco de El Greco hacia el Dios que mira fieramente por encima de sus cabezas el parpadeo de la luz de los placeres de la ciudad que pronto será extinguida, y que ellos han abandonado sabiamente. Debo irme a Cape Cod y dejar Southampton; debo abandonar a papá y a mamá, y a la prima Claude; debo huir al cabo para confesarme y besar sus pies, lavar sus pies, sentarme a sus pies.

Papá no puede comprender que me vaya a mitad de las vacaciones. Cuando le digo que los alumnos de quinto de la famosa escuela de Rugby consideraban el mayor de los honores que se les invitara a visitar al doctor Arnold en su casa durante las vacaciones, me dice que es una tontería. Papá piensa que todo es una tontería. Hay algo eterno en las gentes que piensan así, y me cuesta creer, cuando recuerdo su alegre chaleco de verano a rayas sobre su pequeño vientre redondo, el monóculo que no deja de moverse, las toses mientras da golpecitos a su huevo en el desayuno, como si fuera un yanqui de los descritos por Dickens, que papá está tan muerto como lo estaré yo, que mamá es una viuda en la Riviera y que mi hermana Alice es más solterona que Claude.

Papá admite que el doctor Prescott pueda ser un gran rector, pero duda de que sea exactamente un caballero. ¿Una vieja familia de Boston? ¿Qué tiene eso que ver? El rey Eduardo no es un caballero. El káiser no es un caballero. Muy pocos miembros de familias reales, de hecho, son unos caballeros, pero Delancey Parker es un caballero; también lo es Emlen Rutherford. Para formar a un caballero, se necesita Harvard

además de Justin. Y un club además de Dios. No lo olvides nunca, hijo.

La semana pasada, en casa de Lola, en la Rue de Peur, bajo una ventana a través de la cual podía ver al amanecer la aguja de la Sainte-Chapelle, dos jóvenes con camisas de seda roja se apretaban el uno junto al otro, abrazándose por el cuello. Lola, en uno de sus arranques, se había ido a un cuarto con un ruso que había aparcado su taxi abajo y, al otro lado de la puerta, Leo, enarbolando un cigarrillo, esperaba con calma. Éstos son los inocentes. ¿Qué saben ellos del cielo que resplandece sobre los páramos de El Greco? ¿Qué saben de la condenación? A ellos no les ha enseñado un maestro.

—Lamento lo sucedido, Charley, sobre todo porque haya sido en tu propia casa, pero sospecho que hubo un elemento de seducción. Quédate aquí, hijo, hasta que tu prima se haya ido de Southampton. Y no pienses que todo se ha terminado por esto. Yo no era virgen cuando me casé. Verás que te honro con mis propias confidencias. Podrías alardear mucho de esto el curso que viene, pero sé que no lo harás. No, hijo, no llores. Levántate y sal afuera. Camina por la playa y respira el Atlántico. Recita «La playa de Dover», si es necesario. Irá bien con los sentimientos que ahora tienes, pero sé puntual para la cena. Viene el señor Depew, y quiero que lo reciba mi delegado superior.

¿Había fornicado tan sólo para ser perdonado?

Cuando Madame de Genlis volvió a París después de un exilio que había durado un cuarto de siglo, periodo que englobaba la Revolución, el Directorio, el Consulado y el Imperio, lo que más le llamó la atención fue que las señoras que recibían a sus visitas en la *chaise-longue* ya no se cubrían los tobillos. El *couvre-pied* había desaparecido con la democracia; Francia no había querido ni lo uno ni lo otro pero ¿acaso existen grados de importancia en lo que se amontona en la basura? La seducción de Claude, el perdón por la seducción de Claude, el amor del doctor Prescott y la metralla en el bosque de Argonne.

¡Sexto curso! Con los de sexto como apoyo, el doctor Arnold no hubiera cambiado su trabajo por ningún otro en toda Inglaterra. Veo al rubio delegado superior de pie sobre el estrado, con un ojo en el reloj y tocando la campana que convoca la asamblea; lo veo corriendo por el campo de fútbol, con el brazo extendido, avanzando entre los jugadores del equipo contrario; lo veo como el que canta más alto en el festival de música, como el que ríe más alto cuando el director lee a Leacock. Arenga a los de los cursos inferiores para que hagan aún más presente el espíritu de la escuela, y a los de los cursos superiores para que colaboren más con los delegados, hasta que finalmente se va diluyendo, a través de innumerables ejemplos ejemplares, en una especie de cartel de una película basada en la historia de Tom Brown, un títere que se contonea y cotorrea por el escenario con voz fingida, manejado por cinco fuertes dedos ocultos tras el telón, como un Fausto que ha vendido su alma a Dios.

En todo el proceso de no-vivir, éste es el año que menos se vive, esperando la esmeralda verde de junio con el diploma color crema y los libros reencuadernados en cuero rojo que se entregan como premio, pensando en la graduación primero como un día que hay que temer, luego como una liberación y, finalmente, como un punto final, no porque no haya vida tras la escuela (aunque eso puede ser) sino porque la escuela ha absorbido la vida de uno, y el santo vampiro de cejas enarcadas que lee con tanto placer a Lucrecio y a Epicteto nos ha arrebatado la sangre y los huesos para la causa (¡exactamente lo que se le había pedido que hiciera!), y extiende por el campus verde, verde, un fragmento de nuestra piel transparente, un rizo de pelo rubio mojado.

¿No era ésa, acaso, la vida que uno debía abrazar? ¿No era ése el sacrificio que uno buscaba, dejar que el dios de mediana edad volviera a su tierra y a sus muchachos adoptando la apariencia de uno de ellos, para rejuvenecer y redimir su colegio a través de un delegado superior cautivo? ¿Qué importa que no quede nada de uno cuando el gran espíritu sale de su cuerpo? ¿No es un éxtasis ese proceso? ¿O lo más parecido a lo que uno puede llegar?

Cuando pienso en la comunión de la mañana, siempre pienso que es en primavera, y me siento arrastrado por una dulce y triste melancolía sin sentido, y la caricia ligera, estimulante, de un céfiro cálido en mis mejillas, mientras cruzo un campus vacío hacia una capilla que espero que también esté medio vacía. Y entonces recuerdo el golpe amargo del vino amargo camino de mi estómago vacío, y el magnífico fragor de las palabras de consuelo. ¡Cómo pronunciaba él la palabra «consuelo»! Parecía tener más de tres sílabas y estar almohadillada; sugería el ambiente grande, oscuro, frío, forrado en cuero, de un club masculino con servicio discreto, silencioso, perceptible apenas por sus ropas blancas, que pasa entre los miembros medio dormidos llevando exquisiteces. Y yo cerraba los ojos, arrodillándome en el comulgatorio, los cerraba tan fuerte que podía ver explosiones de luz y puntos azulados y, cuando la liturgia terminaba, me volvía, como un perro obediente, a ayudarlo a desvestirse y a escuchar silenciosamente las instrucciones del día.

—He observado, Charley, que los chicos del dormitorio del señor Taylor están llegando tarde cuando se pasa lista por la mañana. También he observado que hay más libros no devueltos en la biblioteca, que la última fila de la clase se estaba riendo por lo bajo en las oraciones de la noche de ayer, que ha habido una pelea con palanganas de hojalata en el baño del señor Dugdale, que los zapatos no siempre están limpios, que las lenguas no siempre están limpias, que las almas están manchadas y la carne es vil (al menos en la medida en que lo es la de los de segundo), que la virtud ha abandonado el campus y el gran velo del templo se ha rasgado. ¿Sabes tú quién lo ha rasgado?

¿Cómo podía pensar que iba a sobrevivir siendo su chico, su hijo, su víctima? Mis compañeros de curso se mantienen a una distancia respetuosa de mí; los miembros del claustro ponen cuidado al pasar a mi lado. El sabueso del rector sólo está a salvo

cuando el rector está presente para alisar el pelo erizado de su cuello con sólo apoyar la mano. Pero si yo le doy juventud, él me da redención. Entro dentro de él y ya no soy más que el latido de un ser poderoso. Si me dejo llevar por mis ensoñaciones, ¡me veo como un ayuda de campo en una colina que domina la batalla, absorbido en las tácticas de mi general, sin que me importen los obuses y las balas sobre mi cabeza! Pero habrá otras batallas en que tales cosas lleguen a merecer su debida atención.

La guerra ha sido un regalo de Dios para la gente a la que le gusta echarle la culpa de la realidad a la realidad. Mi hermana virgen, Alice, y mi madre, virgen de corazón, ambas en Cannes, yendo de terraza en terraza y comiendo *macarons* bajo un sol de *macaron*, hablan de mí y de mis vicios con tonos apagados que vibran de orgullo. Un desastre total, tanto que prometía, menuda tragedia, menuda pérdida. Oh, sí, hubiera sido mejor que lo hubieran matado en el acto. Hay cosas peores que la muerte, mucho peores, y soy yo, su propia madre, quien lo dice. Espero que, cuando me muera, me muera rápidamente, como el querido señor Popley, a los ochenta y ocho años, el domingo pasado en su pista de tenis en Hyères. No me gustaría durar más que mis facultades mentales o vivir siendo una carga para Alice. Quiero vivir mientras sea útil, ni un minuto más. Bueno, es muy amable por tu parte decirlo, pero si de verdad parezco joven para mis años, es porque intento interesarme por lo que hacen y dicen los jóvenes. Al fin y al cabo, el futuro depende de ellos. Y eso es lo que me importa respecto a Charley. No parece hacer caso a nada de lo que pasa hoy en el mundo, salvo a esa mujer (¡no pienso decir su nombre!) y su abyecta pandilla. Bueno, naturalmente, ¡no puedo ni imaginarme qué pensará el doctor Prescott! La última vez que Alice estuvo en París, se dio de bruces con ella en la Rue de la Paix. Por supuesto, la desdeñó completamente. Alice es de las pocas de su generación que aún sabe hacerlo. Es otra de las artes que se han perdido con la guerra.

Puedo oír el estrépito de la risa del doctor Prescott en el susurro de las hojas de otoño en los Campos Elíseos, mientras me bebo un *cointreau*. Lo oigo en el claxon de los taxis. Lo oía en el intercambio de artillería en el bosque de Argonne; lo oía en las botas sobre la nieve sucia y la mugre del barro en la terrible primavera de 1918. Siempre era absolutamente descomunal o absolutamente irrelevante, siempre estaba absolutamente por encima o absolutamente por debajo de cualquier otro sonido. A veces era tan tonto como una carta de mamá; a veces, parecía tener tan poco que ver con mi presente como el recuerdo de una de las grandes muñecas de porcelana de Alice. Y a veces él parecía gravitar sobre el campo de batalla iluminado por el fuego como una maligna caricatura del Káiser, exultante en el Apocalipsis, o exultante al menos por haberlo profetizado, revoloteando por el firmamento surcado de rayos en un grotesco pilla pilla con el cardenal Richelieu, haciendo tanto de perseguido como de perseguidor, como el perro y el gato de unos dibujos animados que avanzaran a trompicones.

¿Ridículo? Toda la fe de Marlowe y Webster se resumía en que la calavera

sonriente era menos ridícula que la corona enjorada que lucía ladeada. Pero ¿acaso tiene más gracia la nada que el cero?

16. El diario de Brian

7 de diciembre de 1942.

Me avergüenza un poco escribir en este diario, cuando se cumple el primer aniversario de Pearl Harbor, que soy más feliz de lo que he sido en toda mi vida, pero estoy empezando a comprender que la felicidad es un estado que Dios aprueba. Un hombre que ha conseguido la unión espiritual con Él podría ser feliz en el circo romano; de hecho, sabemos de santos que lo fueron. El doctor Prescott solía citar a Phillips Brooks, quien, cuando le preguntaban si era feliz, respondía: «Sí, absolutamente». Bueno, no he llegado a tal estado de gracia, ni mucho menos, pero creo poder decir con seguridad que he alcanzado la paz de espíritu. Creo que estoy haciendo lo que debería estar haciendo, y que, si sigo vivo y me gradúo, me ordenaré en la primavera de 1945.

Iría cada fin de semana a visitar al doctor Prescott, a quien se lo debo todo, si él me lo permitiera, pero me dice que es poco patriótico ocupar asientos en los trenes. En realidad, el tren hacia New Paisley nunca está lleno, y lo que de verdad quiere es que aprenda a valerme por mí mismo. Se da cuenta del efecto que tiene su personalidad sobre mí. Algunos dicen que su presencia permanente junto al colegio es la prueba de que no se da cuenta del efecto que tiene sobre el señor Moore, pero están completamente equivocados. No existe tal efecto. Duncan Moore es independiente del doctor Prescott, y el doctor Prescott lo sabe bien.

Lo cual no significa, por supuesto, que al doctor Prescott le guste. Ésa es otra historia.

La semana pasada me dejó ir a Justin porque predicaba en la capilla. Llegué al principio de la liturgia de la mañana y me senté en uno de los últimos bancos, mientras el coro avanzaba por la nave cantando la canción de *Diez mil veces diez mil*, seguido de los dos rectores, el actual y el emérito; Moore, más alto que su predecesor, con su firme voz de bajo claramente audible entre los sopranos y los tenores, y el doctor Prescott, grave y muy majestuoso, moviendo los labios pero sin emitir ninguna nota perceptible, con los ojos fijos en la gran vidriera del altar que representa a san Justino frente a Rústico. Moore, pese a su talla y su vozarrón, bien podría haber sido un alumno caminando junto a su rector.

El seminario me ha hecho más sensible a la personalidad del doctor Prescott como clérigo. El señor Griscam me dijo una vez, con su habitual tono medio denigratorio, que mientras el rector tuviera que ser sacerdote sólo una hora a la semana, su conciencia le obligaría a ofrecer una buena función al menos por el

espacio de esos sesenta minutos. Esto tenía su pequeño punto de verdad, pues el doctor Prescott a veces se sentía culpable, no por no tener deberes parroquiales (pues es obvio que carecía de tiempo para ellos) sino por no haberlos querido nunca. Sin embargo, su razón principal para poner tanto cuidado y dedicación a la liturgia en la capilla era que la consideraba el pilar básico de su plan educativo. Dios, sí, podía estar en todas partes, pero sobre todo estaba en la capilla, cuando los profesores y los alumnos oraban juntos.

Como señaló una vez el señor Havistock, quizá sí hubiera un toque teatral en la antigua costumbre del doctor Prescott de recitar la liturgia de memoria, pero creo que casi todo el mundo está de acuerdo en que es un gran predicador. Un tono sigue rápidamente a otro; patetismo, humor; su voz densa y resonante se eleva, serena, para luego descender al sarcasmo más directo. Puede ser divertido, puede ser sobrecogedor, puede ser sublime. Sólo los envidiosos podrían censurarle el placer que a todas luces ello le causa. Después de todo, es el placer de un gran artista.

Esa mañana se sirvió de la parábola de los trabajadores en la viña para su sermón, y describió humorísticamente la comprensible desesperación de aquellos que habían soportado el calor y las penalidades del día entero para recibir el mismo jornal que los llegados a última hora de la tarde. Pero, de pronto, su nota de ligereza se esfumó; frunció el entrecejo y su inflexión se volvió más honda.

—Así pues, con toda seriedad, muchachos, ¿cuál debería ser nuestra actitud hacia los afortunados de la Tierra, hacia aquellos que tienen mejor apariencia física, mejores cuentas corrientes, mejor salud, o incluso mejor carácter, o más fe en Dios? ¿No deberíamos pedir para que sean (¡y esto puede resultar duro!) tan felices como parecen? ¿Acaso no deberíamos reconocer ante nosotros mismos que el desahogo de sus circunstancias no significa necesariamente que Dios los ame menos? De hecho, tal vez los ame más, porque los afortunados de esta Tierra pueden, en verdad, ser dignos de mucho amor. Y ninguno de nosotros será un verdadero cristiano hasta que haya aceptado la parábola de los trabajadores en la viña, hasta que esté deseando compartir el reino de Dios por igual con los que apenas se han esforzado en su día de trabajo, hasta que haya reconocido que no sería el reino de Dios si hubiera diferencias en él.

Después de la liturgia, cuando estaba saludando al doctor Prescott en la escalera, el señor Moore se acercó a mí para pedirme, muy amistosamente, que almorzara junto a él en la mesa presidencial. Para mi sorpresa, el doctor Prescott nos interrumpió, impaciente.

—No, no, Duncan, se viene a comer a mi casa. Quiero saber cómo le va en el seminario.

—¿Querrán entonces pasarse un poco más tarde?

—Tiene que volver a Cambridge. Le dejaré en uno de los primeros trenes.

Yo no sabía nada ni de la comida ni del tren pero, obviamente, me tocaba callarme. Pensé que el doctor Prescott trataba a su sucesor con la misma hosquedad

que solía utilizar con el señor Griscam. ¿Era ése el tratamiento que asignaba a aquellos que discutían su control absoluto sobre Justin? Sintiéndolo por el director, que tenía que desenvolverse en una posición tan desventajosa, cuando dejamos atrás al señor Moore, me sentí impelido a comentar:

—Todo el mundo dice que está haciendo un trabajo espléndido.

El doctor Prescott paró en seco y clavó el bastón en el suelo.

—¿Quieres provocarme, Aspinwall?

—¡No, señor!

—Bueno, pues te estás comportando como si quisieras. Todo el mundo viene a buscarme para comentar expresamente el gran trabajo que está haciendo Moore. Quieren ver si el viejo león aún puede rugir. Están intentando pincharme para romper la regla sagrada que condena a los jubilados al silencio.

—¡Señor! ¿No pensará usted eso de mí?

Me observó con una mirada dura y severa, desclavó su bastón, gruñó y siguió caminando a través de la hierba.

—Bueno, admito que siempre has parecido un admirador mío particularmente efusivo. Sigue así, hijo, sigue así. Si ese sentimiento no es sincero, dime que sí lo es. Los viejos vivimos del halago, ya lo sabes.

Por suerte, lo conocía lo suficiente como para no creerme del todo la aparente malicia de su actitud.

—¿Qué ha hecho Moore que sea tan criticable? —le pregunté al darle alcance.

Se paró de nuevo y volvió a clavar el bastón en la tierra.

—¿Te has dado cuenta de cómo entran ahora los chicos en el comedor? En mis tiempos, siempre salían por cursos de la asamblea e iban a sus asientos en la mesa formando una fila doble. ¡Ahora entran todos a la vez, en una aglomeración que deja bloqueada la puerta, y aquello parece Nochevieja en Times Square!

Durante un minuto, me quedé tan sorprendido que no pude decir nada. ¿Era éste el hombre que, apenas veinte minutos antes, me había transportado a un viñedo en Palestina, el que me había dado nuevas luces sobre lo que podía conseguirse desde un púlpito? ¿Cómo era posible descender de unas alturas tan espirituales a un ridículo tan terrenal?

—Supongo que, pese a todo, se las arreglan para entrar al comedor —dije, algo perplejo.

—Claro que entran, pero ¿acaso las formas no significan nada para ti? Cuando hayas sido profesor tanto tiempo como yo, sabrás que las formas son tres cuartas partes de la batalla. —Desclavó su bastón—. ¡No! ¡Nueve décimas partes!

—Me sorprende escuchar eso de alguien tan preocupado por lo esencial.

—Oh, ya lo sé, piensas que soy un viejo quisquilloso —farfulló, enfadado, mientras seguía caminando—. Pero eso sólo es porque resulta que soy viejo. Si fuera veinte años más joven y dijera lo mismo, la gente diría que soy profundo. Ésa es la maldición de ser viejo. ¡Ya lo descubrirás, Brian!

—Lo dudo, señor. Con mi soplo en el corazón no creo que llegue a viejo.

—Pareces bien resignado —me contestó, lanzándome una mirada inquisitiva.

—Oh, pues claro que sí. No me importa en absoluto. Probablemente tenga mucho más tiempo del que necesito para hacer la pequeña contribución que parece que voy a hacer.

Entonces nos pusimos a hablar de cuestiones más alegres, del hermoso y despejado tiempo de invierno y de la posibilidad de que nevara. Había hablado con toda intención de mi corazón porque quería detener su deriva autocompasiva. Fuimos a la pequeña casa de campo que tenía alquilada y comimos el delicioso *roast-beef* de la señora Midge. El doctor Prescott vive con mucha sencillez, atendido por su siempre atenta ama de llaves y una criada. He oído decir que, tras la muerte de la señora Prescott, el dinero de la herencia fue a parar a sus hijas, y que el doctor Prescott se ha negado a recibir siquiera una parte, ya que no le interesan las cosas mundanas. Lo único que quiere es un asiento desde el que observar cómo sigue su colegio. Y yo sólo lamento que lo observe de tan cerca.

6 de abril de 1943

El decano de la facultad de Teología predicaba en Justin esta mañana y, sabiendo que siempre me gusta volver al colegio, me pidió muy amablemente que lo llevara y lo trajera en coche. Me sorprendió no ver al doctor Prescott en la capilla, pero el señor Moore explicó en la comida que tenía un ligero resfriado y que le habían recomendado que se quedara en casa.

—Vaya a verlo, si tiene un minuto —me aconsejó, como si dicha visita fuera una obra de caridad y no un privilegio—. Está muy disgustado por la noticia que nos llegó ayer sobre Martin Day. Te acuerdas de Martin, ¿no? Era delegado escolar en el año 37. Han derribado su avión en el Pacífico. Un chico estupendo, aunque estos días sólo oigamos hablar de tragedias.

El decano aún tardaría una hora en irse a Cambridge y, en cuanto terminó la comida, fui a toda prisa a casa del doctor Prescott. Lo encontré solo en el salón, junto al fuego, taciturno, muy apesadumbrado, pero obviamente contento de tener con quién hablar. Me senté en la silla de enfrente y me dediqué a atizar la lumbre de vez en cuando, permitiéndole divagar cuanto quisiera sobre Martin Day.

—Era el típico chico irrefutable, Brian. El mejor ejemplo de honestidad; tan bueno en el trabajo como en el deporte, entregado a su madre viuda, la inspiración para sus hermanas y hermanos más pequeños, pero parecía mirar a la vida con una resignación impasible, como con una amargura contenida, como si estuviera diciendo: «Oh, sí, lo haré lo mejor que pueda, incluso puede que lo haga muy bien, por más que escupáis sobre mí». Ha sido el mejor delegado superior que he tenido; me resolvía muchísimos asuntos y, sin embargo, ¿sabes, Brian?, nunca me cayó tan bien como debería haberme caído. No tenía encanto ninguno. Ninguno. ¿Puedes

imaginarte a un sacerdote de Dios dándole importancia a una nimiedad como el encanto? —Indignado, dio un golpe en la mesa con el puño que hizo saltar la lámpara y los ceniceros—. ¿Puedes imaginarte a un director, supuestamente serio, atento a una sonrisa, un gesto, una manera de bromear? Pues yo lo estaba. Charley Strong, de quien ya lo sabes todo, tenía un encanto extraordinario, pero no era mejor que Martin Day. No lo era. No, no lo era. —Suspiró y sacudió la cabeza con pesar—. Y el pobre Day quería mi afecto y sabía que no lo estaba consiguiendo, y aceptó esto como aceptaba todo lo demás. ¡Igual que, estoy seguro, aceptó esa muerte horrible en las aguas del Pacífico!

—Oh, vamos, señor —lo interrumpí—. Seguro que está pintando las cosas peor de lo que fueron. Yo estaba con usted aquella vez que Day, cuando vino de visita desde Harvard, se unió a nuestro paseo. Y usted fue sumamente agradable con él. Lo recuerdo a la perfección.

—Si lo estuve, es porque estaba intentando compensar lo que no sentía. Un hombre que se erige en director debería distribuir sus afectos por igual.

—Querrá decir que debería aparentarlo —lo corregí—. Hasta el Señor tenía a Juan como discípulo favorito.

Me miró con expresión airada.

—¿Quieres decirme, Brian, por qué siempre muestras tanta inclinación a excusarme? —preguntó—. ¿Es por el trabajo hagiográfico en el que te has embarcado? ¿Tienes algo en contra de que me aparte sólo un poco del papel de santo al que tan implacablemente me has condenado?

Recordé cómo había atacado al señor Griscam por su proyecto de biografía, y me imaginé que llegaba mi turno. Nunca antes había hecho mención de mi costumbre de tomar notas sobre él, pero yo sabía, por supuesto, que debía de estar al tanto. Cordelia se lo habría dicho, si es que no se lo había dicho alguien más.

—En realidad, no sé si se le puede llamar trabajo siquiera —respondí humildemente—. Es cierto que estoy recopilando datos sobre usted. ¿Querría ver lo que tengo? Puedo quemarlo todo, si así lo desea.

No hubiera podido creer que se apaciguara con tan poco. El doctor Prescott me miró con aire casi sumiso.

—No, no, hijo, me parece bien. Si alguien va a «recopilarme», prefiero que seas tú. —Volvió los ojos al fuego unos instantes, guardando silencio—. De hecho, tengo una buena pieza para tu «Prescottiana». Esta mañana la he estado leyendo por encima. Cuando uno pasa de los ochenta años, no quiere tener en su posesión papeles que preferiría que nadie viera en caso de fallecimiento súbito. Este documento, y es una orden terminante, tiene que ser quemado o entregado a alguien de la mayor confianza. ¿Lo aceptas con dos condiciones?

—¿Cuáles son?

—Asegurarse de que David Griscam no lo verá nunca. Lo escribió su hijo Jules, que murió hace veinte años, y le dolería mucho.

—Lo prometo.

—Espera. Eso no es todo. También tienes que prometerme que, si alguna vez publicas algo sobre mí, pondrás lo esencial de esos papeles. Por supuesto, no debes mencionar nombres reales.

Dudé un momento.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque es la constatación escrita de mi mayor fracaso. Por eso lo saqué ayer, cuando me llegó la noticia de la muerte de Martin Day. Martin no fue un fracaso tan grande como el de Jules. Los japoneses mataron a Martin, pero yo maté a Jules. O, para no ser melodramáticos, lo puse en el camino que lo llevaba a la muerte.

En ese momento, me tocaba a mí quedarme mirando el fuego agonizante, mientras meditaba mi comentario.

—Pensaba que se había suicidado.

—Siempre me ha dado pavor pensarlo, porque si fue un suicidio, también fue un asesinato. El coche de Jules, un Bugatti deportivo, se salió de la carretera entre Niza y Cannes, y chocó contra unas rocas. Circulaba a ciento treinta kilómetros por hora, y Jules, como era su costumbre, había estado bebiendo, pero Jules no fue la única persona que se mató. Había una chica en el coche. ¿Por qué iba a querer que esa pobre fulana de la Riviera pagara el precio de sus propios disparates y locuras?

—Quizá ella quería morir con él.

—Y quizá alguien ha visto demasiado cine malo —replicó el doctor Prescott secamente—. Dos meses antes de morir me hizo llegar, del modo más inesperado, pues no nos habíamos visto en tres años, un documento extraordinario. Que yo sepa, no lo ha leído nadie más que yo, además, por supuesto, del psicoanalista francés para el que aparentemente lo escribió. Él debió de alentar a Jules a escribir sobre mí a modo de exorcismo. He oído hablar de este tipo de terapias. Uno saca a la luz sus viejas culpas y las calma simplemente por el hecho de expresarlas en voz alta. Supongo que Jules estaba tan orgulloso del resultado final que quería enseñárselo a su viejo director. —Sonrió con ironía—. O quizá sólo quería venganza.

—¿La tuvo?

—La tuvo al morir.

Se levantó y se dirigió lentamente a su escritorio, del que tomó un grueso fajo de papeles blancos sujetos con una goma. Al dármele, vi que la primera página llevaba el membrete HÔTEL DU PARC, y que estaba escrita con una letra apretada y fina.

—¿Aceptas las condiciones? —insistió.

Dudé de nuevo. Pero, después de todo, me bastaba con no publicar nada.

—Sin reservas.

—Entonces es tuyo. Esto, y todo lo que te dio el pobre Horace Havistock. Ha muerto, como sabes.

—Oh, no, no lo sabía.

—Sí. Hace dos semanas. —Asintió con tristeza—. En el momento preciso. Ya se

le estaba yendo la cabeza. Y creo que David Griscam también te dio algo, ¿no?

—Sí.

—Siempre estamos en deuda con David, ¿verdad? —Seguía asintiendo, pero distraídamente—. Es increíble la cantidad de gente que lo está, y lo mucho que les importa, pero David no hace sonar las llaves de su prisión. Nunca he logrado poner en claro si merecía mucho más de la vida, o si ha tenido todo lo que le correspondía. Pero dime, Brian, ¿crees que encajas allí? ¿Crees que terminarás por ordenarte?

—Si Dios quiere sí, señor.

—Buen chico. —Puso una mano sobre mi hombro—. Estoy seguro de que sí. Trabaja duro, y no vuelvas por aquí. De todos modos, tal vez me vaya a Florida el próximo invierno. La cuestión es que no quiero que me veas. Odio la vejez, y me estoy convirtiendo en un viejo desagradable e irritante. ¡No, de verdad te lo digo! Me molesta cualquier minucia. Todavía puedo ver que son minucias, pero tal vez llegue el momento en que ya no lo vea. Quiero que me recuerdes tal y como era.

—Pero, señor —le supliqué—, ¿no ve que lo necesito?

—No —dijo con firmeza—. Lo que veo es que estás a punto de convertirte en un hombre y que debes hacer solo el resto del camino. Mira, ¿no es ése el coche del decano?

De regreso a Cambridge, intenté consolarme pensando que, en el fondo, no había formulado su prohibición en serio, y me mortificaba darme cuenta de que el peso del manuscrito no leído sobre mis rodillas ayudaba a aliviar mi desaliento. ¿Será posible que la codicia del coleccionista haya llegado en mí a tal extremo que prefiera quedarme con la reliquia en vez de con el santo? Esto ya les ha pasado antes a aquellos que han intentado convencerse a sí mismos con demasiado empeño de su inspiración divina. Ayúdame, Señor, Dios mío, a ser moderado.

17. Las memorias de Jules Griscam

Cuando papá decidió llamarme Jules, por mi abuelo Griscam, la oveja negra cuyas fechorías habían mancillado nuestro honor, debió de sentir que al fin podría liquidar las cuentas de la terrible historia del cumplimiento de sus deberes filiales. Supongo que tenía razones para estar orgulloso de haber sido tan buen hijo, pero no tenía razones para ponerse tan pesado al respecto. ¡Por cada vez que he oído la historia de las deudas pagadas, la he tenido que oír otras cien veces! Por supuesto, yo lo sentía por el pobre abuelo Griscam, cuyas formidables deudas delictivas tuvieron que ser satisfechas de un modo tan ignominioso, y desde la infancia tomé como modelo una romántica idea equivocada sobre él. Con todos los líos que he causado desde entonces, todavía estoy contento de no haber hecho como mi hermano Sylvester. Él tomó como modelo al abuelo Prime y se convirtió en un estirado de categoría.

Nunca me he llevado bien con papá. Nuestras filosofías de vida, suponiendo que de verdad tengamos, son dos polos opuestos, pero reconozco que, como persona, es difícil que a uno le caiga mal del todo. Es condenadamente razonable. Tiene una fe ilimitada en que no hay problema en este mundo que no pueda resolverse sentándose y hablando sobre él. ¡Ah, esas conversaciones! De tanto hablar, le hubiese quitado el corazón a Keats y la alegría sublime a Mozart.

No sé qué instinto primario de autoprotección me llevó a resistirme siempre a él, como los habitantes del campo se resisten a la colocación de postes indicadores y puestos de perritos calientes en sus bellos paisajes. Es verdad que se preciaba de que le importaban el arte y la belleza, pero si alguna vez llegaron a conmovérle, fue a través de la palabra escrita. No le decía nada su entorno físico, se tratara de pinturas o esculturas o incluso de bellezas naturales (aunque sí llevaba un cuaderno de campo de sus avistamientos de pájaros), y era sordo a toda música, salvo a los coros más ruidosos de Verdi. De hecho, su mayor peligro como filisteo consistía en sus esfuerzos por no serlo. Estaba absolutamente convencido de que la cultura, como la gimnasia o las clases de tenis, debía tener un sitio adecuado en nuestras vidas. El epicúreo tenía que ir junto al puritano marcando el paso por la nave hasta el altar de un Dios equilibrado.

Pero lo que papá nunca pudo comprender, y lo que en última instancia destruyó su sistema de vida, es que, si uno intenta emparejar las cosas, siempre termina por prevalecer la que es más burda. Creo que él y mamá deben de haber tenido la creencia inconsciente de que se podía vivir a lo grande aunque no te sintieras a gusto, de que se podía pasar por sociable aunque tus fiestas no tuvieran gracia, de que se

podía ser extravagante aunque, al comprar, siempre te quedaras a las puertas de lo mejor. De ahí que viviéramos en enormes casas de piedra, llenas de corrientes de aire y de dudosos muebles de época, dedicándonos por entero a recibir, sin sentido alguno, a gentes ostensiblemente «importantes».

El miedo a que sus hijos nos convirtiéramos en unos niños mimados fue para él una obsesión constante. Sylvester y yo dormíamos en un frío gimnasio en la parte alta de la casa de la ciudad y, en los veranos en Northeast Harbor, cuando todos nuestros amigos estaban navegando o jugando al tenis, nos veíamos obligados a trabajar en la granja que papá tenía tierra adentro, adquirida con el único propósito de mantenernos ocupados. Amy no pudo quedarse a bailar los sábados hasta más allá de la medianoche, ni siquiera en el año de su puesta de largo, porque papá, que era agnóstico, veía bien tomar prestada la disciplina de la Iglesia, ya que no sus consuelos. Del mismo modo, aunque era un destacado opositor de la enmienda decimoctava, acogió gustosamente su aprobación para prohibir todo rastro de alcohol en casa.

Éramos una familia tan poco norteamericana que papá siempre llevó la voz cantante. No había ni una faceta de nuestra educación que juzgara irrelevante para su interminable afán planificador. Mamá lo aceptaba todo con pasividad, no porque fuera débil, sino porque no tenía interés. Para mí ella fue un tremendo desengaño, pues ni una sola vez fingió necesitar mi abierto y ardiente apoyo. Era muy guapa (o así lo veía yo), majestuosa, reservada y coja, la combinación perfecta para un chico soñador que quería ser el caballero andante de una doncella en apuros. En las muy raras ocasiones en que papá no podía controlar su genio y explotaba ante mamá con una fuerza proporcional al largo tiempo en que se había contenido, ¡con cuánta alegría habría saltado en su defensa, de haber pensado que le importaba lo más mínimo el hombrecillo que despotricaba en la punta de la mesa!

Pero mamá no necesitaba la ayuda de nadie; ella tenía sus propias causas: el sufragio femenino, el control de la natalidad, el Ejército de la Palabra de Dios, y sabía que en el periodo de abyecta petición de perdón que inevitablemente seguía a los estallidos de papá, terminaría por recibir una sustanciosa suma para su causa preferida del momento. Amaba a la humanidad, pero miraba con una benevolencia nebulosa, algo hastiada, a sus ejemplares concretos, incluso cuando ese ejemplar resultaba ser su hijo mayor. Papá era rígido e irritante, pero al menos se preocupaba.

La pasión de su vida —y esto puede explicar parte de la apatía doméstica de mamá— era el doctor Prescott. No estoy lo suficientemente versado en las nuevas teorías de Freud como para poder concretar cuánto había de sexual en su atracción; lo que sí sé es que adoraba al director de un modo celoso y posesivo, y que le causó la única excitación emocional y las únicas palpitaciones de corazón que, según sospecho, su adusta naturaleza estaba destinada a conocer. Al menos, estoy seguro de que no sentía lo mismo con su mujer y sus hijos. Me imagino que, por su subconsciente, han pasado todas las posibles relaciones con Prescott: ser su hijo, su

hermano, su amante, su mujer. Los niños, por supuesto, le cogimos ojeriza al héroe de papá, no sólo por el afecto con que lo colmaba, según creíamos, a expensas nuestras, sino por lo ridículo de su retribución, pues era obvio que, por muy en deuda que estuviera Prescott con papá, incluso por muy grande que fuera su cariño hacia él, papá seguía sin ser un «hombre» según la idea que Prescott tenía al respecto. Sylvester y yo, de niños, en Northeast Harbor, en el transcurso de las visitas veraniegas del gran hombre, moviéndonos inquietos bajo su profunda mirada y sus preguntas retóricas y caprichosas (estaba incómodo con los niños, pues, como un dictador que visita un país libre, sabía que su poder quedaba en suspenso), presentíamos los negros augurios de la enorme factoría disciplinaria a la que nuestro encaprichado padre nos había destinado de modo irrevocable. El doctor Prescott sólo tenía que esperar su hora, y seríamos suyos.

Y, desde luego, cuando llegó la hora, en Justin Martyr no hubo nada que pudiera desmentir mis miedos previos. Una oportuna amigdalitis retrasó un año mi partida, y la ictericia la retrasó otro, reduciendo mi sentencia de cárcel de seis a cuatro años, pero en el otoño de 1918 me metieron en tercer curso, y ahí comenzó mi largo combate con el doctor Prescott. Para un egocéntrico de catorce años, los trascendentes acontecimientos del otro lado del Atlántico apenas existían. El holocausto que por entonces terminaba en Europa se veía empequeñecido ante las dificultades de adaptarme a la jerarquía escolar. Era el único «nuevo» de mi curso y, socialmente, estaba al nivel de los de dos cursos inferiores. ¿Qué era la agonía de las trincheras, sublimada —tal como veía las cosas mi madre— en la maravillosa camaradería surgida de los peligros compartidos, para alguien de mi orgullo byroniano, que tenía que soportar en soledad la deshonor de las novatadas? La humillación suprema fue que mi familia intuyó que los añoraba. ¡Como si no hubiera una clara diferencia entre la nostalgia, enfermedad morbosa a la que siempre permanecí ajeno, y un odio sano y natural hacia Justin Martyr!

Mi primer descubrimiento de importancia fue saber que, en el arte decimonónico de hacer la vida desagradable, el doctor Prescott era un maestro y mi padre un simple aficionado. La «diversión» se limitaba a las actividades grupales; el fútbol, las canciones o las oraciones; el demonio acechaba al chico que se quedara solo, y más aún a dos chicos que se quedaran solos. El director creía que la adolescencia tenía que pasarse en organizado tropel, que la autoridad debía estar siempre alerta, a menos que los chicos se dedicaran a pegarse o a hacer novatadas, o a cualquier otro empeño lo suficientemente salvaje para merecer la calificación de «masculino». La vida más allá del colegio merecía una sospecha universal: los ultramarinos, con sus refrescos y sus revistas chillonas; las desaliñadas chicas del campo; hasta los bosques y arroyos que animaban a los muchachos a dar largos paseos y a ponerse sentimentales con la naturaleza, y quizá también el uno con el otro.

En lo que el doctor Prescott sobresalía por encima de todo era en su intuición de dónde estaba la tentación. En sus tiempos de joven dandi en Oxford, se había paseado

junto al Támesis leyendo a Baudelaire y a Rossetti. Tenía la reputación, creo que merecida, de gozar de un oído perfecto para la música y buen paladar para el vino, y en verdad sabía hablar en griego antiguo y latín. De no haber sido por la pervertida virulencia de su conciencia puritana, podría haberse convertido en un gran artista, o al menos en un gran epicúreo, pero había erradicado el placer de su naturaleza y, en la medida en que fue capaz, también se lo arrancó a los demás, suplicando a su colérico Dios que lo ayudara, con las manos estrechamente unidas y los ojos firmemente apretados, haciéndonos esperar hasta treinta segundos entre la oración que recitaba al final de la liturgia y su tronante «amén», perfectamente consciente, el viejo farsante, de que todos los congregados observaban con reverencia su silenciosa comunión. Hubiera sido un gran actor de repertorio de la escuela de Henry Irving, interpretando a Yago una noche y a Tamerlán la siguiente.

Con todo, se supo salir con la suya. Mi propio padre es una prueba de ello. Si quieres que te tomen en serio en esta vida, debes empezar tomándote en serio a ti mismo. Prescott estaba rodeado por un ambiente de temor reverencial casi increíble, al que padres, antiguos alumnos y profesores contribuían. No creo que a muchos de los chicos les gustara, pero lo respetaban y lo temían, cosa ésta que era mucho más divertida, tanto para ellos como para él. Al menos una cuarta parte de los alumnos, como yo, éramos hijos de antiguos alumnos y habíamos crecido con su leyenda. Estaban orgullosos de su fama, emocionados por su estentóreo liderazgo y entretenidos por su ingenio, sus contradicciones e incluso sus sermones. Como he dicho antes, era ante todo un histrión, y la escuela era un público cautivo pero también entregado.

Nada más llegar, logré disponer a todo el mundo en mi contra por resistirme a las novatadas. Las reglas de las novatadas, como las de todas las actividades no amparadas por la ley, eran precisas. Uno tenía que pelear, pero no mucho. Uno tenía que resistirse con la intensidad justa (la rendición inmediata hubiera sido cosa de un «flojo») y después someterse; luego, tras un plazo fijo, las novatadas cesaban. Resistirse con excesiva violencia, igual que hacer novatadas con excesiva violencia, rompía el código porque atraía a los profesores a un área fuera de la ley que, por acuerdo tácito, dependía en exclusiva de los alumnos, pero yo no estaba para tales sutilezas. Peleé con uñas y dientes, como un gato panza arriba, y terminé tan sacudido que tuve que pasar dos días en la enfermería. El doctor Prescott, que hasta entonces no me había hecho ningún caso —quizá por la presunción de que me tomaría libertades por su amistad con papá—, se acercó a verme y fue ásperamente compasivo, pero sospecho que ya había descubierto que era uno de los que nunca se integrarían. ¿No habría incitado yo a mis compañeros de curso a la rebelión, para dar mala fama a su colegio? Quizá papá le había advertido de que era capaz de hacerlo.

La temporada de novatadas por fin terminó, agotada por su propia intensidad, y me dejaron súbita y dichosamente solo. A partir de entonces fui absolutamente desdeñado por unos alumnos que creían que el silencio era el peor de los castigos.

Ignoraban que me habían dejado el cielo de Nueva Inglaterra y, en última instancia, la primavera de Nueva Inglaterra, una biblioteca con toda la poesía que podía desear, bosques por los que caminar y, de vez en cuando, algún que otro solitario del que hacerme amigo. Así conocí a Chanler Winslow, un chico raro, callado, perezoso y rubio que, aunque apuesto y bueno en los deportes, era rechazado por los otros por «loco». Chanler era muy poco despierto y sacaba unas notas pésimas; era hosco y antisocial, y tenía un genio asesino que, a diferencia del mío, causaba un pavor unánime. Él no hubiera dudado, por ejemplo, en usar una navaja si lo hubieran atacado. Yo le caía bien porque no le pedía nada y porque teníamos la misma pasión por la naturaleza.

Era aún la época en que a los alumnos se les permitía tener cabañas en el bosque, y había unas cuantas junto al río Lawrence, a unos tres kilómetros del colegio, hechas de madera y viejas tablas. Se usaban las tardes de domingo y los días de fiesta. El privilegio databa de una de las raras temporadas sabáticas del doctor Prescott, durante el periodo de mando de un sustituto indulgente, y se sabía que el director estaba esperando la primera infracción de su profusa normativa en torno a las cabañas para acabar con ellas. Pues ¿qué eran, sino un desafío a la protección moral de la vida en grupo, una comunidad rebelde de independientes a lo Thoreau en la misma linde de su aldea de robots? Chanler y yo hicimos la cabaña más grande de todas y la amueblamos con una vieja alfombra y algunos sillones de mimbre comprados en una almoneda del lugar. De habérsenos permitido seguir con ella, creo que podría haber terminado mis años en Justin Martyr sin ignominia.

Y es que la cabaña me estaba ayudando a convertirme en un hombre, al asimilar y sublimar con dignidad mi rencor hacia el colegio. Cuando Chanler y yo nos sentábamos a la orilla del crecido río Lawrence, con una brizna de hierba en la boca, y mirábamos a los pescadores sumergirse en pos de sus presas, o cuando pescábamos o trepábamos a los árboles para buscar huevos de pájaros, o incluso cuando simplemente nos tumbábamos a ver las nubes y las bandadas de patos y de ocas, lejos del ambiente de nerviosismo de los toques de campana y los pies presurosos, mi sentimiento era más de compasión que de desprecio hacia el viejo que pensaba que los chicos sólo iban al bosque a fumar, a beber o a masturbarse.

Pero el viejo y yo no estábamos destinados a pasar el uno al lado del otro sin rozarnos. Un profesor joven, muy rígido, el típico sádico retorcido que es la cruz de los colegios de secundaria, en un intento de ganarse la estima del rector, se pasó la tarde de un día entre semana rebuscando por las cabañas vacías, hasta que encontró tres colillas. Era una prueba poco sólida de que se fumara a escondidas, pues siempre había golfos por los alrededores, pero el doctor Prescott ya llevaba aguardando mucho tiempo, y debió de pensar que no iba a conseguir nada mejor. Al día siguiente, por la mañana, al pasar lista, anunció oficialmente que se iban a dismantelar las cabañas antes del fin de semana.

Por primera y última vez en mi vida, me esforcé honestamente por razonar con él.

Esa noche, después de la cena, solicité una entrevista, y me dijeron que subiera a su despacho a las nueve. Cuando llamé a la puerta a la hora acordada y oí su profunda voz de hastío, «adelante, muchacho», y, al entrar, lo vi inclinado sobre su gran mesa cuadrada, de tal manera que la luz encendida parecía iluminar directamente su frente ancha y reluciente y su denso y corto pelo gris, supe que esa escenografía se había dispuesto para que saliera siempre vencedor. ¿Era una coincidencia que los rincones del cuarto y los grandes bustos de los emperadores romanos en las estanterías circundantes estuvieran envueltos en la oscuridad, de modo que Prescott quedara justo en el centro de la escasa luz que había allí? ¿Era casual que el silencio reinante estuviera en tan dramática oposición con los ruidos del colegio? ¿Tenía alguna intención que los pocos objetos que había sobre esa extensa superficie de caoba fueran de oro macizo: una cruz, un pez, una mitra y un pisapapeles que era una tosca réplica de la Trinity Church de Boston?

Le dije, mientras él me escuchaba con seriedad, que pensaba que era injusto que todas las cabañas tuvieran que pagar por ese pecado, si es que se trataba de un pecado. Insistí en que nuestras actividades habían sido inocentes. Alegué que incluso mi padre nos animaba a estar en contacto con la naturaleza.

—Con la naturaleza, exactamente —me interrumpió el doctor Prescott con una sonrisa caprichosa—. No les impido el contacto con la naturaleza. De hecho, al dejarles sin el techo de su cabaña, estoy quitando un obstáculo entre el cielo y ustedes.

Ante esto, volví al argumento, más sólido, de que era una injusticia hacer pagar a muchos la falta de uno solo.

—Pero, querido muchacho, ésa es precisamente la injusticia de la vida —señaló—. Todos los alemanes pagan ahora por las culpas del káiser y sus consejeros. Todos los jugadores de un equipo de fútbol se ven perjudicados si se expulsa a uno solo. Pero lo verdaderamente fundamental, sí, Jules, lo verdaderamente fundamental, es que todos tenemos un pecado original. ¿Y por qué no? ¿Por qué deberíamos pagar sólo por nuestras pequeñas faltas? ¿No hay algo mezquino y avariento en pedir eso? —Aquí, el doctor fijó sus ojos en mí, atravesándome con la mirada, con la afectación de quien debe pelear, él solo, con su despreciable condición mortal—. ¿Por qué se debe colgar a un hombre que cometió un asesinato que yo nunca me vi tentado a cometer? ¿Hay algo más que una mera casualidad en el hecho de que yo no sea un ladrón, o un perjuró? A veces creo que con nosotros no es posible ser injusto, que nuestra mayor bendición está en los pecados que no hemos sido inducidos a cometer.

—Pero, señor, ¡estoy convencido de que usted no entraría en la clase para ponerle un negativo al primer chico que viera, sólo por la razón de que podría fumar si se le diera la oportunidad!

El señor Prescott sonrió, y debo admitir que fue una sonrisa cautivadora.

—No, pero puedo eliminar esa oportunidad. Y por eso hay que acabar con las cabañas.

—¿Quiere decir que Winslow y yo tenemos que desmontar nuestra cabaña? ¿De verdad, con nuestras propias manos?

Su sonrisa se evaporó, y me miró gravemente con sus ojos castaños. Había tomado nota de mi exasperación, y sabía que podía concederme una retirada digna o bien forzarme a tomar una posición que implicara mi expulsión del colegio. ¿Quería sajar el absceso que yo representaba? ¿O era mejor dejarlo desaparecer de modo natural? Por un momento su mirada se volvió socarrona, y luego la apartó.

—Entiendo, Jules, que usted y Winslow han puesto mucha laboriosidad y mucha imaginación al engalanar su cabaña. Y me hago cargo de que les sería penoso proceder personalmente a la demolición. Piensen ustedes lo que piensen, no estoy totalmente desprovisto de sensibilidad. Organizaré las cosas de tal manera que sean otros los que desmantelen su cabaña. Buenas noches, Jules. Por favor, dé recuerdos a sus padres la próxima vez que les escriba. ¿Siguen bien, verdad?

—Perfectamente bien, señor.

Hasta que no abandoné su despacho no me di cuenta de la inteligencia con que me había manejado. Al aceptar mi queja sobre la manera de derribar las cabañas, me había obligado a aceptar el hecho en sí. Para un simple colegial era, sin duda, una empresa formidable hacer frente al mismo tiempo a un general y a un diplomático.

El año que siguió a este incidente medité mucho sobre mis errores, pero mi única resistencia abierta se limitó a hacer de francotirador en las clases de Religión. Ése era el único momento vulnerable del doctor Prescott, pues si había algo sincero en su naturaleza vodevilesca, era la creencia de tener la misión personal de convencer a los niños para que se acercaran a Jesucristo. Él hubiera deseado, sin duda, poder ordenar que se alistaran en la fe y condenar a los contumaces, pero sabía que su Dios era tan mezquino como él, y que nunca le dejaría que las cosas fueran tan fáciles. Podía ordenar a un chico que jugara al fútbol, o que se duchara con agua fría, o que destruyera una cabaña, pero no podía ordenarle que amara a Dios. Esto era cuestión de propaganda, y el tiempo asignado a tal efecto era la clase de Religión. Él y yo manteníamos en clase diálogos de este tenor:

—Perdone, señor, siempre parece que damos por hecho que el monoteísmo es mejor que el politeísmo. Pero ¿de verdad es así? ¿Por qué no es igual de bueno tener muchos dioses que tener uno solo?

—Buena pregunta, Griscam. Me alegra que la haya hecho. Soy de la opinión que una fe difuminada en muchos dioses perdería gran parte de su eficacia. Por ejemplo, ¿a qué dios rezarle? Y, después de haber elegido, ¿puede uno estar seguro de que su dios no fallará, al haber provocado los celos de otro dios? Por este motivo, en las grandes civilizaciones politeístas, como la griega y la romana, siempre se encuentra un enorme grado de fatalismo. El creyente tiende a verse como mero juguete de unos dioses enfrascados en sus propios conflictos intestinos. No hay nada comparable a la magnífica fuerza y el consuelo que aporta saber que hay un solo Dios, aquí y en todas partes, en uno mismo y en cada átomo de la naturaleza.

—Sí, puede que sea así, señor, pero el hecho de que tal vez sea más bonito que haya un solo Dios no significa que de verdad exista, ¿o no?

Sus ojos castaños parpadearon amenazantes y alzó las tupidas cejas. La palabra «bonito» tenía mucho peligro.

—Por supuesto que no, Griscam. Eso es cuestión de fe. Y en este colegio, que es un colegio religioso, nuestro compromiso es alimentar esa fe. Tenemos la esperanza de que cada alumno sepa del gozo de la fe, pero sólo es una esperanza.

En Historia de la Iglesia yo siempre tenía preparadas preguntas sobre las motivaciones ocultas de las Cruzadas, la celosa destrucción de la literatura pagana a manos de sacerdotes, la quema de herejes y las guerras religiosas. El doctor Prescott inclinaba la cabeza con gravedad y concedía que se habían hecho cosas terribles bajo el signo de la cruz pero, cuando insinué que en Justin Martyr podíamos evitarnos que nos asociaran con hechos tan condenables tomando como momento fundacional de nuestra religión la ordenación de Phillips Brooks, a quien siempre estaba citando, fui demasiado lejos.

—No es usted sincero, Griscam —me dijo con rabia después de la clase—. Se está mofando de las cosas sagradas. Permito la duda, aliento la curiosidad intelectual, pero no hay sitio en mi clase para el cinismo barato.

—Pero sólo quiero aprender, señor —alegué en un tono tan honesto que casi me convenzo a mí mismo—. Sólo quiero estar seguro de que la Iglesia no ha hecho más cosas malas que buenas. ¿Cómo puedo confirmarme en la fe hasta no haber resuelto esa duda?

—Lamento decirle que dudo de usted.

—¡Lo digo de verdad, señor!

—Si es verdad lo que dice, entonces he cometido un error al hablarle así. Tal vez un grave error. —Suspiró profundamente—. Pero cometo errores. Sí, vaya si los cometo. Será dispensado de la clase de Religión el resto del curso, Griscam. Esa hora la puede dedicar a traducir más versos de Virgilio. Tal vez podamos sacar algo de su predilección por los autores paganos.

De nuevo me veía derrotado por el viejo charlatán, pero esta vez con consecuencias más dramáticas. Al parecer, era un caso único en la historia del colegio que un chico fuera apartado de las clases de Religión, y me hizo sentir como un sacerdote luterano preso en un patio en sombras de El Escorial. Los poderes de absorción del colegio eran muy grandes y, con el tiempo, podían atraer a cualquier espíritu rebelde, pero el período consentido de insumisión tenía un límite, y Chanler Winslow y yo lo habíamos agotado. Llegamos a ser considerados «marginales» de forma permanente, y mi única respuesta —pues Chanler era demasiado pasivo e indiferente para idear una— consistió en reclutar a alguien de vez en cuando para nuestra marginada hermandad.

No elegí bien. En quinto curso, nuestro grupo constaba tan sólo de otros dos individuos, aparte de Chanler y yo: Gus Crane, un chico impertinente, malhumorado

y afeminado como una solterona, que finalmente había desistido de adular a los líderes del curso, y Sandy McKim, un muchacho pequeño, soso, amable, torpe, que veneraba a Chanler porque éste, cumpliendo por una vez con la tradición, lo había sacado del río un día de fiesta escolar, después de que volcara su piragua. Todos me tenían como líder, y me seguían, no por la fuerza de mi personalidad, sino porque yo era el único con la voluntad y la imaginación suficientes para disfrazar nuestra mera impopularidad con los ropajes de un ideal.

Y es que yo me enorgullecía de ser partidario del arte y del individuo frente al fútbol y la masa. No me daba cuenta de que mi revolución era tan previsible como la aquiescencia de la mayoría. Por entonces no había leído el deprimente montón de novelas inglesas y norteamericanas que tratan de adolescencias infelices. Pensaba que mi espíritu independiente era algo maravillosamente único, que mi odio era nuevo y puro. Cuando caminaba junto al río, en las gloriosas tardes de los sábados de octubre, no me regodeaba tanto en los oros y los ocres del follaje ni en la fría melancolía del viento de otoño como en la conciencia engréida de que no estaba viendo el partido de fútbol y de que no vería ninguno en toda la temporada, ni siquiera el último con Chelton, que era el momento culminante del año deportivo, el gran acontecimiento patriótico del calendario escolar. Llevé a cabo mi plan, pero los de sexto decidieron someterme al «bombero».

El bombero era un castigo que se impartía de forma semioficial. Se daba por no tener «el espíritu del colegio», delito que no conllevaba ninguna pena formal pero que le resultaba especialmente odioso al director. Los días de bombero, toda la escuela se reunía para que el delegado superior pasara lista, y no estaba presente ningún profesor. Los de sexto estaban allí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándonos con el ceño fruncido. «¡Bórrala, Jones!», gritaba uno de ellos si Jones, por sus nervios, dejaba que sus labios dibujaran una sonrisa nerviosa. En conjunto, la cosa les quedaba muy bien. Tenía algo de pesadilla, incluso para mí, pero el terrible día de mi prueba de fuego decidí resistirme por mi vehemente y elevado sentido de la justicia, y la idea de que, como el conde de Montecristo, tendría toda una vida para tramar venganza.

Había decidido previamente cómo iba a actuar. Cuando el delegado superior gritara: «¡Griscam, al sótano! ¡Marchando!», yo no iba a ponerme en pie de un salto como un conejo asustado para salir correteando de la habitación seguido por una fila de seis verdugos marcando el mismo paso. Aquello no iba a ser ninguna coreografía sacrificial mexicana con una víctima decidida a cooperar, recubierta de flores, tambaleándose al subir la escalera hacia el altar para ofrecer su garganta desnuda al cuchillo de obsidiana. No, si me querían, tendrían que ir por mí.

Cuando oí, a través de la bruma de mi valiente determinación, como si llegara de un mundo aparte, de un mundo más mezquino, la pronunciación crispada de mi nombre y la orden ya conocida, me limité a cruzarme de brazos, en actitud que imitaba burlescamente la postura de los de sexto, y me quedé en mi mesa. Tuvieron

que venir a levantarme y sacarme fuera, y cuando, en represalia, casi me ahogan, metiéndome la cabeza en la gran pila de la lavandería, mientras luchaba por tomar aire, me prometí recordar la risa en que había estallado la clase ante mi actitud, una risa que podía hacer volar por los aires a todos los de sexto como si fueran de paja.

Y es que, al fin, habían ido demasiado lejos. El viejo había ido demasiado lejos. Hubo una poderosa reacción en mi apoyo, y durante los días que siguieron me sentí rodeado de muestras de comprensión. Nunca más se me insinuó que fuera a un acontecimiento deportivo. Si había perdido una cabaña, había conseguido ganar otra, construida con los ladrillos de la rebeldía sobre el mismísimo césped del campus, y desde entonces se me permitió ocuparla sin ser importunado. Los de sexto y los miembros del claustro podían aislarla con un *cordón sanitaire*, pero nunca volverían a intentar arrasarla.

Mi propio paso por sexto, cuando llegó, tuvo algo de triunfo. Logré que la independencia fuera casi una moda. Al mandar un poema rechazado por *The Justinian* a Frank Crowninshield y conseguir que lo publicaran en *Vanity Fair*, gané una gloria a la que ni siquiera el doctor Prescott pudo ser ajeno.

—Nos ha puesto en el mapa, Griscam —me dijo ásperamente una mañana, después de salir de la capilla—. Alguno se preguntará si ése es el sitio donde queremos estar, pero nadie puede minimizar la hazaña de habernos llevado hasta allí.

Así pues, parecía que mi trayectoria escolar iba a acabar en términos agradables, que mi largo enfrentamiento con el director podía concluir con la banalidad de un intercambio de saludos. Y así pudo haber sido si, con el simple acto de dar una vuelta de trescientos sesenta grados a una pequeña pieza de metal, no hubiera desencadenado una serie de hechos catastróficos que iban a hacer temblar los pilares del colegio. Nada podría ilustrar de manera más gráfica las arenas movedizas sobre las que tan precariamente se había construido toda esa absurda estructura como el hecho de que mi acción fuese la acción mecánica que acabo de describir, algo que no hizo daño a nadie y que no se había previsto para hacer daño a nadie, pero Prescott, como todos los grandes idiotas de la Historia, siempre estaba dispuesto a arrasar el mundo por un juguete, una oración, un crucifijo o un dedal.

18. Las memorias de Jules Griscam

Ocurrió, como todo lo malo que ocurría en el colegio, al final del trimestre de invierno. La primavera llegó tímidamente ese año, y la estación fría tuvo una muerte larga y quejosa. Tachábamos los días, uno a uno, con complicadas marcas en los calendarios que teníamos en los cuartos de sexto, y hablábamos sin cesar de chicas y de los bailes de Pascua. Y más allá de la tardía primavera aparecía la graduación y una increíble perspectiva de libertad. El colegio, antaño imponente, se encogía alrededor de nosotros hasta alcanzar las dimensiones de un pequeño pueblo de provincias, tan pintoresco y anticuado como Cranford, y los pobres chicos becados, que antes me habían despreciado por inconformista, empezaban a mostrar feos signos de despertar a los valores de un mundo ajeno al campus, un mundo en el que la amistad de familias como la mía podía contar mucho más que los trofeos chapados en plata ganados en el campo de deportes. Tan sólo la figura del doctor Prescott seguía siendo la misma, y puede que fuera su resistencia a quedar arrumbado, junto a una institución que se revelaba menos duradera que él mismo, lo que me hizo empujarle hasta el rincón de las cosas de la infancia que se abandonan.

Una mañana, al final de las clases, justo antes de que sonara la campana para pasar lista antes de la comida, yo estaba con Chanler Winslow, Gus Crane y Sandy McKim en la galería de Audubon, junto al aula magna, en la que estaban a punto de reunirse todos los cursos. El estudio del director, del cual éste iba a salir en breve, en cuanto la campana hubiera dejado de sonar, para irse al aula magna a dar los avisos del mediodía, quedaba justo a nuestro lado y tenía la puerta cerrada. Por casualidad, me di cuenta de que la llave estaba en la cerradura. El estudio nunca quedaba cerrado por dentro, sólo se cerraba por fuera cuando dentro no había nadie.

—¿A que no sabéis lo que sería divertido ahora?

Los otros tres me miraron con curiosidad, pues había hablado con un tono de apremio. De pronto, me acordé del molino de viento en la casa del abuelo Prime en Long Island. Tenía una escalera de madera, muy vacilante, que llevaba a la plataforma de debajo de las aspas, y Sylvester siempre me retaba a que subiera. Yo siempre lo hacía, aunque lo detestara, porque cualquier cosa era mejor que tener miedo.

—¿El qué? —preguntó Gus con suspicacia.

—¡Dar la vuelta a la llave y dejar encerrado al viejo cabrón!

Tres pares de ojos siguieron a los míos hacia la puerta y, en un tenso intercambio de miradas, comprendí que mis amigos habían calculado la viabilidad del plan. Debía

de haber entonces unos cuarenta chicos caminando arriba y abajo del pasillo, hablando o leyendo el correo, que acababa de repartirse. Sería casi imposible que nos descubrieran.

—¿Lo hago? —pregunté.

Sentí lo mismo que en el momento terrible de poner el pie en el primer travesaño de la escalera del molino. Leí el asentimiento en sus ojos, incluso en los de Gus, y pasé deprisa junto a la puerta de Prescott, deteniéndome sólo el tiempo suficiente para darle la vuelta a la llave y sacarla de la cerradura. En tres pasos ya volvía a estar de vuelta, sonriendo ante el horror de los ojos de Gus al contemplar la llave.

—¡Santo Dios! —susurró—. ¡Ponla otra vez, no seas loco!

—¿Ponerla otra vez? —dije con aire de desprecio—. ¿Cuando me basta con hacer esto? —Froté rápidamente la llave con mi pañuelo y la dejé caer por la ventana abierta—. Ahora, andando todos. Despacio. Naturales.

Veinte segundos después, la campana se oyó por todo el edificio, y nos dirigimos a nuestros sitios en los bancos traseros reservados a los últimos cursos, por detrás de los pupitres de los cursos inferiores. El señor Coogan, el profesor encargado, permaneció de pie sobre el estrado hasta que nos sentamos todos, y luego hizo un gesto con la cabeza al delegado que estaba en la puerta, que en ese momento retiró la mano de la campana. Entonces se volvió hacia la otra puerta, por la que siempre aparecía el doctor Prescott, y esperó.

Esperó un minuto entero. Yo lo miraba, con cuidado de que los ojos no se me fueran a los lados, por si encontraba la mirada de mis compañeros. A continuación, bajó los escalones de la tarima, cruzó el vestíbulo y se llegó a la puerta del director. Primero oímos el golpe en la puerta y luego el ruido del forcejeo con el pomo.

—¿Está usted bien, señor? —gritó el señor Coogan, y entonces oímos un sonido indescifrable, sordo, de enfado, que venía del otro lado de la puerta—. ¿Ha dicho que está encerrado, señor? —preguntó Coogan—. No, en este lado no hay llave. ¿Está seguro de que no está ahí, en el suelo, señor? —Hubo otro rugido incoherente, que por su tono daba a entender a la vez una negativa y una recriminación por la pregunta—. ¿Le busco una escalera para salir por la ventana? —La respuesta hizo que el señor Coogan reaccionara de inmediato, pues salió corriendo, y un pequeño grupo de profesores empezó a apiñarse junto a la puerta hasta que también ellos fueron ahuyentados por otro rugido.

Al final, el señor Ives, el subdirector, apareció en el aula. Sin hacer caso de la conmoción a propósito de la puerta, subió tranquilamente a la tarima, dio lectura a los avisos, tan imperturbable como siempre, y abandonó el edificio para irse a comer a Lawrence House. Al darme la vuelta para mirar hacia el campus, diez minutos después, vi una escalera bajo la ventana del director, sujeta por un grupo de delegados con las cabezas hacia arriba. Luego vi a la gran figura familiar, semejante a un enorme escarabajo, saliendo despacio de la ventana para bajar, también despacio, por la escalera. Cuando Gus Crane me dio un codazo, lo miré de forma distante y me fui

al baño.

Había creído que, a excepción de mis compinches, ningún otro chico podía haberme visto, y estaba en lo cierto, pero había alguien a quien yo no había visto. Ese aprendiz de sabueso, el señor Ives, un hombre que siempre miraba al reloj si oía un ruido infrecuente a fin de estar preparado, de ser necesario, para dar testimonio ante los tribunales del momento exacto en que tuvo lugar, había salido del estudio del doctor Prescott justo cuatro minutos antes de que sonara el timbre, cerrando la puerta tras él. Había observado —porque él lo observaba todo— la cercanía de mi grupo al despacho del director. Esa misma tarde, a las cuatro, había encontrado la llave bajo la ventana más cercana a donde habíamos estado. Con esto, y con nuestra mala reputación, le bastaba. Fuimos convocados al estudio del doctor Prescott después de la cena, donde Ives, en su tono desapasionado y monocorde, narró sus hallazgos y su mortífera conclusión. Tenía que haberlo hecho uno de nosotros cuatro.

Cuando su subordinado terminó, el doctor Prescott abandonó su postura afectadamente meditabunda y levantó la vista. Formábamos en fila ante su mesa.

—¿Quién ha sido? —preguntó, con tono cansado, como con cierto aburrimiento.

Permanecemos en silencio, sin intercambiar miradas.

—Les voy a decir algo —prosiguió, sombrío. Ustedes son de sexto. Y, por ser de sexto, son como los oficiales del colegio. Están, o deberían estar, por encima del código infantil de no chivarse. Informar de otro oficial que ha intentado humillar en público a su comandante en jefe no es sino su deber. Si ese oficial es demasiado cobarde para confesar, intentando así implicarles en su reprochable conducta, ¿por qué habría que protegerlo? Se lo pregunto otra vez: ¿quién de ustedes lo ha hecho? ¿Ha sido usted, Griscam?

—No, señor.

—¿Ha sido alguno de ustedes?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

—No lo sé, señor. No lo vi.

—¿Y usted, Winslow? —dijo volviéndose hacia Chanler—. ¿Ha sido alguno de ustedes?

—No lo vi, señor.

—¿Y usted, McKim?

—No lo vi, señor.

—¿Y usted, Crane?

—Yo vi quién lo hacía, señor, pero creo que no debería pedirme que se lo dijera. Yo no era.

¡Cómo desprecié a Gus Crane en ese momento! Hasta entonces, el viejo tenía pruebas, buenas pruebas, pero ninguna concluyente. Podíamos haberle engañado.

Pero ¡ahora era imposible!

—Yo no «fui» —lo corrigió el director sin sonreír—. Si no quiere decirme quién es, debe compartir su castigo.

—Pero ¡eso es absolutamente injusto, señor!

—Lo sería, si no fueras de sexto. —Prescott nos empezó a mirar de uno en uno—. Muy bien, caballeros. Les voy a dar veinticuatro horas. Si durante este tiempo ninguno de ustedes me ha dado el nombre del culpable, consideraré que ninguno tiene derecho a oponerse al castigo que crea adecuado imponer. —Hizo una nueva pausa, maestro como era en el énfasis dramático—. Por duro que sea el castigo. Quedan dispensados de ir a clase mañana por la mañana. Quiero que tengan todo el tiempo para reflexionar. O para llamar a sus familias y pedirles consejo.

Las veinticuatro horas que siguieron fueron de lo más curioso. Por la mañana, los cuatro atravesamos penosamente el camino embarrado que llevaba al río y nos sentamos sobre el muelle. Mascando briznas de hierba, contemplamos el curso, a la vez calmado y turbulento, del Lawrence. Las sucias manchas de nieve a punto de derretirse bajo los árboles desnudos y aquel sol gris venían a subrayar el vacío que rodeaba el pequeño y estridente idealismo del aislado colegio. Yo me había asomado a sus bordes y estaba preparado y deseoso de caer en ese vacío, igual que Chanler, cuya actitud de agresivo desafío al mundo yo intentaba interpretar como lealtad hacia mí. También lo estaba Sandy McKim, cuya lealtad hacia Chanler permanecía impermeable a cualquier prueba que un simple Prescott pudiera imponer. Sólo Gus mostraba alguna tendencia a valorar aquello que podíamos estar dejando a nuestras espaldas y, conforme avanzaba la mañana, se mostró cada vez más quejicoso y gruñón.

—¿Por qué tienen que castigarnos a todos por lo que hiciste tú, Jules?

—Lo hicimos todos —replicó Chanler—. Todos estuvimos de acuerdo.

—¡Yo no! —soltó Gus—. Jules dijo que iba a ser divertido, y antes de que supiera de qué estaba hablando, fue y dio la vuelta a la llave. Nadie puede decir que fuera mi culpa.

—Entonces, ¿por qué no vas y lo cuentas? —se burló Chanler—. ¿Por qué no vas al doctor Prescott como una niña buena y le dices lo malo que ha sido Jules?

—¡Porque no quiero ser un chivato, está claro! ¿Quién quiere ser un chivato y que lo sepa toda la escuela? Por eso Jules ha procurado meternos a todos en este compromiso. Tendría peor fama que Benedict Arnold^[18]. Pero ¿por qué no confiesa Jules? ¿Si lo van a echar de todos modos, qué saca él de que nos echen a los demás?

—Porque estamos juntos en esto —respondió inesperadamente Sandy McKim—. Hemos estado juntos en todo. Si Jules confiesa, diré que le obligamos a hacerlo.

Esto me emocionó, porque no podía haber previsto esa firmeza en alguien tan pasivo como Sandy.

—Mirad —señalé—. Aquí no van a echar a nadie. El viejo no se atrevería. ¡Echar a cuatro de sexto, a tres meses de la graduación, sólo porque ninguno de ellos quiere

chivarse! ¡Daos cuenta! Los consejeros y todos los antiguos alumnos se pondrían en pie de guerra. No, acordaos de lo que os digo, el viejo está faroleando, y depende de nosotros ver su farol. Además, ¡qué victoria será!

—¿Y si resulta que no va de farol? —insistió Gus.

—Si no va de farol, siempre puedo confesar. Lo prometo. Lo que no puede hacer es expulsaros después de tener un culpable.

Gus tenía que conformarse con esto o soportar el terrible peso de ser un chivato. Optó por un silencio sombrío. Se negó a hablar más con nosotros y, cuando nos presentamos en el estudio del doctor Prescott esa noche, se puso hoscamente a un lado. El director tenía un aire lúgubre y adusto; sus labios no eran más que una fina línea pálida, pero sus ojos estaban cansados, y había algo ligeramente burlón en su expresión, como si se preguntara de dónde habíamos salido aquellos cuatro granujas que sólo parecían existir para atormentarlo.

—Bien, ésta es su última oportunidad —anunció calmadamente—. ¿Alguno de ustedes me va a decir quién cerró mi puerta? —Se hizo un silencio en el que todos escuchamos el resuello de Gus—. ¿Me lo va a decir usted, Crane? —Gus contuvo el aliento, y yo apreté los puños—. ¿No? Voy a contar un minuto. —Sacó su fino reloj de oro, regalo, según yo recordaba, de mi padre, y esperó hasta que la manecilla dio una vuelta—. Muy bien, señores —dijo, guardándose el reloj, con una voz de una tristeza infinita—. No me han dado otra opción. Ahora irán a sus cuartos a hacer las maletas. Pasarán la noche en el pabellón de la enfermería. Voy a telegrafiar a sus familias para que preparen su marcha para mañana, pues debo informarles de que ya no son miembros de esta comunidad escolar y no se graduarán en Justin Martyr. Eso es todo, caballeros.

El hechizo de su autoridad era tan grande que sólo cuando estaba saliendo en fila con los otros tres recordé lo que debía hacer. Cerré la puerta tras ellos y me di la vuelta, quedándome solo frente a la mesa del director.

—Sabe perfectamente que fui yo quien lo hizo.

No hubo ni el menor movimiento en esos párpados que ocultaban sus graves ojos castaños.

—Tenía mis sospechas, sí. Qué disgusto va a tener su pobre padre.

—¿Les digo a los demás que entren?

—¿Para qué?

—Para que les diga que no están expulsados.

—Pero es que lo están. —Su voz profunda se había vuelto metálica—. No veo ningún motivo para modificar la decisión.

—¿Quiere decir que les va a hacer pagar por lo que he hecho yo?

—No, por lo que han hecho ellos. Con su silencio deliberado, se han sumado a su acción. Ahora se sumarán a su castigo.

De no haber sido por mi desesperación, me hubiera reído ruidosamente ante tamaña hipocresía. Lo cierto es que dejé escapar una especie de gruñido ahogado.

—¿Se cree que no conozco su juego?

—Está perdiendo los papeles, Griscam.

—¡Perder los papeles! Nunca he tenido mi papel tan claro. Ni el suyo, señor. Está más claro que el agua. ¡Al rechazar mi confesión, me deja marcado de por vida como el chico que hizo expulsar a sus compañeros para salvar su propio pellejo! ¡Oh! Es maravilloso. Es diabólico. ¡Y pensar que yo, que me creía tan listo, he amontonado la leña a mi alrededor para que usted le prenda fuego!

El doctor Prescott se echó hacia atrás en la silla y cruzó magistralmente los brazos sobre el pecho. Alzó los ojos al techo y dejó la mirada fija allí durante varios segundos. Tal vez buscara en esa sucia escayola algún agujero a través del cual su poderosa divinidad le concediera una explicación de mi comportamiento. Ya no tenía el gesto enojado, ni recriminator. Frunció los labios mientras volvía a mirarme como si tuviéramos que desentrañar juntos un problema teológico.

—Dígame, Jules —continuó por fin, en un tono más suave—. ¿Por qué me achaca una animosidad tan virulenta? ¿Por qué iba a querer yo prenderle fuego a su montón de leña, como dice usted?

—¡Porque mi voluntad ha sido más fuerte que la suya! ¡Porque usted ha pedido a esos tres chicos que me delataran y yo les he pedido que no lo hicieran! Y me han obedecido a mí, pese al riesgo de ser expulsados.

Dominado aún por mi arrebató, no me disuadió lo más mínimo la preocupación que apareció en sus ojos. Obviamente, no le quedaba otra opción que decidir que estaba trastornado. ¿Qué alternativa le había dejado?

—Creo que ha estado bajo una gran tensión, Jules —comenzó—. Creo que debería haber hablado con su padre...

—¿Qué importa ahora mi padre —dije lastimosamente—. Todo el mundo sabe que es su seguidor a ultranza. Usted me ha odiado desde el principio porque era lo bastante listo para saber que yo podía ver en su interior. ¡Tenía que cogermé antes de que yo lo descubriera a usted!

—Y cuando veía en mi interior, ¿qué veía?

No me dejé embaucar por el tono coloquial de su curiosidad. Hice una pausa, pero sólo para poder escupir las palabras más ofensivamente:

—Veía que usted no era Dios. Veía que ni siquiera cree en Dios. Ni siquiera cree que usted sea Dios. Veía que no era más que un dragón de cartón piedra.

—Rezaré por usted, Jules —dijo muy quedamente, casi susurrando—. Y por su padre.

—Y yo también, querido doctor Prescott, yo también rezaré por usted. ¡Hasta que nos encontremos en el Infierno!

En este instante sus ojos centellearon, y yo supe que debía darme la vuelta y salir del cuarto. Suponiendo que él hubiese ganado, yo había tenido la última palabra. Y una última palabra magnífica, por cierto.

Dos días después, papá y yo estábamos dando un paseo por la orilla del Lawrence, con el aire húmedo y tonificante de lo que, por fin, ya parecía ser la primavera. De vez en cuando se paraba para identificar a un pájaro, y una vez mostró sorpresa por ver a un pinzón con la estación tan poco avanzada. No hubo sermones ni reproches. Papá sabía cuándo una situación era irreversible, y no era de los que intentaba revertir esas situaciones. Incluso yo me hacía levemente cargo de lo que debía de significar para él que a un hijo suyo lo expulsaran de Justin, así que hice un esfuerzo por ser diplomático. Le dije que sentía lo que había pasado y que aceptaba mi castigo, pero que esperaba que usara sus buenos oficios para conseguir el perdón para los otros tres inocentes.

—Ya lo he intentado, Jules —me dijo en su tono práctico y lacónico—. Primero le dejé claro al doctor Prescott que no estaba pidiendo ninguna revisión de tu caso. Eso hubiera sido inútil. Pero le supliqué que se limitara a suspender temporalmente a tus amigos y que les permitiera volver para la graduación. Por desgracia, sus padres ya han organizado a un grupo de antiguos alumnos y están haciendo mucho ruido con una campaña de telegramas. Esto, por supuesto, será fatal para sus reclamaciones. No lo consultaron conmigo.

Se encogió de hombros de esa manera que yo tanto conocía, semejante a la de un ministro de Asuntos Exteriores que desdeñosamente se echa a un lado cuando los militaristas o los radicales toman el gobierno. Papá sólo sentía desprecio hacia la estupidez. Me parece que él creía que los estúpidos se merecían el sufrimiento, a no ser que tuvieran la inteligente idea de llevarle sus problemas a David Griscam.

—¿Crees entonces que no hay ninguna posibilidad de que cambie de idea?

—Ahora no —subrayó papá—. El doctor Prescott nunca ha sido un hombre al que se le pudiera obligar a actuar con precipitación.

—Pero ¿los consejeros no pueden imponerse sobre él?

—¿Y que dimita? —Papá me miró con lástima—. ¿De verdad crees que les apetece perder a la persona más importante en la educación secundaria de Estados Unidos para salvar el pellejo de tus tres amiguitos? No sabes nada del mundo, hijo mío.

—No quiero saber nada del mundo —dije amargamente— si el mundo admira a un hombre como el doctor Prescott.

—No debes criticarle delante de mí —replicó papa, súbitamente cortante—. Es muy descortés por tu parte, después de haber provocado todo este lío deplorable. No te he regañado, Jules, porque creo que ya has sufrido mucho y, por desgracia, aún vas a sufrir más. Lo que nos toca ahora, a ti y a mí, es resolver tu futuro.

—¿Y cómo? El viejo ha acabado conmigo. Siempre me van a tener por el chico que no quiso confesar para salvar a sus compañeros.

—Por «siempre» no entiendas más de seis meses —dijo papá con un rápido movimiento de la cabeza—. No te vas a creer lo pronto que pasará todo esto. No, ya verás —repitió con firmeza, y levantó la mano al ver que yo iba a hacer una objeción

—. No hablemos más del tema. La juventud tiende irremediabilmente a no ver las cosas con claridad. Lo único que te pido es que me ayudes a meteros a ti y a tus amigos en Harvard.

¡Harvard! Ni siquiera había soñado que ese horror todavía fuera posible. ¿Es que mis tormentos en Nueva Inglaterra no iban a terminar nunca? ¿Había subido por la escalera del molino de viento para tener que subir una y otra vez?

—Papá —rogué con desesperación—, no creo que Harvard sea mi sitio. ¿No me podría ir un año al extranjero? ¿Con Chanler? ¿O partir en un barco mercante? Por favor, papá —seguí, ya más en serio, pues vi que se iba poniendo rígido—, creo que ésa podría ser la mejor salida para mí. ¡Creo que podría ser la única!

—Ya suponía que tendrías algo así en la cabeza, Jules, pero ¿no ves que irte corriendo a Europa sería quedarte marcado para siempre por este desdichado asunto? No, hijo mío, tienes que hacerlo muy bien en Harvard, y entonces todo quedará olvidado. O, si se recuerda, será sólo una gamberrada típica de la adolescencia.

Supe por sus palabras que la decisión era irremediable. Me estaba «orientando», y no cabía recurrir la decisión.

—Una cosa es meterme en Harvard —le dije hoscamente— y otra cosa es hacerme ir.

—Creo que tú mismo te obligarás a ir —replicó papá, impasible—. Por la sencilla razón de que, si no lo haces, no le hablaré al presidente de Harvard, Lowell, de tus tres amigos. Has sido el causante de que no se gradúen en Justin. ¿Quieres serlo también de que no se licencien en Harvard?

—¡Eso es chantaje!

—En absoluto. Es un intercambio justo. Yo hago una cosa por ti, tú haces una cosa por mí. Eres un chico difícil de criar, Jules. Uno tiene que luchar contigo por tu propio bien todo el tiempo. —De pronto, se hizo a un lado del camino y miró colina abajo, hacia un claro del bosque. Chasqueó los dedos—. ¡Maldita sea! —exclamó, olvidando la cercanía del recinto de Justin—. Tendría que haberme traído los prismáticos. Juraría que eso era un alcaudón real.

19. Las memorias de Jules Griscam

Papá, como era habitual en él, hizo un trabajo eficiente, y se acordó que todos seríamos admitidos en Harvard, siempre que aprobáramos los exámenes de acceso. Por desgracia, él no podía hacerlos por nosotros, y Sandy McKim suspendió. Gus Crane, que había comenzado a odiarme con toda la fuerza vengativa de su temperamento femenino, se encargó de decir a diestro y siniestro que Sandy había suspendido a causa de una depresión nerviosa provocada por nuestra expulsión de Justin. Tal vez hubiera algo de verdad en ello, y ciertamente muchos lo creyeron, y comprendí que la mancha con que me había marcado el doctor Prescott, pese a todo el paciente restregar de mi padre, nunca se iba a ir del todo.

Papá fue fiel a su palabra y no me puso ningún castigo porque «ya había sufrido bastante», pero sugirió que tal vez fuera más «oportuno» que ese verano, en vez de unirme a la familia en su magnífico viaje por los hoteles de lujo de las capitales europeas, me quedara a trabajar como monitor en un campamento organizado para chicos de la ciudad, del que él era consejero. Yo lo acepté, tomándolo como una oportunidad para saldar mis cuentas con él, y cuando entré en Harvard en otoño ya no tenía la menor sensación de estar en deuda por lo que había hecho —o intentado hacer— por mis compañeros de fechoría. Era curioso, teniendo en cuenta lo poco que papá esperaba que le dieran las gracias, que nadie pudiera soportar estar en deuda con él.

Lo único que parecía ofrecerme Harvard era libertad: verme libre de mi casa y verme libre de Justin Martyr, y Chanler y yo, como compañeros de cuarto, decidimos bebernos esa libertad a grandes tragos. Evitábamos a nuestros antiguos compañeros del colegio y dejábamos que se nos fueran las tardes y el dinero en los barrios de Boston de los cuales el doctor Prescott pretendía mantener al margen a sus alumnos. A Chanler sólo le interesaban de verdad las mujeres de baja estofa, y a mí el alcohol. Formábamos una pareja bastante deprimente para ser dos hombres que querían disfrutar de su recién descubierta libertad.

Papá me había dado una enorme suma de dinero para el curso, con la cual, de acuerdo con sus habituales teorías sobre la «responsabilidad», tenía que mantenerme a mí mismo y a dos primas de la familia Griscam, dos solteras indigentes, unas pobres muchachas a las que condené a un lamentable estado de necesidad, haciéndoles grandes promesas para el futuro. Sabía que al final terminarían por quejarse a papá, pero aquél era mi momento, y ese momento era todo cuanto había deseado. No tenía ninguna fe en Harvard ni en papá ni en sus pesadas teorías. La

realidad era la ginebra, el whisky, la poesía, conducir a toda velocidad y el funesto recuerdo de Justin Martyr.

Y es que lo más exasperante del doctor Prescott era que parecía negarse a quedar confinado en el pasado. A veces creía que su sombra aún resultaba más grande en Harvard de lo que había sido en el colegio, y que no habíamos conquistado nuestra libertad, sino que él había ampliado sus dominios. Mi tutor siempre me preguntaba por él. Se jactaba de ser progresista y estar en contra de los colegios privados, pero le gustaba describir a Prescott como el único intelectual que había logrado ser director de un colegio en Nueva Inglaterra. Las personas que conocía en clase, en el campus, en las noches de Boston, cuando sabían que había estado en Justin, lo identificaban de inmediato con Prescott y hacían preguntas del tipo: «¿El viejo es tan ogro como dicen?», pero incluso en esa pregunta había un aire de respeto. Hasta las fulanas de Chanler habían oído hablar de él. Y, ciertamente, todavía me encontraba rodeado de recordatorios de su azote: el pobre Sandy McKim, que trabajaba de infeliz empleado en una compañía de seguros de Boston; o las amargas miradas de su hermano mayor, Bert, un chico de segundo curso; o la decena de pequeños recordatorios semanales, por alusiones o pequeños desaires, de mi reputación de apestado.

Era como si el doctor Prescott me hubiera retado a un juego que consistía en probar cuál de los dos era real, y estuviera celebrando entre risas su triunfo. «Pensabas que ibas a encontrar tu mundo yéndote de Justin, ¿verdad? Pero, querido muchacho, has subestimado de modo deplorable al viejo prestidigitador. ¡Todo el universo se ha convertido en un colegio!». Por supuesto, no era así, y yo lo sabía. Y el viejo diablo también lo sabía, pero podía lograr que lo pareciera. Sabía que, pese a que a los hombres les importaba poco la religión, todavía anhelaban ser hipócritas. En su calidad de único lunático en un mundo de cuerdos asustadizos, hacía que sus semejantes fingieran estar en un manicomio.

Creo que fue mi sentimiento de impotencia ante la derrota lo que me llevó a beber. Dudo de que llegara a ser un verdadero alcohólico, ya que tras haber alumbrado mi gran idea, tras acariciar amorosamente el arma secreta —larga y punzante— que iba a emplear, comencé a vivir más de la excitación que me producía esa idea que de la ginebra, recurriendo a esta última sólo cuando mi arma parecía atascarse, o en los momentos de desesperación en que mi mano agarrotada no podía encontrarla.

Mi plan llegó al mundo en la improbable sala de partos de una fiesta que Chanler Winslow y yo dimos tras el partido con Yale. No conocíamos a la mitad de la gente que había venido. Algunos sólo se habían equivocado de fiesta. Las fulanas de Boston de Charles no contribuían a elevar el ambiente y, pasadas un par de horas, me retiré a un asiento junto a la ventana, aislándome confusamente, con una copa y una botella de whisky, para contemplar con ánimo de burla la escena que tenía frente a mí, a través de los ojos de mi aprensivo padre.

—Anda, pero ¡si aquí está nuestro Jules! El valiente que jamás se chivaría... de sí

mismo.

Me quedé mirando pensativo la alta figura del hermano de Sandy, Bert McKim, coronada por una cabeza pequeña, llena de granos, con facciones también pequeñas y el pelo rubio y pegajoso.

—Qué amable —contesté—. En otros tiempos, sin duda más envarados, la gente estaba convencida de que no debían ir a fiestas de personas a las que tenían por reprobables. Hoy, con la lengua desatada por las copas que paga el anfitrión, se sienten libres de echarle en cara su rencor.

Bert se me quedó mirando con una embarazosa indecisión.

—¿Es una fiesta? ¿Y de quién es? No la darás tú.

—Pues resulta que sí, querido compañero. Y, por favor, no me malinterpretes. Eres muy bienvenido. Me odias por lo de Sandy. Yo odio al mundo por lo de Sandy. Tenemos más en común de lo que te imaginas.

—Si hay un buen chico, ése es Sandy —dijo Bert en un tono hosco y suspicaz—, y lo que le pasó a él no le debería haber pasado ni a un perro.

—Estoy muy de acuerdo, pero pareces muy atento para ser un hermano mayor. No puedo preciarme de albergar el mismo sentimiento por mi hermano Sylvester, aunque espero que tendría la decencia de aparentarlo.

—Sandy y yo siempre hemos hecho muchas cosas juntos. —Bert se sentó, vacilante, en el asiento junto a la ventana, y me quedé estupefacto al ver lo que parecían ser lágrimas en sus ojos. ¿Estaba simplemente borracho y emotivo? Dejándome llevar por una súbita inspiración, comencé a recapitular todo lo que sabía de él. Sabía que él y Sandy eran los hijos del primer matrimonio de su padre, y que compartían el vínculo de una madre muerta y una sustituta poco comprensiva. Bert no había ido a Justin por una sinusitis crónica, ya curada, pero había visitado el colegio muy a menudo con su padre, y sin duda conocía bien el terreno. En cuanto tuve el primer atisbo de mi idea, quedé tan deslumbrado por lo maravillosa que era que eché la cabeza atrás para reírme.

—Laertes —parafraseé alegremente—, ¿querías a tu hermano? «¿O eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante, cuando les falta un corazón?»^[19].

—¿De qué estás hablando?

—De tu hermano; de lo que de verdad le pasó a Sandy; de ti y de mí. Y de lo que podemos hacer tú y yo al respecto.

—¿No crees que ya has hecho suficiente?

—Por Dios, amigo mío, ¡ni siquiera he empezado!

—¿Cómo?

Bert parecía muy confuso, y vi que era el momento de actuar con decisión.

—Sandy me preocupa tanto como a ti, Bert. Ten eso muy claro. Pero no sólo me propongo lamentarme. Me propongo actuar, si es que doy con la persona indicada para hacerlo.

—¿Para hacer el qué?

—Quiero vengarme del viejo mezquino que se lo cargó —dije con audacia—. Pero ahora no es el momento de hablar de esto. Tú y yo tenemos que vernos a solas, si te interesa. Te diré cuándo. Y dónde. Lo que ahora quiero que hagas es irte de la fiesta fingiendo un ataque de rabia, diciéndole a todo el mundo que no sabías que la daba yo, y que no te piensas quedar ni un minuto más. Sobreactúa. ¿Quieres que te ayude?

Se me quedó mirando con cara inexpresiva, y yo me levanté y le dije, en voz alta, para que todos lo oyeran:

—¡Bueno! Si eso es lo que te pasa, ¿por qué leches no te vas?

Bert se levantó lentamente.

—Por supuesto que me voy —dijo con hosquedad—. No hubiese venido de saber de quién era el cuarto. —Habló con tanta convicción que pensé que mi plan estaba perdido, hasta que, al darse la vuelta para salir, vi que me hacía un largo guiño.

Dos noches después, estaba sentado en el cuarto de Bert McKim y observaba sus ojos pequeños, brillantes, mientras le contaba la historia, o mejor dicho, una versión, de lo que le había pasado a Sandy. Comencé con el episodio de la piragua volcada en el río Lawrence, cuando Chanler Winslow había ido nadando a rescatar a Sandy, e insistí mucho en la dócil devoción con que Sandy se había adherido desde entonces al problemático transcurrir de la trayectoria escolar de Chanler, pero el pequeño giro que di a la historia, y que hizo que la pesada respiración de Bert se entrecortara súbitamente, consistió en insinuar que el doctor Prescott, que tenía una notable aversión a lo «sentimental», había diagnosticado que el afecto de Sandy hacia Chanler era de esa naturaleza, y que los había vigilado desde lejos con ojos bien atentos.

Desde este punto de vista, todo el ridículo incidente de la llave en la puerta ¿qué era sino la oportunidad largamente esperada por el viejo para librarse de Sandy y Chanler bajo el pretexto del incumplimiento de sus deberes como alumnos de sexto? ¿O acaso la indignación de padres y consejeros, qué digo, de todo el cuerpo académico, no había aportado ya suficientes testimonios de que la versión oficial era demasiado endeble? Y al darle entonces a Bert, y sólo a Bert, esta explicación más convincente, pensé, entusiasmado, que nunca podría comprobar la verdad que había en ella sin correr el peligro de poner en marcha el mismo rumor cuya autenticidad estaba comprobando. ¡Oh, qué bien encajaba! Qué bien encajaba todo.

El efecto sobre Bert resultó casi excesivo. Durante unos minutos, apenas pudo articular palabra.

—¿Será posible que un hombre así se salga con la suya? —tartamudeó al fin—. ¿Que el viejo demonio siga recibiendo gloria tras gloria, aquí y allá, con todos los idiotas de Massachusetts cantando sus alabanzas? ¿La palmará sin saber lo que

pienso de él?

Le sostuve la mirada hasta que se fue calmando. Luego sonreí y crucé las piernas.

—He estado pensando mucho en todo esto, y me parece que hay una manera de devolverle la jugada a Prescott. Creo que he encontrado su talón de Aquiles, y por ahí podemos atacarle.

—¿Por dónde? Dime.

—Paciencia, amigo mío, paciencia. —Levanté la mano para contenerlo—. Escucha. El asunto tiene su filosofía. El viejo es astuto, muy vivo, y más retorcido que un sacacorchos. Puede convencerte, y puede convencerse incluso a sí mismo, de que Jesucristo bajó a la tierra para que Francis Prescott fundara su colegio, pero una cosa en la que realmente cree es en la «mística» de su colegio.

—¿Adónde quieres llegar?

—Verás. Para darle al doctor Prescott donde de verdad le duele, hay que profanar el colegio. Tiene que quedar claro que sólo puede haberlo hecho alguien que estudió en Justin, y tiene que ser anónimo, para que el viejo nunca sepa, al darle la mano a cualquiera que esté relacionado con el colegio, si está o no dándole la mano al profanador.

Bert asentía lentamente conforme iba asimilando mi idea.

—¿Tú crees que eso le dolería de verdad?

—Creo que incluso podría destruirle.

—¿Y cómo vas a llevar a cabo esa... profanación?

—Ah, ése es el quid de la cuestión. Tras darle muchas vueltas, he dado con tres cosas. Hay que recortar la cara del retrato de Phillips Brooks en el comedor del colegio. —Sonreí lúgubrementemente mientras oía el rechinar de los dientes de Bert—. Hay que hacer pedazos el manuscrito del himno escolar que compuso Richard Watson Gilder que se conserva en el colegio. Y hay que hacer un agujero en la imagen de san Justino Mártir que hay en la vidriera del altar de la capilla.

—¡Oh, no! —protestó Bert, escandalizado—. ¿Qué tienen que ver los santos con Prescott? ¿No podemos dejar la capilla fuera de esto?

Negué rotundamente con la cabeza.

—Estas tres cosas tienen su profundo significado espiritual. Hacer sólo una o dos no sirve de nada. Hay que hacer las tres. Si te ayuda saberlo, mi padre donó esa vidriera, así que casi tengo derecho a disponer de ella.

Bert me miró con suspicacia, pero algo atemorizado.

—¿Cuándo lo haríamos?

—Querrás decir que cuándo lo harás, querido amigo.

—¿Yo? ¿Yo solo?

—Me temo que es la única manera. Voy a detallarte toda la operación de manera que esté prácticamente exenta de riesgos. Pero yo no puedo ir. De hecho, he de tener una coartada absolutamente segura para la noche en que se haga, pues es obvio que me convertiré en el primer sospechoso. Y, por otra parte, nadie pensaría nunca en ti.

Ni siquiera has ido al colegio, ¿cómo vas a conocer sus símbolos?

Bert permaneció en silencio y sin moverse durante al menos dos minutos. Entonces se levantó y sacó una botella de whisky de su mesa.

—Cuéntame el plan —dijo, lacónico.

—Primero alquilas un coche en Boston. Tengo el sitio y el dinero. El colegio está a cuarenta minutos en coche. He hecho un plano en el que podrás ver exactamente dónde aparcar. El recinto está abierto por la noche. Puedes entrar al comedor con toda facilidad y cortar el retrato. La biblioteca, ya lo sabes, está en el ala anexa, y la llave de la urna de cristal del manuscrito cuelga de un gancho junto a la mesa del bibliotecario. Por último, la capilla. Te daré una caña de bambú con punta de acero que llegue hasta la ventana. Esto es lo único que va a hacer algo de ruido, pero será muy poco, y la capilla está lo suficientemente lejos del dormitorio más cercano para que nadie lo oiga.

—¿No hay vigilante?

—Está el viejo Pete, pero se queda leyendo los periódicos y bebiendo café en la cocina del ama de llaves. Da una vuelta al campus cada hora en punto. Puedes empezar a y cuarto, y en veinte minutos tendrías que haber terminado.

—¿Cómo sabes que esas cosas siguen igual? Llevas desde el año pasado sin ir al colegio.

—Nada cambia en Justin. Al menos, nada sagrado.

—¡Espera! ¿Y si me cogen? ¿Me llevo yo todo el castigo?

—Te daré una carta con todo nuestro plan detallado. Para inculparme a mí, lo único que tienes que hacer es dársela a las autoridades.

Bert se volvió a quedar en silencio y luego asintió.

—Voy a pensarlo —concedió con gesto adusto—. Admito que no suena tan mal.

Apenas dos días más tarde tenía una escueta nota en mi correo, que decía «OK» y fijaba nuestra próxima cita en el cuarto de Bert. A partir de entonces, nuestro plan se puso rápidamente en marcha, pues Bert quería llevarlo a término en el apogeo de su entusiasmo. Estudió el mapa que le di, en el que estaban señalados los emplazamientos exactos del cuadro y del manuscrito, y elegimos una noche de media luna. Acordamos vernos no al día siguiente, que iba a ser miércoles, sino el jueves, día en que ambos teníamos una clase en Adams Hall. Nos encontraríamos un momento en los aseos a las once.

Decidí pasar la noche de la gran hazaña con Chanler, en el piso de dos de sus amiguitas. Así, cuando los detectives informaran al director y a mi distinguido padre sobre el paradero de Jules Griscam, tendrían otro motivo de conmoción. Pero lo cierto es que estuve demasiado nervioso para hacer cualquier cosa que no fuera beber y quedarme hasta muy tarde recitando poemas y hablando como un loco de los años en el colegio, para asco de Chanler y aburrimiento de las chicas. El día siguiente lo

pasé entero mirando las caras de mis compañeros de clase, de mis profesores, de la gente que veía en la calle, en busca de alguna indicación de que el acto se había consumado. Incluso miraba en dirección al colegio, a lo lejos, como si esperara ver un brillo rojizo en aquella parte del cielo, pero, por supuesto, nada ocurrió que señalara ese día.

El jueves a las once esperé en los aseos, con mucha tensión, hasta que Bert, increíblemente sereno, abrió la puerta de golpe. Miró en torno para asegurarse de que estábamos solos y entonces sacó un sobre color marrón de su chaqueta.

—Aquí está la cara del retrato. ¿Quieres verla antes de que la quemé?

—¡Sí! ¿Y el poema?

—Destruído.

—¡Oh, Bert! ¡Eres mi Aquiles! ¿Y la vidriera?

—En el último momento... no me atreví, —dijo inclinando la cabeza—. Después de todo, maldita sea, es una iglesia. Con lo que hice basta.

Hice un gesto de dolor, como si me hubieran hecho un corte en la mejilla con una navaja de afeitar.

—De todos modos, déjame ver el retrato —dije entre dientes.

Sacó un trozo de lienzo del sobre y lo mostró a mis incrédulos ojos. Lo que vi era parte de la mejilla, de un extraño color crema, la nariz ganchuda, de un extraño color rojo, un ojo muy grande, y el enorme y poblado entrecejo, horriblemente familiar.

—Pero ¡éste no es Brooks! —dije entrecortadamente, con horror—. ¡Es Prescott! ¡Es el retrato de Laszlo!

—Sí, pensé que sería mejor recortar la cara de ese viejo cabrón antes que la del obispo Como-Se-Llame. Creí que tal vez no te habías acordado de que su retrato estaba ahí. ¡Sshhh! Viene alguien. —Y cogió de nuevo el trozo de lienzo y me abandonó allí, con los cielos desplomándose sobre mi cabeza y en medio de la tormenta de mi desesperación.

No sé cómo volví a mi cuarto. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbado en la cama, mordiendo la almohada entre sollozos de rabia. Macbeth no estaba más frustrado por la huida de Fleance que yo por el terrible azar que había convertido al águila bellamente diseñada de mi venganza en un mirlo chillón. Y es que, ¿qué le iba a importar a Prescott ese mezquino vandalismo? ¿Qué le iba a importar que algún resentido alumno de Justin atacara su efigie? ¡Qué ridículo, qué pueril, qué propio de un criado despedido, de un conserje descontento! Y, de hecho, si recaía la sospecha sobre mí, fuera como responsable o como cómplice, qué fácilmente iba a poder encogerse de hombros y decir: «Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa cabe esperar de un chico que hizo que expulsaran a sus amigos por salvar su propia piel?». Era demasiado, después de todo lo que había pasado, demasiado para que mi odio, mi orgullo, mi amor propio, lo pudieran soportar. Me senté y bebí de una botella de ginebra hasta que me sentí arder por dentro.

No sé cómo no me maté en mi enloquecido viaje al colegio en el coche de

Chanler. No sé cómo pude avanzar, dando tumbos, de la carretera hasta el mazacote en sombras de la capilla, agarrando una piedra que traía desde Cambridge; ni sé cómo pude llegar a la parte de atrás, donde a la luz de la luna se veía el arco oscuro de cristal de la gran vidriera de san Justino Mártir sobre el altar. Y no sé cómo, de manera aún más milagrosa, fui capaz de ver a las dos figuras que venían disparadas hacia mí, una por cada lado, y de lanzar la piedra y oír cómo se rompían los cristales con un sonido que llenó mi alma de satisfacción, justo antes de que me inmovilizaran los agentes de policía y me maniataran en el suelo.

A la mañana siguiente, tumbado en el catre de una celda de la cárcel de New Paisley, acusando los estremecimientos y los largos escalofríos de la resaca, tuve mucho tiempo para meditar sobre el punto más bajo de mi corta e infeliz trayectoria. Ahí, al fin, estaba yo, el pecado hecho hombre. Al menos tenía la esperanza de que la vidriera del altar rota de una pedrada me hubiera ascendido a la dignidad de pecador. El pecado, el verdadero pecado, a los ojos de nuestra sociedad, casi siempre es un acto simbólico, porque, a fin de cuentas, ¿qué había hecho? ¿Había matado a alguien? ¿Había hecho daño a alguien siquiera? ¿Algún prójimo mío sufría, o había tenido hambre o sed por mi culpa?

Desde el principio, todo cuanto había hecho era dar una vuelta a una pieza de metal y arrojarla por una ventana hacia la hierba, donde en última instancia fue recuperada. Luego había causado la destrucción de un trozo de papel en el que estaban escritos los versos de un poema muy malo, del cual, desgraciadamente, había miles de copias. Quizá era más grave que mi compinche hubiera rajado un cuadro y yo hubiera roto una vidriera, objetos ambos de orden inferior, y uno de ellos de fácil arreglo. Si todos mis pequeños daños hubieran sido accidentes, nadie hubiera mostrado la menor preocupación. Mi intención era lo que marcaba la diferencia, mi desprecio por todo ese ridículo embrollo de lares y penates; en resumen, mi profanación de los objetos santos de nuestra supersticiosa sociedad cristiana. ¿Acaso podía esperar, en toda una vida, hacer sólo una parte del daño real a los demás que conseguían hacer hombres «buenos» como el doctor Prescott y que aprobaban hombres «buenos» como papá? Si Satán no era director de un colegio, como mínimo era un padre. ¿En qué lugar del mundo había sitio para alguien tan malvado y tan inofensivo como yo?

El doctor Prescott fue a mi celda esa misma tarde, adoptando la apariencia del filósofo cansado que lo ha intentado todo, lo ha perdido todo y lo acepta todo. Era una representación soberbia, realzada por su hermoso y arrugado traje de cachemira gris y su chaleco negro, y por la melancólica modulación de su discurso.

—Cuando me vaya, Jules, usted también podrá irse —me dijo—. La escuela no va a presentar ningún cargo. Lamentablemente, Harvard ha sido menos indulgente. No puede volver allí, pero tal vez le interese saber que intercedí por usted ante el

presidente Lowell. Por desdicha, ha sido en vano. Es un hombre muy firme. La mala acción de una noche podía perdonarse. Pero no las de dos noches seguidas.

—¿Dos? —pregunté bruscamente—. ¿Cómo que dos?

—Esta mañana encontraron en su cuarto una copia de su carta a Bert McKim —respondió, cortante—. Eso ha venido a resolver el misterio de que usted estuviera con Winslow en un lugar de mala nota la noche del martes. Otra vez, Jules, se las ha arreglado para implicar a otro, pero me alegra decirle que el presidente Lowell tal vez reconsidere el caso de McKim.

Me encogí de hombros. Me importaba muy poco Bert McKim. Quizá me había endurecido desde sexto. Quizá tan sólo estaba irritado con él por cómo había echado a perder las cosas.

—¿Adónde voy ahora? —pregunté—. ¿Mi padre lo sabe?

—Su padre está aquí. Le pedí que me dejara verle. Ahora está hablando con el señor Ives sobre la posibilidad de que siga con su formación en el extranjero.

—¡Qué bueno es papá! —exclamé, riendo burlonamente—. Siempre está intentando pegar los trozos de la vajilla rota. Si es capaz de arreglar esto, deberían encargarle que recomponga a Humpty-Dumpty^[20].

El hondo surco del entrecejo del doctor Prescott se volvió más profundo. Suspiró ruidosamente.

—Dígame, Jules, ¿no tiene remordimientos?

—¿Remordimientos? ¿Por lo que usted me ha hecho a mí?

—En otros tiempos había gente a quien se consideraba poseída, poseída por el demonio. —Movié la cabeza de lado a lado, vigorosamente—. A veces me pregunto si no hemos despreciado muy a la ligera esa superstición. No sé, si no, cómo explicarme la extraordinaria malignidad que ha manifestado contra el colegio y contra mí desde el principio.

—¿No podría ser que estuviésemos poseídos los dos? ¿No podría ser que nuestros demonios se hubieran reconocido entre sí?

Al devolverme la mirada, me pareció adivinar en esos ojos grandes una mezcla de aprensión, curiosidad y algo parecido al temor.

—¿Qué quiere decir?

—¿No es cierto que la gente con un demonio dentro lo siente muy pronto? —pregunté—. Yo creo que siempre he sido muy consciente del mío, como si fuera una tenia perezosa, cómoda y calentita, alimentada por el revoltijo de mis ideas, pero el suyo, supongo, lo ha pasado peor que el mío, pues cuando usted se dio cuenta por primera vez de que estaba ahí, agazapado, de inmediato vio la posibilidad de montar un espectáculo a propósito de su conflicto con él. Fundó el colegio a modo de escenario para que, década tras década, generaciones de chicos atónitos pudieran asistir a su representación de Laocoonte. ¡Todo un espectáculo! Hasta que el diablo se asomó y vio a su supuesta víctima pavoneándose en el púlpito, rezando y predicando, y exhortando, y se dio cuenta de que el Gran Barnum redivivo lo había llevado a su

circo y que estaba haciendo una fortuna como encantador de serpientes.

—¿Y luego qué hizo? —La pregunta de Prescott era casi un susurro.

—Bueno, los diablos siempre se las arreglan para decir la última palabra, como sabe —dije mirándolo con dureza—, sobre todo con aquellos que hacen un espectáculo de la misericordia de Dios, con los que usan las cosas de Dios como atrezo para un vodevil. Por eso su hermosa construcción académica, su palacio de mentiras, ha tenido al menos a un graduado, a un graduado moral, digamos, que ha llevado su obra de teatro hasta las últimas consecuencias y ha destrozado la enorme vidriera de su idolatría ante una multitud boquiabierta.

Prescott dejó caer su gran cabeza sobre las manos y dijo, quejosamente:

—Jules, Jules, hijo mío, ¿qué te he hecho?

Cuando volvió a alzar la cabeza para mirarme con dolor, ¡había lágrimas en sus enormes ojos castaños! ¡Lágrimas en sus ojos, mientras los míos seguían secos! Las lágrimas de su derrota, de su hundimiento, las lágrimas que iban a caer y a derramarse hasta que la mismísima torre del colegio, con su estruendosa campana, se quebrara y quedara sumergida. Lloró, sí, al final lloró, pero ¿qué me quedaba a mí en un mundo de lágrimas?

20. El diario de Brian

8 de octubre de 1945

Parece increíble regresar a este Justin en el que el doctor Prescott ya no es la cabeza. Por supuesto, desde su jubilación he vuelto aquí como visitante, pero a uno no le choca de verdad hasta que vuelve de profesor, como yo ahora. Y no es que el señor Moore lo esté haciendo tan mal. Nada más lejos de la realidad. Es grande, y alegre y convincente, y tal vez tiene más popularidad entre los chicos de la que tuvo nunca el doctor Prescott, pero uno no logra concebir cómo puede tener el valor —alguno tal vez diría el cuajo— de avanzar con tanta confianza por caminos santificados por su gran predecesor, particularmente cuando dicho predecesor lo está observando desde tan cerca. Y es que cada ladrillo de Justin, cada fuente y cada porche, todas y cada una de las construcciones, desde la gloriosa capilla, oscura e imponente, viva representación en piedra del alma protestante, hasta las viejas gradas verdes junto al campo de fútbol, están impregnadas de la personalidad de Prescott. Es como si Dios se hubiera detenido para retirarse a la cumbre de una montaña coronada de nubes y contemplar cómo administra el hombre su creación.

Ahora, esa figura suya tan conocida, con su largo abrigo azul y su bastón, sólo aparece por las tardes, para hacer todavía la ronda diaria del campus y los edificios: primero por el jardín, de ahí al patio interior para meditar diez minutos sentado sobre un banco con una placa conmemorativa, luego va a ver el entrenamiento de fútbol, luego al río y, al cabo, recorre el mismo camino en sentido inverso. Es bastante ejercicio para alguien de ochenta y cinco años. Se para a hablar con alumnos y profesores; sonrío y a veces se ríe con su risa aguda. Con cada gesto y cada sílaba, parece transigir con el nuevo orden de cosas, pero ¡quién querría ser ese nuevo orden de cosas y estar bajo la mirada de sus ojos vidriosos!

12 de octubre

En mi condición de sacerdote, he sido excusado de todo compromiso deportivo, incluso de los más formales, y he cogido por costumbre pasear por las tardes. Desde la ventana de mi estudio, miro que ya haya pasado el doctor Prescott, y sólo entonces salgo y camino en sentido contrario. No quiero importunarle, pues todavía siento reservas por trabajar para su sucesor. No es, Dios lo sabe, porque tenga ningún sentimiento de ser desleal, pues fue el doctor Prescott quien abogó por mi regreso a Justin, pero como sacerdote me identifico más con el nuevo orden de cosas que otros

miembros del viejo claustro. Ayudo al director en la capilla, y evalué los trabajos de su asignatura de Religión. No hay duda de que estoy siendo exageradamente sensible, pero voy a esperar a que sea el doctor Prescott quien dé el primer paso para retomar nuestra intimidad. De momento, no lo ha hecho.

Mi condición de sacerdote no parece haber mejorado mi capacidad para imponer disciplina. De hecho, casi estoy al mismo nivel que cuando empecé. Me temo que mi alzacuellos —al contrario, muy al contrario que el del señor Moore o el doctor Prescott— se toma por signo de debilidad. Vuelvo a darme cuenta de que hay susurros y risas ahogadas en la última fila de mi clase, y ruidos raros en mi dormitorio al apagar la luz. Los chicos saben que me cuesta poner negativos y, como es natural, se aprovechan de ello, pero me causa reparo castigarlos por no saber imponerme. Si mi clase les resultara interesante, estarían en silencio, y si tuviera un mínimo de «presencia de mando» —en vez de tener lo opuesto a ella—, nadie se movería en los cuartos por la noche.

Mi clase de Inglés de cuarto —pues me encargo de esta asignatura, además de la de Religión—, está leyendo *Persuasión*, y estoy muy desanimado por mi absoluta incapacidad a la hora de enseñarles lo maravillosa que es. Me siento un completo inútil cuando pienso en todo el gozo que Jane Austen podría ofrecerles si yo tuviera la habilidad de transmitírselo. Sé que el señor Dahlgren, el responsable del departamento de Matemáticas, pensaría que soy un ingenuo. Cree que sólo podemos esperar que un número muy pequeño de ellos vea la luz, pero para mí eso es calvinismo. ¿Por qué sólo habrían de salvarse unos pocos, elegidos arbitrariamente?

21 de octubre

El señor Prescott se acercó a mí esta tarde, cuando yo salía del patio interior, y me cogió por el brazo.

—¿Caminamos juntos, Brian? ¿Has estado evitándome, querido amigo? Parece que somos los únicos que caminan en este mundo declinante, postrado ante el ídolo del fútbol. ¿Unimos nuestras fuerzas?

Farfullé que pensaba que prefería estar solo.

—¿Solo? Espera a ser un octogenario viudo, y verás cómo te hartas de la soledad.

Y así, tomando mi brazo, caminó junto a mí, preguntándome por mis clases y los alumnos, y si estaba contento de haberme hecho sacerdote. Desprendía una calidez, una amabilidad y un interés que me hicieron estremecerme como un idiota y querer caer de rodillas ante él y besarle la mano. Esa viveza de su personalidad plena de amor ¡cómo llena cada vacío de los sombríos edificios y hace las veces de uno de esos grandes arcos románicos de color rojo sobre el sombrío cielo otoñal! Uno no puede entender la arquitectura de Justin sin tener en cuenta el necesario complemento del carácter del doctor Prescott. ¡Y qué bendición haber recuperado nuestra vieja amistad!

Le conté mis problemas, mis preocupaciones por la clase de Inglés, y asintió seriamente con la cabeza.

—Si pudieras transmitir algo de la belleza de Jane Austen, estarías transmitiendo una pequeña visión de Dios, pero no te culpes en exceso. Es un trabajo duro hasta la desesperación. Quizá con esa novela en concreto y esos chicos en concreto, el asunto sea imposible. Me extraña que no lo pruebes con Melville. A veces me gustaría que no dividiéramos nuestra formación en asignaturas: una ecuación, una oda de Keats, una catedral gótica, un aria de Mozart o la explosión de unos gases en el laboratorio... Los chicos tendrían que verlo todo como algo emparentado, y divino. En este colegio he intentado comunicar una sensación de unidad y de piedad. Pero eso de ahí, por ejemplo, es totalmente contrario a la unidad y totalmente contrario a la piedad. —Señaló, frunciendo el ceño, una furgoneta de helados que iba a detenerse junto al campo de fútbol.

—En mis tiempos, jamás lo hubiera permitido —continuó, más sombrío—. Te puedes preguntar si los refrescos, consumidos con moderación, son o no pecado. Tal vez no lo sean, pero esa furgoneta aquí es un pecado. —Y, viéndola pasar en ese momento junto a la capilla, blanco sobre negro, como una irrupción absurda frente a la aparente permanencia de nuestro lugar de oración, en ese instante, la furgoneta fue algo así como un símbolo de la fugacidad de nuestras convenciones ante el comercio. Al doctor Prescott sólo podía darle la razón en que una nota tan discordante no dejaba de ser, de alguna manera, una estridencia. Quizá, como él decía, incluso un pecado. Como sería un pecado meter un crudo capítulo de John O'Hara en las castas páginas de *Persuasión*.

2 de noviembre

Esta mañana estaba pasándolo especialmente mal en clase de Inglés con los de cuarto cuando el doctor Prescott apareció de improviso en la puerta, se llevó la mano a los labios en un gesto que indicaba que no había que interrumpir la clase y, sin hacer ruido, se sentó en la parte de atrás. Los chicos estaban mirando hacia mí, de modo que ninguno pudo verlo, y continuaron con su mal comportamiento. El poema que estábamos comentando era de Browning, «Encuentro nocturno, despedida matinal», y esos diablillos fingían no comprender qué había pasado durante la noche para que el poeta pidiera «un mundo de hombres» al día siguiente. Naturalmente, sabían que me sonrojo con facilidad. Sloane, un chico de Nueva York temible, alto, delgado y habilidoso, era el cabecilla.

—Pero, dígame, señor, si había estado con una mujer y quería un mundo de hombres, ¿no tenía que haber pasado algo poco satisfactorio con la mujer?

—No necesariamente, Sloane. —No me atrevía a mirar en la dirección del doctor Prescott—. Tan sólo necesitaba acción después de tanta emoción. Es comprensible, ¿no?

—¿Quiere decir que no había habido acción durante la noche? —La clase rió con disimulo, y yo sentí que empezaban a arderme las mejillas—. ¿No piensa entonces, señor —siguió Sloane con tono falso de curiosidad intelectual—, que era lo que hoy llamamos «marica»?

—Por favor, Sloane, salga de clase.

—Pero ¡Dios mío! ¡Sólo estaba haciendo una pregunta!

—Salga de clase, por favor.

—¡Por Dios! Señor, no es justo que, por hacer una pregunta...

—¡Sloane! —La profunda voz del doctor Prescott retumbó en toda la clase, haciendo saltar a todos los muchachos. Aunque se había jubilado antes de que cualquiera de los alumnos presentes llegara a Justin, todavía era temido en todo el campus—. ¡Póngase en pie, Sloane, y dese la vuelta!

Sloane se puso en pie de un salto y se giró.

—Lo siento, doctor Prescott, no lo había visto, señor.

—Eso da absolutamente igual. Su lenguaje no debe cambiar según quién esté presente.

—Pero, señor, es una palabra que he oído usar a mi propio padre. No sabía que fuera una palabrota tan grave.

—No es una palabrota, Sloane. Lo grave es el uso que le ha dado.

Sloane estaba estupefacto.

—¿Marica? —farfulló.

—¡No, no me refiero a esa palabra! —tronó el doctor Prescott, levantándose y haciendo que toda la clase se levantara con él—. Admito que nunca pensé que fuera a oír una palabra así en una clase de este colegio, pero ése es un asunto relativamente menor. ¡Lo importante, y de lo que ni siquiera parece darse cuenta, Sloane, es que ha tomado el nombre de Dios en vano!

La cara de Sloane se relajó al reparar por fin en lo que debía de parecerle una fechoría sin importancia.

—Oh, sí, tiene razón, señor. Lo he dicho, ¿no? Se me ha debido de escapar. Lo siento mucho, señor.

—¿Que se le ha escapado? ¿Y simplemente lo siente? Veremos lo que tiene que decir al respecto el director. Sloane, vaya, por favor, al despacho del señor Moore, y cuénteles exactamente lo que ha dicho. Si no está en su despacho, espérelo hasta que llegue.

Sloane dejó el aula a toda prisa, y el doctor Prescott me hizo un gesto con la cabeza.

—Por favor, continúe con la clase, señor Aspinwall. Le ruego que disculpe mi intromisión.

Cuando se fue, la clase se sentó y disfrutó por primera vez de su atención por entero, pasando entonces a comentar, en tono apagado y monocorde, «Mi última duquesa».

Terminada la jornada, y de camino a Lawrence House para comer, noté que alguien me tocaba el hombro, y el señor Moore, que llevaba una cartera de terciopelo negro con el escudo de Justin, en la cual guardaba sus papeles, ajustó a mi paso su larga zancada.

—Dígame, Brian —comenzó con su tono amable y vigoroso—, ¿cómo es que el doctor Prescott estaba hoy en su clase?

—Simplemente se metió en ella, señor.

—¿Le había dicho que le fuera a ver?

—No, señor. Tan sólo le había comentado confidencialmente algunos de mis problemas dando clase. Creo que quería ayudarme.

—Ya veo. Es muy desafortunado que tuviera que estar allí justo cuando Sloane dijo lo que dijo. Naturalmente, no podemos permitir que se tome el nombre de Dios en vano en el colegio, pero tampoco podemos tratarlo como una ofensa tan grave como quisiera el doctor Prescott. Los alumnos se limitan a usar las palabras que oyen a sus padres, y mucho me temo que también a sus madres.

—Fue mi culpa, señor, por dejar que la discusión se me fuera de las manos.

—Bueno, no le demos más vueltas —dijo el señor Moore con una sonrisa bastante forzada—. Es lógico que haya estas pequeñas molestias con nuestro anciano caballero rondando tanto por aquí, pero si tiene problemas dando clase, Brian, usted sabe que me los puede contar a mí. Nunca estoy ocupado para hablar con uno de mis profesores.

—Gracias, señor —le dije con una voz lo suficientemente contrita como para acusar recibo de su leve reprensión—. Se los mencioné al doctor Prescott porque a veces paseamos juntos.

—Es natural, es natural. Y es una experiencia envidiable tratar a un hombre tan grande. Me gustaría tener más tiempo para verlo. Me gustaría mucho.

Cuando me uní de nuevo al paseo del doctor Prescott esta tarde, lo encontré taciturno y malhumorado. No me atrevía a pedirle perdón, y ni siquiera a citar el lamentable espectáculo de la mañana, y paseamos sin mediar palabra, pero los silencios del doctor Prescott, como los de la realeza, no resultan embarazosos. Uno se limita a comprender que su mente está lejos de atender a nadie. Al dar la vuelta después de ver el entrenamiento de fútbol, pasamos por la casa del director y vimos a Sloane bajo el porche voladizo, lavando el Buick del señor Moore. El doctor Prescott se detuvo.

—Nos encontramos otra vez, Sloane —dijo con seriedad.

—Sí, señor —respondió Sloane, apesadumbrado—. Creo que esta vez he aprendido la lección. Me he perdido el entrenamiento de fútbol, lo que quiere decir que no jugaré el partido el sábado.

—¿Su castigo se limita a lavar esto?

—¿Se refiere a si es sólo este coche? No, no señor. También tengo que lavar el del señor Langborne.

—¿En serio? Éste es un régimen muy severo, Sloane.

—¡Y tanto, señor!

El doctor Prescott siguió su camino y yo lo acompañé hasta la puerta de su casa. Al despedirme, se quedó mirando, con la cabeza gacha, al camino de losas, y yo a mi vez me quedé inmóvil, sin saber si me había despedido ya o no. Por fin, murmuró con tristeza:

—Lavar dos coches, Brian, por tomar el nombre de Dios en vano. ¡Piénsalo! En mis tiempos, ¡hubiera tenido suerte de ser expulsado el resto del curso!

4 de noviembre

Le he empezado a caer bien a Pierre Dahlgren, lo cual mejora un poco mi posición, no sólo en el claustro de profesores, sino también entre los alumnos. Y es que Pierre, como director del departamento de Matemáticas y de Lowell House, es el número tres en la jerarquía, después del director y los subdirectores. Es más, por derecho propio tenía que haber sido subdirector cuando el señor Ives se retiró, pero se creyó que el cargo debía recaer en alguien más joven. No hay duda de que el hombre aún lo acusa.

Pierre, a sus cincuenta y tres años, es un soltero rechoncho, de pelo blanco, algo afectado, de ojos muy redondos y cara de niño, al que le encanta quedarse hablando hasta tarde y chismorrear en su hermoso estudio, cubierto de dibujos dieciochescos italianos y franceses. (Pierre es rico, al menos para ser profesor de Justin). Es el perfecto ejemplo de que Justin puede asimilar raro material y sacarle provecho. Pese a sus tonterías, tiene una mente lúcida, cautivadora, que le permite enseñar matemáticas como a mí me gustaría enseñar poesía, y su estentórea dignidad hace de contrapunto a su hinchada afectación, de modo que los chicos saben que no es alguien a quien puedan tomar a la ligera. Y además siente pasión por el colegio, que ha sido toda su vida durante veinticinco años. El doctor Prescott —a quien adora— debió de ver desde el principio que en su claustro había espacio para al menos un Pierre.

Mi dormitorio está cerca del cuarto y el estudio de Pierre, y ha cogido el hábito de pedirme que me pase a tomar café con él al apagarse las luces. Es su mejor momento, sentado en un gran sillón tapizado de terciopelo azul, a modo de trono, ante una bandeja de plata y una cafetera, con un cigarrillo colgándole de los labios, una mota de ceniza reposando permanentemente sobre la corbata de seda, y los ojos chispeantes cuando desgrana los cotilleos más jugosos del día en la escuela. No hay nada sagrado para Pierre: ni los muchachos, ni sus exigentes padres, ni las pobres mujeres de los profesores, que tanto se esfuerzan por tener buena cara durante el almuerzo; ni siquiera el señor y la señora Moore. Rompe a reír en cortantes carcajadas, y luego, cuando le entra la tos, se lleva las manos regordetas a los labios. A veces incluso sirve *brandy*, cosa que va contra las normas, pero él goza de dispensa

por tener el corazón débil.

Le conté la escena de Sloane y la reacción del doctor Prescott ante el castigo.

—Bueno, al menos ha salido algo de provecho —comentó con una risita malvada—, y es que ya tenemos limpio el cacharro del señor Moore. Había estado a punto de llamar a los del garaje del pueblo para que se lo lavaran. Sólo que, si yo fuera Moore y pudiera recurrir a los servicios de Sloane, los usaría en mi casa. —Sonrió malintencionadamente—. Ida, mi criada, me dice que las chicas de la casa del director echan todo lo que barren debajo de las alfombras. —Pierre se puso a hacer una pantomima, mirando a izquierda y derecha, y luego inclinándose para decirme entre dientes—: Y dice que su cocina es un espectáculo.

Me parecía que nos habíamos apartado mucho del tema de la blasfemia.

—Me temo que el doctor Prescott estaba muy disgustado. Por supuesto, para él tomar el nombre de Dios en vano es tan malo como mentir.

—Y tiene bastante razón, el pobre viejo reemplazado. —Pierre me sorprendió con esta frase tan dura en la que no había ni rastro de sarcasmo. Era notable lo rápido que podía surgir un juez del traje a lunares de un payaso—. ¡El doctor Prescott ha olvidado más sobre cómo se dirige un colegio de lo que aprenderá en toda su vida el señor Moore! Sabe que todo está relacionado entre sí: los cuellos limpios, el brillo de los zapatos, los deportes viriles, la oración sincera. —Pierre podría haber pasado en este momento por el mismo doctor Prescott. Me retraje ante su mirada centelleante—. Es respeto lo que hay que enseñar, a todas horas, a los muchachos, si no queremos que se conviertan en simios. Cuando pienso en la maravilla que es un muchacho bien disciplinado, siento odio verdadero hacia los que permiten que se revuelque en su grosería innata. ¡Es como si un bruto cualquiera hubiera pasado por una galería de caravaggios para manchar los rostros de sus encantadores muchachos con pintura marrón!

—Tal vez sería mejor que el doctor Prescott se mudara —insinué, sintiendo un poco de apuro tras este estallido.

—Tal vez sería mejor que el doctor no se hubiera jubilado nunca. Puede hacer mucho más en su decadencia que Moore en pleno ascenso.

Incluso a un admirador del doctor Prescott como yo le desconcertaba la idea de que siguiera en el cargo a los ochenta y cinco años.

—No hace más que quejarse de que la memoria le falla —es todo lo que pude decirle.

—Él sólo piensa que la memoria le falla, porque es viejo. Usted, por ejemplo, Brian, seguramente no está preocupado por la suya, pero, aun así, olvidó leer la lista de faltas antes de despedir la clase ayer, y se dejó los trabajos de los alumnos en la mesa de la sala de profesores.

Pensé que no era nada sorprendente que Pierre controlara tan bien a sus muchachos.

—Lo siento. Fue una estupidez por mi parte.

—No pasa nada, los metí en su taquilla —continuó, quitándose las cenizas del chaleco y la corbata—. Se había olvidado de cerrarla.

7 de noviembre

Eric Langborne estuvo ayer en el cuarto de Pierre, después de apagarse las luces. Es de la edad de Pierre, o un poco más joven, y también soltero, pero en todo lo demás resultan absolutamente opuestos. Es delgado y calvo, con una larga cara rectangular y dientes blancos y perfectos que le gusta mostrar mientras silabea en un tono adusto, de arrogancia. Es el director del departamento de Latín y, por su nacimiento en Inglaterra y su graduación en Rugby, resulta obvio que se tiene por el intelectual más cualificado de Justin. Escuchándolos a él y a Pierre tratar gravemente sobre innovaciones tan «peligrosas» como la suspensión, por parte de Moore, de la obligación de llevar el uniforme azul los domingos, uno empieza a pensar si el claustro del doctor Prescott no era una orquesta que sólo el doctor Prescott podía dirigir.

10 de noviembre

Eric estaba anoche particularmente lúgubre. Tras unos momentos de silencio, comenzó a hablar:

—Está claro que ninguno de ustedes ha oído nada.

—¿Nada de qué? —pregunté yo.

—¿No han oído lo que ha hecho hoy?

—No. ¿El qué?

—¡El Latín pasará a ser opcional después de cuarto!

Pierre y yo nos miramos. Ambos sabíamos qué golpe tenía que suponer para el orgullo de Eric.

—¿Y qué van a poner en su lugar? —preguntó Pierre—. ¿*Jiu-jitsu*? ¿Historia del vodevil? ¿Costura?

—Apreciación del Arte —contestó Eric, sombrío—. La madre de las lenguas debe tapar sus ojos en un cuarto a oscuras donde unos muchachitos con sonrisitas de complicidad mirarán diapositivas de Dufy y Matisse.

—Pero todavía pueden elegir Latín —murmuré, a modo de consuelo.

—Pocos chicos van a elegir una asignatura difícil —replicó Eric—. Lo elegirán a usted, Brian, porque pueden leer *Jane Eyre* y *Lorna Doone*.

—Eric, ¡ha llegado la hora! —anunció Pierre abruptamente.

—¿Qué?

—Ha llegado la hora —repitió con solemnidad.

Eric hizo entonces un gesto de asentimiento, pero, como yo seguía mirando con perplejidad, Pierre procedió a explicarse:

—Ha llegado la hora de pedirle al doctor Prescott que venga a nuestras pequeñas reuniones. Ha querido venir, me consta, pero se ha contenido por delicadeza. Ahora tenemos que decirle que es su deber. ¡Es su deber salvar el colegio!

No me había dado cuenta de que nuestras «pequeñas reuniones» tuvieran ese propósito, ni de que formáramos un núcleo de resistencia organizada. Ahora veo que seguramente Pierre se acercó a mí por mi cercanía al doctor Prescott. Siento horror a la deslealtad, pero me parece que ninguna reunión puede tener ese defecto si el doctor Prescott está presente. Pierre, para ser un hombre tan blando, habla mucho de la blandura de nuestra época. El doctor Prescott puede convencerle de que no todo comenzó con Duncan Moore.

15 de noviembre

Anoche el doctor Prescott vino al cuarto de Pierre, pero la reunión no salió muy bien. En primer lugar, el gran hombre estaba de un humor amargo y abatido y, en segundo lugar, Pierre, de la manera más estúpida, había colocado cuatro grandes copas de *brandy* sobre la bandeja de plata, junto a la botella. El doctor Prescott se las quedó mirando antes de sentarse, y frunció los labios en gesto de desaprobación.

—Sabía que tú estabas dispensado, Dahlgren, de la prohibición del alcohol en el recinto escolar —comenzó a decir en el tono adusto, crudo, de impaciencia, que usaba con los alumnos que infringían las normas—. No sabía que la dispensa se hubiera extendido a tus visitas. ¿O es otra de las medidas del nuevo reglamento?

—No, señor, desde luego que no —replicó Pierre cordialmente, apartando la bandeja infractora—. Creo que la pobre Ida las debe de haber sacado en su honor.

El doctor Prescott optó por ignorar esa evidente falsedad.

—En ningún caso pienso infringir las normas del señor Moore mientras critico su gestión.

La conversación, después de esto, transcurrió muy lentamente. El doctor Prescott divagó con voz melancólica sobre la importancia del Latín en el programa escolar. Me pareció que insistía en ella más que en el pasado, y que se encontraba, a todas luces, muy cansado. Pierre habló de la importancia de hacer gimnasia cada mediodía, y Eric lamentó el hecho de que los alumnos ya no tuvieran que ir a la cena con camisa de cuello duro. Yo no tuve nada que añadir, y me sorprendió, al disolverse la reunión, que el doctor Prescott sugiriera que nos volviéramos a encontrar la semana siguiente. Hubiera pensado que él ya había acabado con el círculo de Dahlgren. Yo mismo espero haber acabado, pero mientras el doctor Prescott siga yendo, yo iré con él.

1 de diciembre

Llevo dos semanas sin escribir nada en este diario. He estado muy preocupado, y no

he tenido la suficiente claridad mental para saber a cuál de estas dos causas se debe: ¿es porque creo que nuestras reuniones del miércoles por la noche son una amenaza para el porvenir de la escuela, o es porque creo que no lo son? En otras palabras, ¿estoy preocupado por la escuela o por nosotros? ¿No prefiero ver al doctor Prescott, si es que debe desempeñar un papel activo, aullando como el angustiado Lear en la tempestad y, en último término, llevándolo todo a la ruina, de modo que usurpadores y usurpado perezcan en el mismo cataclismo al final de la función? ¿No sería mejor eso que tenerlo, como un viejo y aturdido mariscal de campo, de presidente de un consejo de legitimistas contrariados, que lo han sacado de su retiro para cubrir sus mezquinos planes con la gloria mohosa de sus galones y estandartes? Sí, bien mirado, ¿no me importa mucho más el doctor Prescott que su escuela? ¿No prefiero que resulte letal antes que absurdo? No puedo soportar la imagen de sus graves asentimientos cuando Pierre saca a colación la injusticia del nuevo proyecto del señor Moore de que los alumnos sirvan la mesa.

Pero ¿qué puedo hacer? En uno de nuestros paseos, intenté insinuar que Pierre y Eric eran unos criticones.

—Sí, eso está claro —farfulló con impaciencia—, pero sus corazones están donde tienen que estar. Eso es lo bueno.

No dio muestras de querer seguir con el tema y, cuando me separé de él, subrayó secamente que no tenía que ir al cuarto de Pierre si prefería no ir. Le aseguré que prefería ir, y es verdad. Y es que amo al doctor Prescott, si esta palabra no es demasiado presuntuosa, más que a nadie en este mundo. No me resigno a la idea de estar lejos de él en tiempos de conflicto, aunque lo único que pueda hacer sea observar. Toda mi vida he sido un observador, y ahora, cuando ansío actuar, interferir en algo, parar algo, es irónico que me vea obligado a seguir en mi papel de siempre.

3 de diciembre

El señor Moore se acercó a mí esta mañana, cuando iba de la capilla al edificio de la escuela, y me cogió por los hombros con su largo brazo. Siempre resulta muy simpático, aunque uno siente que está en lucha constante para superar una naturaleza originariamente fría. Pero lo cierto es que lo intenta, y creo que lo intenta con toda sinceridad.

—Me he enterado de que ha estado yendo a unas reuniones muy interesantes en el cuarto de Pierre —dijo con un tono alegre—. ¡Apuesto a que no me hubiera hecho muy feliz oír lo que se estaba diciendo allí!

Sus palabras me mortificaron tanto que sólo pude tartamudear algo completamente inconexo, y la sonrisa del doctor Moore se fue haciendo más rígida conforme me agarraba el hombro con más fuerza.

—No se meta en algo de lo que se va a arrepentir, Brian —me previno en voz más baja—. Yo tengo muchas esperanzas de que llegue lejos en Justin. Deje en paz la

política escolar, hijo. Créame que le estoy dando un buen consejo.

Su amabilidad me dejó paralizado. ¿Qué podía decir? ¿Que nuestras pequeñas reuniones no eran conspiratorias? ¿Que sólo asistía a ellas con reticencia? Ya estaba demasiado implicado en la deslealtad como para poder afirmar mi lealtad sin dar la impresión de estar traicionando a los míos. ¿Y cómo podía yo traicionar al doctor Prescott?

Era una situación imposible y, durante nuestro paseo de la tarde, estuve a punto de decírselo al doctor Prescott. Finalmente, encontré valor para insinuar que no se daba cuenta plenamente del efecto que su personalidad tenía sobre los demás, y que tal vez estuviera conduciendo a Pierre y Eric a una postura de abierta oposición al director. Él se empezó a mostrar muy disgustado, y se detuvo a golpear el suelo con su bastón.

—¡De verdad, Brian, eres un tiquismiquis! —exclamó—. Sólo estamos intentando buscar una vía para salvar lo mejor que hay en Justin. Eso no es deslealtad. Si hago un informe, será para el consejo del colegio, al que pertenezco como antiguo director.

—Pero su prestigio es tan grande que ese informe podría acabar con el señor Moore —alegué—. Los consejeros y los antiguos alumnos lo apoyarían a usted, incluso demasiado.

—De eso no estoy seguro —dijo el doctor Prescott, fúnebre—. De los viejos se olvidan pronto, pero, aun cuando fuera como dices, yo tengo que arriesgarme. Si quieres ser un sacerdote eficaz, Brian, lo que tienes que aprender es que perteneces a la Iglesia militante, ¡y eso significa que hay que luchar! Creo que podría haber aguantado todo lo del señor Moore, salvo la devaluación de Justin Martyr como colegio religioso episcopaliano. ¿Sabías que hay seis católicos en el primer curso? ¡Y se les permite no ir a la capilla!

—Van a misa en el pueblo.

—Pero somos una escuela religiosa de la Iglesia episcopaliana, Brian, eso es lo que estás olvidando. Eso es lo que todos estáis olvidando ahora.

—Pero usted también aceptó a católicos, señor.

—Con muchos miramientos. Y bajo unas condiciones muy estrictas. —El doctor Prescott mostró su nuevo gesto de determinación, al que empezaba a acostumbrarme—. Cuando algún antiguo alumno, ciego de amor, olvidando su hombría, cedía el derecho de criar a sus hijos en su propia fe, y luego, tras meditarlo con sobriedad, venía a suplicarme con lágrimas en los ojos —sí, Brian, con lágrimas en los ojos— que aceptara a su hijo en Justin... bien, yo transigía, y aceptaba al chico. ¡Pero el chico tenía que ir a todas las liturgias en la capilla y a todas las clases de Religión!

—¿Y los muchachos judíos?

—Se les ofrecían las mismas condiciones, pero debo decir en su honor que nunca las aceptaron.

—Entonces, ¿todos sus alumnos judíos eran conversos?

—¡Eran cristianos, Brian! —rugió el doctor Prescott—. Nunca he admitido que la palabra «judío» designe algo más que una adscripción religiosa. Y ya sé que ahora me vas a preguntar por los negros. Admito que ésa es una cuestión más difícil, pero te diré que si encontrara a chicos negros que de verdad pudieran aprovechar bien Justin y Justin aprovecharlos bien a ellos, los admitiría. Pero ¡nunca admitiría a uno, a dos tal vez, para lucirlos como plumas en mi gorra de progresista!

Todo el colegio sabía que el señor Moore estaba sopesando que, el año siguiente, entrara un chico negro en el primer curso. Temía instigar al doctor Prescott a una crítica todavía más clara de su sucesor, y dirigí su atención rápidamente al hecho de que estaba empezando a nevar. Sacudió la cabeza, malhumorado, y caminó pesadamente por delante de mí hacia su casa.

10 de diciembre

He tenido una gripe muy fuerte y he pasado una semana en la enfermería. Todo el mundo se ha mostrado comprensivo, aunque en parte ello ha desbaratado el programa de clases, pero lo que me ha dejado mucho más postrado que mi incapacidad física ha sido la visita que me hizo Pierre Dahlgren. Se sentó junto a mi cama y me contó los rumores de la semana, llenando el aire cargado de la habitación de humo y risitas, mientras yo lo escuchaba reclinado sobre los almohadones, con los ojos entrecerrados, bisbiseando respuestas positivas o negativas según me eran requeridas, hasta que al fin dijo algo que me hizo incorporar.

Estaba hablando de los grandes planes para el sexagésimo aniversario de la fundación del colegio, que se ha de celebrar a comienzos de primavera, un acontecimiento que, según se espera, va a traer al campus a un gran grupo de graduados. El doctor Prescott, por supuesto, será el último orador en el banquete principal, y Pierre, tras inclinarse hacia delante para comprobar que nadie estaba escuchando en el pasillo, me comentó al respecto nada menos que lo siguiente:

—Me hubiera encantado que vinieras a nuestra última reunión el miércoles. Creo que la intervención del doctor Prescott va a ser una auténtica bomba.

—¡Una bomba! Pero, Pierre, ¿es necesario?

Pierre se llevó un dedo a los labios al oír el sonido de los tacones de la enfermera en el pasillo.

—Es la oportunidad perfecta, quizá la última —susurró con gravedad—, para afirmar nuestra antigua fe.

Fue un alivio que la enfermera llegara en ese momento y me metiera el termómetro entre los labios, de modo que no tuve que contestar. Lo único que puedo hacer ahora es acudir al señor Griscam, porque él, gracias a Dios, es lo contrario que yo. Sabe cómo actuar, y sabe cuándo.

21. El diario de Brian

22 de enero de 1946

Se lo he contado todo al señor Griscam, y me ha prometido, como sabía que iba a hacer, que daría los pasos necesarios para descabezar la pequeña conspiración de Pierre Dahlgren. Pero mi visita a los Griscam en Navidad produjo otro resultado mucho más extraordinario: he tenido un papel decisivo a la hora de recaudar una gran suma de dinero para Justin Martyr. Entre los pequeños servicios que esperaba hacer al colegio, nunca pensé que ninguno fuera de carácter financiero. La vida es muy, muy extraña.

Mi visita ha tenido también un significado personal, al ser la primera vez que me he visto aceptado por adultos en mi condición de sacerdote. Había salido de la facultad de Teología directamente de vuelta a Justin, donde sólo tenía que tratar con los chicos, que hacen pocas distinciones entre sacerdotes y profesores, y con el claustro, cuyos miembros siguen viéndome como el mismo Brian Aspinwall de siempre, ahora con un cándido alzacuellos, pero en la calle Sesenta y Ocho los Griscam me trataron como una figura de mayor peso, y espero no haberles defraudado mucho. Tengo una tendencia terrible a pensar en mí como un sacerdote de comedia. ¡Ayúdame, por favor, Señor, a bajar ese telón!

Seguían prácticamente igual que en 1941, y me recibieron con un entusiasmo casi idéntico. La señora Griscam incidía más que nunca en los asuntos de su «ejército» y ahora le entregaba (según deduje de uno de los mordaces apartes de su marido) cada dólar que él no tuviera sepultado en un depósito bancario. Amy seguía siendo enérgica y firme en sus opiniones; Sylvester seguía estando separado de su segunda mujer, pero sin haber conseguido el divorcio. Y su padre seguía teniendo ese mismo aire paciente del hombre que ha de desenmarañar los intrincados asuntos de un mundo ingrato. El único cambio es que todos, como los dioses del Valhalla tras el rapto de Freia, parecían un poco mayores y un poco más serios. Me temo que la guerra se ha llevado su espíritu juvenil.

Sylvester se mostró particularmente simpático y, desde el primer momento de mi visita, me tomó como apurado confidente de sus problemas matrimoniales.

—Cuando me casé con Faith, mi primera mujer, la verdad es que no era más que un niño. No me creerá, Brian, pero ni siquiera había besado a otra mujer.

—¿Y por qué no iba a creerle?

Sylvester hizo una pausa que duró sólo un instante.

—Bueno, me imagino que usted siempre ha sido religioso, también en su

adolescencia. No es que no sea una cosa muy buena, pero como sacerdote tendrá que oír todo tipo de cosas. Tal vez empecemos a hacer de usted un hombre de mundo —rió con su risa peculiar, sonora, alegre, forzada—. Créame, amigo mío, para un chico de veinte años es extremadamente raro haber besado sólo a una chica. Ya sabe, Faith y yo éramos novios desde los catorce años.

—Pero ¡no era más que un niño! Seguro que sus padres no toleraban nada de eso.

—Oh, no, ellos pensaban que todo era ideal. Los padres de Faith eran sus mejores amigos, y todo eso. Estábamos atrapados en un romance familiar. Bueno, no atrapados de verdad, claro, pero así son los jóvenes. Pensábamos que era lo que se esperaba de nosotros. Papá y mamá no creían que hubiera nada mejor que Faith. Ellos nunca han tenido ningún interés por el sexo.

—Es lo que tendemos a pensar de nuestros padres —le previne—, pero no siempre es verdad.

—Bueno, supongo que eran normales para su generación. —Sylvester se encogió de hombros y se echó más *brandy*. Estábamos sentados en el comedor, tras una larga comida de domingo. La señora Griscam se había retirado al salón, y el señor Griscam y Amy jugaban al *backgammon* en la biblioteca—. Claro que, a veces, me pregunto hasta qué punto era normal papá, al pedir la mano de una chica coja que, además, era la hija del jefe.

—Sylvester —repliqué—, ¡no olvide que soy el invitado de su padre!

Sylvester sonrió complacido, y se acercó la copa de *brandy* para impregnarse de su fragancia. Estaba absolutamente encantado de haberme escandalizado. Voy viendo que a la gente le encanta escandalizar a los sacerdotes.

—Un poco de realismo no implica faltar al respeto, Brian. Todavía respeto el quinto mandamiento. Lo único que digo es que papá y mamá han sublimado sus deseos sexuales en cosas más elevadas. Papá tiene Justin Martyr. Mamá tiene el Ejército de la Palabra de Dios. Está bien, pero el pobre Sylvester no ha tenido nada de eso, y sí que ha tenido algunas necesidades básicas muy acuciantes. ¡Y después de quince años de tibio matrimonio, de pronto conoció en el banco a una secretaria llamada Estelle...! —Sylvester se inclinó para ponerme una mano en el hombro y me susurró al oído, bajando el tono—: Brian, amigo, ¡créame que descubrí el sexo como un estudiante que ríe de puros nervios en su primera visita a un burdel!

—Supongo que ése es el problema de los matrimonios jóvenes —murmuré, incómodo.

Sylvester asintió con gesto solemne, y se reclinó de nuevo para seguir bebiendo *brandy*.

—Bueno, admito que papá se portó estupendamente. No le gustaba Estelle. A nadie le gustaba Estelle. Sólo yo estaba lo bastante ciego para no ver lo zorra que era. Sí, Brian —repitió gravemente al ver mi gesto—, mi segunda esposa era una zorra, pero papá me dio el dinero para obtener el divorcio e hizo posible que me casara con ella. Antes de un año, tuve que dejarla.

—¿Tuvo?

—Sí, si quería mantener la cordura, claro. Ni en sus sueños más desaforados, Brian, podría imaginar siquiera las cosas que pasaron.

—Quiere decir que... ¿le fue infiel?

—La palabra «infiel» es un enorme eufemismo para describir las actividades de una mujer como Estelle. —Sylvester casi se relame los labios al decir esto. Yo sólo deseaba que dejara de divertirme tanto impresionar a un inocente—. Pero no crea que puedo probar nada, ¡ni una sola mala acción! Es lista como un demonio, y puede oler a un detective a veinte kilómetros a la redonda. No, cinco años después, sigue siendo la señora de Sylvester Griscam, y quiere seguir siéndolo hasta que no le ponga un millón de dólares sobre la mesa.

—¡Un millón! —Me quedé sin aliento. Había sabido de acuerdos así, pero sólo por la prensa sensacionalista.

—No se preocupe, no lo lograré. Tiene un picapleitos al que le gusta pedir cantidades imposibles. Se plantará con la cuarta parte, pero la cuestión es ¿de dónde saco yo ese cuarto de millón?

No podía imaginar que Sylvester hubiese recurrido a mí como asesor financiero, pero mientras seguía mirándome de modo expectante, terminé por preguntarle por qué necesitaba tanto el divorcio.

—¡Porque me quiero casar con Doris Drinker! —exclamó, como si fuera la cosa más clara del mundo.

—Quizá sea mejor que me cuente algo de Doris Drinker —sugerí con un suspiro—. Si cree que puedo serle de ayuda, aunque no sé en qué podría serlo.

—Verá. —De nuevo, puso la mano en el hombro, y de nuevo su voz bajó de tono hasta adoptar el de la confidencia—. Brian, mi pequeña Doris es la maravilla de las maravillas. Era telegrafista en el número cincuenta de la calle Church, donde yo pasé la guerra. Era la más hermosa de toda la oficina. No sabía nada de los Griscam ni de que papá fuera embajador ni nada de esas tonterías. Para ella no era más que el capitán Griscam, otro soldado más. Y tampoco ha habido ningún lío. No, señor. Un beso de buenas noches en el portal ha sido, desde el principio, toda mi ración.

Mirando al pobre Sylvester, tan flaco, desgarrado y feo, tan ruidoso y tan pomposo, tan torpemente sincero, pensé en el perfeccionismo del señor Griscam y lo sentí por ambos.

—Tal vez, cuando su padre sepa de Doris, quiera zanjar el acuerdo de Estelle.

—No hay ninguna posibilidad. Zanjó el de Faith, y se ha jurado no volverlo a hacer. Mamá es la única esperanza. Ella puede conseguir el dinero de su fideicomiso con mi consentimiento. Soy el administrador. Y siempre quiere dinero para su ejército de santidad. Muy bien. —Aquí me hizo un guiño conspirativo—. ¿Se imagina ya el modo de que yo le dé a ella lo que quiere, consiguiendo lo que yo necesito?

—Pero, Sylvester, ¿es eso honesto?

—Oh, sí, sí que es honesto. Como administrador, tengo lo que se llama el poder

de disposición del capital, pero papá considerará el ejercicio de ese poder como un atraco a mano armada. Cree que dejar ese capital fuera de la familia es... bueno...

—¿No tener principios? —terminé la frase por él—. Sí, estoy convencido de que se enfadará, pero ¿qué puede hacer?

—Oh, siempre se puede hacer algo. Por eso quiero que hable con él. —Sylvester volvió a emplear un tono ansioso—. Hágalo, Brian, por favor. Usted le cae bien. Hará lo que usted le diga.

—¿Yo?

—Sí. ¡Vaya, si incluso abandonó su idea de escribir una biografía del doctor Prescott porque vio que usted lo haría mejor! ¿Qué más pruebas necesita?

—Pero, Sylvester, eso fue por otras razones.

—Entonces hable con mamá.

Encontramos a la señora Griscam en el salón, sentada muy recta y aparentemente muy serena en una *bergère* rosa, delante de un tapiz en tonos azules y verdes que representaba una escena de caza francesa del siglo XVIII, pero en su rigidez había algo, pese a las vaporosas sedas que la envolvían —vestía exquisitamente, aunque como esas mujeres que siempre se visten por una buena causa—, que parecía rechazar la idea, apartándola como si se tratara de una frivolidad y una tontería, de cualquier remoto parecido con una Pompadour y aun con una Lespinasse. Cuando habló, me pareció sentir por primera vez un ligero temblor en su voz.

—No estaríamos haciendo nada malo, Brian, no quiero que piense eso. Fue mi dinero el que se metió en ese fideicomiso, y será mi dinero el que salga. El padre de Sylvester no tiene ningún motivo legítimo de queja.

—Me imagino que a él le importa mucho que usted esté bien atendida.

—Pero es que ya lo estoy, justamente ésa es la cuestión. Mi marido siempre quiere vivir a lo grande. Podríamos vivir todos con sólo una parte de lo que tiene. ¿Cree que necesito una casa tan grande? La verdad, sería más feliz con tres habitaciones.

Sí, las podía ver, podía ver esas tres pequeñas habitaciones, oscuras y elegantes, brillantes y ordenadas, y productivas, con algún recuerdo de los mejores bibelots y con la señora Griscam sobre su escritorio de patas finamente torneadas, firmando cheques del dinero del fideicomiso. Y podía ver a Sylvester y a Doris, felices en una casa de campo estilo Tudor en Rye, y a Amy viajando de exposición de caballos en exposición de caballos. Necesitaban dinero. Oh, sí, necesitaban mucho dinero, más dinero del que yo puedo imaginar siquiera. Pero no necesitaban los billetes nuevos con los que el señor Griscam quería sepultarles. No necesitaban, ni siquiera querían, la sólida mansión de piedra, el coche brillante con sus llantas de radios, las gruesas puertas de cristal enrejado, el pomposo porche de la entrada, todo esa parafernalia de la riqueza sin la cual los hombres de la generación del señor Griscam no se terminaban de creer que la riqueza existiera. ¡Pobre señor Griscam, que había conseguido todas las cosas que nadie quería porque, como hijo de un hombre

arruinado, ni siquiera podía comprender que no todo el mundo necesitaba, como él, el consuelo constante de unas columnas de mármol!

Lo único que podía hacer por ellos, pensé, era llevar lo inevitable a su desenlace. Tuve que rebuscar en mi compasión el valor necesario para ello.

—Entonces, hablaré con él.

¿Qué tipo de vidas eran ésas? Pero sobre la tristeza y la aridez de todos ellos, el fanatismo —si puedo llamarlo así— de la señora Griscam parecía alzarse con el brillo pálido de una luna pintada por Ryder.

Sylvester, igual que un chiquillo, tenía que materializar de inmediato todos sus deseos. Tal y como me había llevado al salón, me arrastró a la biblioteca. Amy, que en ese momento terminaba una partida, fue invitada a marcharse con la excusa de que su madre la buscaba, y Sylvester salió del cuarto pisándole los talones.

—¿Qué demonios hace Sylvester? —protestó el señor Griscam—. ¿No puede dejarme echar una partida de *backgammon*? ¿Usted sabe jugar? —Confesé que no sabía—. ¿Qué pasa, Brian? Tiene una cara de culpa que parece que haya destrozado mi mejor pieza de porcelana de Lowestoft.

—No es lo que haya destrozado, es lo que quizá vaya a destrozarse ahora. Vine a Nueva York a pedirle ayuda, y aquí me tiene inmiscuyéndome en sus asuntos familiares. —Hice una pausa incómoda—. Sylvester me ha pedido que le hable de la chica con la que se quiere casar.

El señor Griscam adoptó un rictus de impaciencia.

—¿La telegrafista? Me parece bien. No se lo impido.

—No, señor, pero parece que tiene que divorciarse de su segunda mujer.

—Entonces, ¿por qué no se divorcia? Yo no me voy a meter por medio. Nunca he podido soportar a Estelle.

—Lo que él quiere es el dinero del acuerdo de divorcio.

—Déjeme hacerle una pregunta, Brian. —El señor Griscam hablaba con un tono muy cortante—. Si usted fuera padre y estuviera en mi lugar, ¿permitiría que un capital sustancioso saliera de la familia para ir a parar a una mujer a la que tu propio hijo define como una fulana?

Su tono cortante me dio la audacia que necesitaba.

—Sí, señor, sí lo permitiría. Sí, si la felicidad de mi hijo dependiera de ello.

—¿Su felicidad! ¿Aun cuando su felicidad dependiera de un tercer matrimonio? Como sacerdote de Dios, ¿cuántas veces le permitiría usted casarse?

—Tres veces, señor.

Hizo una pausa y rió secamente.

—Buena respuesta, pero, créame, no voy a hacerlo. No, de ninguna manera, Brian. Tal vez piense que, al final, un padre siempre cede, pero yo no. ¡Ahora mismo, lo que siento es que la única manera de tener un hijo aceptable es adoptar a uno ya crecido, como los romanos!

—¿Se ha parado a considerar que, con esa actitud, puede que le fuerce a recurrir a

otras opciones?

—¿Qué otras opciones? —me preguntó despectivamente, y luego, mirándome con creciente fijeza, reparó en mi seriedad y mi obstinado silencio y se fue poniendo rojo de enfado poco a poco—. ¡El fideicomiso! —gritó de pronto—. ¡El fideicomiso de Emmaline! ¡Lo sabía! Eso es lo que busca, ¿verdad? —Como yo seguía en silencio, me cogió por la muñeca, mientras me zarandeaba el brazo—. ¿Verdad?

—La señora Griscam necesita dinero para su causa...

—¡Oh, el muy canalla...! —soltó, y salió a toda prisa de la habitación. Cuando seguí sus pasos hasta el salón, me encontré a toda la familia en estado de completa agitación. Sylvester se había puesto en pie, y su madre estaba muy pálida. Amy, viendo el rostro de furia de su padre, silbó por lo bajo.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. ¿Quieres que te dé un ataque?

El señor Griscam no le hizo caso, y se dirigió a su mujer.

—Emmaline, ¿es verdad? ¿Lo que quiere es tu fideicomiso?

—Creo, David, que ése es un tema que sólo nos atañe a Sylvester y a mí —contestó la señora Griscam con firmeza—. ¿No es así, Sylvester?

—Totalmente. —Pero el rostro grisáceo de Sylvester y sus ojos huidizos parecían desmentir la confianza que mostraban sus palabras.

—Atañe también al cabeza de familia, creo yo —dijo el padre, iracundo—. Incluso con el matriarcado actual, supongo que un marido todavía tendrá algo que decir cuando su mujer quiere coger su dinero y tirarlo por la ventana.

—Pero, papá —objetó Amy—, ¿incluso el domingo hay que hablar de negocios?

—Si me dejas explicarme, Amy, creo poder garantizarte que ni siquiera tú lo lamentarás. Hace unos años, tu madre y yo acordamos nombrar a Sylvester administrador del fideicomiso de mamá. Es una posición delicada pues, como administrador, tiene poder para disponer del fondo. Sin embargo, en aquel entonces tu hermano parecía el vivo ejemplo de mis esperanzas y teorías, pero el amor ha venido a rebajar la rectitud de nuestro rígido administrador fiduciario. —En este punto, miró con el ceño fruncido a Sylvester, quien tenía a su vez la mirada clavada en la alfombra de Aubusson—. En resumen, querida Amy, tu amantísimo hermano ha descubierto que su santa madre quiere dinero para su causa, y ha llegado a un acuerdo con ella. Él dispondrá del fideicomiso para gloria de Dios, y parece que Dios va a repartírselo con Venus.

—Sylvester —dijo Amy, hablando con dureza de un lado a otro de la habitación—, ¿en serio vas a despilfarrar el dinero de mamá para poder casarte con tu telegrafista?

—Ya no es telegrafista, Amy —replicó mordazmente—. Si leyeras los periódicos, sabrías que la guerra ha terminado, pero ella al menos sirvió a su país durante la guerra.

—¡Estoy segura de que prefieres que la llame «telegrafista» a que la llame lo que de verdad pienso de ella!

—¡Amy, cariño! —le advirtió su madre—. Tu padre no ha terminado de explicar las cosas. El dinero de mi fideicomiso se repartirá en tres partes: una para mí, otra para Sylvester y otra para ti.

—Entonces, papá, ¿qué hay de terrible en esto? —preguntó Amy de inmediato—. ¿Por qué no va tener su parte Sylvester, si yo sigo teniendo la mía?

El señor Griscam se volvió, impaciente, hacia su hijo.

—¿Eres consciente, Sylvester, de que te puedo llevar a los tribunales por saquear tu fideicomiso?

—¿Para qué me vas a llevar a los tribunales, papá? —Sylvester, todavía nervioso, pero con el ánimo decidido que le daba la desesperación, cruzó las manos sobre su vientre y se quedó mirándolas—. Si vas a los tribunales, sabes que perderás. Tú mismo concebiste lo del fideicomiso, y sabes que mis poderes son absolutos.

—¡Sylvester! —le exhortó su padre—. Deja en paz el fondo de tu madre. ¡Te daré el dinero que necesitas!

—Lo siento, papá. Es demasiado tarde. Le he dado mi palabra a mamá.

El señor Griscam miró a cada miembro de su familia, en vano.

—Emmaline —le pidió a su mujer—, dime que no vas a dar todo ese dinero a tu ridícula asociación.

—Haré lo que tengo que hacer, David.

—Si lo hubieras ganado tú misma, si lo hubieras ahorrado tú, si al menos lo hubieras regado y hecho crecer como he hecho yo, entonces tendrías algún derecho a tirar ese dinero, pero ¿cómo puedes justificar tomar un dinero que ganó tu padre, y que yo rescaté y aumenté, un dinero por el que nunca has movido un dedo y del que ahora vas a privar a tu descendencia?

—Si se lo doy a Dios —contestó ella con su tono majestuoso—, Dios se lo devolverá a su manera.

Su marido se llevó las manos a las sienes con un quejido de desespero:

—¡Deberían encerraros a todos en un manicomio!

La señora Griscam y sus hijos intercambiaron miradas.

—No sé si es a mamá a quien deberían encerrar —farfulló Amy.

—David, cariño, tómatelo con calma.

—¡Ah, dejadme en paz todos, por favor, dejadme! —refunfuñó el señor Griscam, inclinándose y cubriéndose la cara con las manos—. Coged vuestro dinero y tiradlo, haced con él lo que os apetezca. Nada os hace efecto. Lo dais todo por sentado, que me pase toda una vida cuidándoos, haciéndoos ricos, claro, ¿por qué no? ¿Para qué otra cosa sirvo yo? Nunca vais a aprender si no es pasando hambre, y para entonces ya será tarde. ¡Que el dios del dinero os trate como vosotros me habéis tratado a mí!

Fue una escena tremendamente embarazosa y, cuando los demás abandonaron en silencio la habitación, yo me quedé a solas con mi anfitrión. Sólo entonces comenzaba mi verdadero cometido.

Esa tarde, el señor Griscam y yo fuimos a Central Park y dimos la vuelta al estanque muy despacio. Era un día frío, húmedo y melancólico, semejante a su estado de ánimo, e incluso las gaviotas que estaban sobre los bloques de hielo en medio del agua parecían acurrucarse entre sí. El rectángulo de los edificios lejanos que nos rodeaban y el círculo cuya circunferencia estábamos atravesando parecían reducir la gran ciudad, bajo la dureza de un pálido cielo de invierno, a dos de las formas geométricas más simples, y la vida del doctor Griscam al más puro de los fracasos.

La esencia de su soliloquio fue la desilusión. Decía que temía haber vivido en vano, que a toda persona sobre cuya vida pensaba haber tenido alguna influencia le hubiese ido igual de bien sin él; que todas sus supuestas buenas obras habían permanecido ocultas a los demás, no por lo que había considerado orgullosamente su buen hacer diplomático, sino por su innata irrelevancia. El dinero que había hecho, que había ahorrado, ¿quién lo quería, si no era para planes insensatos? Los clientes y los parientes cuyos malos humores y tendencias destructivas había controlado, el colegio cuyo director y consejo había mantenido en armonía, los pleitos que había solventado, incluso la crisis en las relaciones entre Estados Unidos y Panamá que él había logrado distender, ¿significaba todo eso algo más que el hecho de que, simplemente, estaba en medio de sus semejantes y sus disputas? ¿A quién le importaba aquel defensor de la moderación? Gastar, tirarlo todo por la borda, pelear, vengarse, ¿no era eso lo que llamaban vivir?

—Bueno, pues a partir de cualquier día van a empezar a vivir lo suyo —concluyó con amargura— saltarán todos por los aires en una guerra nuclear, y les estará bien empleado.

Por primera vez me caía bien el señor Griscam. Su actitud autocompasiva era más auténtica que su antiguo papel de fiel administrador. Al arremeter malhumorado contra la vida por lo que le había hecho, al permitir que se derrumbaran los muros de su autosuficiencia, al fin me despertaba compasión.

—Yo tenía un hijo, Jules, que murió hace muchos años —continuó—. Habrá oído hablar de él en Justin. Allí dejó muy mal nombre. El pobre Jules era uno de esos espíritus trágicos que estropean todo lo que tocan y hacen infelices a todos los que se cruzan con él. Y, sin embargo, sus amigos todavía hablan de él con fascinación, casi con admiración. ¿Por qué será, Brian? ¿Por qué el mundo funciona así?

En ese preciso instante tuve una inspiración. La idea y su formulación fueron casi simultáneas.

—¿Por qué nunca ha querido construir nada en recuerdo de Jules en Justin Martyr?

—¿No sabe acaso lo que hizo?

—Claro que lo sé, pero fue hace mucho tiempo. El tiempo iguala las cosas más dispares. Usted, Jules y el doctor Prescott son, todos, partes de la leyenda esencial del colegio. ¿Por qué sólo habría que conmemorar a los chicos con éxito? ¿Por qué no también a los fracasados? Si yo fuera usted, construiría allí una biblioteca y le

pondría el nombre de Jules.

El señor Griscam me lanzó una mirada.

—Se toma muchas libertades con el dinero ajeno, muchacho. Debe de ser por influencia de Sylvester. ¿Tiene la menor idea de lo que costaría hoy una biblioteca?

El frío cortante atravesó de improviso mi abrigo, y di unos cuantos pasos rápidos, dejándolo atrás, abrazándome el cuerpo y respirando hondo. Creo que la idea que acababa de tener me dejó tan congelado como el tiempo gélido. Era una idea brillante, quizá incluso una idea inspirada, pero no estaba acostumbrado a que me pasaran estas cosas, y sentí escalofríos. ¿Había sido una herejía considerar a la señora Griscam una fanática? ¿No podría ser que estuviera llamada a donar su dinero? ¿Y no podría ser que su marido estuviera llamado a hacer algo semejante? ¿Por qué Justin Martyr, que le había dado el único hogar que conoció en su desgraciada niñez, que había sido a lo largo de su vida el aliviadero de sus necesidades emocionales, no le iba a dar el consuelo que necesitaba al envejecer? ¡Lo tenía tan claro!

—¿Qué importa lo que cueste? —le pregunté en un último alarde de audacia, volviéndome hacia él—. ¿No me acaba de contar que nadie quiere su dinero salvo para propósitos insensatos? ¿Su familia no tiene ya más de lo que necesita? ¿Por qué no toma usted mismo algo de la fortuna que ha ganado con el sudor de su frente y gasta una parte en lo que de verdad le importa? ¿Por qué limitarse a construir una biblioteca? ¿Por qué no también una nueva enfermería, ahora que la necesitan?

—¡Vamos, vamos, muchacho! ¿Se cree que está hablando con Rockefeller?

—¡Sí! Al menos para mí usted lo es. ¿Tan terrible es sugerir que gaste su propio dinero en vida, y en sus propios proyectos? Sé que se supone que uno no debe hablar a los ricos de su fortuna, ni siquiera llamarlos «ricos» en su presencia, pero usted se ha abierto a mí, y a mí usted me importa. ¡Quiero ayudarle!

El señor Griscam se detuvo. Avanzábamos hacia el oeste, y él miraba atentamente las grandes torres amarillas del edificio Beresford, que se elevaban hacia el cielo desnudo con la pesada placidez de un templo azteca. Me di cuenta de que le faltaba algo de aliento.

—Ya sé por qué le gusta usted a la gente, Brian —dijo al fin—. Habla directamente al corazón. Siga así, hijo. Siga así.

En la emocionante conversación que siguió, su ánimo pareció elevarse. Debe de haber sido verdad que Justin Martyr insuflaba la energía de su ser, que era la sangre que corría por sus venas, pues le volvió el color, y con él recuperó su confianza habitual. Sospeché incluso que había dado con un proyecto —si es que no había sido guiado a él— que llevaba enterrado durante mucho tiempo en su propia mente, pero que apenas se había atrevido a confesárselo a sí mismo. Sí, por supuesto, había donado muchas cosas antes al colegio, una vidriera, una fuente, el ala de un dormitorio, pero nada a esa escala. Mientras él seguía hablando, a mí me deslumbraba la visión del edificio de cristal reluciente que podría ser la Biblioteca Jules Griscam, y del otro edificio, en sobrio color gris, que podría ser la enfermería.

Una vez que hubimos dado la vuelta al estanque, hizo otra pausa para mirar las aguas plomizas. Su ánimo sombrío se había evaporado por completo.

—No, todavía soy algo más que un simple anciano, Brian, aunque sea por poco tiempo. E imagínese qué momento más glorioso para anunciar una gran donación: ¡la cena del sexagésimo aniversario! —Me cogió del brazo y seguimos caminando bajo el cielo cada vez más frío del atardecer—. Será una buena manera de reemplazar el feo discurso que está tramando el pobre Frank Prescott, ¿verdad? ¡Dios mío, esperemos que así sea!

22. El diario de Brian

1 de abril de 1946

El sexagésimo aniversario del colegio se celebró, y pasó, y yo tomo asiento, por así decirlo, sobre un montón de gorros de papel y colillas de puro, y cojo la pluma para narrar lo más notable de lo acontecido.

No he escrito nada desde Navidad, pues el trimestre de invierno ha sido muy gris, y el doctor Prescott ha estado en Florida la mayor parte del tiempo. Volvió sólo dos semanas antes del aniversario, y cuando fui a visitarle, noté que aún había cierta tensión entre nosotros. Se mostraba crítico con todo, incluso con la noticia de la donación propuesta por el señor Griscam.

—Pero lo cierto —objeté— es que es un gesto principesco por parte de quien sea ofrecer una nueva biblioteca y una nueva enfermería a la vez.

—¿Principesco? —gruñó—. ¿Por qué lo llamas «principesco»? Los príncipes no hacen regalos. David Griscam siempre ha intentado apropiarse de Justin Martyr. No lo ha podido hacer por la vía política, así que ahora lo está intentando con ladrillos y mortero, eso es todo.

Pensé que resultaba bastante poco generoso por su parte, pero no dije nada. Lo único que me preocupaba de la donación de Griscam era que amenazaba con robarle al doctor Prescott parte de la gloria de un aniversario que, a mi juicio, le correspondía por entero. Pero, por supuesto, no tenía que haberme preocupado por que nadie le robara el estrellato al doctor Prescott. Cuando llegó el gran aniversario y los antiguos alumnos vinieron al colegio al comienzo de las vacaciones de Pascua, llenando los dormitorios vacíos y dándole al lugar un aire cómico: hombres de mediana edad, con el puro en la boca y la petaca en el bolsillo, jugando a ser alumnos, lo mismo sin que hubiera sido planeado le ocurrió a la figura baja, ancha de hombros, de paso lento, del ex director. Parecía ser el centro constante de círculos concéntricos en movimiento, como un trozo de corcho arrastrado sin remedio por la superficie agitada de un arroyo. Y es que la marea del aniversario resultó muy violenta para el aburrido colegio; lo inundó y lo cubrió de un afecto tan intenso como, en última instancia, genérico. Durante aquel fin de semana, Justin empezó a recordarme al París ocupado por los soldados alemanes. ¿Podría sobrevivir a esto aquella ciudad de la luz?

A su llegada, el señor Griscam me pidió que comiera con él en la posada de New Paisley, y después me llevó al colegio. Cuando su coche atravesó las puertas del colegio y tomó el camino que da la vuelta alrededor del campus, vimos al doctor Prescott avanzar en medio de la hierba, seguido por un grupo de unos treinta antiguos

alumnos. Parecía ser el guía de una visita guiada por las recientes mejoras del colegio, pero el grupo transmitía una sensación muy viva de felicidad, y me vino a la cabeza la procesión triunfal que, tradicionalmente, seguía a las victorias contra Chelton, cuando todo el colegio desfilaba por el recinto, siguiendo al director, sentado en una silla llevada en andas por ocho delegados, que se iban deteniendo para celebrar cada objeto o persona que encontraran: el edificio del colegio, el viejo roble, la mujer de un profesor, los frontones, un volquete.

El señor Griscam le dijo al chófer que parara, y bajamos del coche cuando el grupo se estaba acercando. Por un instante, tuve el sentimiento irracional de que el señor Griscam era un símbolo de autoridad amenazado, dispuesto a medirse con una turba incontrolada. Nunca antes había visto al doctor Prescott como un revolucionario, pero ahora bien podía haber sido un astuto y viejo Danton, dispuesto, por el mero gozo de la acción, a entregar al presidente del consejo y su limusina a la furia de sus seguidores. ¿Eran imaginaciones mías las que me hicieron pensar, conforme se aproximaba, si no habría echado una mirada burlona, a través de la puerta abierta, a la manta de viaje caída sobre el suelo?

—¡David, hijo mío! —exclamó, estrechando la mano del señor Griscam—. ¡Ahora que has llegado, ya puede empezar el aniversario! Es magnífico lo que estás haciendo, un gesto propio de un príncipe de los Medici. —¿Me había lanzado una mirada mordaz? No sabría decirlo—. ¿No se verá afectada tu familia por esta generosidad nunca vista?

—Oh, no, Frank. Ya sabe que hoy los impuestos lo son todo. Apenas lo van a notar.

—Te suplico que no me hables de impuestos —protestó con amabilidad el doctor Prescott—. Todo se va enrevesando tanto que corremos el peligro de que se pierda el mismo concepto de agradecimiento. Quiero ser agradecido. Quiero agradecer a David Griscam su gesto principesco hacia la escuela.

Ciertamente, nadie podía resultar más encantador que el viejo doctor Prescott cuando quería.

Aquella noche hubo una cena informal, con un único discurso breve de bienvenida a cargo de Duncan Moore, y después todos vimos una película sobre las actividades del colegio en el salón de actos. Al terminar, acompañé al doctor Prescott a la *suite* del señor Griscam en el edificio de invitados para tomar una copa con algunos de los consejeros. El señor Griscam me había dicho a la hora de la comida que fuera a esa pequeña fiesta, insistiendo en que tenía una razón muy concreta por la que quería que yo estuviera presente. Había encendido el fuego en la chimenea, pues era una noche fría de primavera, y había una bandeja de plata con licores. Tras hora y media viendo alumnos en una pantalla, la perspectiva resultaba de lo más agradable.

El grupo era pequeño y supuse que cuidadosamente seleccionado, pues el señor Griscam siempre hacía las cosas con un propósito en mente. Aparte de nuestro anfitrión, sólo había otros tres consejeros más. Los conocía bastante a todos, pues

eran visitantes frecuentes del colegio. Estaba Sam Storey, presidente de la Sociedad de Inversores de Boston, un financiero rollizo, rubicundo, astuto, de pelo crespo, cuya constitución hinchada ocultaba en algún lugar el embrión de los músculos que le habían hecho uno de los mejores jugadores de fútbol de Harvard en su posición; Gavin Glenway, abogado en Nueva York, al igual que el señor Griscam, socio de un gran bufete de abogados, un hombre brillante, mordaz, cáustico, tan flaco como Storey era corpulento, con todo el conservadurismo pugnaz de un representante de la gran industria y la agresividad de un abogado litigante. Y por último estaba Ira Hitt, un hombre más joven, de poco más de cuarenta años, que había estudiado en Justin con una beca y que había hecho una fortuna durante la guerra, el tipo del nuevo especulador, seco, terco en su simpleza, siempre alerta, prematuramente calvo, con una personalidad notablemente fuerte para alguien de hombros tan estrechos y aspecto tan poco atractivo. Todos eran buenos bebedores, y todos habían empezado a beber pronto, dado el ambiente festivo del día. El mismo doctor Prescott se había tomado unos cuantos cócteles en el largo encuentro que precedió a la cena. No era un bebedor habitual, pero aguantaba muy bien el alcohol cuando quería beber. El único efecto del alcohol en él era que le volvía, al mismo tiempo, más amable y más sardónico.

El señor Griscam llevó el debate a la cuestión de qué tipo de alumnos debería educar el Justin Martyr del futuro, sacando así a la palestra la nueva política de Duncan Moore de «ampliar la base». El doctor Prescott preguntó si eso era compatible con su concepto del colegio como una familia.

—Sería una familia muy curiosa si rechazara la admisión del nieto de Jack Gregg —insinuó Gavin Glenway con el carraspeo propio de los abogados, mientras llenaba su pipa.

—¿Lo han rechazado? —preguntó el doctor Prescott con preocupación—. ¿De verdad?

—Quizá no debería sorprendernos tanto —continuó Glenway con sarcasmo—. Quizá deberíamos esforzarnos por adoptar la perspectiva moderna. ¿Qué importa si Jack Gregg ha recaudado medio millón de dólares para el plan de pensiones? ¿Qué importa si al menos diez Greggs se han graduado en Justin? ¿Qué importa si el padre de Jack fue uno de los primeros consejeros? ¿Tiene todo esto algo que ver con el mérito? ¡Justin Martyr ha de ser tan severo como la Justicia!

—Pero, Gavin —objetó el doctor Prescott—, para admitir al nieto de Jack Gregg, ¿tendríamos que considerar lo que ha dado al colegio? ¿No nos basta con que sea un viejo amigo del colegio? ¿Y por qué ha de ser tan malo hacer una excepción con el nieto de un viejo amigo? ¿Implicaría eso que estamos sometiéndonos a la riqueza?

—Me temo que sí, doctor Prescott, porque resulta difícil llegar a ser un buen amigo del colegio si no se hacen donaciones al colegio. Y son los ricos quienes las hacen. Sin embargo, yo no soy tan escrupuloso como usted. Sin ningún género de dudas, yo me las arreglaría para hacerle un hueco a cualquier nieto de Jack Gregg que

no fuera mongólico.

—¿Por su dinero?

—Ni siquiera me plantearía esa pregunta. ¿Por qué iba a hacerlo? Soy un hombre práctico.

—¿Y yo no lo soy? —En ese momento, el doctor Prescott se puso lentamente en pie para acercarse a la bandeja de las bebidas, y el señor Griscam se quiso levantar para ayudarlo—. No, no, David, siéntate —rezongó—. Sólo quiero servirme un poco más de whisky. Has puesto muy poco. Siéntate —repitió irritado—, tú también te estás haciendo viejo. ¡Un hombre práctico! —exclamó, dándonos la espalda mientras se servía la bebida—. ¡Cuántas veces tiene que oír esa palabra un director! Los antiguos alumnos tendéis a creer que, mientras vosotros habéis sido zarandeados por la dura realidad, en Justin hemos vivido ajenos a la corrupción del mundo. Volvéis aquí con todo el amor, seguramente, pero también con toda la condescendencia. Ahí está nuestro viejo, querido y pintoresco doctor Prescott. ¿Era éste el demonio que tanto nos asustaba de pequeños? Caramba, ¡pero si es blando como el serrín! —Se volvió hacia los consejeros cuando éstos empezaban a protestar, y levantó la mano para detener sus críticas—. No, no, parad. Sabéis que es verdad. Precisamente una de las misiones de un colegio es hacer que hasta el más pusilánime de sus graduados se sienta fuerte de carácter.

Mientras nosotros reíamos, él volvió a tomar asiento, removiendo lentamente su copa y mirándola como si no estuviera seguro de si era amiga o enemiga.

—Queréis protegerme, y me parece bien. En cualquier caso, estamos de acuerdo en aceptar al pequeño Gregg, aunque sea por distintas razones. Tú, Gavin, por tu experiencia en la abogacía, crees que debe primar la razón más vergonzante. Yo no estoy tan convencido. Creo que podríamos hacer una excepción con los Gregg simplemente porque nos caen bien y son de Justin.

—Bueno, todos podemos estar de acuerdo en que en la vida hay lugar para las excepciones —dijo Gavin Glenway con voluntad de apaciguarlo—. Estoy seguro de que David también estará de acuerdo conmigo en que toda una vida en la abogacía le hace a uno sospechar de las reglas.

—Quizá la excepción debería ser la regla —dijo el doctor Prescott tan delicadamente que Glenway no se dio cuenta de que se estaba riendo de él—. Quizá ése sería el paraíso de los abogados.

—Por supuesto, si Jack Gregg hubiera cambiado el apellido del muchacho y le hubiera puesto Kowalski, habría entrado en la escuela de inmediato —explotó Sam Storey. Siguiendo el ejemplo del doctor Prescott, se había servido más whisky—. La clase de primero del año que viene parece proceder de la aduana para inmigrantes de la isla de Ellis. Soy tan demócrata como cualquiera, pero ¿dónde ponemos el límite? ¿Queremos tirar por la borda de una sola vez la base de un colegio protestante para muchachos de origen anglosajón?

—¡Es que ésa nunca ha sido la base! —objetó el doctor Prescott, de nuevo

estupefacto.

—A sus ojos no, señor, lo admito, pero a los ojos de la mayor parte del país, Justin, junto a los demás colegios de Nueva Inglaterra, tiene esa reputación. Y ¿por qué tendríamos que sentir vergüenza? ¿Acaso nuestros chicos no vienen de las familias que hicieron grande a Estados Unidos? ¿No tienen valor esas tradiciones de honor y responsabilidad pasadas de generación en generación? ¡Mire la tradición aristocrática de Inglaterra!

—Eso lo conozco un poco, Sam —replicó el doctor Prescott, con lo que me pareció una sorprendente moderación—. No olvides que estudié en Oxford. No obstante, en Inglaterra las clases altas solían dar algo a cambio de sus privilegios. Entraban en el Gobierno, en el Ejército y en la Iglesia. Tenían una tradición de servicio público.

—Bueno, Franklin Roosevelt salió de Groton —me apresté a decir. Había estado en silencio hasta entonces, respetando la prioridad de quienes eran mejores y mayores que yo, pero no pude resistirme a la ocasión. La reacción fue inmediata.

—¡Uf!

—Groton debería avergonzarse de ello.

—¡Groton aún se avergüenza de ello!

—¡Por favor, por favor! —exclamó el doctor Prescott, alzando las manos, con un atisbo de diversión en la mirada—. Olvidáis que David Griscam fue uno de los diplomáticos de nuestro difunto presidente. —Hubo un murmullo de disculpa mecánica—. Mi mayor pesar ha sido siempre —prosiguió en un tono más triste— que de Justin hayan salido tan pocos hombres para la Administración y el Gobierno. Cuando la nobleza inglesa se pasó al mercado de valores, empezó a parecerme que la Cámara de los Lores dejaba de estar justificada.

—¡Pero precisamente eso es lo que la salvó! —protestó Ira Hitt—. Es la única manera de que sobrevivan las viejas familias, adaptándose a las novedades. Preguntadle a Dave. —Nunca había oído a nadie llamar «Dave» al señor Griscam, pero sin duda la emoción del momento contribuía a tales confianzas—. Es nuestro experto. ¿O es que las familias como los Griscam ocuparían hoy la posición que ocupan de haberse dedicado al Ejército, a la Armada, o a perder el tiempo en la política? ¡No, qué demonios! Y perdone, doctor Prescott.

—Está bien, muchacho —contestó el doctor Prescott jovial, alzando el brazo—. Y no, qué demonios, como dices tú. Por favor, continúa con los Griscam. —Miró burlonamente en dirección al señor Griscam—. Es de lo más instructivo.

—Ellos siguieron en el mercado. Pusieron su dinero donde las nuevas familias estaban poniendo el dinero. E incluso se casaron con las nuevas familias. ¿No es cierto, Dave? —insistió, sin hacer caso del irritado encogimiento de hombros del señor Griscam—. Porque nuestra aristocracia es el mundo de los negocios. Nuestra aristocracia es el mundo de las finanzas. ¡Incluso después de trece años de progresivo socialismo! Debería estar orgulloso, doctor Prescott, de haber enviado a sus alumnos

a ocupar su sitio en la primera fila del progreso del país. Y hasta el día en que nos volvamos comunistas —que quizá no esté tan lejos—, el mundo de los negocios seguirá siendo la primera fila. Creo que Justin Martyr debería educar a los hijos de nuestros prohombres de los negocios y la banca. Y, por supuesto, también a cierto porcentaje de las nuevas familias. Yo era de una nueva familia. Salí adelante, pero ¡empecé en Justin!

A todos nos resultó algo embarazosa esta salida de tono, pero el doctor Prescott supo manejarla a la perfección.

—Es muy gratificante oír eso, Ira —dijo con suavidad—. Recuerdo cuando estabas en clase de tercero y quisiste que la tienda de material escolar del colegio fuera de pago. Incluso tenías un plan para emitir participaciones. Ya entonces pensábamos todos que llegarías lejos. —Todos nos reímos, e Ira se sonrojó de placer—. Entonces, ¿debo entender que, al ampliar nuestra base, habría que seleccionar, además de a los Cabot y a los Lowell, a alumnos que parezcan que pueden convertirse en Cabots y Lowells?

—Bueno... sí. De hecho, me gusta mucho esa manera de decirlo.

—Me alegra que mi expresión sea tan afortunada. Creo que empiezo a hacerme cargo de la oposición que sentís hacia el programa de mi sucesor. Gavin favorecería a los hijos de los ricos, y Sam, más en la línea tradicionalista de John Adams, se inclinaría por las buenas familias de siempre.

—No es tan simple, doctor Prescott.

—Ah, bueno, pero simplificar es el privilegio de los viejos. Ira se inclinaría hacia ambas posiciones, aunque es partidario de vigilar con cautela a las masas de las que periódicamente saldrán los nuevos miembros del Social Register^[21]. Debo decirles, señores, que me hacen sentir el santo patrón de la Cámara de Comercio. ¿O mejor de la Sociedad de los Cincinnati^[22]? Mi figura debería alzarse en un pedestal a los pies de Wall Street.

—Puede reírse de nosotros, doctor Prescott —dijo Gavin Glenway, tomando parte de nuevo en el debate—, pero, a decir verdad, debería sentirse orgulloso. Es la altura moral del mundo empresarial la que marca la altura moral de la nación. Y usted ha hecho lo suyo por elevarla.

—Bueno, bueno —masculló el anciano.

—Por supuesto, no estoy diciendo que el señor Moore vaya totalmente desencaminado —concedió Ira Hitt—. En estos tiempos, un colegio tiene que estar muy atento a las exenciones de impuestos. Tal vez llegue el día en que resulte conveniente tener a un par de negros para enseñárselos a los de Hacienda, para tener las cuentas en orden.

En la cara del doctor Prescott se formó una expresión de la más absoluta fascinación.

—¿Negros? —preguntó quedamente.

—Negros. Tal vez lleguemos a eso. Oh, con un par de ellos bastaría. Y los hay, ya

lo sabe, que podrían pasar por blancos.

—¿Y bien? —prosiguió el doctor Prescott—. ¿Hay alguna agencia que los suministre? ¿Podemos ponernos en contacto con ellos y pedirles un negro con la cara blanca, un judío con la nariz recta y un japonés que sólo sea un poco amarillo? ¡Qué milagros hay en tu mundo progresista, Ira!

—No soy yo quien ha hecho el mundo, señor —dijo Ira, molesto—, pero, naturalmente, puede reírse de mí, si le apetece.

La pausa que siguió estuvo algo cargada de reservas, hasta que Gavin Glenway le puso fin al preguntar:

—¿Y qué piensa David? Todavía no ha dado su opinión.

—Oh, David cree lo que haga falta —contestó el doctor Prescott con una voz fuerte y un deje de amargura—. David aceptaría a las viejas familias y a las nuevas, a los listos y a los tontos, a judíos y a gentiles. Y, de alguna manera, cuando David hubiera terminado con ellos, todos saldrían iguales. Saldrían todos como David. ¿No es ése el sueño americano?

Cuando se levantó para servirse otra copa, los consejeros intercambiaron miradas incómodas.

—Creo que ya va siendo hora de irme a dormir —insinuó Gavin Glenway.

—Quizá va siendo hora para todos —confirmó Sam Storey, y nos pusimos en pie.

—¿Lo acompaño a casa, señor? —le preguntó Glenway al doctor Prescott.

—No, no, yo me quedo a tomar una última copa con David y Brian —dijo el doctor Prescott sin dejar la botella, de la que se estaba sirviendo cuidadosamente—. No os preocupéis por mí, estaré bien. Buenas noches, caballeros. Y gracias por las ideas.

Al ver a los consejeros marcharse y estrechar uno por uno la mano del doctor Prescott para darle las buenas noches, haciendo todavía algún comentario o citando alguna anécdota en torno a las opiniones ya expresadas, una luz cruzó mi mente, iluminando de improviso lo que hasta entonces sólo había sido una tenue duda. Había percibido algo oscuro y desagradable en nuestra reunión, que me había hecho sentirme a disgusto, algo que tal vez se sumaba a la sorpresa ante el hecho de que los consejeros de Justin pudieran ser tan del montón, tan rígidos, tan predecibles. Pero, si eran predecibles, ¿dónde estaba la sorpresa? Precisamente era la respuesta a esto lo que al fin veía claro: si parecían predecibles, era porque así se había previsto, porque el señor Griscam los había elegido y dirigido cuidadosamente. Había planeado su jugada con hombres con los que podía contar para convencer al doctor Prescott de que Duncan Moore, con todos sus defectos, era un idealista en comparación con la media de los antiguos alumnos. ¡Para advertirle de que, si expulsaba a Moore de su asiento, su sucesor aún podría ser peor!

Vi que el doctor Griscam hacía un gesto de asentimiento a los que se marchaban, quizá para asegurarles que cuidaría de él. Luego volvió a sentarse. El doctor Prescott se llevó la copa de vuelta al sillón. Se quedó así, sentado, por espacio de varios

minutos, mirando al fuego, malhumorado, y, cuando habló, se hizo evidente que había pensado lo mismo que yo.

—Lo has organizado adrede, ¿verdad, David? —preguntó, y como el señor Griscam no respondió de inmediato, continuó—: ¿Has organizado este pequeño debate para abrirme los ojos, sellados desde hace tanto tiempo?

—Pensé que podía resultarle interesante.

—Entonces tienes que responderme a una cosa. Y tienes que decirme la verdad.

—¿Cuándo he dejado de hacerlo?

—Oh, David, muchas veces. Con la verdad eres como un jesuita. Crees que hay que ir administrándola según la capacidad que tenga tu oyente para asimilarla. Y siempre has considerado que mi capacidad es muy baja, pero estoy aprendiendo, oh, sí, estoy haciendo progresos. A veces pienso que mi formación ha empezado con mi jubilación. Ahora puedo aceptarlo casi todo. Dime la verdad. —Hizo una pausa y levantó un dedo como para subrayar ante el señor Griscam que iba en serio—. ¿Estas tres personas, Sam, Gavin e Ira, son representativas de la opinión de los antiguos alumnos?

Iba a abrir los labios para hacer una objeción cuando vi que el señor Griscam clavó los ojos en mí con una mirada sorprendentemente afable. «Muy bien —parecía decirme—, entra y arrambla con todo, vamos, valiente muchacho, pero recuerda quién vino lloriqueando a Nueva York las Navidades pasadas pidiendo ayuda, y dime luego quién va a evitar que el doctor Prescott se ponga en evidencia mañana por la noche haciendo una tontería». Siguió mirándome así, pacientemente, haciendo caso omiso de la pregunta del doctor Prescott, pasándome la pelota, por así decirlo, hasta que, callado y confuso, sólo pude inclinar la cabeza.

—Creo que son típicas, Frank —respondió con seriedad.

—Ya veo. —El doctor Prescott soltó uno de sus hondos suspiros—. Bueno, en realidad no, pero ¿qué importa? ¡Basta con que algunos sean así! Por supuesto, no puede decirse que ninguno de ellos sea precisamente joven.

—Los jóvenes no son los que toman las decisiones. Eso lo sabe, Frank.

—No. Simplemente mueren por quienes las toman. Así es la vida. —Se quedó callado de nuevo, sin que hubiera más sonido en el cuarto que el chasquido del fuego y sus sorbos de whisky.

—No se lo termine, Frank —le sugirió el señor Griscam—. Mañana va a ser un día muy largo.

—No seas impertinente con tus mayores, David. Sé perfectamente lo que puedo beber, y tengo toda la intención de terminarme esta copa.

Seguimos unos minutos hasta que, inopinadamente, el doctor Prescott comenzó a hablar otra vez, en voz baja y sombría, mirando fijamente a la lumbre.

—La semana pasada llevé al más pequeño de los niños de mi hija Evelyn al circo, en Boston. Había un payaso que no hacía más que intentar escapar de un haz de luz intenso que lo iba persiguiendo desde arriba. Corría y corría, aquí y allá, e intentó

librarse de él mezclándose con el público, pero el círculo de luz lo seguía sin piedad a todas partes. Ahora veo que yo era ese payaso. Y que el círculo de luz era el esfuerzo de todos vosotros para ocultarme la verdad.

—¿La verdad? —estallé, consternado—. ¿Qué verdad?

El doctor Prescott me miró como si hubiera olvidado mi presencia, pero empleó un tono muy amable.

—La verdad sobre Justin Martyr, Brian. Yo sólo veía el haz de luz en el que tenía que actuar. Más allá había una oscuridad que nada tenía que ver conmigo, pero tú la veías David, y los demás también. Estabais acostumbrados a la oscuridad, pero la oscuridad no era para los payasos. Los payasos tenían que seguir haciendo el payaso para que los demás pudierais olvidaros de la oscuridad en la que estabais.

—Pero ahora puede verlo —dijo el señor Griscam, imperturbable.

—Con total claridad.

—¿Y qué ve exactamente?

El doctor Prescott giró la cabeza para dedicar una fría mirada a su interlocutor.

—Lo que veo es que Justin Martyr es como los demás colegios. Sólo yo, por supuesto, pensé que era diferente. Sólo yo no me di cuenta de que el esnobismo y el materialismo eran ingredientes fundamentales en esta obra. Sólo yo fui lo suficientemente ingenuo para pensar que podía jugar con ese fuego y no quemarme. Tú incluso has sabido convertir esa ingenuidad mía en un argumento de venta. Has convencido al mundo de que el evangelio de Prescott de Justin era el salvoconducto hacia la buena sociedad. ¡Y el mundo se lo creyó! Cuando insistía a los muchachos para que se dedicaran a la política o al sacerdocio, lo aceptaban como parte del prescottismo, como tantos renglones de un tema que había que aprenderse y que no tenía ninguna relación con el mundo real. Se aprendían los renglones, sí. Algunos incluso disfrutaban aprendiéndoselos. Sus padres les habían dicho que estudiar en Justin sería una ventaja material en el mundo real. Ah, sí, la realidad. —Gruñó e hizo una pausa—. La realidad era la agencia de valores, el bufete de abogados, la casa en Long Island, el yate, la gente bien, lo obvio. Y uno no puede obviarlos. Yo era un simple añadido más en esa lista.

—Frank —preguntó el señor Griscam—, ¿por qué tiene que creer que nadie, salvo usted, es idealista?

—¡Me parece que no había ningún idealismo aquí esta noche! —exclamó el doctor Prescott con un sonoro ladrido—. He escuchado a esas personas. Las he escuchado con atención. El infeliz de tu hijo Jules pensaba que yo era un demonio. De seguir vivo, hubiese terminado por saber que yo no era más que un idiota. Quizá Jules y yo teníamos más cosas en común de lo que pensábamos. Quizá ambos no éramos más que payasos aprisionados en nuestro círculo de luz.

—Pero usted siempre ha sido realista —protestó el señor Griscam—, desde que lo conozco. Y un realista bastante amargo. Algunos incluso lo hubieran llamado cínico. Ha afirmado que comprende las motivaciones mundanas, el poder del esnobismo, del

dólar. ¿Por qué de pronto resulta tan atroz enfrentarse a eso en Justin?

—¡Porque yo creé Justin! —gritó el doctor Prescott—. Y lo creé precisamente porque había visto el mundo como tú lo has descrito, ¡por los demagogos que traicionaron la victoria en mi infancia! Y ahora veo que Justin no es más que otra puerta para el materialismo del mundo. Para ti, David. ¡Oh, qué asco! —Se levantó abruptamente, con disgusto, para irse—. Tal vez sea un viejo chocho, pero no soy del todo estúpido. Sé a lo que juegas. Has sabido de mi discurso de mañana por la noche, e intentas evitarlo. Bien, puedes dormir tranquilo, muchacho. Lo has logrado, como has logrado todo lo que has intentado hacer aquí.

—Por favor, Frank. —El señor Griscam lo siguió hasta la puerta—. Me parte el corazón oírle hablar así.

—Deberías saber arreglar corazones, David. ¿No es ése tu negocio?

—¡No es justo! —El señor Griscam se había enfadado—. ¿Se cree que es el único que ha sufrido desengaños? ¿Cree que los demás no hemos tenido ninguna experiencia en la vida? ¿Cómo se cree que me sentí cuando Jules tiró la piedra a la vidriera que yo había donado?

El señor Prescott se dio la vuelta y lo cogió compasivamente del brazo.

—Lo siento, Davey.

—¡No me había llamado «Davey» desde que era un niño!

—Ya era hora de que lo hiciera. Buenas noches, amigo mío.

Cogí la capa del doctor Prescott y se la eché sobre los hombros.

—Déjeme acompañarle a casa, señor —murmuré.

—Gracias, Brian. Sí, ven conmigo. En la oscuridad, mis ojos ya no son como antes. —Se volvió para darle la mano al señor Griscam—. Menuda escena le hemos hecho hoy al joven Brian, ¿verdad?

El señor Griscam me dedicó su mirada habitual, algo suspicaz, y se encogió de hombros.

—Oh, me parece que Brian ya se ha acostumbrado —dijo, cerrando la puerta al marcharnos.

En la gran cena de la noche siguiente, el doctor Prescott se sentó en la mesa presidencial, sobre el estrado, entre Duncan Moore y el obispo de Massachusetts, frente a cuatrocientos hombres con esmoquin en torno a largas mesas decoradas con candelabros de plata y velas rojas. Fue un hermoso espectáculo. Se habían iluminado los grandes retratos y, por casualidad, yo estaba frente al magnífico lienzo que había hecho Ellen Emmet Rand del antiguo director, por encargo del señor Griscam, para sustituir el retrato pintado por Laszlo que su hijo Jules había destruido. Gavin Glenway ya había anunciado la donación del señor Griscam, quien, conforme a lo esperado, había recibido la ovación de los asistentes, puestos en pie. Duncan Moore concluyó su discurso con un elogio a su antecesor en el cargo.

—Hagamos lo que hagamos en Justin Martyr, mantengamos lo que mantengamos del pasado, cambiemos lo que cambiemos, sean cuales sean nuestros errores y nuestros esfuerzos, tanto en los momentos felices como en los tiempos de desaliento, siempre seguimos la tradición del doctor Prescott, por la sencilla razón de que no hay otra tradición que podamos seguir. Por más brillante que sea el trabajo que uno tenga la fortuna de hacer, por más brillantes que sean mis sucesores, siempre seremos los discípulos de Francis Prescott. Y, piense él lo que piense de nuestros titubeos, espero que siempre muestre su reconocida tolerancia hacia esas personas, pues lo mejor que hay en ellas es exclusivamente obra suya.

Toda la sala se puso en pie de nuevo, en una espontánea salva de aplausos y, al sentarse de nuevo, observé que el doctor Prescott se había quedado de pie. Permaneció así varios segundos más, hasta que se hizo el silencio. Nunca había mostrado una imagen de mayor sabiduría, de mayor belleza, y sólo el movimiento de los músculos de su mejilla izquierda revelaba sus encontrados sentimientos.

—Señor obispo, señor Moore, compañeros del consejo escolar, y justinianos todos —comenzó con su tono de voz grave, lento, envolvente, antes de hacer una pausa.

No podía alzar los ojos hacia él. Decidí que sería menos doloroso asistir al drama que iba a tener lugar observando la cara redonda de Pierre Dahlgren, y clavé mis ojos en él, en sus labios que se cerraban y se abrían.

—Esta noche han oído discursos muy buenos, discursos muy emotivos. Yo esperaba poder añadir algo, pero no puedo. Cuando pienso en los sesenta años del colegio, mi corazón está demasiado rebosante como para añadir más comentarios. Dejen tan sólo que este viejo diga una única cosa para luego retirarse a su lugar entre las sombras. Ojalá algún día puedan conocer el gozo que yo siento ahora, el mayor gozo que le puede suceder a un hombre de mis años, el gozo de saber que su trabajo va a tener continuidad. Por usted, Duncan Moore, mi más que digno sucesor, alzo la copa. —Solemne, lentamente, la alzó y se giró hacia el público—. Dios les bendiga, caballeros.

Nos volvimos a levantar para la tercera ovación de la noche, pero ésta fue mucho mayor que las anteriores. Debimos de estar de pie, aplaudiendo y vitoreando, cinco minutos largos. ¡Pobre Pierre Dahlgren! Aplaudía más que nadie y parecía tan pálido como si le acabara de dar un infarto.

Ese fin de semana no volví a ver al doctor Prescott. Cuando me acerqué a su casa la tarde siguiente, la señora Midge salió a la puerta y me dijo, con visible aprensión, que se encontraba muy cansado después de las celebraciones y que estaba descansando en la cama. Por encima de su hombro pude ver a Duncan Moore bajando la escalera, y me di la vuelta, avergonzado de mis súbitos celos infantiles. Me dirigí al edificio de invitados para despedirme del señor Griscam. Lo encontré en el porche. Su chófer ya

estaba cargando las maletas en el coche.

—Dicen que Frank está cansado —me dijo al acercarme.

—Sí, lo de anoche fue demasiado.

—Es lo que suele pasar con los actos heroicos.

—Lo que no consigo explicarme, señor, es cómo pudo estar usted tan seguro de que todo saldría como salió.

—No estaba seguro. Corrí el riesgo. Como abogado, aprendes a hacerlo.

—¿Y de no haber ido yo a verle en Navidad, no hubiera hecho nada?

—Claro que no. ¿Cómo lo hubiera sabido?

—Ya veo —dije asintiendo tontamente—. Me imagino que tenía que hacerlo, pero no pensé que fuera a causarle ese desengaño.

—Como sacerdote, Brian, tiene que aprender —me recordó severamente el señor Griscam— a atenerse a las consecuencias de las conductas que crea correctas.

—Sí, señor, está claro. —Metí las manos en los bolsillos y me quedé mirando al suelo—. Pero si hubiera sabido que usted iba a creer necesario hacerle tanto daño, me pregunto si no lo hubiera evitado... Ése ha sido siempre mi problema. A mí me preocupa mucho más él que el colegio. A usted, no. Usted tiene razón, claro.

—¿Hacerle tanto daño? —preguntó, y por la desesperación de su tono supe que estaba luchando por contener su inquietud—. Pero eso no tiene ningún sentido. Frank es de una enorme resistencia. Ya lo verá. En un día o dos, todo esto le hará sonreír.

Negué con la cabeza.

—Está viejo, señor. De pronto, está muy viejo. Ésa es la diferencia. Y piensa que su vida ha sido un fracaso.

—Pero ¡eso es absurdo! —En su súbita impaciencia, pensé que el señor Griscam iba a zarandearme—. ¡Uno no decide que su vida ha sido un fracaso porque no está de acuerdo con las opiniones de un puñado de consejeros!

—Esperemos que no, señor.

—Bueno, nadie reacciona así, ¿no?

—Estoy convencido de que usted no.

Se quedó allí sin moverse, mordiéndose el labio, frustrado por su incapacidad para convencerme, o para convencerse a sí mismo.

—¿Hay algo más que pueda hacer?

Intenté que mi voz no trasluciera hasta qué punto pensaba que lo que había hecho era mucho más que suficiente.

—Creo que no, señor.

Vio que no había remedio y se encogió de hombros.

—Tan sólo recuerda, muchacho, que no puedes hacer una tortilla sin romper los huevos. —Bajó a toda prisa los escalones hacia su coche y se volvió a mí antes de meterse en él—. Escríbame. Sabe cuánto le aprecio.

Me despedí alzando la mano mecánicamente cuando la gran limusina partió, recordando mi fantasía de que parecía el símbolo amenazado de la autoridad. Seguí

diciendo adiós con la mano, bobamente, como un niño, hasta que terminó por perderse de vista.

23. El diario de Brian

10 de octubre de 1946

Poco después de la vuelta a las clases tras las vacaciones de Pascua, el obispo de Massachusetts me pidió que me cogiera una excedencia de seis meses para redactar un informe sobre la educación y los colegios religiosos en la diócesis, y el señor Moore creyó conveniente que aceptara. Llevo viviendo en Boston desde junio, y hasta ayer, de regreso al colegio, no recibí la mala noticia.

Había ido en coche a pasar el día, pues ahora dispongo de uno para mis investigaciones, y después de la liturgia del domingo, el señor Moore se acercó a mí y me apartó del gentío.

—¿Ha visto al doctor Prescott? —me preguntó con seriedad.

—No, ahora mismo iba a verlo.

—Muy bien, pero tenga presente que lo va a encontrar mucho más débil. Ayer nos dieron su diagnóstico.

Por encima de nosotros, la campana de la torre dio los cuartos, y el aire vibró con su sonido y mis aprensiones.

—¡Ni siquiera sabía que estuviera enfermo!

—Ninguno de nosotros lo sabía, aunque ha estado muy decaído de aspecto y este verano no ha hecho su acostumbrado viaje a Cape Cod. Evelyn Homans, al final, se lo llevó a Boston para un chequeo completo en el Hospital General de Massachusetts.

—Por el amor de Dios, ¿qué tiene?

El señor Moore me puso la mano en el hombro con firmeza.

—Mantenga la calma, muchacho —me dijo, mientras yo empezaba a temblar—. Es lo que usted querría a su edad. Es lo que él quiere. Cáncer de pulmón. El doctor Larkin dice que es muy rápido y casi indoloro. —Me apretó más fuerte al ver que me echaba a llorar—. Intente recordar, Brian, que ha tenido una vida muy larga y muy feliz.

Asentí, pero no podía mirarle.

—¿Él lo sabe?

—Oh, sí. De hecho, lo encontrará con mucho ánimo al respecto.

—¿Y cuánto tiempo le queda? Quiero decir, ¿es cosa de semanas o de meses?

—Semanas, probablemente, pero nunca se sabe. Es muy fuerte. Me alegra que haya venido, Brian. Ahora, vaya a verlo.

Atravesé el jardín, dando tumbos como un borracho, hasta la casa del doctor Prescott, y lo encontré tan contento como había dicho el señor Moore.

—Ya veo que sabes de lo mío —me dijo en el mismo tono que podría haber usado para hablarme de otro doctorado *honoris causa*—. Debo decirte que no es muy amable por tu parte parecer tan abatido. Una enfermedad rápida y eficiente, ¿acaso no es lo que queremos todos? —Estábamos sentados en el pequeño porche de la casa, desde donde veíamos la parte trasera de la capilla del colegio y su gran torre oscura. La pequeña casa del doctor Prescott parecía crecer felizmente a su sombra como un hongo erguido—. Piénsalo. ¿Qué más podría pedir un viejo de ochenta y seis años chapado a la antigua? Antes tenía la esperanza, pequeña y débil, de que mi aparente inmunidad al dolor se acabaría, de que algún día iba a sufrir un poco de lo que ha padecido el resto de mis congéneres. Bien, pues todo apunta a que esa esperanza va a ser vana, y así está bien. Sólo la vanidad pide una prueba cuando no se la dan.

Cuando vio que las lágrimas empezaban a asomarme a los ojos y que estaba a punto de decir algo llevado por la emoción, levantó una mano.

No quiero hablar más de esto. Se me hace muy extraño. Siempre me ha parecido deplorable el egoísmo de los viejos que abruman a los jóvenes con referencias innecesarias a su fallecimiento. Se lo he dicho a mis hijas y a Moore, y le dije a Moore que te lo dijera. Eres sacerdote, y debes aprender a tomar la muerte con naturalidad. Forma parte de tu profesión, eso es todo.

Entonces tuvo la delicadeza de indicarme que me fuera hasta que me hubiera recompuesto.

—Date un paseo, hijo. Ve al río y vuelve. Piensa en mi edad y en que mi carrera ha terminado. Piensa que Harriet se marchó antes que yo. Piensa en el amable tránsito, jalonado de narcóticos, que me espera. Y luego, pregúntate a ti mismo cuánto tiempo más querrías para un viejo que ya no quiere más. ¿Ves? No está tan mal. Vuelve luego y hablaremos de otras cosas.

Hice lo que me dijo y, cuando tomamos el té, esa misma tarde, yo ya había logrado controlarme. Al partir, le pregunté si podía ir a verle los sábados por la tarde, y él aceptó, con la condición de que no interfiriera con mi informe eclesiástico. Entonces, en un arranque de agradecimiento, y por la agitación que me habían causado sus palabras, le hice pasar por uno de mis necios cargos de conciencia. ¡Ah, el egoísmo de los neuróticos!

—A no ser que piense que sólo vengo a recoger sus últimas palabras —le dije—. Quizá es a lo que vengo... Quizá, Dios mío, es a lo que vengo.

—Venir a verme es una buena acción, Brian —repuso el doctor Prescott con amabilidad—. Me hace bien, y por eso es bueno. Te inquietas demasiado por tus motivaciones. Imagínate que tu motivación es egoísta. Muy bien. Pero ahora figúrate que eres un inquisidor medieval que quemaría mi cuerpo para salvar mi alma. La motivación podría ser buena, pero ¡yo estaría en medio de la pira! ¿Crees que el Señor va a premiar al inquisidor más que a ti? Claro que no. Algo de la bondad intrínseca de una buena acción debe estar en su motivación, igual que algo de la maldad de una mala acción. Sigue haciendo buenas acciones durante el tiempo

suficiente y casi seguro que te volverás un buen hombre. A pesar de ti.

17 de octubre

Sentía mucha vergüenza por mi arrebatado emotivo de la semana pasada, y decidí no manchar con mis pequeñas preocupaciones el lienzo sereno de su tránsito. En mi visita de ayer, ya fui capaz de comportarme más como se espera de un hombre. Pasé la noche en el cuarto de invitados del doctor Prescott y, a la mañana siguiente, fuimos juntos a la capilla. La enfermedad es tan rápida como él había deseado, y sus fuerzas lo abandonan con rapidez. En nuestro breve camino, tuvo que pararse a descansar a cada pocos pasos.

—Tomé una tonta determinación la pasada primavera —me dijo—. Quería darme una lección por haber interferido con la gestión de Duncan Moore, y me prometí no volver a poner el pie en el campus, pero eso, por supuesto, era hacer que el pobre Moore pagara por mi equivocación. ¡Era retirarme por despecho! Cuando lo comprendí, decidí dejarme ver de modo regular por la escuela; los domingos en la capilla; la comida del domingo; los partidos de fútbol con equipos visitantes; el día del reparto de premios, y así. Ahora me veo obligado a reducirlo a ir a la capilla los domingos, pero seguiré haciéndolo mientras me sea posible.

24 de octubre

Lamentablemente, ya no le resulta posible, pues al llegar esta tarde me lo encontré en la cama, muy abatido. Estaba sentado, incorporado sobre tres grandes almohadones, con un inesperado aspecto de postración, con un batín viejo, bastante raído. Apenas parecía importarle lo que le decía, y se limitaba a inclinar la cabeza sombríamente. Cuando iba a marcharme, me contó una historia que sólo parecía relevante como indicio de su humor.

—Cuando era un niño pequeño, íbamos mucho a ver a mi abuela materna, en Dedham, y yo asistía a catequesis el domingo. El sacerdote, un tipo alto, desgarbado, de aspecto muy severo, comenzaba cada clase haciendo que pusiéramos una de las manos frente a nosotros, con el índice levantado. «Pensad, niños», nos decía con un tono sepulcral, «en el dolor de tocar con la yema del dedo el horno de la cocina de vuestra madre, aunque sea durante una fracción de segundo. Es una experiencia que la mayor parte de vosotros ha sufrido. Ahora, intentad imaginar ese dolor no sólo en la yema de los dedos, sino por todo el cuerpo, y no un solo segundo, sino toda la eternidad. Eso, niños, es el fuego del infierno».

Temblé por un momento.

—¿Y usted se lo creía?

—¿Con siete años? ¡Claro que me lo creía!

—Pero ¿ahora ya no se lo cree?

—Oh, ahora. —Se encogió de hombros—. Supongo que no. ¡Pero a veces lo recuerdo cuando me despierto muy temprano!

31 de octubre

Hoy, gracias a Dios, estaba de mejor humor. Me lo encontré sentado en un sillón de su dormitorio, vestido con un hermoso batín de seda azul que le había mandado Cordelia Turnbull. Le quedaba un poco extraño, pero uno se olvidaba de él en cuanto empezaba a hablar. Nunca he oído su voz más suave ni más melodiosa.

—¿Sabes, Brian, que mi jubilación ha sido mi verdadera formación? Me ha enseñado algunas lecciones elementales de humildad. Me ha enseñado, por ejemplo, que tenía que haberme jubilado diez años antes, por mi propio bien, y por el del colegio.

—Por el del colegio estoy seguro de que no, señor.

—Bueno, ya sabes lo que dice la gente. «El viejo Prescott era muy pintoresco a su manera, típico de su generación, claro. Un poco teatrero, un poco violento, pero se salió con la suya. Ahora, sin embargo, se necesita a un tipo de director diferente. Alguien más acomodaticio. Alguien como Moore, que sepa manejarse con los padres y los consejeros». —Se me quedó mirando, con algo de su antigua presencia—. ¿Te atreves a negar, Brian, que dicen estas cosas?

—Alguien habrá que lo diga, señor, supongo.

—Y con razón, además —dijo enfáticamente—. La masa acierta a su manera, pues revela el ego que yace bajo la noble ambición. ¿Quién era yo para pensar que podía cambiar la naturaleza de la educación en Estados Unidos?

—Pero, señor, ¿por qué no hace más que pensar en el alto ideal que no ha conseguido del todo? ¿Quién podría haberse acercado más a él? ¿Por qué ni siquiera se para a considerar los objetivos que sí ha conseguido, los alumnos a los que ha ayudado?

—Eso es lo único que habría que sopesar, ¿verdad? —Sonrió con melancolía—. Sí, Brian, he pedido demasiado. He sido codicioso. Sí que he ayudado a unos pocos chicos, y debería estar agradecido por ello. —Cerró los ojos mientras pensaba en el pasado—. Creo que ayudé un poco a Charley Strong, al menos al final. Y a Gates Appleton, cuando sus padres tuvieron ese divorcio horrible. Y a Christian Villard, cuando perdió el brazo. —Luego abrió los ojos y meneó la cabeza—. Pero piensa en los otros, Brian. En aquellos a los que herí, o maté, incluso, como Jules Griscam.

—Usted no quería. Dios lo sabe.

—¡Dios sabe que yo odiaba a ese chico! —exclamó con virulencia—. Un director no debe tener odios. Pobre Jules. Con mis remordimientos, ha cumplido su venganza. —Se estremeció—. Sí, mis remordimientos han sido terribles, porque le permití que me rebajara a su nivel, y él lo sabía. Cuando su padre me arrancó la venda de los ojos la pasada primavera y me hizo ver el trabajo de mi vida como la pobre cosa que en

verdad era, pensé que todavía podía oír la risa chillona de Jules. ¡Cómo se habría carcajeado!

—Jules sólo era uno entre miles de alumnos, señor. ¿Cómo iba a poder tener éxito con todos?

—No pude —dijo abruptamente—. Me estoy poniendo sentimental. Es mejor que te vayas.

8 de noviembre

Hoy me ha dicho que no vuelva. Está en la cama y seguramente ya se quede así. Por primera vez parecía un moribundo. Estaba tumbado y miraba al techo.

—Llega un momento en el que hay que cerrar la puerta —dijo— y que sólo se encargue la familia. Mis hijas están de camino. Harriet, de hecho, ya está aquí. Es un atavismo bastante agradable, la precedencia que al final toman los lazos de la sangre sobre los de la amistad. Es una ceremonia en la que cada uno sabe lo que tiene que hacer. He de decirte adiós, Brian. Tienes que ser un buen sacerdote y perder el miedo. Te quiero, hijo mío. —Se volvió, y sus ojos oscuros parecían poder ver a través de mí—. ¿Sabes qué dijo mi viejo profesor en Balliol, Jowett, al final? «Bendito sea Dios por mi vida». Es lo único que se puede decir. Bendito sea Dios por mi vida, Brian; y por la tuya.

Llorando, caí de rodillas y besé su mano, como había besado la de su mujer siete años atrás. Me quedé entonces al lado de su cama, en oración, no sé por cuánto tiempo, hasta que sentí que me tocaban el hombro. Era la señora Kidder, quien con una sonrisa breve pero amistosa me señaló que era hora de irse. Miré por última vez a mi querido y viejo amigo. Tenía los ojos cerrados. Salí de puntillas de la habitación.

10 de diciembre

Duncan Moore me ha llamado por teléfono para decirme que el doctor Prescott ha muerto esta mañana mientras dormía. Dios ha sido misericordioso hasta el final, al evitarle un dolor que a veces había querido y que, no me cabe duda, hubiera soportado como un héroe. Ha muerto en paz, y creo que nosotros también deberíamos estar en paz, pero el cielo me parece ahora más oscuro, y las calles de Boston por las que hoy he caminado se me antojaban una mezcla de espanto y de pena. Él se hubiera burlado de mí y me hubiera dicho que no fuera tonto. Y, con la ayuda de Dios, mañana no lo seré, pero hoy todo son cenizas dentro de mí, y no puedo escribir ni una palabra más.

24. El diario de Brian

2 de abril de 1947

Me reintegré a mi puesto en Justin en el mes de enero, y he dedicado el trimestre de invierno a ponerme al día. Decidí, sin embargo, que pasaría las dos semanas de vacaciones de Pascua a solas en el colegio, revisando mis notas y pensamientos sobre el doctor Prescott. Ya han pasado diez días, y todavía estoy en un dilema.

¿Qué puedo hacer con estos papeles?

¿Cómo puedo utilizarlos para que dejen entrever su grandeza, obligado como estoy a incluir lo fundamental de la historia de Jules Griscam? Y no es que considere que las condiciones que me impuso el doctor Prescott estén del todo fuera de razón. Estoy de acuerdo con él en que su fracaso con Jules fue una parte importante de su trayectoria como director, y con el señor Griscam en que hubo una época «dura» en la vida del doctor Prescott.

Pero mi problema es, precisamente, que no estoy interesado en escribir una biografía. Tan sólo me interesa inspirar al lector, y estoy muy en desacuerdo con la convicción de este siglo de que mostrar sólo lo mejor inspira más que mostrar lo mejor junto a lo peor. Quiero mostrar al doctor Prescott deslumbrante en el púlpito, con los brazos, por así decirlo, abiertos en un gran abrazo y sus amplias cejas arqueadas. Quiero que esos personajes más pequeños, como yo, que podrían aparecer en los borradores preliminares, al final queden borrados del cuadro. Sé que vivimos en una época en la que el detalle crudo o psicológico se considera de suma importancia. Nos gustan los héroes en mangas de camisa o, en otras palabras, no nos gustan los héroes, pero las cosas no han sido siempre así, y lo actual no es eterno.

El Francis Prescott que fue el héroe de juventud de Charley Strong tuvo una existencia real, y existió con mayor realidad, en mi opinión, que el Francis Prescott que no logró comprender a Jules Griscam. Y digo «con mayor realidad» porque la idea de Dios de Charley Strong coincidió, al menos por momentos, con la idea de Dios del doctor Prescott, y es este tender puentes, este tipo de comunicación de un ideal, el único punto de la historia de Justin que, a mi juicio, merece que se le rinda tributo. Contar esa historia de otra manera sería dejar constancia de un fracaso y ¿por qué hacerlo? En ese campus sucedió algo notable, y no hay provecho ninguno en detenerse en lo que no fue tan notable.

Por supuesto, nadie sabe mejor que yo que, al final, el doctor Prescott se consideraba a sí mismo un fracaso, pero esto pareció quedar desmentido de un modo total y absoluto cuando su ataúd, grande y cubierto con los colores rojos y dorados

del colegio, fue sacado a hombros de la capilla abarrotada por los delegados, a través de una fila doble de cientos de antiguos alumnos, para los cuales no había quedado sitio dentro, cantando todos a pleno pulmón *El Hijo de Dios marcha a la guerra*. Tras el féretro caminaban el gobernador, el obispo, cuatro senadores, ocho jueces y los directores de todos los colegios para chicos de Nueva Inglaterra. ¿Se debía tan sólo, como él hubiera podido decir, a que los supervivientes de su organización, ahora que estaba muerto y era inofensivo, querían encender una hoguera de homenaje en la que poder calentar sus temblorosas manos y olvidar así el alivio que sentían?

No lo creo. Creo que las muestras de afecto venían de lo más hondo de muchos corazones, porque creo que la verdadera grandeza del doctor Prescott radicaba menos en su colegio que en su impacto en los alumnos, uno por uno. Incluso creo que él también lo sabía, pues se conocía por entero, tanto lo bueno como lo malo. Sabía de su capacidad para ser mezquino, vanidoso, tiránico, vengativo, cruel incluso. Tenía del todo asumida su propensión a teatralizar y su costumbre de sacrificar a los individuos por el bien imaginario de su colegio, pero también fue consciente, con perfecta claridad y en todo momento, de que su genio particular consistía en convencer a su prójimo de que la vida podía ser apasionante, y de que Dios quería que lo pensarán así. Y, al haber visto y comprendido todo el bien que estaba destinado a alcanzar de esta manera, ¿cómo iba a detenerse? ¿Cómo iba a desentenderse, incluso en los momentos de duda, de ese genio suyo, dejando a su público frente a un escenario en penumbras?

Nos queda Justin Martyr, como nos queda la leyenda de Francis Prescott. En este comienzo de la primavera, los olmos redivivos parecen más gloriosos que nunca y la empinada torre marrón de la capilla aún más voluminosa, recortada contra el cielo blanco transido de azul. Esta mañana fui al comedor, vacío, a mirar el retrato pintado por Rand. Con las manos sobre su regazo de un modo poco típico en él, el doctor Prescott miraba serenamente al campus por encima de mi cabeza, al campus que se ofrecía entero a la vista tras los amplios ventanales que dan al sur. Oyendo el zumbido de un cortacésped, tuve la curiosa sensación, en esa silenciosa estancia, de que podría llevar muerto cien años.

Quizá eso pasa porque ahora me preocupa menos el hombre que su leyenda. El doctor Prescott fue más grande que el colegio que él creó, y con el que, en última instancia, terminó por estar desengañado, y mi ambición es destilar para las futuras generaciones de alumnos de Justin parte de la esencia de esa grandeza. Para aquellos que puedan decir que estoy pensando más en una novela que en una historia real, sólo tengo una respuesta: que las historias reales de todos los grandes hombres han tenido siempre algo de ficción.

Pero tengo que dejar de divagar. He de abandonar mis interminables especulaciones. Si alguna vez tengo que escribir algo, incluso si pienso dedicarle toda mi vida, debo empezar de verdad. Tengo que poner punto final a esta enorme cantidad de hojas escritas que se extienden ante mí como campos de nieve ártica. Y

tengo que cerrar con la firmeza de un hombre este diario, demasiado indulgente conmigo mismo, en contraste con el cuaderno vacío y austero que abro ahora.

«Sólo al borde de la tumba puede el hombre llegar a alguna conclusión».

HENRY ADAMS



LOUIS AUCHINCLOSS (1917-2010) nació en Lawrence, Nueva York, en el seno de una de las más importantes familias estadounidenses descendientes de los primeros nobles británicos llegados a las colonias americanas. Se educó en Groton, un exclusivo internado de la costa este, estudió Inglés y Literatura francesa en Yale, donde fue editor de la Yale Literary Magazine, y se graduó en Derecho en la Universidad de Virginia. Ejerció la abogacía en un bufete de Wall Street, actividad que compaginó siempre con la literatura. Los exclusivos ambientes de las altas finanzas, la banca o la administración de los EE. UU., dominados durante muchos años por unas pocas familias, son el mundo elegido por Auchincloss para ambientar sus novelas y al que ha retratado con gran realismo e ironía durante más de sesenta años en una extensa obra que comprende una treintena de novelas y una veintena de libros de relatos, así como otros volúmenes de biografía, crítica literaria e historia. Además de *El rector de Justin*, (1964) entre sus obras cabe destacar *La educación de Oscar Fairfax* (1995), *La casa de los cinco talentos* (1960); *Portrait in Brownstone* (1962); *The House of the Prophet* (1980), *Diario de un yuppie* (1986); *East Side Story* (2004) y biografías de personajes como Henry James, Edith Wharton, Theodore Roosevelt o Richelieu. Auchincloss fue también presidente del Museo de la ciudad de Nueva York y de la Academia de las Artes y las Letras. Murió en Nueva York a los 92 años.

Notas

[1] Profesor protagonista de una novela y una película muy populares en los años treinta, *Goodbye, Mr. Chips*. (N. del T.) <<

[2] Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*, capítulo 5. (N. del T.) <<

[3] Nombre de la escuela, reputada por su crueldad, de la novela *Nicholas Nickleby* de Charles Dickens. (N. del T.) <<

[4] El juego de palabras Jowett-Jowler es irreproducible. *Jowler* (de *jowl*, «papada») es el nombre genérico para los perros con los belfos colgantes, como los *boxers* o los *beagles*. (N. del T.) <<

[5] Arquetipo femenino norteamericano de finales del XIX y comienzos del XX, desarrollado a partir de las ilustraciones de Charles Dana Gibson. (*N. del T.*) <<

[6] Heroína de la Guerra de Independencia de Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[7] De los *Poemas* de Lord Tennyson (1833).(*N. del T.*) <<

[8] Alusión a una obra de Louisa May Alcott, autora también de la célebre novela *Mujercitas*. (N. del T.) <<

[9] Escritor inglés (1880-1932), autor, entre otras obras, de *Victorianos eminentes*. (N. del T.) <<

[10] Protagonista de la novela decimonónica *Tom Brown's Schooldays*, en la que se relata de forma idealista las bondades de la famosa escuela de Rugby, muy avanzada para la época. (N. del T.) <<

[11] De *Ricardo III*, de William Shakespeare, acto I, escena I. (*N. del T.*) <<

[12] *Hamlet*, de William Shakespeare, acto III. (N. del T.) <<

[13] Personaje de *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. (N. del T.) <<

[14] Es la hija menor, y la favorita, de las tres hijas de *El rey Lear*, de William Shakespeare. (N. del T.) <<

[15] Poeta inglés (1887-1915), célebre por su belleza, muerto muy joven. (*N. del T.*)

<<

[16] Personaje de la novela homónima de Herman Melville, aquejado de tartamudez.
(*N. del T.*) <<

[17] Primogénita del rey Lear en la tragedia de Shakespeare. (*N. del T.*) <<

[18] General estadounidense que se pasó a los británicos durante la Guerra de Independencia. (*N. del T.*) <<

[19] William Shakespeare, *Hamlet*, acto IV. (N. del T.) <<

[20] Personaje del mundo infantil que tiene forma de huevo y que, al balancearse en un muro, acaba cayéndose al suelo y rompiéndose. (*N. del T.*) <<

[21] Directorio de las grandes familias norteamericanas, que se publica desde el siglo XIX. (*N. del T.*) <<

[22] Asociación histórica, fundada tras la independencia de Estados Unidos, dedicada a la promoción de los valores fundacionales del país. (*N. del T.*) <<